





# HISTORIAS DE AMOR, DESAMOR & OTROS ROMANCES

ANTOLOGÍA



Edición: Fernanda Ruiz  
Corrección y maquetación: Abel Viotti  
Imagen de portada: Chil Vera

Historias de amor, desamor & otros romances – 1a ed. – Editorial  
Rubin, 2023.

Antología de cuentos cortos.

Copyright © 2023 Editorial Rubin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra dentro de los límites que establece la ley y sin  
previa autorización escrita de la editorial. Los derechos de este libro  
están suscritos a la ley 11.723.

San Luis, Argentina, 2023 ISBN:...

## ***PRÓLOGO***

Las historias de amor han conmovido al mundo desde tiempos inmemoriales. Desde las leyendas antiguas de tribus remotas, los romances griegos o las tragedias del Bardo en el siglo XVI; hasta las obras de Jane Austen, las hermanas Brontë y García Márquez. Hoy en día nos siguen sorprendiendo historias de autores como John Green, Rainbow Rowell, Jojo Moyes y muchos otros prodigios.

El género romántico es inmarcesible, es parte de lo que nos construye, de lo que nos hace soñar y lanzar suspiros al viento. El amor es la fuerza más poderosa de la sociedad, ha levantado imperios y desatado guerras. Y lamentablemente, a veces trae aparejado el desconsuelo, el dolor y la traición.

Esta antología retrata al amor desde diferentes miradas. Cada historia es un palpito en el corazón universal, es un ser humano dañado o un joven enamorado. Algo tan abstracto e inefable puede ser también algo conocido para todos, algo que nos une. Es lo que logra esta amalgama de caricias, lágrimas, reconcomio y fervor. Es un espacio común donde encontrarnos, mirarnos a los ojos y reconocernos en los demás, en sus historias, en sus pensamientos, en sus corazones.



**HISTORIAS DE  
AMOR, DESAMOR  
& OTROS  
ROMANCES**

ANTOLOGÍA





## *Los pies de Yamila*

Alberto Arecchi

Ricardo era un joven arquitecto, de poco más de treinta años. Estaba saliendo de la historia más destructiva de su vida: un matrimonio fallido. Había decidido comenzar a cooperar en el extranjero y había ido a enseñar en la Universidad de Argel. Moraba en un apartamento bastante grande para su vida como soltero. Lo había amueblado poco, de una manera muy apresurada: algunos muebles en la cocina, para las comidas rápidas de cuando no quería salir; y en el dormitorio un colchón, descansando en el suelo. Dormir en el suelo le ofrecía una perspectiva particular de la habitación: todo le parecía más grande, más alto.

Sus amigos le propusieron una criada para limpiar la casa, una mujer de confianza que se hacía llamar Yamila (hermosa). La mujer iba a la casa de Ricardo dos mañanas a la semana. En algunos de esos días, él no tenía compromisos y se quedaba en casa. Ella lo encontraba todavía en la cama. En la calle, Yamila andaba completamente cubierta por un velo blanco, como es habitual en los distritos de Argel, y con el hocico (*haik*) en la cara. Entraba en la habitación y se deshacía de ese abrigo para ponerse cómoda y cumplir con las tareas domésticas, con un vestido ligero, colorido, hasta las rodillas, y con zapatillas cómodas, o más a menudo descalza. Cuando Ricardo estaba en la cama, el sonido de la llave en la cerradura lo despertaba, y luego veía los pies poderosos y autoritarios, pasando repetidas veces a la altura de sus ojos, primero con zapatos de tacón alto

y luego con las zapatillas más cómodas. Sus ojos permanecían capturados, no podía separar la mirada de los majestuosos pies de Yamila.

Una mañana, Ricardo se había quedado en la cama. No tenía ganas de salir ni levantarse. Yamila entró por las ocho de la mañana, lo saludó y pasó frente a él, los pies orgullosos bajo el velo, con zuecos de tacón alto. Ricardo extendió las manos y le acarició el pie. La mujer tuvo por un momento la reacción instintiva de retirarse, pero se detuvo, con una emoción de triunfo. En realidad, era lo que estaba esperando. Le devolvió el pie, sacándolo del zueco de madera. Con dulzura, el hombre comenzó a acariciar su tobillo y luego descendió bajo su talón. Ella se prestó, levantó un poco el pie y el zapato comenzó a resbalar. Ante esta respuesta, Ricardo se volvió más valiente: le quitó el zapato, acercó la boca y comenzó a besarle los dedos de los pies, uno tras otro. Siempre le habían gustado esos dedos afilados con las uñas largas, ligeramente enganchadas, que le recordaban las garras de una fiera. Yamila las coloreaba con un esmalte muy oscuro, tendiendo al púrpura, a veces negro. Chupó el dedo gordo con suavidad, luego se comprometió a lamer los otros dedos e intersticios.

Los pies de Yamila estaban algo polvorientos: había caminado por la calle. Sin embargo, su sabor era dulce, era el sabor de la pomada a base de mirra y del incienso con el que perfumaba la casa y su cuerpo. Bajo los ungüentos y los aromas, Ricardo percibía el sabor salado del sudor, lo que le ofreció una sensación prohibida de intimidad. Se aferró a los tobillos de la mujer y comenzó a adorar sus pies, con total devoción, uno tras otro. Al hacer esto, se había movido de una manera descompuesta en la cama y su excitación ahora aparecía inequívocamente ante Yamila, quien entendió que él estaba en

su poder. Logró quitar el velo, sin extraer el pie derecho del abrazo del joven, y luego le ordenó bruscamente, con un gesto imperioso: «¿Y el otro? ¡Bésame el otro pie!». Luego pasó a otras órdenes: «¡Lame debajo de la planta!». «¿Y el talón? ¡Besa el talón!». «¡Bien! Pasa la lengua entre los dedos, ¡quiero ser bañada con tu saliva!»

Ricardo obedeció y se entregó por completo a un éxtasis fetichista que aún no conocía. Solo podía pensar: «¿Por qué nunca he hecho esto antes?». Su lengua se secó, tomó un respiro, con humildad levantó sus ojos para mirar a la mujer, tragando para calmar la emoción, y continuó, como un perro fiel. Yamila comenzó a pisotearlo en cada parte de su cuerpo, al principio con tierna dulzura, luego de una manera cada vez más autoritaria, haciéndole perder el aliento y toda restricción. El joven le adoraba pies, talones y tobillos con sus besos, subiendo hacia las piernas de su reina, sin permitirse exigir cualquier favor sexual. Ella lo pisoteaba. Lo trataba ahora con rigor, ahora con ternura, como a un perrito. Ricardo se reveló, ofreciéndose a su ama. Un nuevo vínculo comenzó para él, un camino de sumisión a una mujer fuerte y autoritaria.

A partir de ese momento, Yamila se aseguró de presentarse en la casa del joven solo cuando estaba segura de encontrarlo. A Ricardo se le ordenó que se preparara detrás de la puerta, de rodillas, listo para lamer los pies de su ama tan pronto como ella entrara. Ella lo pisoteaba: la cara, el cuello, todo el cuerpo. Después de estas premisas, ella procedía a la limpieza de la casa, usándolo como un ayudante, un trapo para limpiar los pisos, un paño para limpiar el sudor, una estera para limpiarle los pies. La emoción de Ricardo alcanzaba alturas extremas, que ni siquiera habría imaginado antes de conocer a su señora.

Un día, Yamila comenzó a azotarle con fuerza las nalgas,

usando el cinturón de cuero de sus pantalones. En cada golpe, el joven tuvo que levantar la boca del cuerpo de la niña para decir en voz alta: «¡*Saha, Mwallima!* ¡Gracias, ama!». El grito le permitió soportar el dolor causado por los golpes que de otro modo lo hubieran hecho llorar. Mordíase los labios y volvía a aplicarse a la adoración del cuerpo de la mujer. Al final del tratamiento, las nalgas estaban doloridas, ardientes como si salieran de un horno, cubiertas por largas tiras de color púrpura. Solo entonces, la mujer tomó de una bolsa lo necesario para aplicar *henna*, el polvo de las hojas para colorear, y un limón, para obtener una pasta con agua tibia. Ricardo tuvo que acostarse en las rodillas de Yamila, ofreciendo sus nalgas desnudas, rojas y calientes, y la mujer procedió a decorar las nalgas con el tinte, escribiendo en árabe unas frases de burla y sumisión. La masa húmeda ofreció un poco de alivio de la quema de los golpes recibidos. En este punto, el cuerpo del joven estaba pintado de tal manera que se habría avergonzado de mostrarse desnudo a quien quiera, hasta que el tinte se hubiera desvanecido... y precisaba mucho tiempo.

Durante varias semanas, Ricardo sintió una fuerte vergüenza cada vez que iba a la universidad, porque sentía punzadas de dolor cada vez que se sentaba, pero aún más porque sabía lo que estaba escrito en él y era poseído por la sensación de que todo el mundo estuviese mirándolo, percibiendo el significado, como leyendo a través de la ropa. Fue una suerte que aún no lo hubiera decorado en los brazos, cuello ni manos, como las mujeres locales se decoraban a sí mismas. Cualquier rastro de *henna* en esas partes del cuerpo lo marcaría a los ojos de todos como un hombre afeminado y pasivo. Estaba avergonzado delante de todos, como si pudieran leer la escritura que llevaba pintada en la cola, también porque pensaba que su comporta-

miento se había alterado y podría permitir a cualquier persona percibir los cambios en su vida personal. Ricardo adquiría actitudes que se reflejaban en sus relaciones con las mujeres, incluso en el trabajo o en cualquier otro lugar: en la calle, en el restaurante, con las empleadas de la tienda de comestibles. Sus gestos estaban cambiando de una manera transparente. No se mostraba femenino, sino que se comportaba de una manera cada vez más humilde, sumisa, muy disponible para todos los caprichos de las mujeres.

Han pasado muchos años, Ricardo ahora está jubilado y ha vuelto a vivir en su casa en Europa. En su carrera ha viajado por varios países, en una vida errante, conoció a otras mujeres, otras compañeras, otras amas...

Hoy piensa en Yamila, preguntándose dónde podrá estar ahora su antigua empleada, su ama de Argelia, la iniciadora al arte y los gozos de la sumisión. La idea lo llena de nostalgia, en una noche de invierno. Le parece ver una vez más ante sus ojos los pies orgullosos decorados con *henna*, las uñas largas de color púrpura o a veces negro intenso. Se da cuenta de que ha abierto la boca y extendido la lengua, en un reflejo condicionado, emocionado por el recuerdo, mientras la televisión transmite las noticias del día.



## *En busca de su mirada*

Rex Lime

Me había mudado recientemente a un edificio que supo ser en su juventud uno de los más guapos del barrio. No tuve la suerte de conocerlo en su esplendor. Los que lo habitaban en sus años mozos, ya no estaban en su mayoría. Sin embargo, había un sobreviviente de esa época dorada, que parecía haber quedado congelado en el tiempo.

Era un señor añoso y vestía con la misma elegancia de cuando las mujeres suspiraban por él. El detalle saliente de toda su vestimenta era el estado en que se encontraban sus ropas, habían envejecido con él y mostraban las mismas arrugas y achaques del caballero andante.

El resto de los ocupantes del edificio, eran personas educadas en colegios y familias muy distintas a mi vecino más distinguido. Se reían de él, lo tomaban por un loco. Quizás esta característica fue la que más me atrajo y la que me ayudó a creer en que todo podía ser posible. Verlo caminar orgulloso, viviendo aún en ese mundo que nunca llegó a añorar porque nunca se había alejado, me alentaba a aventurarme en cualquier epopeya.

En mi pequeño departamento tenía pocos muebles, pero había tenido el tino de buscar en una feria de muebles usados y destartalados, elementos que concordaran con el estilo francés que había elegido en su momento el arquitecto y constructor. Una mesa, una cama y dos sillas eran todo lo que necesitaba. Sobre la mesa coloqué mi lámpara de escritura, las hojas y un

pequeño lapicero que llené sin problemas. Tenía luz durante todo el día en la ventana principal y eso era lo que me había inclinado a elegir la propiedad, aunque para ser honesto, el alquiler era bastante accesible.

A solo una cuadra de distancia y en diagonal a mi morada, yacía una persona que captó aún más la atención que el gentil hombre que decoraba con galantería las paredes del edificio olvidado. Ella vivía en el primer piso al igual que yo. Era artista al igual que yo. Su edificio era del mismo tipo que el mío, pero seguramente alguien se había enamorado de él. Era como ver ante mis ojos lo que hubiese sido mi residencia actual con los mantenimientos adecuados.

A unos pocos metros de diferencia, la historia era bien distinta. Las personas que entraban en ese edificio no habían quedado ancladas en el tiempo como mi viejo inspirador; sin embargo, conservaban la clase que iba en perfecto acuerdo a los cimientos del inmueble. La mujer que vivía en ese lujoso palacio era una escultora. Tenía unos ritos bastante particulares y sus movimientos eran mecanizados, estas formas contrastaban con la libertad del artista. No podía dejar de observarla, tenía unos lentes de la marca Oliver Goldsmith, modelo Manhattan. Su pelo negro recogido y su pequeña cara quedaban adornados de un modo perfecto por esas gafas convenientemente seleccionadas. Siempre vestía con un jean gastado y manchado por las caricias de su trabajo. Realizaba todo tipo de esculturas. Por la mañana abría los grandes ventanales de su cuarto y se podían observar sus delicadas y variadas maravillas. Lo que me inquietaba era su andar mecanizado, parecía que había vivido años en ese lugar, caminaba los pasos justos y nunca se equivocaba. También por las mañanas, recibía a un visitante, que le traía una bolsa grande con objetos, ella le pedía que los



dejara en un rincón, le pagaba y se iba. Pasaba horas viéndola, me atraía y comenzaba a gustarme, quería conocer lo que había detrás de esos lentes de sol que seguramente usaría para compensar la luz que entraba por la ventana como una avalancha de luminosidad y que, sin temor por el exceso, inundaba el lugar a su antojo.

Estaba pasando por un momento de hoja en blanco y eso era letal en mi trabajo. Tenía numerosas experiencias en mi nuevo departamento y sin embargo, mis lápices hacían fiestas todas las noches en el pequeño lugar que tenían, no era un impedimento para ellos, podían divertirse y hasta descansar un poco la cabeza, sabían que cuando me ponía en acción, sus cabelleras negras se deshacían en el papel, dejando marcas imborrables de su paso por el lugar. Traté de no desesperarme e intenté pensar y concentrarme en las dos deliciosas personas que habían captado mi atención. Mis lápices perderían prontamente sus noches de juerga y sus cabezas quedarían diseminadas por toda mi obra. Aunque el señor me parecía atractivo para mi historia, mis ojos no dejaban de ver las maravillas que iba construyendo mi vecina, combinaba cualquier objeto que había en esa misteriosa bolsa que le traía su ayudante. Sacaba de ella cualquier tipo de objeto y lo combinaba con otros sin que guardaran una aparente relación, utilizaba un arsenal de herramientas para conseguir sus diferentes figuras. Las ponía en la ventana para que el sol les terminara de dar el germen de la vida. Sus obras necesitaban de la energía del sol para poder comenzar a vivir.

Si ella amaba tanto el sol, porque nunca podía ver sus ojos, eso era algo que me alteraba e inquietaba. Debo decir que empecé a interesarme por ella, me empecé a enamorar de sus esculturas, las vidas que conseguía crear me atrajeron. La em-

pecé a mirar de un modo diferente. Me levantaba temprano a la mañana para ver todo su día. Un mes estuve viéndola todos los días sin que ella lo advirtiera, eso me hacía sentir un poco triste.

Decidí hacer algo con todo ese volcán de emociones que iba creciendo en mi interior. Tomé una de mis hojas que del aburrimiento había cambiado de color a un amarillo mustio. Metí la mano en el lapicero y una fuerza me atrajo hacia un firme colaborador con la testa bien robusta, dispuesto a dejar su marca en esa hoja ávida de emociones. Escribí de corrido casi sin pensar, le estaba escribiendo a ella, le dije que quería conocerla, que no me importaba nada más en el mundo que conseguir ese objetivo, que quien cree esas maravillas debe ser alguien lleno de amor. Le pedí que me diera la oportunidad de conocerla, que quería pasar una tarde y participar de ese proceso de creación. Le dije también que era escritor y que su experiencia creadora me había llevado a la idea de hacer mi obra basada en ese amor que le había detallado.

Le pedí a mi vecino un consejo para acercarme a ella. Solo me dijo que le dejara la carta en su buzón. Aunque anticuada, me pareció acertada su idea.

Terminé de redactar mi carta de presentación y la llevé hasta su casa, al llegar me encontré en la puerta con su ayudante, le pedí amablemente si le podía entregar la carta, ya que no conocía su nombre. El hombre me miró con un gesto entre la desconfianza y la tristeza. Puso la carta en su bolsa y me aseguró que se la daría.

Su ayudante le entregó la bolsa acostumbrada y dejó para el final mi carta. No quería dársela, sabía cómo iba a reaccionar, pero no se animó a rechazármela cuando se la entregué. Luego de un instante de duda entre el deber y el mal momento,

decidió elegir el mal momento. Cuando ella recibió la carta, le lanzó una bofetada feroz que él aceptó como si fuese un castigo merecido. Luego, la escultora tomó la carta entre esas manos que solo conocían el amor, pero en ese momento mutaron al odio más despiadado. Se acercó a la ventana y comenzó a gritar desesperadamente, al tiempo que sin leer la carta la hizo trizas y la tiró al vacío. Luego cerró las ventanas.

Comprendí todo en un instante. Sus movimientos mecánicos y sus lentes negros. Sus ojos no tenían vida, por eso los ocultaba tras esos oscuros y bellos anteojos. Decidí cruzar y recoger los pedazos de mi carta. Pasé toda la noche tallando en madera cada letra de mi carta para que ella pudiese leerla con sus manos. Sus ojos la habían abandonado y el rencor que guardaba en su corazón solo era mitigado por sus esculturas.

Serían esta vez sus manos las que se pongan en contacto con mis sentimientos. Luego de dos semanas, logré trepar hasta su ventana. Cuando puso sus obras para que alcanzaran el sol, me atreví a intercalar mi carta entre sus creaciones. Cuando el sol se puso, fue a retirar las esculturas y se encontró con una tabla tallada en madera que no era de su propiedad. La puso contra su pecho, luego la olió para tratar de saber si le resultaba familiar su olor, pero la desconoció. Sin embargo, posó sus manos sobre la tabla y no pudo despegarlas más.

Vendió su departamento y vino a vivir conmigo, tenemos un ventanal grande en donde ahora descansan por las mañanas mis libros, sus esculturas y son custodiadas atentamente por el señor galante del siglo pasado.



## *Las tres negritas*

Gastón Couriel

Jamás me voy a olvidar del estado en que te encontré esa noche. Tomé una fotografía del horror, nunca me atreví a revelarla. Hasta hoy.

Tanto más había en ese cuarto, tanto más que tu despatarrado cuerpo tendido boca arriba en el colchón y unas ojeras oscuras como la noche que acusaban un pulso ausente. Las sábanas, sugestivas, tendidas en el piso y abandonadas al descuido, encajaban en una repulsiva perfección con tus pelos desarreglados, amotinados en mechones sudorosos en lo que pretendía ser un flequillo. Tu mano, condenada a una tensión eterna, se extendía más allá de la cama y parecía correr en yunta con una mezcla de saliva y vodka que caía desde la comisura de tu boca entreabierta. Me permito la suposición del vodka, principalmente por el aroma etílico que infestaba el ambiente, que me bastó para evitar lanzarme en busca de una botella, que asumí como inevitable.

El tímido velador era lo único que se oponía a ceder territorio a las tinieblas decididas a querer tomarte por siempre, este se posaba estoico con una tenue luz sobre tu escritorio. Irónicamente, junto a él, yacía un pastillero derrotado, tendido en tu misma postura, a medio vaciar.

De todas formas, sé que no era la primera vez que te encontraba así, María. Pero creeme que esta fue distinta, la sentí distinta. Capaz sea porque pasó poco desde la muerte de Martín, y vos sabés muy bien que todo eso expuso una fibra distinta en

mí, estoy más sensible y frágil.

Te vi y me costó reconocerte, como si no fueras vos. En el fondo sabía que te conocía, la luz alcanzaba para descubrir tus cejas, la curvatura de tu boca, incluso ese dedo gordo del pie tan distintivo que tenés. Pero a pesar de eso y de tu piel morena, más por linaje que por el sol, no te podía terminar de asimilar.

Me sentí en una película, que estaba segura de haber visto antes, aunque no tenía idea de cuál era, de su nombre, de su final, no podía reconocer siquiera el próximo cuadro.

Pero ahora sí, ahora tengo todo bastante más claro.

Siempre estuvimos conectadas, Negrita. No, no conectadas, sincronizadas, o, mejor dicho, en sintonía absoluta. Es por eso que tu historia es inexplicable, o carecería de sentido sin contarte lo que me sucedió.

Más temprano esa noche, yo me encontraba tumbada en mi cama, agria de ingestas. Luchaba contra la vigilia y contra mis ojos, que se entrecerraban deformando mi alrededor, tornándolo borroso hasta la ceguera. Recuerdo balancearme de un lado al otro, jugando a conciencia con ese limbo de ensueño, lo onírico se superponía de a intervalos, con lo objetivo y lo material.

Una sinfonía, o un paisaje, parecían brotar de un cajón. Mi boca pronunciaba mecánicamente palabras que carecían de sentido, incomprensibles, pero que a su vez tenían una lógica absoluta, y las emitía con la convicción de una oradora.

Fue así, que, en uno de estos vaivenes, se deslizó Martín en mi cuarto. Sí, Martín, de carne y hueso, auténtico e inmutable como siempre. Nos miramos por un momento, estupefactos, él asistió a este encuentro por su voluntad, claro. Pero yo me petrifiqué ante semejante sorpresa.

Se pausó el mundo por un instante, viajé por sus ojos,

los recorrí hasta lo más hondo, como quien vuelve a su casa después de años, hurgué en cada cuarto, en cada cajón, en cada remera. Encontraba todo tal cual lo esperaba, todo permanecía igual de alucinante.

Podría haber seguido siglos recorriéndolo extasiada, encontrando esa magia que afloraba en cada matiz de su existencia. Te lo juro, las sensaciones de una vida se compactaron en ese instante inmensurable.

Pero lo que sigue es más delirante, no podría haber sido de otra forma, conociéndolo.

Me perdía en una contemplación insaciable, cuando dejó escapar una sonrisa mientras me tomaba de la mano. Me extrañó, te lo aseguro. Fue después de ese gesto, que, con un ademán, me invitó a estilizarme y en un instante nos alargamos hasta el vértigo.

Era inmensa, éramos inmensos. Me miró y empezamos a caminar de la mano con nuestras piernas espigadas, gigantesacas. Paso a paso podíamos abarcar el mundo. Lo vi complacerse al llegar por fin a África, ese viaje que había quedado pendiente cuando pasó todo eso que ya sabés.

Sonreímos. Los dos nos entendíamos perfectamente, era inútil articular palabras. De inmediato nos encogimos a nuestro tamaño habitual, nos sentamos en una misma roca, abrazados, a contemplar el paisaje.

Melancolía, éxtasis, paz y fascinación se fundían en una mezcla inexorable. Volteó su cara hacia mí, lo miré encantada. Nos acercamos hasta el roce, sin besarnos. Rápidamente creció inmenso, crecimos. Parecía querer exprimir toda una vida pendiente en fugaces minutos que le habían sido concedidos caprichosamente por alguna deidad.

Lo seguí, tomada de la mano, ansiosa por descubrir el próx-

imo destino y lo frené en seco cuando sentí una punzante espina escabullirse en mi talón. Nos destartalamos de la risa mientras me sacaba la pirámide de mi pie. En Egipto, acudimos a alguna festividad, o al agasajo de algún sultán. Me invitó a volvernos diminutos, saltábamos, y éramos como pulgas en el vientre de una bailarina árabe que nos columpiaba en su elástica piel.

Como niños, o como adultos con una infancia arrancada, hacíamos piruetas en el balanceo de su cuerpo. Recuerdo que Martín logró treparse al velo de seda de aquella árabe, y saltar de bomba sobre el vientre desde donde lo miraba. Salí disparada hacia el cielo, él llegó un ratito después.

Estábamos inmersos en clarísimas constelaciones, y él bromeó como siempre, como hace años atrás, al ver esa formación de estrellas.

—Mirá, ahí están las tres negritas.

Reí con amor, extrañaba cada previsibilidad, cada gesticulación, su voz pronunciándome, su caminar. Lo disfruté como nunca.

Las estrellas, los soles y los satélites comenzaban a ir todos en una dirección remota, como absorbidos por una aspiradora, eran rastros de tiza borroneados por una manga desnudando al cielo en una lúgubre y cruda oscuridad.

La cara de Martín enmudeció. Sus ojos intentaron, en vano, explicar lo que sucedía. Me faltaba el aire, el vértigo me atormentaba, negaba la inminente catástrofe con todas mis fuerzas.

El tiempo no se podía acabar ahí. ¿Qué clase de poder egoísta nos privaba de esto?

Nos tomamos de la mano con desesperación, mientras miramos de frente al punto donde todas las constelaciones convergían. Un silencio sombrío nos entumeció, el tiempo nos



había sido privado en aquel vacío.

Pausados en el medio de la nada, esperábamos ser arrasados de frente por su tiranía y soberbia.

Un tsunami de estrellas, lunas, soles, materia cósmica, almas, seres inéditos, edificios, humanidad y destinos se formaba ahí a lo lejos. Todo eso creaba una luz embravecida, decidida y temible. Avanzaba acreciendo, con una dimensión calamitosa y omnipotente. Nos abrazamos.

No nos abrazamos, eso es corpóreo. Pero nos abrazamos. Nos fundimos, nos miramos sin los ojos. Nos sentimos sin sentir. Y casi éramos uno cuando la ola arremetió. Sus miles de suertes y destinos, sus cientos de estrellas y soles nos zamarreaban. Pasaban por nosotros, ahogándonos, golpeándonos, se filtraban entre nuestros pechos y brazos, sentí que me soltaba, mis fuerzas flaqueaban, Martín lo sintió también.

Fue por eso que susurró, justo en mi oído, entre el océano que nos asfixiaba:

–Te extrañé, Negrita.

Fue suficiente para que me amarrara a él. Las estrellas me arrancaron la carne, y todo lo que pudieron, pero tuve que aferrarme, no podía aceptar perderlo. No quería.



## *Como tierra entre los dedos*

Feche Monserrat

Durante las vacaciones de invierno de mi primer año en la universidad, recibí un mensaje de texto de Santi que decía: «Te enteraste de lo de Marce? Me contaron que falleció, pero no sabemos cómo fue. Te aviso porque sé que era amigo tuyo, yo casi no lo conocía». Se trataba de ese pibe canchero, de apariencia segura y sobre todo, muy alegre. Siempre llevaba una sonrisa en la cara. Era inteligente, aunque un poco vago, pero cuando se ponía las pilas con el estudio, la descosía. Era alto, tenía la piel muy blanca, los labios gruesos, el pelo castaño claro, una risa muy contagiosa y solía andar en moto con su campera de cuero. Muchas chicas andaban detrás de él, pero siempre fue respetuoso (al menos en público). No presumía de eso ni nada por el estilo, aunque tuve la sospecha de que hubo alguna historia con una compañera; una especie de amor prohibido y secreto, pero era tan reservado como alegre. Marce era muy buen compañero y cada vez que estaba presente en nuestras típicas juntadas de estudio en la biblioteca o en un aula que no se estuviera usando para dar clases, era el alma de la fiesta. Compartíamos el humor con doble sentido, pero además, tenía una habilidad especial para hacer que cualquier frase termine desembocando en un juego de palabras con rimas subidas de tono.

Tras haber recibido la noticia, nos fuimos contactando entre los compañeros para estar todos en aviso. Estábamos muy shockeados. Para muchos de nosotros era la primera vez que se

nos moría un amigo, un compañero, un par, alguien de nuestra misma edad. No era un viejo enfermo del que ya esperaban su muerte; todo lo contrario. Nos fuimos poniendo de acuerdo y algunos de nosotros decidimos ir juntos al cementerio donde lo habían enterrado.

Era un cementerio parque ubicado en González Catán. Como nos habíamos enterado el mismo día de la sepultura, fuimos al día siguiente. Primero nos juntamos en la puerta de la mismísima universidad, donde vimos a Marce con vida por última vez. Ese día llovía sin parar; por momentos a cántaros, por momentos más suave, pero no dejaba de llover. Nosotros éramos seis: Andrés, Mercedes, Cata, Rama, el Gusty y yo. A pesar de ser compañeros, no todos teníamos relación, ya que sumábamos más de sesenta personas en el aula. Sin embargo, Marce había logrado algo que los profes no: juntó a los revoltosos del fondo —con los que se sentaba regularmente— con los más dedicados, que nos sentábamos adelante (aunque igual de revoltosos) con los que se juntaba a estudiar fuera de clases.

Después de dos colectivos y muchas charlas que mezclaban las risas por los recuerdos de los buenos momentos con las lágrimas por la nostalgia y la angustia de la pérdida, caminamos varias cuadras hasta llegar a nuestro destino. Como solo teníamos tres paraguas, avanzábamos de a pares para tratar de aprovecharlos. Una vez en el cementerio, bastante lindo y arreglado por cierto, nos separamos para poder encontrar la tumba de Marce. En ese momento no nos preocupamos por mojarnos, queríamos encontrarla rápido. No sé si era por los nervios, si era por el llanto, si era por la lluvia o vaya uno a saber por qué cosa era, pero no podíamos hallarla y parecía que la numeración del sector no respetaba ninguna lógica. Después de unos minutos que nos parecieron eternos, nos

juntamos en un punto cualquiera para decidir qué hacer. En el mismo instante en que los seis formamos una ronda, dejó de llover. Extrañados, miramos hacia la tumba más cercana a nosotros y esa justamente resultó ser la que habíamos estado buscando. En ese momento, sentimos que Marce nos protegió de la lluvia para que pudiéramos despedirnos y que fue él quien nos encontró a nosotros para que no nos fuéramos sin cumplir nuestro cometido.

La tierra de la tumba todavía estaba medio suelta y sin pasto porque el entierro había sido muy reciente. Sobre ella, había una pila de coronas y flores; nunca vi tantas juntas. Nosotros le dejamos algunas flores que habíamos comprado en la entrada y nos quedamos un rato en silencio soltando lágrimas. Tantas, que el suelo nunca llegó a notar que había dejado de llover. De la nada, Mercedes se arrodilló frente a la tumba y rompió el silencio con sus gritos desconsolados del estilo de: «¿Por qué te fuiste? ¡Volvé, por favor! ¡No me dejes sola! ¡Te necesito acá conmigo! ¡Volvé!» y cosas así.

Escucharla era algo desgarrador, pero peor fue verla mientras lo hacía, de un solo movimiento corrió varias coronas a un costado y empezó a clavar los dedos en la tierra como para hacer un pozo. Parecía decidida a sacar el cajón con sus propias manos. Llegó a remover varios puñados de tierra y los demás nos quedamos perplejos; no sabíamos cómo detenerla ni cómo consolarla. Fueron solo algunos segundos, pero el tiempo transcurría de otra forma en ese lugar. Finalmente, la pusimos de pie, la abrazamos entre todos y lloramos juntos por unos instantes. Todavía creo que si no la hubiéramos interrumpido, hubiese sido capaz de dejar el cajón al descubierto.

Después de eso, acomodamos todo como estaba, cada uno dijo unas palabras para despedirse y emprendimos el camino

de vuelta. Mientras nos acercábamos al portón de la salida, comenzó a llover nuevamente y no volvió a parar por el resto del día.

## *Entre amigos*

Feche Monserrat

Todavía recuerdo ese momento en el que te vi por primera vez como si hubiera sido hace un toque nomás. Estabas sentada a la mesa conversando con Jazmín. Tenías un vestido (corto) y yo un amor (en la mano). Tomás ayudaba a Laura en la cocina a preparar la picada. Fue entonces cuando llegué. Toqué el timbre, Tomi me abrió la puerta, me saludó con un abrazo, como siempre, y me acompañó hasta el comedor. «Te presento a Candela, mi cuñada», me dijo «y portate bien», agregó. Le respondí «Sabés que siempre me porto mal, eso lo aprendí de vos», nuestra respuesta habitual. Me presenté y las saludé con un beso. Después, mientras Tomi fue a recibir a Bruno, que justo había llegado, me fui para la cocina y ayudé a Laura a terminar de preparar todo y a llevar las cosas a la mesa. En una de esas idas y vueltas, me dijo «Mi hermana se está quedando acá por unos días, mientras tiene a los albañiles trabajando en su casa. Espero que se integre rápido; vas a ver que es buena onda». Saludamos a Bruno y nos sentamos a la mesa que, como era redonda, estábamos cómodos para poder hablar entre todos. Me senté entre Jaz y Bruno. Lau y Tomi estaban en las sillas restantes.

La noche transcurrió como una de las típicas juntadas de nuestro grupo. En ese entonces, era mi grupo de amigos y no el tuyo, pero vos te uniste pronto. Nos reímos mucho con las anécdotas de Bruno con su exnovio, de las clases de canto fallidas de Jaz, de mis chistes malos y del desastre que son tu hermana y mi mejor amigo haciendo las cosas de la casa. Entre

tanta charla, no me di cuenta en qué momento se terminaron las pizzas y había perdido la noción del tiempo. Decidimos comprar helado y con la excusa de estirar un poco las piernas, me ofrecí a ir a buscarlo caminando. Total, la heladería estaba a tres cuadras nada más y la noche se encontraba hermosa. Además, no suelo aguantar mucho tiempo encerrado en un departamento porque me agarra cierta claustrofobia.

Cuando estaba por bajar, Bruno y vos me avisaron que me acompañarían. Vos querías un poco de aire y él cigarrillos, un oxímoron de la vida. Salimos a la calle y empezamos a caminar. Bruno me agarró de la mano y te dijo «No le digas a los demás que nosotros estamos saliendo», y ante tu silencio, agregó «Es un secreto, porque Marcos todavía no se anima a contarlo». «Tranquilos, chicos; prometo no decir nada», contestaste e inmediatamente los tres estallamos en carcajadas y le solté la mano a mi amigo. En ese momento no entendía lo que estaba pasando; con el diario del lunes, todo tiene sentido. Mientras nosotros comprábamos el helado, Bruno fumaba en la vereda. Por suerte, a vos te molestaba el cigarrillo tanto como a mí. Pedimos un kilo de dulce de leche, granizado, mouse de limón y chocolate con almendras. Sabíamos que con esos gustos dejábamos a todos conformes.

El camino de regreso fue en silencio, pero no dejábamos de mirarnos. En realidad, puede que Bruno nos haya estado hablando, al menos yo no lo escuché. Estaba distraído en tus ojos color miel, tus mejillas blancas, tu sonrisa tímida y tus rulos castaños al viento. Ya sé, vos decís que no son rulos, son ondas, pero para mí es lo mismo. Ya de vuelta en la casa de los chicos, comimos el helado mientras jugábamos al Uno. Creo que no gané ni un solo partido, pero eso no me importó, a pesar de que normalmente soy muy competitivo y mal perd-



edor. Lo único que me importaba era esa sensación reconfortante de bienestar que me invadía.

La noche terminó de lo más normal. Bajamos todos y nos despedimos en la puerta. Jaz alcanzó a Bruno hasta su departamento, vos te quedaste en el living de Lau y Tomi y yo me fui a mi casa. Si bien no pasó nada más entre nosotros, ese fue el inicio de nuestra historia, la llave a una nueva vida. ¿Quién hubiera imaginado que el azar (tal vez con un poco de ayuda de tu hermana y mi mejor amigo) nos cruzaría de esa forma? Las semanas siguientes estuvimos mensajeándonos como si tuviéramos diecisiete años y nos vimos en las reuniones de los sábados hasta que empezamos a salir juntos. A los meses, nos mudamos a la misma casa, adoptamos un perro de la calle y formamos nuestra familia. Le pusimos Chano, porque lo encontramos chocado y lo llevamos al veterinario.

Pasaron algunos años y no puedo imaginar cómo llegamos hasta este punto de no retorno. Nuestras vidas cambiaron radicalmente. Vos estás viviendo con Bruno desde que descubrí que me engañabas con él, tras encontrarlos juntos en mi propio sillón un día que volví antes del club porque se había suspendido el entrenamiento. El grupo de amigos, que supo ser una familia por elección, terminó partiéndose en pedazos, como mi corazón. Jaz se fue a recorrer Europa, se casó con un francés, se instaló allá y ya casi no nos habla. Bruno y yo ya no nos dirigimos la palabra. Todavía no logro comprender cómo se atrevió a jugar a mis espaldas y a burlarse de mí, si yo siempre estuve ahí para apoyarlo cuando lo dejó su novio. Lau y Tomi no se metieron en nuestra separación, ellos siempre nos respetaron, pero las cosas ya no son como antes. No pasan mucho tiempo conmigo o con ustedes para que no creamos que tienen preferencias o que eligieron un bando, o por lo menos eso es lo que

me dijo Lau, y la entiendo.

Por tu culpa perdí a mis mejores amigos, a mis hermanos, a mis analistas y pacientes, a mis compañeros de aventuras, esos con los que celebrábamos y llorábamos juntos, los que estuvieron en todas. Hasta te quedaste con Chano. Ellos ya no están y vos tampoco. Ahora solo falta que me vaya yo.

## ***Ellos en el Petit Café***

Una historia, tres actores.

Carolina C.J. Muavero

### ***Ella***

*Llego feliz, es media mañana. Encontré al Petit Café en un lugar apartado y se lo ve reluciente y acogedor. Es nuevo para mí, un estreno posterior a este insufrible aislamiento. Seguramente podré cumplir con el deseo postergado de saborear una variante italiana de café muy difundida en las redes, ahora que tenemos permiso.*

*Aquí estaremos un buen rato mi libro y yo, en conjunción hedonista, él entregándose generoso a mi placer por la lectura y yo atrapando cada palabra, cada expresión evocadora de los buenos tiempos. Un escenario perfecto para la espera.*

*Distraída, busco una ubicación sin pretensiones. Esa mesa de dos al lado de la columna algo separada del resto, al amparo de algún natural murmullo, resulta perfecta. Así que casi no miro hacia las que están ocupadas. Mientras me quito parsimoniosamente mi abrigo, disfruto de la calidez del salón que logra resguardarme del frío julio de Buenos Aires.*

*Me dispongo a tomar asiento y el libro se resbala de mis manos como si hubiera desafiado mi deseo de abrirlo cuanto antes y, dibujando una cabriola increíble, termina su recorrido sobre una de las sillas de la mesa de al lado.*

*Solo quiero recuperarlo para ordenar mi café veneciano.*

*Por lo que mis ojos no lo ven, pero mi olfato distingue muy bien ese perfume francés, amaderado y liviano.*

*Después del breve instante inicial de felicidad, ahora siento que me hace falta el aire. ¿La misma sensación de ahogo de aquella mañana de primavera?*

Es inevitable para ella volver a la escena del portazo, cuando él decidió dar por finalizada la convivencia cercana a los diez años. No le importó que el festejo se estuviera preparando. «Necesito mi espacio», le dijo.

De manera que ella se reencontró con sus trescientos metros cuadrados del que fuera su piso de soltera, asomados al balcón terraza de un sexto piso en una privilegiada esquina frente al río.

*Entonces lo veo. Es mi ex que deja en pausa su café y está de pie frente a mí con el libro en sus manos. Solo me mira. Sigue tan guapo como hace casi un año. ¿De traje y corbata a esta hora?*

*¿Qué hago con este silencio que aturde? ¿Y ahora...?*

## **Él**

*¡Acabo de encontrar un nuevo lugar para reiniciar el ritual del cafecito de las diez! Luego de esta feroz cuarentena, la ciudad empieza a despertar. Esto mejoró mi ánimo, sumada la visita a un cliente de la zona, culminada felizmente. ¡Increíble la venta del caserón de Senillosa! Más rápido de lo esperado.*

*Así que ahora quiero celebrar este logro con el capuchino especial anunciado en la pizarra. Buen ambiente, música suave, lo que necesito para un rato de concentración. Debo hacer algunas*

*llamadas y anotar un par de direcciones.*

*Me gusta hacerlo fuera de la oficina, de esta forma puedo dedicar tiempo a mirar si alguna de las mujeres que entran solas me atrae como para invitarla a compartir un café. Hasta ahora no me he animado, pero sigo pensándola como estrategia para iniciar una nueva historia. ¡Podría ser una petit historia, para estar a tono con el lugar!*

*Somos pocos clientes y en mi recorrido visual distingo más hombres que mujeres. Imagino que a ellas les gusta más juntarse a la hora del té.*

*Me sorprende un breve murmullo de admiración de los dos muchachos sentados junto a la ventana. No la veo entrar porque estoy de espaldas a la puerta, pero indudablemente debe estar buena, como todo lo que sirven acá.*

*Ahora un libro se desploma en la silla que está a mi lado y en fracción de segundos —es increíble la velocidad con que se multiplican los pensamientos— leo el título Comer con los ojos. Historias que alimentan el alma, y lo asocio a los tiempos vividos con mi exmujer.*

*Coincidencias o no, estuve leyendo la reseña del libro en el suplemento literario del diario del domingo. ¡Fueron muchos años de placer compartido por la buena mesa! ¡Y casi teníamos una obsesión por descubrir nuevos resto bares para prolongar el encuentro con amigos a la salida del cine!*

Es inevitable para él volver a aquella primera escena cuando la conoce. Recién mudado al sexto B se encuentra en la planta baja con esta morocha elegante pero inalcanzable, según dato certero del encargado. Confirmado de inmediato además, ya que ella, con un notable gesto mezcla de desdén y desconfianza, rechaza la posibilidad de subir juntos en el ascensor. Después

sucedan muchos encuentros más, hasta que finalmente él consigue ser invitado al sexto A para compartir, en principio, un buen vino y un café, con la mejor vista nocturna de la ciudad porteña más moderna, como telón de fondo.

*Reacciono de inmediato ante la caída del libro. Lo tomo, me levanto y al acercarme para devolverlo, la veo. Es ella. Se ha quitado el abrigo y luce un suéter morado que ¡le queda espléndido! Y su melena ¿más corta?, un marco perfecto para un par de ojos que me miran sin creer lo que ven. Ella no va a iniciar la conversación, tendré que ser yo el que...¡oh, no!*

## ***El Petit Café***

*Allí están los dos, frente a frente. Está claro que, pasado el asombro, se reconocen. El libro oficia de puente por donde transitan sus miradas, pero sigue en las manos de él. ¿No se decide a dárselo? Ella tampoco busca recibirlo, solo lo mira.*

*Él permanece de pie junto a la mesa de la mujer. Tiene la actitud de la espera, del que desea ser invitado a compartir. Pero no.*

*El prolongado silencio —¿llegó al minuto?— se quiebra cuando el móvil de ella anuncia un audio especial que decide atender. Es evidente que él está a punto de iniciar el diálogo.*

*Ella se ha sentado para escuchar el mensaje y entonces sonríe. Él parece reconocer esa expresión, saber qué significa, porque está leyendo sus labios. Sin embargo, sigue esperando. Ella ahora corta la comunicación y vuelve su mirada hacia la entrada. Presuroso entra un hombre y de un vistazo rápido la ubica.*

*Ella y el recién llegado se abrazan. Efusivamente. Parecen*

*estar viviendo una gran historia, de esas que no necesitan ser contadas.*

*Él permanece en el lugar mientras escucha al hombre que explica por qué adelantó la cita, e inmóvil observa el beso prolongado, agradecido, de ella.*

Es sabido que escenas como estas suceden a diario en todo el mundo. Encuentros amorosos, polémicos, tramposos. Todos tienen su encanto, su misterio. De ellos, este observador universal, omnipresente, trata de imaginar el desenlace y hasta desea, como en este caso, que pase algo más después del beso.

*Pero ella parece tener ojos solo para el recién llegado y no registra a quien los está mirando.*

*Entonces, él hace un último movimiento para apoyar el libro caído sobre la mesa y vuelve de inmediato a la suya, mientras se oye clarito que, en voz baja, dice «¡Chau, nena!».*

*Paga su café y busca la avenida para confundirse entre la decena de hombres y mujeres que, con sus propias historias a cuestas, pasan a su lado sin verlo.*





## *Amores de escuela*

Alfonso Cantador Alias

La ciudad andaluza era relativamente pequeña. El barrio donde se ubicaba la escuela era de gente humilde, y el tránsito de los que entraban y salían de ella le daba otro aire. Lucía era una de las maestras más veteranas y que ahí se dejaba toda su sapiencia. Acudía rauda a cualquier reclamo de su puesto de trabajo, o a cualquier tarea que la Dirección le encomendase. Jamás faltó a sus clases; ni siquiera el día de la muerte de su madre, en el que solo utilizó el tiempo imprescindible que le ocupó el sepelio.

Al lado del colegio, una vieja taberna hacía las veces de descanso y alguna que otra vez al café del desayuno, coincidía con personajes del barrio y algunos de sus compañeros con los que departía. Incluso algún miembro de la Dirección se sentó a su lado en determinada ocasión, para tantearle su estado de ánimo frente al funcionamiento del centro.

Lucía había estudiado en un colegio privado de la capital del territorio, en el que obtuvo la acreditación necesaria para poder ser contratada en esta escuela. Estaba casada con una mujer a la que amaba y tenían un hijo adoptado de corta edad, al que cuidaba y mimaba como nadie. Su pareja trabajaba en otra escuela algo más retirada del domicilio, en una zona de la ciudad algo más deprimida.

La pareja funcionaba como todos los matrimonios. Algunas disputas y desavenencias apenas si interferían entre ellas, siendo raras las veces que se salían de las normas como cualquier

par de enamorados.

Cierto año, al terminar el periodo de vacaciones, daba comienzo una nueva etapa de la misma y algunos educadores y maestros se incorporaban por primera vez al centro. La Dirección tenía por costumbre aprovechar la experiencia de los que llevaban más tiempo y dominaban el entramado del centro para que actuaran como anfitriones con los recién llegados, haciendo así de puentes entre lo desconocido o lo teórico, y lo que verdaderamente se producía en ese negocio. Ese año, una joven maestra especialista accedía por primera vez. Lucía fue la encargada de acomodar a la misma al ritmo y dinámica del veterano establecimiento educativo, como otras veces había hecho.

La joven se llamaba Raquel. Residía justo al lado de la escuela, por lo que la conocía desde fuera, aunque ignoraba el funcionamiento interno. Lucía tendría que ponerla al día en una semana.

Raquel era una joven recién casada y con una hija pequeña. Poseía un carácter afable y una educación exquisita, que al instante despertó el interés de Lucía, desde que la Dirección se la presentó para la encomienda. Nunca le había llamado tanto la atención ningún docente nuevo como ella. Quedó cautivada por la dulzura y el carácter de la misma desde el primer minuto en que la conoció y por la delicadeza con la que se entregaba a las orientaciones de la veterana maestra. Lucía calculaba que podía tener unos ocho o nueve años menos que ella, hasta que un día sin ningún tipo de tapujos le preguntó la edad. Su apreciación había sido acertada.

De repente, Lucía empezó a sentir por ella algo diferente a cualquier otro empleado de la escuela que había pasado con anterioridad por el mismo trance. Cuando menos se lo imag-

inó, sus sentimientos hacia la joven Raquel empezaron a remover un corazón con la misma intensidad que cuando conoció a su pareja y formalizó su matrimonio.

Todas las mañanas de los primeros días, la esperaba en su puesto mucho antes de que ella llegara, y casi siempre porque así lo había descubierto, el espacio de trabajo de Lucía se inundaba de acordes de música clásica. A Raquel le encantaba y le ayudaba a relativizar el clima laboral para empezar el día con una clarividencia y una calma exquisita.

Lucía poco a poco fue acercándose más a ella. Incluso cuando sus sentimientos le pudieron y se encontró atrapada por la belleza y el carácter de una joven que apenas si había conocido unas semanas antes. Todo cambiaba de manera súbita, aunque de forma secreta y sin querer despertar ninguna sospecha por la atracción a la que se había visto relegada.

Raquel usaba a diario un perfume que Lucía no pudo olvidar en su vida. Cada mañana al llegar al colegio, le activaba todavía más los sentidos y los sentimientos que en silencio sentía por ella. Todo era extremadamente complicado: detrás había dos vidas que emergían con una hija pequeña y una pareja, y la suya misma, a la que se aferraba sin poder romper pese a la atracción que la veterana maestra ejercía sobre la joven especialista.

Lucía veía que la situación se le escapaba de las manos. Evocaba permanentemente sus palabras, sus gestos, su aroma, su mirada serena... e incluso tuvo la osadía de pedir el traslado a la parte de la escuela donde se encontraba Raquel, para poder contemplarla casi todas las horas del periodo lectivo.

Cuando llegaba a casa, hacía de tripas corazón para intentar olvidar, pero le era imposible, porque hasta en sueños la sentía a su lado. Recordaba la tersura suave de su piel cuando

en alguna ocasión la saludó con un beso en la mejilla, o cuando con motivo de salir a la vieja taberna con el pretexto de tomar un café, rozó sus manos para sostener un paraguas un día de lluvia. Todos estos matices la enloquecían de repente y no era capaz de gestionar sus emociones.

Otro día no se separó de ella ni un solo momento al sobrevenirle a Raquel una lipotimia que aguantó estoica hasta que su marido, que ese día se encontraba en la ciudad, pasó a recogerla para llevarla a su domicilio, sin que Lucía pudiera traspasar los muros de la fría escuela y acompañarla, a pesar de advertir que la perdía por momentos o tal vez para siempre.

Todo se tornó incómodo e insostenible durante los dos años en que coincidieron. Se hacía necesaria una solución para no romper dos vidas y dos hogares. Tal vez pedir un traslado a otra escuela o a otra ciudad podría poner remedio a este mal de amores que no trascendió más allá de lo estrictamente laboral. No hubo ninguna situación en la que fuera capaz de manifestarle su amor, plantearle lo que sentía y vivía a diario en la escuela y fuera de ella.

El primer verano en que se separó de Raquel, lo pasó pensando en ella permanentemente hasta que un día sonó su teléfono y al otro lado oyó su voz. No podía creer que la hubiera llamado. Nerviosa, no pudo sino articular varias palabras para preguntar por su hija y los suyos, dedicando a Raquel unas frases de aliento para que descansara y se divirtiese en unas vacaciones merecidas.

A la vuelta, Lucía tenía una solución para acabar radicalmente con todo. Pensó incluso en algún momento desesperado en quitarse la vida en un acto cobarde por no saber afrontar directamente y con todas las consecuencias la situación sobrevenida. Raquel sentía en el fondo cierta atracción

por ella, pero no con la misma intensidad, sino por la supuesta seducción que te da una persona algo mayor y un profesional que te ha prestado la seguridad de afrontar un trabajo. Como nunca le planteó directamente la situación por temor a consecuencias desagradables, en ese comienzo del trabajo optó por trasladarse a otra ciudad, a sabiendas de que la perdería para siempre.

La sorpresa para Lucía surgió cuando al enterarse Raquel de que esta abandonaba la escuela, ella hizo lo mismo. Tal vez para olvidar esos dos años o, por qué no, para empezar otra vida en un lugar diferente.

Lucía, después de algunas décadas, todavía sueña con su mirada, su voz y ese perfume embriagador del que no podrá olvidarse nunca, y que en alguna ocasión le ha causado un mal trago al apreciarlo en determinado lugar esparcido por el aire, pero que al comprobar que la dama que lo portaba no era la joven que le había hecho perder la cabeza, la hundía todavía más en la desesperanza.

Algunas veces pasea por el barrio de la vieja escuela con el anhelo de poder encontrarla a la vuelta de cualquier esquina y oír su voz. Incluso en alguna ocasión, ha tomado su auto y se ha desplazado hasta el barrio donde ahora reside por el mero hecho de sentir su presencia pese a no poder contemplarla. De vez en cuando, saca de su bolso una fotografía de Raquel y la mira sin importarle que el paso del tiempo pueda haberla cambiado de aspecto. Aún conserva su teléfono que a veces mira sin atreverse a llamarla. Y todo eso, porque posiblemente ella la haya ya olvidado, mientras Lucía todavía habla con la joven de vez en cuando entre sueños.



## *Confusión*

Martín Andrés Devecchi

—¿La pasaste bien, Romi? —le pregunté mientras volvíamos del bar de siempre. Ya se nos había hecho costumbre que la pasara a buscar por su casa y que luego la llevara de regreso. Me quedaba de paso.

—¡Sí! —me respondió con una amplia sonrisa—. Gracias por venir, Fer, ¿vos cómo la pasaste?

—Excelente, como siempre que nos juntamos. —Mi respuesta escondía un doble mensaje.

Desde hacía unos meses que nos juntábamos todos los jueves en un bar por Lanús. Éramos un grupo de seis personas, al cual en donde yo caí de casualidad por invitación de un amigo. Ese primer jueves, cuando vi a Romina por primera vez, ni me percaté de su presencia. Solo advertí a una excelente persona con una energía muy bonita. Pero nada más. Yo venía de una separación muy dolorosa, y mi herido corazón me mantenía ciego. La pasé tan bien que me hice habitué de la juntada semanal, y jueves tras jueves fui abriendo un poco los ojos, hasta finalmente poder verla.

Ese jueves habíamos ido al mismo bar de siempre, pero por una ocasión especial, era su cumpleaños.

—Gracias por el choco —me dijo mientras alzaba una barra de chocolate Block—, es mi favorito.

—Ya lo sé —le respondí mientras ponía la luz de giro y movía el volante hacia la izquierda.

—¿Cómo sabés? —Se sorprendió.

—Averigüé. Le pregunté a Caro.

—Ah, sos un genio. —Me tocó el hombro y me sonrió, con esa sonrisa que tanto había llegado a adorar—. Gracias.

—De nada.

—Y gracias por el cartelito también.

—De nada —volví a responder—, mirá que lo que dice es cierto eh, haceme caso.

—Si usted lo dice, señor —bromeó ella.

Junto con el chocolate le había hecho un cartelito que de un lado decía «Feliz Cumple, Romi», y del otro «Cumplís 33 años, un número mágico, ojo con lo que le pidas al universo, porque se te va a cumplir». Yo ya le había hecho mi pedido, esperaba que me hubiera escuchado.

Seguí manejando, hablamos de otras cosas sin importancia. O mejor dicho, de mucha importancia, porque todo diálogo con ella era agradable y agradecido, pero nada llevaba el rumbo de la charla para donde yo quería.

Lo cierto era que desde hacía un tiempo que quería invitarla a salir, pero no me animaba. No en grupo como todos los jueves. Los dos solos, como una cita. Con tantos viajes de ida y vuelta, con tanto tiempo a solas en el auto, la fui conociendo mejor y me fue gustando lo que conocí. La empecé a ver con otros ojos. Me fue gustando su forma de hablar, su forma de pensar, su forma de ser. Me fue gustando ella. Hasta que un día, sin darme cuenta, me encontré pensando en ella. Y así es como fui anhelando que llegase el jueves, el día que la veía a ella. Mi interés por ella se fue incrementando con cada encuentro con cada encuentro, y empecé a pensar en ella muy seguido. Hasta el punto de pensar en ella demasiado. Tal es mi sentimiento hacia ella, que no paro de pensar en ella, y que como podrán ver, no puedo dejar de decir «ella».



Fueron muchos los jueves que me dije a mí mismo, «Fernando, hoy le blanqueás lo que te pasa». Pero siempre me terminé acobardando. No por miedo al rechazo, no. Nunca tuve ese miedo. Puedo aceptar tranquilamente que una mujer me diga «no». Jamás fui de tener mucho levante y lo acepto. Era miedo a romper con una reciente pero muy linda amistad, además de con un grupo de amigos. Miedo a romper con esos jueves de cervezas y risas que tanto bien nos hacía a todos los integrantes. Pero mi corazón protestaba jueves tras jueves, y llegó el día que mi cerebro, ya cansado de tanto reclamo, le cedió a este el control de mi boca. Claro que el comentario de Romina fue como un chorrito de nafta directo hacia una fogata. Al menos para mi confundido corazón.

—Che, Fer, ¿viste cómo te miraba Natalia hoy?

—¿Nati? —me extrañó su pregunta—. Como siempre. ¿Cómo me va a mirar?

—No, Fer —hizo una pausa y abrió mucho los ojos—, ¿no te das cuenta?

—No tengo idea de qué me estás hablando.

—Que te mira con ganas, tonto, eso te digo.

—Ah, no, ni cuenta yo.

—Dale, no te hagas.

—En serio, Romi, nunca me fijé en Nati.

—Pero ¿por qué no? Si es re linda.

En ese momento sentí que tenía una oportunidad de blanquear mis sentimientos. La charla se iba dando más para el lado que yo quería. Entonces traté de usar su comentario a mi favor.

—No me parece. —Justo nos había agarrado el semáforo en rojo, por lo que volteé a mirarla directamente a los ojos—. Vos me parecés linda, Romi.

Ya está, se lo dije. Solo que su reacción no era la que yo esperaba aguardaba. Tampoco pretendía (ok a pretendía, acá sí) que se abalanzara sobre mí, pero mucho menos esperaba esa cara de desconcierto e incomodidad. No le hizo falta hablar, su expresión me lo dijo todo. Inmediatamente Me di cuenta de que me había confundido, y groseramente.

—No, Romi, perdoname... pensé que... que vos...

—No, Fer, no pasa nada, tranquilo —me interrumpió tratando de restar importancia al incómodo momento que le estaba haciendo pasar.

—Nada, perdón. Pensé que había onda. Pensé cualquiera, perdón.

—Ya está, Fer, no pasó nada —me dijo mirando al frente.

Pero había pasado. Y como mi cerebro se había tomado el día de franco, seguí hablando.

—Tampoco quiero que pienses que te me tiré por borracho ni nada parecido. —Ese jueves habíamos tomado más de lo habitual, por tratarse de un festejo—. Esto que te dije lo vengo pensando hace tiempo.

Ella seguía mirando al frente sin hablar, seguramente pidiéndole a la tierra que la tragase.

—Hace tiempo que te veo diferente —no podía dejar de hablar—, que me gusta tu forma de ser —no controlaba mi lengua—, que me gusta tu forma de pensar —que alguien me calle—. En fin, que me gustás vos, Romi. —Ya, Fernando, ¡cerará la boca!

Afortunadamente, llegamos a la puerta de su casa, ya no tenía tiempo para seguir enterrándome. O quizás si...

—Gracias por traerme, Fer. —Me saludó rápidamente con un beso en el cachete y abrió la puerta para bajarse del auto.

—Esperá, Romi. —Se volteó y la miré a los ojos, ya expuesto

como estaba no tenía nada más que perder—. ¿A vos no te pasa nada conmigo? —Hice una mueca—. ¿Nada de nada?

—No, Fer. —Sus ojos transmitían compasión y me odié por el ridículo papel que estaba haciendo en ese momento—. Perdón, pero no. Te considero un amigo.

Se bajó del auto.

Llegué a mi casa y le mandé un mensaje pidiéndole perdón por haberla incomodado, que esperaba que esto no afectara nuestra amistad, y que simplemente me había confundido.

Pasaron los días y no puedo dejar de pensar en lo ocurrido. Después de darle vueltas y vueltas al asunto, entiendo lo mal que me manejé. Ella nunca me dio una señal, nunca me insinúo nada. Mi herido corazón se aferró a la primera sonrisa que encontré, que por más hermosa y radiante que fuera, debo entender que se trataba solamente de la sonrisa de una amiga.

Solo espero poder aclarar esta confusión y poder sacármela de la cabeza. Se me hace muy difícil. Por no decir imposible. Encima el día no ayuda, hoy es jueves.



## *La última noche*

Martín Andrés Devecchi

Algunos dirían que soy una persona mayor, otros que soy un viejo, y ambos tendrían razón. Soy una persona mayor porque tengo 85 años, y soy viejo porque me estoy consumiendo en vida. Tengo un tumor del tamaño de una pelota de tenis en mi cabeza. Empezó siendo del tamaño de una canica, pero el muy desgraciado creció a pasos agigantados en poco tiempo. De nada sirvió toda la quimio que mi pobre cuerpo pudo soportar, y abrirme el cráneo para extirparlo no era viable.

—Usted es una persona mayor, su cuerpo no soportaría una operación de siete horas —me dijo el doctor.

—Soy viejo, lo sé. ¿Ya me puedo ir a morir tranquilo, doctor? —respondí con indiferencia.

—No, señor, no diga eso... —Me levanté y me fui, dejando al doctor hablando solo.

Salí caminando muy tranquilo del hospital. Repito, soy viejo, no le tengo miedo a la muerte. Espero a la pálida dama desde hace mucho tiempo. La espero desde el día que ella se fue.

En ese entonces yo era joven, con un futuro lleno de posibilidades. Había abierto mi propia empresa de importaciones, comprado mi propio departamento y logrado lo que ningún mortal había podido: conquistar a Jazmín Molleri. La encarnación misma de todos mis sueños. Una mujer que con su sonrisa hacía salir al sol incluso en el día más encapotado. Una mujer que llegó a mi vida para darle color. Con solo 32 años, sentía que tenía el mundo en la palma de mi mano. Hasta que

le llegó la propuesta.

Jazmín era artista; actuaba, bailaba y cantaba. Por eso, cuando le ofrecieron una oportunidad para trabajar en el Coco Bongo de Playa del Carmen, México, no lo dudó. Su trabajo en el país era casi nulo, había mucha demanda y poca oferta laboral, y en ese entonces la tendencia de los artistas era irse a México a vivir del arte. Muchos de ellos migraron en esa época. Y yo, que siempre velé por su felicidad, la apoyé en todo momento. El plan era el siguiente: ella se iría sola y tantearía la situación en México. Yo no podía abandonar mi reciente empresa importadora. Si después de los seis meses que duraba el contrato, veíamos que valía la pena a nivel profesional para ella, yo arreglaría mis asuntos en Argentina y me iría allá. Si ella decidía que no valía la pena quedarse, volvería.

Yo quería estar con ella, donde fuera. Era joven y tenía la ingenua creencia de que «si hay amor, el resto tiene solución». Lo haríamos funcionar de cualquier forma. Hoy debo ser un viejo ingenuo, porque sigo con esa creencia.

Le quise regalar una noche especial, por todas esas noches que estaríamos separados. Si hubiera sabido que sería la última, le hubiera hecho el amor cien veces, en vez de solamente cuatro. Le hubiera dicho lo hermosa que estaba, miles. Le hubiera dicho «te amo», un millón. O simplemente le hubiera dicho «no te vayas».

Reservé una noche en el hotel Madero. El paquete incluía una cena de tres pasos en su restaurante, una habitación en suite, acceso libre al spa del hotel y el desayuno de la mañana siguiente. La llevé engañada, quería sorprenderla. Armé un bolso con nuestras cosas y lo puse en el baúl del auto. «Vayamos a comer afuera», fue la excusa para salir. Estacioné a una cuadra del hotel y empezamos a caminar buscando dónde ce-

nar. Al pasar por la puerta me frené.

—Ah, me recomendaron el restaurante de este hotel —le dije señalando con el dedo—, entremos a ver.

No le di tiempo a réplica y la llevé de la mano al interior. Me miró desconcertada, pero me siguió. Al entrar me dirigí directamente hacia la recepción.

—Buenas noches, tengo una reserva a nombre de Alejandro Del Monte —le dije al encargado y la miré a ella de reojo.

Jazmín me miró, con esos faroles que tenía por ojos. Una sonrisa le iluminó la cara. No lo podía creer.

Fuimos hasta nuestra habitación. Después de recorrerla y fijarnos en cada detalle, hicimos el amor sobre la cama por primera vez esa noche. Luego fuimos hasta donde había dejado el auto a buscar el bolso. Volvimos a nuestra habitación y nos duchamos. En la ducha hicimos el amor por segunda vez.

Nos cambiamos para ir a cenar. Yo llevaba una camisa blanca con puntitos negros, jean oscuro y zapatos negros. Ella, el vestido corto que le había regalado para la última Navidad. Era azul oscuro con pequeñas flores blancas, con dos breteles que dejaban admirar sus hombros y su fino cuello, del cual colgaba su amuleto de la buena suerte. Este se lo había regalado para su último cumpleaños. Se trataba de dos búhos enamorados que se abrazaban, o mejor dicho, que se protegían entre sí. Ambos parados sobre una rama, colgando de una cadenita de plata. Llevaba sus rulos amarrados en un broche con forma de mariposa de color azul y un rímel negro que parecía intensificar el color cian de sus ojos. En los labios, un simple labial transparente con brillos, no necesitaban color, naturalmente ya eran de un intenso rosado. Yo me perfumé con el One Million, su perfume favorito; y ella con mi debilidad, el Good Girl.

¿Alguna vez pudieron mirar a una persona directamente a

los ojos por más de treinta segundos sin incomodarla ni incomodarse ustedes mismos? Pruébenlo y verán que no es nada fácil. Esa noche le pedí que me mirara fijamente, para así sacarle una fotografía mental, para quedarme con esa imagen que me acompañaría en muchas noches de insomnio y soledad. La admiré por casi cinco minutos completos, sin apartarnos la mirada, casi sin pestañear. Salimos de nuestro hechizo solo porque nuestras bocas se llamaron. Contuve un beso salvaje para no correrle el maquillaje.

Bajamos a cenar.

No recuerdo mucho de la cena. Ya lo dije, soy viejo. Y mi amigo don Tumor se ha empecinado en borrarle archivos de la carpeta mis documentos, ubicada en mi cerebro. Hoy a la mañana no recordaba cómo atarme las zapatillas. Así de viejo estoy. Pero recuerdo que la pasamos muy bien, hablamos de cosas banales y nos reímos mucho, casi nos olvidamos que se trataba de una cena de despedida. Hasta que trajeron el postre y llegó el momento del brindis. Eso sí lo recuerdo, era un volcán de chocolate, su postre preferido, acompañado con dos copas de champagne.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó.

—Por nuestro futuro —le respondí—, porque sea en México o en Argentina, o en Bangkok —hice una pausa—. Donde sea, mi amor, pero juntos.

Brindamos, las lágrimas salieron pidiendo permiso, nos besamos y subimos a nuestra habitación para hacer el amor por tercera vez. Después nos quedamos un rato en el balcón, semi desnudos, aprovechando la fresca noche de octubre. Ella recostada sobre mí en la reposera, apoyando su cabeza en mi pecho, abrazados, protegiéndonos mutuamente tal como hacían sus pequeños búhos colgados de su cuello. Nos queda-



mos en silencio por largo rato.

—Esto no es un adiós, mi amor —inició ella—, nos vamos a volver a ver.

—Ya lo sé, mi vida —le respondí con seguridad, como queriéndome autoconvencer—, pero igual duele.

—Sé que duele, sé que es difícil. —Se irguió levemente y me miró a los ojos—. Solo quiero decirte «gracias».

—No tenés que agradecerme nada.

—Sí que tengo. Gracias por tu apoyo, por no frenarme nunca, por tu amor incondicional. Gracias.

—Siempre te voy a apoyar, mi amor, siempre.

Se volvió a recostar sobre mi pecho y nos quedamos dormitando un rato. Luego nos pasamos a la cama a dormir. La abracé con ambos brazos y con mi pierna izquierda, como si fuera un koala, mientras le respiraba en la nuca y me impregnaba de su olor. Creo que si logro concentrarme lo suficiente, hoy en día puedo sentir ese olor, y con él, el calor de su cuerpo pegado al mío. Eso es algo que el gordito que habita en mi cabeza no podrá mandar a la papelera de reciclaje nunca jamás.

A la mañana siguiente me desperté en la misma posición, mi inconsciente no quiso separarse un segundo de ella. La desperté dándole dulces besos en la nuca, los cuales se fueron corriendo hacia su hombro izquierdo, para terminar luego en su pecho. Esa mañana hicimos el amor por cuarta vez. También se trató de la última.

Bajamos a desayunar.

El desayuno bufet tenía todo lo que se puede llegar a esperar de un desayuno en un hotel cinco estrellas. Yo no paré de comer un segundo, devoré todo lo que había en la gran mesa, queriendo así de alguna forma engullir todos mis miedos. Ella,

por el contrario, no comió nada. Cada quien manejó sus nervios como pudo.

Después del desayuno subimos al spa. Eran las diez, tendríamos que estar en Ezeiza a las catorce. Estuvimos un rato en el sauna seco, después en el húmedo, después en la pileta climatizada y por último en el jacuzzi. Hablamos poco y nada. ¿Qué se dice a horas de separarse del amor de tu vida? Aún con mis 85 años, sigo sin saberlo.

Llegamos a Ezeiza a las 13:45 h. Ella despachó su equipaje y subimos hasta la parte de migraciones, hasta donde puede llegar alguien sin pasaje.

—Buen viaje, mi amor —le dije mientras contenía un llanto furioso que quería escapar a toda costa—. Cuidate mucho y hacete valer. Vos sos increíble, te merecés lo mejor del mundo, no te conformes con menos.

—Gracias, mi amor. —Ella no pudo contener las lágrimas—. Y acordate, esto no es un adiós, es un hasta luego. —Trató de sonreír.

—Ya lo sé —dije con ojos húmedos—. Hasta luego, mi vida. Yo te espero.

Nos besamos por última vez. Un beso amargo, producto de las lágrimas que se posaron en nuestros labios.

Antes de pasar por el escáner, se volteó, me miró y levantó una mano. En sus labios pude leer un «te amo». Después la perdí de vista.

Pasaron 53 años de aquel día, pero yo la sigo esperando. Ya falta poco.

Durante los seis meses que ella estuvo en México hablamos todos los días. El trabajo en el Coco Bongo la hacía feliz, pero su felicidad menguaba un poco cuando hablaba conmigo. Me extrañaba, y yo a ella. Al tercer mes le dije que iba a cerrar mi

empresa para irme a México. Me dijo que no, que no debía, que ella se estaba realizando profesionalmente, pero que yo también. Tenía razón. Pero yo quería estar con ella, nada más me importaba. Al cuarto mes le rescindieron el contrato en el Coco Bongo. Al quinto mes me dijo que volvía, que no conseguía trabajo y que tampoco tenía intenciones de conseguirlo, quería volver, por mí. Al sexto mes volvió.

Después de tanto tiempo me sigo preguntando qué hubiera pasado si no volvía, o si yo iba para allá, o si hubiera conseguido otro trabajo, o si hubieran revisado al avión como correspondía. Pero nada de eso pasó. Ella volvió, pero llegó hasta una parte de Talara, en Perú. Ahí es donde se estrelló el avión. En circunstancias extrañas. En alguna parte del Pacífico.

Desde entonces que he esperado este día. Hoy a la mañana la vi, me vino a buscar. El verla me llevó a querer revivir esa última noche, y qué mejor forma de recordar que escribiendo.

Voy terminando este relato, esperé pacientemente todos estos años, pero ya no aguanto. Quiero estar con ella. Necesito estar con ella. Escucho unos pasos que vienen desde el living, es mi amor. Puedo oler su perfume desde acá. Hola, mi vida...



# *Éxtasis mortem*

Damián Almada

La noche parece calmada. Tan solo el silencio y las luces artificiales se hallan presentes, con la excepción de un humo, proveniente del edificio más antiguo de la ciudad, que se cierne sobre fuego. Muchos vecinos acuden al siniestro como espectadores, los bomberos combaten sus llamas desde el exterior y yo, bueno... me adentro en su estructura, para intentar hallar la causa del mismo.

Inspecciono cuartos y espacios abiertos mientras los escombros me atosigan. Pero no me van a detener. Debo dar con la raíz del problema y solucionarlo.

Escalo como puedo hasta el único piso en pie, en donde la visibilidad y movilidad se redujeron. Avanzo, sosteniéndome con los ardientes muros que dejarán quemaduras en mis palmas, hasta una sala repleta de llamaradas; la que parece ser el origen de este incendio.

Me introduzco con suerte, atravesando con velocidad su capa ignífuga. Observo en busca del punto directo del fuego con lo último que me resta de aliento. Mi cuerpo ya no aguanta más, tanto que, sin intención, me dejo caer en el colchón de la cama, la que, por razones desconocidas, mantiene su integridad intacta.

Al verme en una situación tan compleja, cedo segundo a segundo hasta el punto donde las llamas me arrinconan. Aunque... en el último momento, entrecerrando los ojos, puedo verla. Una figura en llamas. Ahí, quieta. Sin decir una sola pa-

labra.

Afuera, los gritos del pueblo parecen estar debilitándola; los ataques de los bomberos le causan dolor. No se dan cuenta que están hiriéndola. Si tan solo vieran lo que yo, lo entenderían, recapacitarían. Verla en agonía, sin nadie a su lado, me es desgarrador. Me recuerda mucho a mi difunta esposa, quien se fue en una explosión hogareña, sin nadie que fuese a rescatarla, ni siquiera yo, que me vi atemorizado ante tal catástrofe. No tuve la valentía de rescatarla y nunca dejé de culparme por su partida.

Aún conservo algo de energía como para tomar una última decisión. Tanto calor como heridas están consumiendo todo el líquido en mi cuerpo. Ya ni la transpiración me es perceptible.

Puedo abrir la ventana, permitiéndole al sistema de asistencia acabar con este conflicto, siendo el culpable de la agonía de alguien más. En cambio, si le brindo mi auxilio, afectaría a gran parte del pueblo frente a los daños estructurales, pero sería su fin. El tiempo se agota, y yo sin tomar una decisión. Quizás si yo... tal vez pueda...

Permaneceré a su lado. El calor que emite es más sofocante a cada instante, su cuerpo es el mismo sol, que erosiona llamaradas; sus manos, con las mías, terminan de exhumar mi carne; sus ojos resplandecientes son como un paisaje único; y nuestro beso, el que hace sucumbir el resto de la estructura, sepulta nuestro amor bajo los escombros de este incendio, por el resto de la existencia.

## *Armoniosa espiritualidad*

Damián Almada

Acá me encuentro, refugiado en el interior de una estructura que yace bajo las oscuras nubes y su llanto. He instaurado una fogata en un contenedor para mantener el calor; suerte que acarreo conmigo un encendedor.

Se trata de una parada de emergencia, no me esperaba algo así del clima. Aunque he de admitir que tampoco me sienta mal. De hecho, me abre una posibilidad de relajación, por más corta o larga que sea.

Siento que ha pasado una eternidad desde que pude oír por última vez al médico mencionando que entré en estado de coma. Nunca imaginé que esto me pasaría en la vida; menos mal que mi voz interna sigue latente, pero... ¿cuándo podré descansar en paz? ¿Cuándo dejaré de sufrir? Cada intento por ingresar en el sueño eterno se ve interrumpido por el resonar de un canto pacificador que logra mantenerme activo y aliviar todo el dolor que la soledad ha causado hasta ahora en mí.

«Aquella voz me suena familiar, aunque no me es posible rememorarlo. El solo intentarlo me provoca jaqueca».

Al centrar la mirada en las llamas, logro percatarme del reflejo de una joven en las mismas. No pasa mucho tiempo hasta que puedo percatarme de que se trata de ella, mi amada.

«Esa mirada suya, acompañada de su hermosa sonrisa, que tanto alegra mi vida».

Un resplandor se asoma a lo lejos en el exterior. ¡Parece ser el sol, reclamando mi presencia en el cielo! No estoy seguro,

pero presiento que acarrea más problemas. ¡Me pongo de pie, aproximándome hacia el exterior, mientras es cubierto bajo un llanto desesperado y la luz cegadora!

Entonces abro mis ojos por primera vez en diez años, gracias a ella y su eterno acompañamiento a mi lado.



## *Marea apaciguante*

Damián Almada

El terreno estaba listo con la tienda de lona, acompañada de la fogata que nos mantenía alejados de la tenebrosa oscuridad y de sus acompañantes, los murciélagos. Decidí acercarme a la orilla del extenso y sereno mar que nos rodeaba para cavilar acerca de mi porvenir.

«Algo ocurre», repetía en mi mente.

Escuché pasos sobre la húmeda tierra a mis espaldas, y a juzgar por su lenta proximidad y el silencio envolvente que llevaba consigo, debí creer que se trataba de ella.

En efecto, lo era. Se detuvo a mi lado, sin aclamar ni un solo gesto o llamado de atención.

Elevé la mirada hacia el cielo nublado, notando que se aproximaba un chubasco hacia esta dirección. Los días lluviosos habían estado provocando que aquel vago recuerdo surgiera en mis memorias y continuara atormentándome a cada lugar al que arribábamos. El solo intentar olvidarlo, causaba que me arrodillara en la arena, bajo una estela de tristeza. Una pequeña ola llegó a mojarme las rodillas, permitiendo que viese su reflejo en la misma.

Parada, bajo una mirada llena de preocupación.

Después de unos instantes de silencio, la lluvia nos cubrió en su manto. Ella decidió aproximarse a mi lado, a la vez que extendió su mano sobre mi hombro y me ayudó a recostarme sobre la arena. Cerró mis ojos, para que fuera capaz de concluir con mi periodo existencial por el resto del día.

La última expresión que pude denotar de ella, fue su bella y centellante sonrisa de confortación, que me dio a entender que no estaba solo en este tormento.

## *El elegido*

Carlos González Robles

Eran mis últimos días de vacaciones en Riva del Garda, en los Alpes italianos, cerca de Bolzano, practicaba todas las mañanas esquí en la pista más empinada del lugar.

Entré a un bar llamado Delle Vittorie, por un momento dudé si debía acercarme a la barra o esperar en la mesita.

Cerca de mí, había una chica de no más veinte años, pelirroja, pelo corto, muchas pecas en su rostro, con gesto de desaprobación por todo y le pregunté si debía ir a la barra.

Me contestó casi groseramente sin mirarme: «No esperes que te sirva yo...». Me alejé con gesto de mucha contrariedad, no había razón para semejante desplante y busqué otro rincón al borde del gran ventanal.

Pero noté que ella se acercaba acompañando al mesero, esperó que hiciera mi pedido y luego sí con cara de ruego me dijo: «Fui una grosera y vengo a disculparme...».

Le sonreí y la invité a sentarse. Vestía como un muchachito y seguramente sin sostén, como correspondería a una rebelde sin causa. Imaginé su filosofía de vida con un «hago lo que quiero y no me importa lo que pienses». Un hirsuto mechón bermellón bajaba por su frente tapando uno de sus pequeños ojos color miel, aportando a su expresión una pizca de picardía y seducción, aunque sin una sola sonrisa.

Cuando regresó el mesero con mi café Trentino, también desembarcó un té de hierbas de la montaña.

Ante mi sorpresa, me dijo:

—Mi padre es el dueño del local. El mesero sabe mis gustos.

Charlamos mucho, pero siempre terminábamos en su concepción kafkiana del mundo y eso me divertía, pasaron un par de horas y sin muchas vueltas me dijo:

—En las mañanas soy instructora..., a las nueve te espero en la estación del funicular...

No me dejó ni siquiera pensarlo y se fue sin saludar; la observé con más detenimiento y no acertaba a calificarla: ¿Seductora, atrayente, rara, interesante?

A las nueve y cinco minutos estaba llegando y ella con cara de haber esperado dos horas me introdujo de un tirón en la cabina. Con su gesto adusto volteó hacia mí para aclararme:

—Soy Caterina y ni siquiera sé quién eres...

Siempre con un tono de reto y aún más al saber mi origen:

—¡Franceses! Y de Lyon, seguramente eres dueño de un restaurante. Conozco a los de tu clase.

Ella sola había decidido mi historia personal. Hicimos dos bajadas a la pista y después de la cena en el resto bar de su padre, nos despedimos.

Todos los días me mostraba lugares hermosos, pero invariablemente a las ocho de la noche me abandonaba en el mejor momento.

Hasta que en un atardecer me solicitó conocer a una amiga, su guía espiritual, deseaba saber todo de mí. Me hice ilusiones de que se había creado al fin un vínculo. Hasta ese momento no había habido besos ni abrazos, solo alguna tomada de mano.

A la hora señalada, en un barcito, apareció una mujer, robusta, sin sonrisas ni amabilidades. Se presentó como Ivana.

Charlamos sin diálogo, ella preguntaba y yo respondía, cómo era mi vida privada, si tenía hijos...

Para congraciarme, mostré las fotos de mis hijitos. Ella las

observó con disimulado interés.

Ivana puntualizó que Caterina era un ser muy sensible y que la protegía de quienes intentaran hacerle daño, y como al pasar dijo:

—Ella decidió convertirse en una mujer plena... transmite seguridad... sabrás conducir la situación.

Le aclaré sinceramente que no buscaba una relación estable, y me contestó:

—Caterina tampoco considera posible una relación estable contigo.

Cuando dio su aprobación, se fue sin ninguna amabilidad, ni una sonrisa. Me despistó y traté de no indagar más.

Pasaron muchas horas, estaba junto al hogar del hotel cuando apareció la pecosita. Me saludó con timidez, al recibirla con afecto, recobró su habitual fuerza y sin muchos ambages, casi me ordenó que a las nueve de la noche pasara a buscarla por un bar pequeño.

—Será una noche especial.

Ella deseaba convertirse en mujer y yo sería el vehículo adecuado, ya no tenía dudas. Nunca una chica me había elegido para tal fin y me juzgaba culpable de aprovecharme de su experiencia.

Cuando caminaba hacia la cita, me sentía como si yo fuese el debutante. Como disponía de varios minutos, pasé por el Delle Vittorie. Al entrar, estaba vacío.

Pedí un café expreso y me lo sirvió el padre... y sin rodeos me dijo:

—¿Has soportado su mal carácter?

Sonreí incómodo y le confesé que tenía una cita con ella, pero advertí en su rostro gastado que su coloración rojiza aumentaba con un mohín de contrariedad. Me expresó:

—¿Pero qué está haciendo mi niña...?

Se retiró a la barra contrariado, su gesto me transmitió intranquilidad, pero recomponía mi ánimo pensando en Caterina.

Cuando llegué, estaba en un rinconcito, resplandeciente, su rostro brillante encubría sus pecas, sus ojos más vivaces que nunca.

En camino a su casita, mi mente estalló, quedándome sin raciocinio.

Apenas superamos la entrada, desapareció. Cuando retornó, solo llevaba un tul transparente rojizo... descubrió su menudo cuerpo, su adolescente busto y sus piernas delgadas, buscó mi aprobación y sonreí extasiado, observándola.

Se metió entre las sábanas de raso azul, solo le era visible el áspero cabello rojo.

Me apuré a deshacerme de mis ropas. Destapó su rostro y con una sonrisa levantó las sábanas como una invitación.

Apenas mi piel rozó la suya, me abrazó e intenté besarla, pero jamás lo logré. Cuando llegó el momento tan esperado, se puso tensa y lanzó un angustioso: «¡Hazlo, no me abandones aquí!»

Con dulzura, lo intenté sobre su cuerpo pequeño, encantador, pero inmóvil, inerte, sin reacciones. Me sentí encorsetado y temía lesionarla... pero por fin pude llegar al final de ese estrecho camino. Gimió y sentí repetidamente sus espasmos, allí supe que había cumplido con mi parte del trato. Cuando le transferí el fruto del amor, me apretó con desesperación. Al desaparecer las pasiones, su cuerpo me expulsó naturalmente.

Le confesé que estaba enamorado de ella, pensando que era lo que más desearía escuchar luego de un intenso instante de amor, pero la reacción fue contraria y violenta:

—Nunca hablamos de amor, no compliques las cosas. ¡Vete, no quiero verte nunca más...!

Ante sus gritos de furia, me retiré recriminándome por un supuesto error y no acertaba cuál.

Luego de un año, Didier, mi socio del buffet de abogacía, recordaba que luego de las vacaciones no había recuperado mi buen humor y me sugería volverla ver.

Los argumentos de Didier resultaron elocuentes, por lo que volé hacia Bolzano y luego contraté un taxímetro.

Al llegar al bar del padre, busqué al mesero y le rogué la ubicación de ella. Ante su impenetrable negativa, el chofer del taxi, que sabía de su paradero, ofreció llevarme.

Cuando llegábamos sobre la costa del lago del Garda, estaba Ivana reparando una moto acuática, gesticulando nerviosamente con sus manos engrasadas.

—¿Qué diablos hacéis aquí?

—Amigo, estáis en el lugar equivocado.

Con un supremo esfuerzo al no entender la situación, la inquirí:

—¿Caterina... dónde está?

Caminando un par de metros, con su dedo índice señaló a una distancia de treinta metros, distinguí a Caty sentada de espalda, estaba amamantando a un bebé de no más de dos meses de edad...

Ivana con gesto de obviedad concluyó:

—Deseábamos un hijito... y por supuesto, yo no se lo podía dar. Esa tarde aparecisteis en el Delle Vittorie, yo estaba junto a Caterina, discutiendo acaloradamente por la imposibilidad de su maternidad, pero tú nunca advertisteis mi presencia ni la situación, e instantáneamente supimos que eras el hombre que necesitábamos, esos eran sus días de ovulación e inmediata-

mente te elegimos...

»Pero dimos por sabido que tú habíais comprendido nuestro amor...



## *Flechazo*

J.A. Richardson

El calor está apretando desde temprano. Los últimos coletazos del verano no son coletazos, sino más bien codazos, rodillazos y hasta golpes de puño en medio del estómago. Estoy sudando como un condenado a pena capital a punto de ser ejecutado. Espero el bendito 37, la línea que me lleva al campus de la universidad, donde debo cursar Física II. Por no haberla aprobado en el cuatrimestre —durante la cálida pero ventosamente agradable y no tan húmeda primavera—, ahora tengo que recurrirla de manera intensiva durante el verano. Un mes entero de vacaciones perdido por la dichosa óptica geométrica y ondulatoria. ¿Y para qué? ¡Si yo estoy en la carrera de biología! No tengo opción, es una asignatura obligatoria en el plan de estudios.

No soy el único, en la parada del autobús somos cinco estudiantes esperando a ser asfixiados en una caja de zapatos móvil. O al menos eso parece, ya que somos los cinco de edades similares, portando mochila y con cara de haber perdido vacaciones. Lo único que alegra medianamente mi presencia en esta sartén al rojo vivo, con el sol calcinándome la nuca y la humedad ahorcándome, es que dos de los cinco jóvenes en la parada son chicas. ¡Y qué señoritas! Siempre tuve debilidad por las faldas, y durante el verano en una ciudad calurosa y húmeda me siento como en un quiosco lleno de golosinas. La diferencia es que las golosinas uno las puede comprar. Las chicas no están a la venta. Y yo tampoco soy un casanova que pue-

do conquistar a cualquiera con mi labia. Es más, soy lo opuesto: un tímido diplomado que apenas puede hilar tres palabras en una frase tambaleante cuando le habla a una dama. Pero mi vergüenza no me impide observar —furtivamente— las piernas bronceadas de unas guapas esperando el 37. ¡Ay, Dios! ¿Quién fue el maestro que con destreza y genio ha cincelado esos dos pares de piernas?

Ahí viene el autobús, no me extraña que esté repleto. Por supuesto, encima me toca ir parado. Con un intento fútil de disimulo, me coloco al lado de una de las chicas que esperaba conmigo en la parada, a ver si por casualidad me dice algo. Uno nunca sabe.

El 37 no solo va al campus de la universidad, sino que pasa por el balneario de la ciudad. Qué envidia me da ver a la mayoría de los pasajeros en trajes de baño, semblantes despreocupados y sonrientes, pensando en mil formas de disfrutar del agua. Malditos.

Por suerte las ventanillas del paralelepípedo con ruedas están abiertas. El aire que circula durante los breves trayectos a velocidad considerable son caricias refrescantes que intentan —con poco éxito— evaporar las gotas de sudor que tengo acumuladas en toda mi superficie corporal. Cada una de las siguientes paradas es un recordatorio del infierno que es la ciudad en verano: las caricias se disipan y dan lugar a un cachetazo de bochorno y humedad que renuevan mi sudor con ahínco. Para colmo voy tomado de la baranda del techo, o sea que mis axilas van ventilando lo que sea que haya allí: perfume de cítricos o de humano. Menos mal que hoy me eché desodorante dos veces, ¿qué pensaría esta muchacha hermosa a mi lado si además de sudoroso, oliese mal?

Cada tanto la observo de reojo por sobre mi antebrazo. Me

escondo detrás de mis delgados bíceps, giro a penas la cabeza y la espío. ¡Ay, Dios! Pero si es aún más bella de lo que pensé. Tiene un cutis de porcelana china, unas pestañas que parecen alas de golondrina desplegadas, unos labios de cereza que le protruyen como membranas escarlata, y esos ojos oscuros en los que quiero perder mi cordura.

Luego de dos paradas encima de la cafetera a punto de ebullición, puedo asegurar que estoy completamente enamorado de la muchacha. Quiero casarme con ella y formar una familia. Vamos a tener tres hijos: Roque, Rocío y Raquel. Me gustan los nombres que comienzan con R. Seguro que a ella también.

La marcha se renueva, la brisa corre a través de mi rostro y el alivio me hace cerrar los ojos. Pero está todo en silencio. El autobús... ¿no se mueve?

Abro los ojos y veo una foto. Una foto en donde estoy petrificado. Agito mi cabeza desesperado. Puedo moverme. ¿Qué está pasando? El tiempo se detuvo.

—¡Ey, soñador! —escucho una voccecita de pito detrás de mí.

Al darme vuelta doy un respingo y me sujeto con más fuerza del pasamanos. Ahí, a la altura de mi cintura, hay un hombrecillo pequeño, semidesnudo. Hombrecillo no, es más bien un niño regordete que me mira fijo con una media sonrisa.

—¿Estás despierto, Ricky? —me pregunta. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿¡Cómo sabe mi apodo!?!— Veo que te tomo por sorpresa. No es la primera vez que me pasa, te lo aseguro. Oye, aquí hace calor, ¿no?

El niño me habla con una soltura y confianza tal que me invita a relajarme, aunque no sé bien qué decir.

—Hola... —digo en el tono más estúpido que jamás escuché en mí, como si estuviese hablándole a una mujer—. ¿De

dónde saliste?

—¿No te parece mejor primero saber quién soy? —al decirme eso me sonríe plenamente, saca de su espalda un arco y una flecha y se gira tres cuartos para mostrarme sus diminutas alas plumosas. Pone cara de afiche de publicidad. ¡Claro! Qué tonto soy, ¿cómo no me di cuenta antes?

—¿Cupido? —pregunto inseguro, incrédulo y algo temeroso.

—Mh, bueh... prefiero Pothos, ese fue mi primer nombre, aunque la gente me conozca más con el apelativo en latín. En fin, le pedí al viejo Cronos que detuviese un poco el tiempo en esta zona para darte una manito.

—¿A mí? —pregunto aún inquieto—. ¿Con qué?

—Veo que el calor te ha sofocado las neuronas, hermano. Esta señorita aquí presente es la mujer de tus sueños, ¿no? Su nombre es Rita, por si te interesa.

—Ah, sí. —No puedo evitar ponerme rojo, como si un horno se hubiese encendido dentro de mí; ya no siento el calor externo. ¿Dependerá la temperatura de un factor temporal? Tengo que preguntárselo al profesor de Física II. Bueno, me estoy dispersando, ¿en qué estaba? ¡Ah, sí! El amor de mi vida, aquí a mi lado, divinamente petrificada—. Sí, me gusta mucho.

—Eso es lo que pensé —me dice Pothos mirándome de soslayo con gesto de que su paciencia conmigo se agota—. Bueno, solo por hoy, por oferta limitada, de hecho, única oportunidad en tu vida, un flechazo y es tuya.

No puedo descifrar esa sonrisa: entre tierna y maléfica. Tiene un matiz de inocencia, pero algo me dice que es sarcástica, hasta maquiavélica. «Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía» decía mi abuela.

—¿Y qué debo hacer a cambio? —pregunto y al fin siento

que mi autoestima comienza a elevarse por debajo del nivel subsuelo.

—Nada, hermano, ya te dije que es la única oportunidad que tendrás en tu vida. Te veo ahí tan tímido y que te cuesta acercarte al género que tanto anhelas, que me dio lástima. Por puro altruismo nomás te regalo una flechita.

—¿Y ella se enamora de mí, así nomás?

—Perdidamente, Ricky. Pueden tener la familia que tanto sueñas en nueve meses.

En mi cabeza comienza a rodar una película. Mi nueva película favorita: Rita y yo, en una casa con jardín, con tres retoños saltando alrededor, amándonos por siempre.

Un momento.

¿Tiene sentido? Que de un segundo a otro Rita me ame, así porque sí... Sin conocerla, sin conocernos, sin seducción, sin juegos, sin acercamiento, sin dudas, sin incertidumbres, sin sueños. Todo seguro, ya...

Para ciertas cosas soy de pensamiento lento. ¡Ey! Por algo estoy recursando Física II. Pero ahora no necesito pensarlo demasiado.

Le devuelvo la sonrisa a ese serafín de alitas pulcras, cachetes regordetes y voz de silbato de árbitro.

—No, gracias, Pothos. Prefiero conocerla a mi manera: despacito y sin apuro.

La sonrisa del angelito se derrite en un segundo, como lo haría un helado ahí fuera, al sol. Para mi sorpresa, se golpea la frente.

—Ay, Ricky, no estás hecho para el verano. Buena suerte, hermano.

La briza retorna, el sonido del motor también. La gente habla, se mueve, ríe, tose como si nada hubiera pasado. El au-

tobús está en movimiento, puedo sentir la velocidad en mis pies.

Miro a Rita. Ella mira por la ventana.

Sostengo la mirada en su bello, y ahora móvil, rostro. Me mira. Con un acopio de valor hercúleo, le sonrío y me doy la vuelta, escondiendo mi rubicundo rostro nuevamente detrás de mi brazo. Creo que ella también sonrió.

No tengo tiempo de seguir con mi película mental: hemos llegado al campus.

Ella se baja y comienza a caminar. Yo me bajo y me quedo parado, mirando cómo se aleja en dirección opuesta a donde yo debo ir a cursar la bendita Física II.

Rita se va para otro lado.

¿La volveré a cruzar?

Que sea lo que Zeus quiera...

# *Repeticiones*

Fernando Palacios Moreno

«A los archivos siderales les pregunto  
si te volveré a encontrar».  
Eduardo Gatti

## I

La vez pasada la encontré en una librería cerca de mi barrio, yo con veinticuatro años, ella uno menos. Trabajaba allí y le compré ese primer día un libro de Freud que un amigo me había recomendado, al día siguiente compré otros libros que no me gustaban tanto, pero me gustaba ella. Así estuve yendo a la librería al menos cuatro días por semana, y entre libro y libro que ojeaba, lo principal era volver a verla.

Empezamos a salir luego de dos meses. De novios estuvimos casi medio año y luego morí, un accidente automovilístico; volví a la vida, reencarné. Puedo recordar todas mis vidas pasadas y siempre lo primero que recuerdo es a ella.

## II

Entre mi última muerte y mi último nacimiento transcurrieron treinta y siete años, se han acertado los períodos intervidas. En casi todas nos hemos conocido y casi siempre nos hemos amado, así que me propuse encontrarla.

Me llamo Alejandro, y antes era Enrique, tengo ahora veinte años y Carolina, a quien siempre he amado, si estuviera viva, debería tener sesenta.

Casi todo permanece y hay muy pocos cambios, salvo en tecnología, y de esto lo mejor ha sido Internet. Cuando en mis vidas no la encuentro a los treinta años, comienza mi búsqueda. Un par de veces coloqué anuncios en periódicos o revistas, pidiendo voluntarios para estudios y trataba que el perfil pudiera adecuarse a ella; antes de los periódicos, me contactaba con mercaderes para que dieran con una mujer con ciertas características, y le entregarán una carta mía; en fin, en otras oportunidades viajaba, me enrolaba en alguna empresa y confiaba en que la encontraría.

Solo en cuatro ocasiones no la he hallado, y en casi doscientas mi búsqueda ha sido exitosa.

Recurrí a Facebook y di con su perfil. Tenía dos hijos y había enviudado, con eso me bastaba para contactarla. El problema: la diferencia de edad, casi cuarenta años en una vida es una distancia considerable.

Las reencarnaciones están tomando menos tiempo, pocas veces he muerto joven y esta sería la primera ocasión en que ella me conocería, en su misma vida, dos veces en distintos cuerpos.

Le envié una solicitud de amistad y un mensaje en Facebook, contándole que mi padre había sido muy amigo de Enrique, pero que no alcanzó a conocerla, aunque este hablara siempre de ella.

Como la he amado siempre, pude proporcionarle algunos datos para hacer verosímil mi historia. Ella no puede recordar sus reencarnaciones, así que descarté un acercamiento contándole quién era. Decirle que era hijo de un amigo de Enrique,



me pareció apropiado.

Luego de varios mensajes y de un llamado por teléfono para acordar el día de nuestro encuentro, nos juntamos en su café preferido un sábado por la tarde, cerca de la plaza donde solíamos ir luego de conversar en la librería por horas. Llegué unos quince minutos antes, estaba sentado en nuestra mesa de siempre, la vi, me levanté y nos saludamos con un beso en la mejilla.

—Hola, Carolina —le dije.

—Buenas tardes —me respondió. Por fin nos conocemos en persona, y yo volví a sonreír.

Vimos la carta. Eligió uno de sus jugos preferidos de sus últimas vidas, naranja con limón y una hoja de menta fresca. Yo, por mi parte, pedí el café del mismo modo que solía hacerlo Enrique, americano, con una gota de whisky y dos terrones de azúcar rubia, aunque en esta vida el café me gustaba amargo.

Ella recordó que Enrique pedía el café de ese modo, pero no dijo nada. Gracias a los años vividos en tantas vidas, puedo notar ciertos reflejos en el rostro que denotan diversos procesos internos, el evocar es uno de ellos, y hay evocaciones tan súbitas que no son percibidas por la persona que las vivencia. Ella recordó cómo me gustaba el café, aunque no se diera cuenta de ello.

Hablamos de su vida. Yo ya sabía de la de ella hasta sus veintitrés años y le conté de la mía, pero en especial conversamos de las anécdotas que le dije me contaba mi padre sobre sus charlas con Enrique.

Se sonrojó un par de veces, se veía tan adorable como hace cuatro décadas, y la hice sonreír en una ocasión cuando le dije que de haber sido yo mi padre, la hubiese invitado a salir a pesar de mi amigo, y esa sonrisa la cambiaría sin dudarlo por

un par de mis vidas sin ella.

Nos veríamos nuevamente el otro sábado, quizás el viernes, porque Carolina tenía el una reunión de trabajo que comenzaría cerca de las cinco de la tarde y podría extenderse. Sí nos reuniríamos en el mismo lugar, a las siete de la tarde, para alcanzar a tomar ella un jugo y yo un café y luego ir a cenar a un restaurante de comida italiana, uno que frecuentábamos y que ella sigue visitando por lo que me contaba.

No sabía si podría besarla el sábado. Quizás con la ayuda de alguna botella de vino y cierto desparpajo que he adquirido con los años podría, pero me hacía bien verla y a ella también y por ahora eso nos bastaba.

Nos seguimos mensajeando y llamando por teléfono todos los días, y aunque sé por experiencia que la historia se repite, el sábado cerca de las nueve de la mañana sufrí otro accidente automovilístico, en la misma esquina. Morí al instante, por ya no sé cuántas veces.

### III

Se hizo tarde, pero sé que la volveré a encontrar, con otro nombre, otra piel, en otro lugar. Aquí la espero y sigo esperando hasta volver a nacer.

He notado últimamente, desde hace unas cinco vidas, algo que ha cambiado en mí. Se tornan cada vez más eternos los espacios sin ella, cada vida que otrora eran causa de asombro se están tiñendo de monotonías, revivo relaciones una y otra vez que siguen los mismos patrones, puedo anticipar las reacciones de las personas casi sin equivocarme y escasas novedades encuentro, al punto de tener que hacer un gran esfuerzo para recordar algo original. Sé que no hay salida posible de este

ciclo de repeticiones. Pese a todo, aún está ella.

Aunque a veces me pregunto si llegará el día en que al verla no sonría, pero alejo pronto esos pensamientos, porque la amo y la sigo amando. Además, tengo que volver a vivir, quizás por toda la eternidad.



## *Producto de la naturaleza*

Franco Marin

Yo siempre había soñado con adoptar un huerfanito, doctor. De esos que tienen las costillas a la vista y los ojos relucientes de ébano, como pidiendo protección. Me inspiran tanta ternura... Pero aquel era —y lo sigue siendo—, un anhelo imposible: demasiado papelerío, usted sabe.

Fue después que me entusiasmé con la idea de cuidar a una cría de gorila. Porque, genéticamente hablando, ¿usted tiene idea de cuánto compartimos los humanos con los primates? Más del noventa por ciento. Sí, en el fondo, somos más cercanos de lo que algunos creen. Mejor dicho: somos más cercanos de lo que algunos *quisieran* creer.

Sin dudas, Ricardo es uno de esos.

La primera vez que le conté lo de cuidar a un gorilita, mi marido largó una carcajada y me dijo que estaba loca, y que encima iba a terminar en la cárcel porque no se puede tener a esos bichos encerrados.

«Bichos» los llamó, doctor. Así textual, como lo oye. Ah, somos agua y aceite. Ni sé cómo seguimos casados.

Recuerdo cuando nos conocimos. En aquel momento, yo tenía tres hijos.

Mire, mire qué lindos salen en mi Facebook: el chihuahua es Brad, George es el tortugo y el conejito se llama Leo. Los tres dormían conmigo.

Cuando llegó nuestra primera noche romántica y Ricardo vio la cama, me dijo:

—Yo en esta cucha no me meto ni loco.

—Pero no ves —le dije— que si los saco se ponen tristes, pobrecitos. ¿No comprendés?

No, su cabeza retrógrada no comprendía, y yo era la tonta que le daba el gusto: por más que me doliera en el alma, cada vez que Ricardo venía al departamento, yo bajaba a mis hijitos de la cama y ponía sábanas limpias.

Una vez encontró un pelo en la almohada. Un pelo clarito, suave: sería de Leo, el conejo. ¡El escándalo que hizo! Me llamó sucia. Sucia, doctor, ¿a usted le parece?

—A mí, Ricardo —le dije—, me aceptás como soy o te vas ya mismo.

Y se fue.

Pocos días después apareció con un ramo de rosas, jurando que me amaba. Fuimos a cenar y me prometió que sería más tolerante. Que si quería, metiera en la cama al arca de Noé completa. Siempre tan despectivo.

No lo perdoné esa noche. Lo hice sufrir una semana, para que aprendiera.

—Mirá —le aclaré cuando nos encontramos de nuevo—: para que yo te ame falta tiempo. Por ahora, te aprecio bastante.

Le vino bien tenerme lejos unos días, cambió mucho. El que me elija me tiene que valorar. ¿No es cierto, doctor? Yo no le critico que coleccioné autos en miniatura, o que se pase los domingos viendo películas en blanco y negro.

Hoy por hoy nos complementamos el uno al otro. Porque llevar adelante una pareja es algo que se negocia. Y muchas veces, hay que ceder. Pero en el fondo, él sigue sin poder entender cuánto amo a los animales.

Richard es un buen tipo, por lo demás. Trabajador, honesto. Aunque odia a Albert, un chico que trabaja conmigo en la

protectora de animales. Es que yo salía con él, hace tiempo. Pero Albert tiene un corazón..., digamos, demasiado abierto: al tiempo de estar juntos, me enteré de que se veía con Susi, una voluntaria. El pibe me planteó una relación abierta. Y ojo, eh, que yo respeto lo que cada uno elija hacer de su vida. Vivo y dejo vivir. Pero eso de las relaciones abiertas no me va.

Igual quedamos como amigos. Siempre que encuentro algún cachorro abandonado lo llamo y él le encuentra hogar.

Ah, pero mi marido dice que Albert es un hippie que vive del padre, y por eso se dedica a boludear en “la perrera”.

—Primero, Richard —le digo—, que no es una perrera: es una protectora de animales, cosa muy distinta. Segundo, Richard, que si la familia de mi ex está bien económicamente y puede ayudar, ¿cuál es el problema? Y tercero, que a mí con el pibe ya no me pasa nada. Nada.

Se pone tan insoportable, doctor.

¿Usted ha observado los ojos de un animal? Pura lealtad. No conocen ni la traición ni los celos.

El problema de mi marido es que no quiere mejorar como persona. Eso que llevamos cuatro años de novios. Y tres meses de casados, claro.

Un día apareció con los anillos.

—Nos casamos —le dije—. Pero yo organizo la luna de miel.

Al casamiento vinieron todos. Hasta mi mejor amiga, Jime, que se vino de Madrid a Buenos Aires con su caniche. Sin iglesia, doctor. No creemos en los curas. La fiesta sí, un lujo, comimos y bailamos como nunca.

Al día siguiente volamos a Uganda. Yo había reservado diez noches en un hotel cerca del parque nacional Bwindi, el paraíso de los gorilas. Sabrá, doctor, que los gorilas están en peligro de extinción. Ese parque alberga a la mitad de la población del

mundo. Para mí, que soy una amante de los animales, Bwindi era un *must*.

En el avión, conversando con Richard —mi flamante esposo—, le cuento del hijo de Jime, el caniche. Se llama Ulises. Ella lo lleva cada quince días a la peluquería, le festeja el cumpleaños. Hasta le ha hecho un DNI.

Jime trabaja para una multinacional en Valencia. Practica yoga, no come carne. Ni una arruga, ni una cana. Vos la ves y te das cuenta: es feliz.

Ah, pero según el genio de mi marido, la mina necesitaba terapia urgente.

—Si no, directo al loquero.

—¿De dónde sacas eso, Richard? Si apenas la conoces.

—¿No te das cuenta, pánfila? Usa al perro para satisfacer su deseo frustrado. Lo peor es que jamás lo va a lograr.

Así siguió todo el vuelo. Criticando a mis amigas, a los proyeccionistas, a la ciencia, al gobierno, a todo el mundo.

Le juro que me planteé volver y divorciarme.

—Por favor, Ricardo —le dije—, no me arruines la luna de miel.

Los del asiento vecino ya nos miraban. Él murmuró que bueno, que quizá una persona sola pueda encausar el afecto en un animal, como último recurso.

¿Último recurso? Como si un perro fuera un ser de segunda, doctor.

No le hablé hasta aterrizar en Entebe.

Ya en el *duty free*, me compré un buen sombrero para la excursión. Y el perfume. Una vendedora con pinta de bruja me convenció de que me lo llevara. Es un perfume *muy* exclusivo, ya le hablaré de él.

Por suerte, en la luna de miel mi maridito se comportó. Ni



tiempo de quejarse tuvo, tan fascinado estaba con el exotismo de África, con su gente encantadora, la exuberancia, los colores. Usted vio cómo es.

El día de la excursión a la reserva —como era de esperarse—, él no quiso acompañarme. Yo tampoco le insistí. Lo dejé en el hotel, hablando de cine con unos franceses.

—Me lo cuidan al cachorro —les dije—. *¡Au revoir!*

Recuerdo que recorrimos durante más de tres horas los senderos de la selva virgen, arrastrados por la energía de lo natural. Yo, con la ansiedad que llevaba, ni siquiera pensaba en el cansancio.

En un claro, por fin avistamos a una familia de gorilas.

Me rocié el cuello con el perfume.

—*¡Bwana, pelikroso, bwana!* —me gritaba el guía, ignorando los sueños y el instinto que la jungla había despertado.

Las hembras y sus crías se ocultaron en la espesura lindante. Los machos, en cambio, me recibieron. Al principio me observaron un poco recelosos, y después sucedió el milagro: las feromonas emanadas de aquel perfume especial despertaron su curiosidad.

Echada en el pasto fresco de la selva, ante las cámaras sin tabúes de esos turistas, hembra más que mujer, probé con mi propio cuerpo —de una vez y para siempre— aquella frase que había leído un día y que nunca jamás olvidaría: «No venimos de los primates, somos primates. No somos una raza, somos una especie. Somos animales, somos mamíferos. Somos producto de la naturaleza, pertenecemos a ella y somos parte de ella».

Al volver a la cabaña, estaba agotada por la sesión. Pero tan contenta, que hasta Richard dejó de putear por los mosquitos, y me dijo:

—Tenés un brillo especial en la cara.

Nos hizo bien ese viaje. Volvimos hablando del futuro, de proyectos. Por primera vez en años no discutíamos por pava-das. Fue mágico.

Y no, no me traje un huerfanito.

Al mes yo ya sentía algo, doctor, pero no quise apurarme. Recién cuando empecé con los mareos vine al consultorio.

Estoy encantada con la novedad. Solo me preocupa lo que dirá él, cuando vea la ecografía. Cómo le explico que llevo en la panza al hijo que ni Darwin pudo imaginar.

## *Corazón liberado*

Celina Vadurro

De su mejor amiga había prendido el valor de seguir adelante. Ese día la vio por primera vez después de un largo tratamiento al que tuvo que someterse luego de que le diagnosticaran un tumor maligno. Se ofreció muchas veces para ir a visitarla o para acompañarla a las consultas médicas; en todas, Mecha se negó. Le decía que ya todo iba a pasar y que faltaba cada vez menos para que pudieran compartir encuentros de risas con mate en el sofá, la noche de pizzas de los viernes y las salidas al cine de los sábados. Mecha le dijo que la extrañaba cada día más y que luego de la sesión con su psicólogo pasaría a visitarla porque le quería llevar un regalo muy especial.

Ni bien la vio, lloraron juntas de emoción. Recién ahora caían en la cuenta que debían haberse visto antes, pero el tratamiento la tenía ocupada buscando la manera de luchar contra la enfermedad. Mientras tanto, en honor a la vida, a Mecha se le ocurrió comprar un anillo que llevará en su interior grabada la frase «amiga amada».

Flotaba en el aire el ambiente de una triste despedida, todo era muy doloroso, su amistad tenía siempre una gran dosis de humor y música, les encantaba hacer chistes e ir juntas a recitales. Al regalarle el anillo, bromearon en que podía haber sido una alianza de matrimonio, pero que no habían llegado a tanto.

Se dieron un abrazo enorme, prometieron verse lo más seguido posible y Mecha le hizo prometer a su amiga no volver

a perder la sonrisa, incluso cuando apareciera la idea de una batalla perdida frente a un tumor. Quisieron escuchar sus temas preferidos, pero la computadora había dejado de funcionar, no quedó otra que pensar en llamar al técnico al día siguiente.

Marcos era un hermoso ingeniero informático. Vivía en una cuarta dimensión tecnológica, de la que salió el día en que ella lo contrató para revisar su computadora. No podía sacarse las redes de encima desde que empezó la cuarentena. Su computadora se había transformado en una droga dura y su ausencia la colocaba en el medio de un síndrome de abstinencia. No podía distraerse ni concentrarse con el perfil de Facebook en la cabeza.

Revisaba obsesivamente el correo electrónico a cada hora. El día que le trajo la máquina de vuelta fue especial no solo por tenerla en casa, sino porque ni bien le abrió la puerta, lo vio más lindo que otras veces. Enseguida le dijo si le parecía bien ir a darse un baño luego de chequearla.

Marcos salió espantado al escuchar su deseo erótico. Ella también se quedó atónita, nunca había sentido esa electricidad en el cuerpo y ese deseo por arrasar así con él y perder para siempre a su técnico preferido.

A la noche, como en cada participación en vivo a través de su cuenta de Instagram, se dedicó a escuchar a Gabino, un músico solista sensible que le cantaba al amor en casi todas las mismas letras. De repente había cambiado su relación con su cuerpo, era evidente que cuando alguien le atraía demasiado, terminaba imaginándolo cerca suyo y envuelta en horas de placer mental. No dudó un segundo en conectarse a su perfil y sentirlo a través de las canciones.

Suspiró en cómodas posiciones hasta que se durmió pro-

fundamente. A la mañana siguiente, sonó la alarma y se dio cuenta de que era muy tarde para ir al trabajo en el bondi de siempre.

Se tomó un taxi y así fue como conoció a Rita, le contó que permanecía atornillada en ese asiento más de diez horas, en las cuales atravesaba las calles solitarias de la ciudad, mientras sintonizaba en la radio los conocidos viejos tangos en una clásica AM, como lo hacía su papá cuando ella era niña. Según Rita, su vida parecía un tango últimamente, tantas horas trabajando en vano... ya que no podía solventarse económicamente, la pena por la reciente muerte de su padre y un divorcio en puerta tras un fuerte engaño amoroso.

Enseguida percibió que la taxista pelirroja atravesada por los prejuicios y el modelo patriarcal del mundo taxista. Le había perfumado el día. Bajó del taxi con la tarjeta que identificaba sus datos personales. La noche siguiente, también ella se atornillo en el asiento trasero, desatando sus prendas con el aliento cortado y sus uñas clavadas en el tapizado. En la oscuridad de ese auto estacionado, escuchó el *te amo* más raro e inesperado de su vida.

Lo del contacto estrecho con Rita se empezó a complicar cuando ella le avisó que dio positivo de covid. Decidió hacerse pronto un hisopado.

Había una larga fila en el centro de testeo. Esperó su turno con el atuendo menos glamoroso que tenía. Su cara ojerosa reflejaba un mal dormir y su estado incipiente de nervios mezclados con preocupación. La espera resultó eterna, para eso tenía un libro guardado en la cartera. Cada vez que debía esperar, por lo menos leyendo sentía que había aprovechado su tiempo. Pese al dolor de cabeza, se concentró en la lectura. Para Juan, el librero que estaba atrás en la fila, resultó eroti-

zante verla pasar las páginas. No dudó en sacarle tema de conversación. La espera los encontró hilvanando conversaciones sobre librerías porteñas, autores e imprescindibles lecturas. Intercambiaron sus números telefónicos para brindarse el resultado de sus hisopados. Al resultar negativos, el test los acercó más rápido a una cita. El punto de encuentro: la feria de libros que se hacía los fines de semana. La cita más romántica para los dos. Por un instantáneo amor fraternal, ese encuentro fue el primero de muchos. El paseo los rectificó en el camino de una amistad que sería para toda la vida. Se fue a dormir con el amor anclado en la amistad, sabiendo que juntos atravesarían grandes confianzas.

Llegó el tan esperado día del superclásico. Mientras se disponía a mirar el partido, llamó su madre, ansiosa le contó que Beta, su gran amiga de antaño, estaba por regresar al país por quince días acompañada de su hijo Federico. Aunque ella seguía hablándole del estado civil de Fede, por ser la destinataria más interesada sobre el tema, no logró escuchar el resto del monólogo telefónico. De inmediato se impregnó de palpitations con todas las cosas que vivieron en la adolescencia. Fue su primer novio, su primer amor.

En el medio de la crisis económica que llevó al cierre definitivo del negocio de su familia. Su papá decidió vender su local para comenzar una nueva vida en España, aprovechando su doble ciudadanía, el país los recibió con un emprendimiento familiar en marcha y con buenas ganancias para decidir quedarse a vivir allí.

Con Fede no se habían vuelto a ver, no eran años de buena estructura técnica para sostener un noviazgo a distancia. No existía internet en los hogares, solo en los locutorios del barrio. No sabían de videollamadas y mucho menos de mensajes de

audio. Lo buscó en Facebook ni bien se armó un perfil, pero su búsqueda no le acercó ningún resultado como para pensar en un reencuentro. La visita tenía un halo de interés, ya no era la misma que soñaba con su vestido de novia, pero sí la misma que sentía acelerar su pulso cuando escuchaba su nombre.

Se dispuso a disfrutar del comienzo del partido, como gran amante del fútbol que era. Contenta porque ahora podía disfrutar que una relatora participara en la transmisión oficial. Recordó que cuando era chica no se le permitía jugar al fútbol en la canchita del barrio, ni aún acompañada por sus hermanos, mucho menos ir al club para entrenar y ser parte de un equipo. Al comenzar el partido se emocionó, como siempre cuando veía salir el equipo a la cancha. Sabía que detrás de los colores de la camiseta había una historia, sus propios recuerdos y el color de la pasión que nunca abandonó. Desde muy pequeña su papá le transmitió un amor inmenso a ese club y la envolvió en cada abrazo de gol, ya sea en su casa o en la cancha.

Esos últimos días, su corazón se vio disparado hacia demasiados lados. Necesitaba encontrar nuevamente la calma en la rutina. Planificó el resto del domingo para leer en la cama, disfrutar el mate sin apuro, preparar la cena y luego dormir con el amor de su vida. Era el fiel testigo de una seguidilla de historias de amor y de sexo, de gente común atravesada por el corazón repleto de felicidad, engaño, euforia y libertad. Un gran compañero de la realidad, que se movía entre sus piernas y cada vez que se acomodaba le daban ganas de ronronear para sellar ese pacto de amor. César, su gato, era el cronista de todas las batallas amorosas, él la amasaba y la invitaba a descansar, porque pasó por algunas extenuantes falsas alarmas de un corazón disparado erróneamente y por varios caminos en los que el amor la llevó a transitar extrañas situaciones.

Va a intentar a dormir, pese a la excitación de todo lo vivido. Atravesó un período de dolor, excesos, rodeos y una brizna de esperanza. Sabía que por momentos había ido al grano, no estaba segura de haber disfrutado algunas situaciones. Algunas rozaban la equivocación. La realidad misma hacía que vivir pudiera ser una equivocación. Pero así se vivía un amor por dentro. Ahora se empeñaba en dormir, olvidando por un momento la soledad, la extrañeza, la incertidumbre, recordando sus raíces y aferrada a la esperanza.

Se llevó a su almohada unas cuantas experiencias sólidas, fuertes y necesarias. Vivencias de un corazón disparado que actuó por horas como un dardo afilado para amar, amar mucho, atravesar las sacudidas suaves del amor, las que duelen... Amar y sentir. Ambas cosas tan tentadoras que a veces le resultaba imposible resistirse.



## *La dama del lago*

Claudia Beatriz Felippo

Le habían dicho que en lo alto de la colina vivían hadas que a menudo eran visitadas por brujas que organizaban los destinos de la región; que en tales encuentros reinaba el poder dominante de esas hadas y que ningún otro ser, a excepción de las brujas, debía interferir. Por ello, si alguna noche veía las luces encendidas en lo alto de la colina, no debía acercarse, pues algo muy extraño y poderoso podría hacerse dueño de su cuerpo y alma para siempre. Luciano sabía que las hadas conferían buena o mala suerte, que se ofendían con facilidad, que tejían varios conjuros y encantamientos con flores, y que les gustaba el lujo, la belleza, lo formal y la bondad de las personas generosas y alegres. Por eso, cuando encontraban gente con esas características solían premiar sus actos, si bien quien reciba algún premio de parte de un hada, lo guardaría en secreto. También había oído que algunas hadas luminosas eran amantes de la música y les agradaba bailar, sintiéndola vibrar en sus cuerpos, danzando en círculos e invitando a las personas a hacerlo con ellas hasta lograr apoderarse de su cuerpo y de su mente. Otras, guerreras, cabalgaban en procesión con caballos ágiles, veloces, capaces de ir más rápido que el viento.

Lo cierto era que las hadas podían hacerse visibles —o invisibles— ante la presencia del humano, solo el poder de un trébol podía romper ese embrujo y permitir que se las pueda ver con mayor facilidad, sobre todo en horas del crepúsculo. Amaban la primavera porque tomaban de ella sus flores, como

lazo de unión con los hombres, quienes se veían atraídos por su belleza. A través de las plantas y flores, recibían la energía del sol y los minerales del suelo, aunque también existían hadas en lagos, ríos y mares, bellas doncellas sumergidas, también amantes de las flores y de las frutas, capaces de enamorar a quien se atreviera a recorrer el pasadizo secreto, entre las piedras, para llegar a la isla encantada a intentar danzar con ellas.

Un día de primavera, al caer la tarde, Luciano salió a caminar por la orilla del inmenso lago, cuyo espejo de agua lo atraía en sobremanera. De repente, se detuvo para apreciar mejor el hermoso paisaje y vio que su imagen corporal, en el reflejo sobre las aguas, cambiaba de forma y de color según sus movimientos; se puso un tanto nervioso. Pensó que el sol, con su magia y poder natural, le generaba una ilusión óptica. Entonces decidió aguardar a que se escondiese por detrás de la colina que se levantaba hacia el oeste. Las aguas en un momento comenzaron a agitarse con un vaivén lento, a modo de vals; pero con el tiempo tomaron mayor velocidad formando un oleaje tempestuoso que lo atrajo de manera poderosa. El joven, haciendo fuerza por salir de tal situación, alcanzó aferrarse de la rama más baja de un árbol cercano. Con gran esfuerzo logró que las aguas no lo atrapasen y, cuando al fin se calmaron, salió corriendo hasta su morada.

Era tal el estado de nerviosismo y temor que sentía que, al entrar a su casa, cerró bien las puertas y ventanas, por si acaso algún ser extraño se apoderara de su mente y cuerpo. Inmediatamente sacó del bolsillo el trébol de cuatro hojas que había hallado con anterioridad cerca del lago y le agradeció su protección. Como no podía dejar de recordar esa atracción inesperada y asombrosa que había intentado dominarlo, pensó que sería bueno regresar pronto, para tratar de descubrir qué

poder extraño había logrado cautivarlo hasta ver su propia imagen transformada sobre el espejo de agua. Fue como si otra persona entrara en su alma para apoderarse de su espíritu y llegar a hacer de él quién sabe qué cosa...

Esa noche miró a través del cristal de la ventana hacia lo alto de la colina y notó que las luces de la casa estaban apagadas, entonces se tranquilizó pensando que era su imaginación la que le había jugado una mala pasada. Se acostó a descansar. Dio vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. El trébol de cuatro hojas había sido testigo de su inquietud y desesperación y, una vez más, pudo resguardarlo de quién sabe qué efecto macabro. En un momento quiso convencerse, diciéndose que las criaturas maléficas pertenecían al reino de la fantasía y que los hechizos solo existían en la imaginación de los más débiles. Si bien sabía, a través de la literatura, sobre las moradas de las hadas más allá del sol poniente, el hecho que había vivenciado le hacía pensar que podrían existir seres capaces de doblegar su conciencia y quizás, en ese lago, se hallaría alguna isla sumergida que ninguna expedición habría logrado descubrir. Esta idea perturbaba su pensamiento y la única manera de saberlo era investigando en el lugar de los hechos.

Al día siguiente salió, a la hora en que el cielo se vestía con su manto crepuscular. Caminó bordeando el lago sin notar nada extraño y decidió reposar un momento, sentándose sobre una piedra para observar mejor el movimiento de las aguas. Nada hacía prever algo inusitado. Tomando una rama pequeña comenzó a dibujar sobre la tierra húmeda diferentes círculos de variado tamaño y, de un momento a otro, le pareció ver que uno de esos círculos se transformaba en un rostro de belleza angelical, cuyos ojos titilaban mientras una sonrisa atrapante se apoderaba de su corazón. Sintió que le temblaban las manos

y decidió tirar la rama al lago, con tal fuerza que dio varias vueltas en el aire hasta caer.

Comenzaron a aparecer diferentes peces de colores que saltaban, como delfines brotando del fondo de un océano, para volver a hundirse y desaparecer. Luciano pensó que era producto de su imaginación y falta de sueño, pues había dormido muy poco. El estado de sugestión era tan alto que bien podría estar dominando su mente, entonces quiso cortar con esa rara sensación que lo inquietaba y se puso de pie decidido a regresar a su hogar.

Al tomar contacto con el árbol que estaba junto a las rocas, sintió que sus ramas lo abrazaban, apretándolo muy fuerte, sin dejarlo respirar, apoderándose de él. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero sus cuerdas vocales no le respondieron. Las hojas del árbol acariciaron sus cabellos mientras veía, sobre la piedra, la imagen de la dama cuyo rostro lo había cautivado. Le sonreía de manera seductora, mientras lo invitaba a acercarse con un ademán delicado.

Luciano se sintió atraído y perdió el miedo, pues demostraba ser inofensiva, deseosa de entablar una relación pacífica. Al acercársele, se desprendió de la gran piedra para dirigirse hacia el agua. Nadó mirándolo provocativamente, invitándolo a ingresar al lago, mientras sonreía con dulzura. Al sentir el latido agitado de su corazón, que parecía querer salirse del pecho, decidió quitarse la ropa y entrar a nadar con ella. La dama lo abrazó y lo besó en los labios, sumergiéndose con él hasta bajar a las profundidades del lago.

En el trayecto todo fue serenidad, buceando entre los peces coloridos, hasta llegar a una hermosa isla sumergida donde todo era paz y quietud. Sintió que el paraíso estaba frente a él, que no había conocido lugar más bello en toda su vida, se

sintió plenamente enamorado de la atractiva mujer, un hada hermosa como las de los cuentos.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Todo lo que deseo es tu corazón —respondió ella con voz suave.

—Ya es tuyo, estoy enamorado de ti —dijo mientras le acariciaba su rojiza cabellera.

—El amor es capaz de toda bondad y crueldad, es dueño de la verdad y la fantasía que perduran a través del tiempo. Un amor que trasciende es el más inesperado, es fuente de vida por los siglos de los siglos.

Les ordenó a los peces que le arrancaran el corazón al joven y se lo entregasen. Al hacerlo, las aguas se tiñeron de un rojo brillante y, a medida que la sangre vertía de las venas, ella la bebía. Luciano, inmerso en un profundo dolor e impotencia, le suplicaba que lo dejara vivir un tiempo más, para amarla. Pasaron unos minutos y el alma del joven se desprendió del cuerpo, elevándose de inmediato. Una luz muy potente lo encegueció, pero pudo ver a la bella dama del lago con su corazón entre las manos.

Comprendió que el amor era algo sublime y extraordinario que podía cambiar el destino de las personas, el perfume del silencio, el color de las aguas, el sentido de las piedras, la voz del viento, el sueño, las palabras y hasta el más deseado anhelo encerrado en un pequeño trébol de cuatro hojas.

Desde entonces, el hada hermosa de cabellos rojizos que supo cautivarlo, renacía en cada latido de su noble corazón, que le brindó la vida eterna.



## ***Usted, ¿me va a robar?***

Ariel Gustavo Pennisi

*A Gaby, si aún lo recuerda.*

«Es una muy buena vidriera» pensó al verla. Quizás, el hecho de observar a Klaus Kinski con sus ojos desorbitados y su casco de conquistador en medio de las amazonas peruanas, la convertía en una decoración extinta para la actual ciudad. Imposible no detener su mirada y apreciar la imagen durante varios minutos en silencio.

Era unas de sus películas preferidas, que tanto lo habían conectado con Gabriela, quizás no por su mitología totémica de fondo, sino porque el escenario de la historia era la naturaleza y ella la amaba .

En cambio, a él le era indiferente. Se podría decir que era amante de los libros, las bibliotecas, los cafetines, el olor a alcohol. Amante de los malos vicios de estadios de fútbol, las multitudes, los anónimos abrazos de un gol o, por qué no, un buen pogo. Asimismo, podía transar y amar también a la naturaleza jugando como pretexto.

Allí estaba Kinski, mirándolo desorbitadamente, al lado de un Robert De Niro de 25 años manejando un taxi y un Al Pacino veinteañero, a la salida de un banco, anhelando una tarde de perros.

No menos desorbitada era la mirada de aquella señora, detrás del extinto decorado que, por la desesperación y preocupación ante el apasionado curioso, delataba ser la dueña del

comercio condenado a desaparecer.

Se miraron fijamente. Gustavo Infante realizó esos gestos que la cultura sanciona como habilitados para que la puerta se abra.

La desconfianza en la señora se agudizó, Gustavo Infante, en la esquina de calle Ocampo, fue llamado a realizar el arte que tan poco desarrollado tenía: la seducción.

La persistencia llevó a que la señora mayor abriera unos centímetros la puerta.

—Disculpe, señora, ¿está abierto?

—No está mi marido, ¿qué quiere?

—Películas, ¿están en ventas?

—Tengo miedo, venga cuando esté mi marido, hay muchos robos...

—También muchas películas por comprar, permítame ver, veo que hay muchas ofertas...

—Sí, mi marido quiere cerrar, mi vida es este negocio, váyase. Por favor, tengo miedo de que me robe.

—Señora, deje que me lleve algunas películas, para ver por la noche.

—Pase rápido, mi marido no está y me da miedo.

La puerta se cerró con trabas luego de dos vueltas de llave.

—Ya nadie viene a alquilar películas, mi marido quiere cerrar...

—Tengo entendido que este local era el doble de grande.

—Los VHS, fue una época gloriosa. Teníamos socios que pagaban cuotas mensuales, ahora bajan todo por Internet y nadie quiere VHS. Antes la gente venía y se juntaba a hablar de cine...

—Qué buenas pelis, esta es *Idi i Smotri (Come and See)*, de Elem Klímov, del año 1985, soviética...



—Sí, hay que ver cine soviético. Ellos nos salvaron de los nazis, pero nosotros estamos acostumbrados a ver solamente cine de Hollywood, y los nazis hicieron una matanza peor que en Europa con las tribus soviéticas, hay que ver a los soviéticos para enterarse.

—Acá dice «Fiel retrato de la locura colectiva que genera el absurdo de la guerra. El absurdo de considerar a un otro algo inferior a un ser humano, simplemente por ser y pensar diferente», peligros siempre latentes...

—Mirá, acá tenés otro soviético interesante, *La infancia de Iván* filmada en el año 1962, de Andréi Tarkovski. Vivir y crecer en la eterna pérdida del contexto bélico. Esta película influyó a cineastas como Ingman Bergman, Serguéi Paradzhánov y el polaco Krzysztof Kieślowski.

—Bueno, me deja con la boca abierta.

—Usted, ¿no me va a robar? Mire que tengo mucho miedo.

—No, estamos hablando de cine, sabe mucho usted...

—Treinta años hace que atiendo esto, mi marido lo está achicando cada vez más. Me vende las películas y no compra más, quiere alquilar el local porque dice que ya nadie alquila películas.

—¿Quién es Andrei Tarkovski?

—Era soviético, solo filmó siete películas. Las dos últimas fuera de Rusia. Esta es la primera que hace en Italia, *Nostalghia* es de 1983, está cargada de referencias personales.

—«Vivir en el exilio afectivo, en una sociedad atomizada, quizás solo sea posible desde la introspección», qué gran reseña...

—Ya nadie mira a Tarkovski...

—No se crea, señora, yo miraba mucho este cine, empecé a mirarlo para hacerme el interesante con las minas, hasta que

conocí a Gabriela. Para tener temas de conversación, despertar el interés, ¿vivo?

—¿No se aburren las chicas?, yo pensaba que las mujeres de hoy en día consideran pedantes a los tipos que hablan de estas películas, yo soy pedante para mi marido que me quiere dejar sin videoclub.

—¿A quién me dijo que influyó?

—Al sueco, Bergman. Mirá *Vargtimmen*, es del año 1968. Acá se conoció como *Vergüenza*, mirá la reseña: «Bergman nos invita a interpelarnos allí cuando el mundo parece desmoronarse. ¿Qué tan avergonzados como sociedad nos encontrará el día después del mañana?».

—Habría que hacerse esa pregunta después de algún apocalipsis... ¿Woody Allen le gusta?

—A mí no, me parece muy degenerado, medio perversito...

—¿Cómo me dice eso!

—Sí, viste eso que siempre se dijo de la hija, qué sé yo. Igual lo vi bastante y hay una que me gustó mucho, se llama *Stardust Memories* de 1980, el tipo se interpela homenajeando a Federico Fellini y su memorable *8 1/2*.

—Uy, qué gran película. Quizás unas de las películas menos recordadas. A mi criterio, es una obra maestra que cuestiona el acto creativo de todo artista. Se pregunta: «¿Debe un autor, que ha alcanzado la fama haciendo reír, de pronto hacer una película seria?».

—Reafirmando el giro de su obra a partir de Annie Hall, que es del año 77...

—Me quedaría todo el día hablando con usted.

—¿No me quiere robar? Mire que viene mi marido ahora.

—Solo quiero comprar unas películas, por si me viene a buscar Gabriela.

—¿Es su novia?

—La escena de Woody, donde describe cómo el mundo se suspende y queda maravillado viéndola a ella que encaja con la música y su sonrisa. «El mundo encaja perfecto, me siento enteramente feliz», así será cuando me venga a buscar...

—Usted me da miedo, no estará con los síntomas de la peste, ¿no?

—Uy... tenés *Tangerines*, la película de Zaza Urushadze, que filmó en el 2013. Mirá qué mierda cómo la traducen acá, le ponen *Mandarinas*.

—Sí, no la vi. Nadie alquila nunca esas películas.

—Es una joya, una coproducción entre dos países, Estonia-Georgia, que mantuvieron un reciente conflicto bélico, creo que la Guerra de Abjasia, a principio de los noventa o algo así, viste esos quilombos que se armaron en Europa del Este luego de la caída del muro. La película parece un buen intento de paz.

—Mirás cosas raras, a mí también me gustan, como este finlandés, Aki Kaurimaski.

—¡Uy! Su cine del proletariado, genial está. Para que aborte, el tipo le dice «Matá al renacuajo», ella lo mató a él —dijo Gustavo Infante y rio.

—*La chica de la fábrica de fósforos* de 1990, es un buen director, sus películas por lo general son de gente anónima en la sociedad que tienen algún triunfo en la vida, triunfo épico y, por lo general, relacionado con el amor, pero que nada cambian en el mundo.

—Sí, a mí me llamó mucho la atención *Juha*, del año 1999. Trata sobre el machismo y la trata de personas, tema antiguo y tabú. Quizás por eso la peli es en blanco y negro, además de muda.

—Sos raro, te gusta David Lynch seguramente...

—Sí, hermoso. Llega un momento, en las obras de Lynch, en el que parece dormirse y el espectador se convierte en un elemento onírico más de su sueño. El tipo se duerme, al principio, en la mitad o al final, y nos sueña. Y allí estamos, desfigurados pero maravillados. *Inland Empire* del 2006, es genial. Cine punk, ¿dónde hay?

—Vos ¿no me vas a robar? Si no, te vas cuando viene mi marido...

—No, señora.

—Acá *Verlierer* del año 1986, de Bernd Schadewald, habla de los suburbios en Alemania. *La Haine* de 1995 del francés Mathieu Kassovitz, *La ley de la calle* del año 1983 de Coppola...

—¿Y cine nacional?

—Ahí...

—¡Súper! *Un lugar en el mundo*, año 1992, de Adolfo Aristarain: «Estoy en una edad de mierda, donde estás obligado a tomar decisiones y lo que menos tenés ganas de hacer es tomar decisiones. ¿Se debe volver a un lugar que ya no existe?». Qué buena reseña, pero no estoy para andar viendo esto.

—Mirá esta, es uruguaya, pero capaz te guste, a mí me encanta este director.

—¿Quién la dirige...?

—Federico Veiroj, *La vida es útil* del año 2010. Mirá la reseña: «Hay que mentir por humanidad. Libremos al mundo de la funesta verdad que lo aqueja...».

—¡Qué frase! A mí me va a venir a buscar Gabriela en estos días...

—¿Te lo dijo?

—No, pero lo siento —afirmó determinantemente, aunque

los recuerdos de ella y sus momentos vividos comenzaban a ser fragmentos desfigurados de aquel ser que supo presentarse como integridad total. Solo recordaba algún fragmento, el tono de su voz en alguna acentuación particular, una sonrisa o mirada situacional.

Las sensaciones del recuerdo eran de completud, de inmortalidad, ¿por qué no iba a venir? Quizás perdió el horizonte, la inmortalidad es atemporal, tiene todo el infinito para no dejar de irse, para no dejar de no volver. La inmortalidad se edifica en la aburrida certeza de que todo sigue igual, pero de que todo va a pasar en algún momento, siendo algún instante de la eternidad el incógnito momento.

Su alma ya estaba llena de arte, no necesitaba seguir recorriendo las góndolas que alojaban las interminables perlas del cine nacional, como *El jefe* (1958), o *La fiaca* (1969), ambas de Fernando Ayala. Estaba colmado, se llevaba por la suma de 200 pesos *Une affaire de femmes* (1988) de Claude Chabrol, *El Último Elvis* (2011) de Armando Bó, *First Reformed* (2017) escrita y dirigida por Paul Schrader, *C'eravamo tanto amati*, (1974) de Ettore Scola, *A Taxi Driver: Los héroes de Gwangju* (2017) del coreano Jang Hoon y *Sauve qui peut, la vie* (Sálvese quien pueda, la vida, 1980), del creador francés Jean-Luc Godard.

—Usted, ¿no me va a robar?

—Con estas pelis, Gabriela cuando venga va a estar contenta...

La señora vio preocupada cómo se retiraba aquel extinto cliente de su negocio, pensó que estaba lleno de esperanza.

Se sentó sintiendo que quizás hoy era el comienzo de una nueva bonanza para salvar su querido videoclub. Pensó que había sentado los cimientos de resistencia ante la voluntad del marido. Las góndolas se iban a volver a llenar de clientes, de

películas de todos los rincones del mundo. Hablar de cine con aquel inesperado cliente le había dado fuerzas para combatir el arrebato del formato digital. Estaba lista para la batalla, estaba lista para la espera...

Gustavo Infante, llegando a calle Corrientes, saludó por primera vez al obrero de extraños bigotes que veía todas las tardes bajar del 110 y que por fin reconoció. Se llamaba Matti Pellonpää.

## *¿Me conseguís su Facebook?*

Ariel Gustavo Pennisi

*A Dora Sixta Rodríguez Baldovino*

—Ay, hijito mío, usted viene a visitarme, gracias. Hace mucho que no sé por dónde anda esa sabandija. Mire, hijito mío, siempre fue una sabandija. Antes me venía a visitar los jueves y los sábados. Sabe cómo lo esperaba, contaba los días, las horas, los minutos. Él venía y siempre fue el distinto. Siempre le gustó meterse en líos. Me traía un tanguito el jueves y un tanguito el sábado. A mí no me interesaba que me traiga comidas, postres o caramelos como les traen a los demás. Eso lo hacía al principio, después empezó a traerme los tanguitos. A veces yo se los cantaba y si lo vieras... Se quedaba ahí, sentado, en esa silla que estás vos, hijito mío. Ahí le canté el famoso *Adiós, muchachos*. Cómo le gustaba ese tanguito. No sé por qué, a mí mucho no me gusta ese, pero a él le encantaba. Será porque siempre andaba en problemas, desde chiquito. Eso que fue criado en una familia y en un barrio con amor. Porque nos criamos en Villa Manuelita, pero en aquellos años no era como dicen que es ahora. Podías dejar la puerta abierta. Hasta un perro que quiso mucho le dimos. Mucho amor, si lo he amado a su padre. Ay, hijito mío, venía a visitarme los jueves y los sábados. Me traía los tanguitos. Ahí me cantó *El Cholo*, *La Viruta* y *Canario de París*. Si habremos sido felices en el barrio. Él andaba de aquí para allá y de allá para aquí. Pero te voy a decir una cosa, yo no me quedaba atrás y giraba también.

»Me acuerdo de mi época del secundario, casi pisando los años 40. Ahí lo conocí. Él iba a otro curso, íbamos al Nacional. Era un caballero como todos los españoles, recién llegado. Era más grande que yo, había perdido varios años de escolaridad por la guerra en su país. Los padres eran panaderos. Puedo garantizarte que hacían los mejores vigilantes de la ciudad. Él era caballero, amable. Nos conocimos en un recreo, creo que fue la primera semana que él estaba en Rosario, porque si no lo hubiera visto antes, con su porte. Ay, hijito mío, qué porte, qué buen mozo.

»Con él aprendí muchas cosas de su panadería. La familia la tenía en barrio Lisandro de La Torre, por la avenida Avellaneda, casi llegando a Vélez Sarsfield. Cómo me quería esa familia, yo iba y el padre me regalaba esas bolas de fraile. Ay, hijito, eran exquisitas. «Las preparé para vos, son bolas de fraile. Son negras porque los frailes son huevones», yo me reía, era de gracioso escuchar la tonada andaluza. Yo que en mi casa nunca había comido esas cosas. Ay, hijo mío, qué buen mozo era Claudio Callejo. Con él me hice señorita, pero solo fue una vez. Íbamos a los asaltos, esos que se hacían en los clubes grandes de la ciudad. Al Provincial íbamos mucho. A mí me acompañaba mi tía, se quedaba en el rincón mientras bailaba con Claudio. A mi papá no le gustaba mucho, nunca se llevó bien con los españoles. Decía que eran todos anarquistas, que ahora que nos dejaron el oficio de la panadería se tenían que volver todos a su país y no matar el hambre en nuestra patria. Un italiano, en cambio, aceptaba mi papá. Pensaba que los italianos eran más trabajadores, porque sus ideas comunistas se sostenían desde el trabajo. A mi papá le gustaba ver los frentes de las casas que los italianos hacían siguiendo las órdenes de los arquitectos que dejaban sus firmas en una esquina de la



construcción.

»Dos años nos vimos con Claudio. Qué buen mozo, mi hijito. Hasta que un día mi papá se enteró y me castigó. Me encerró por dos meses, perdí el año escolar. Me cambió de colegio. Antes se armaba grande. Cómo extraño los tanguitos de los jueves y de los sábados. Terminé la secundaria y me casé con un amigo de mi papá, unos años más chico que él. García de apellido y también de familia española, aunque él era criollo. Lo amé con locura al papá de Claudito, mi hijo. Antes las mujeres amábamos con más facilidad. No nos preguntábamos tantas cosas. Al poco tiempo vino Claudito, así lo llamé, y Adrián, como su padre. El Claudito me traía los tanguitos, cómo me gustaban. Me gustaría volver a ver a Claudio, mi hijito. Qué habrá sido de su vida. Después del castigo no supe más nada de él. Antes no había computadoras y esas cosas. Ya sé, mi hijo, lo puedo buscar por Facebook, todo el mundo tiene Facebook. Y nos podemos poner en contacto, total, yo a mi marido lo amé en vida. ¿Me ayudás a buscar al Claudio? Yo nací en el treinta y él me llevaba casi ocho años. Claro, debe tener 98 años más o menos, unos 98 años debe tener...



## *Madame Desiree*

Ariel Gustavo Pennisi

Aquella tarde lluviosa de noviembre, la habitación estaba lejos de presentar la calidez de los antiguos amores cercanos.

No estaba Emanuela, que lo acusó de impostor, enterrando así los fogosos encuentros domingueros. En su habitación vacía tampoco estaba Florencia, la hermosa rubia delicada que tanto lo comprendía pero que un día escapó con la garantía del intruso reinante, «Estoy en pareja». Nada sabía de Gabriela, la mujer que había dicho que lo amaba y tres semanas después desaparecía de su vida, con la determinación de un simple y cerrado mensaje de texto.

Allí se encontraba Gustavo Infante recordando uno a uno los sucesivos certificados de defunción. Lejos estaban tantas otras mujeres que dieron calor a aquel lúgubre cuarto primaveral.

Pensativo, recordó un antiguo aviso del diario La Capital que guardaba dentro de su mesita de luz. «Abaaa. Frigobar. Ambiente climatizado. La mayor reserva. 4820823. Abierto las 24 horas».

La curiosidad lo perturbaba desde que leyó el aviso por primera vez, que ahora descansaba guardado con sumo cuidado en su antigua agenda analógica. Sus deseos se bifurcaban entre escuchar un disco de Jhonny Cash, ver esa película pendiente de Woody Allen, leer su novela preferida de García Márquez o llamar por teléfono...

Atormentado, desesperado, poco podía hacer en ese cuarto

solitario. Su inquietud y el ánimo de sapiencia terminaron por vencer su histórica cobardía.

Tomó el teléfono y luego de varios intentos fallidos, gobernado por la ansiedad y el temor, escuchó una voz dulce del otro lado del tubo:

—Hola, amor. Te cuento, estamos en Italia y Zeballos. Somos un grupo de chicas que tenemos trato tipo novia, muy dulces, con muchas caricias. El servicio es de media horita, oral y vaginal, una participación, cincuenta pesos. Como te dije, muy dulce, con muchos mimos y caricias. Si querés una horita, libre participación, ochenta y cinco pesos.

Aturdido, apresurado y nervioso por la fantástica propuesta, pensó en que no tenía dinero para probar una hora, y con la curiosidad de descifrar cierto tipo de lenguaje del ecosistema del frigobar, preguntó con timidez:

—Media hora, ¿no es libre participación?

—No, una participación...

—No entiendo. —Las palpitaciones se acrecentaban, comenzaba a tener una breve erección, la ansiedad se apoderaba de él...

—Venís, acabas y te vas, amor.

—Y, ¿si duro menos de media hora? Digo, la participación...

—Acabás y te vas, amor. Una hora es libre participación.

Colgó. Pensó que media hora era poco, hacía mucho que su habitación estaba vacía y sería expulsado del paraíso en menos de quince minutos.

El negocio del proxenetismo, al igual que las peluquerías infantiles, respondía al modelo McDonald's. Es decir, despachar rápido al cliente para tener uno nuevo en sus filas, era lógica productiva. Las hamburguesas se servían rápido, se cocinaban de dos a cuatro minutos. En diez minutos, se vendían entre 2,5

a 5 hamburguesas, en media hora, entre 7,5 a 15 hamburguesas y en una hora entre 15 y 30 hamburguesas. Lo mismo en el frigobar, era más rentable que el trato amante fuera contratado por media hora que por una hora entera.

Una hora era libre participación, el amante ocasional podía terminar las veces que quisiera. Esto quería decir que podía usar más de dos preservativos, lo que aumentaba el gasto de insumos, a su vez, entretendría a una chica por una hora, por ochenta y cinco pesos. Cuando esa misma chica captaba a clientes que la amaban durante treinta minutos pagaban cincuenta pesos, pero yéndose antes, porque quien concurría al frigobar, seguramente tenía la habitación vacía hacía tiempo. Un candidato a irse rápido al mazo sin hacer uso de la media hora completa. Seguramente se irá en cinco, diez o quince minutos, liberando a la chica y dejándole tiempo para que pueda recaudar hasta cuatro veces más y con menos preservativos.

En definitiva, Gustavo Infante reservó turno para las seis de la tarde, luego de tres nuevos llamados fallidos. Antes de confirmar, preguntó:

—¿Qué pasa si no me gustan las chicas disponibles?

—¡Ay, amor!, somos un plantel de diez chicas hermosas, seguro que te gustamos, somos una más linda que la otra.

—Ok, pásame la dirección exacta.

—Amor, estamos en Italia y Zeballos. Cuando estés en la zona, llámame y te damos la dirección exacta.

Colgó. Se vistió como lo hacía cuando concurría a la mejor de sus citas. En veinte minutos, llamada de por medio, dirección confirmada, se encontraba tocando timbre en la puerta del edificio. El botón rojo del portero era señal del anfitrión de la lujuria y las leyes de la carne.

Un hombre que decía llamarse Carlos se presentó con acen-

to extranjero. Su aspecto era más que tenebroso.

—A usted lo conozco, caballero, pase y póngase cómodo.

Entró al departamento de luces tenues, se acercó a la barra que decoraba lo que en condiciones normales sería un living. Pudo leer las letras fosforescentes que rezaban Madame Desiree. En la oscuridad del ambiente pidió una cerveza, sin importar la marca, con el único imperativo de que estuviera congelada.

Por los parlantes se podía escuchar *Ballad of a Teenage Queen* de Johnny Cash. Una chica, que se presentó como Verónica, se sentó a su diestra. Le entregó la cerveza y acto seguido, lo abrazó con su brazo izquierdo, mientras acariciaba su muslo con la mano derecha. Gustavo Infante le contó que Gabriela era una chica dulce y maternal...

# ***Enamoramiento clandestino en la posada de las afueras de Cañuelas***

Ricardo Francisco Covelli

Juan Manuel camina esa mañana de sábado primaveral por la amplia plaza de la ciudad de Cañuelas, observa árboles con sus hojas abriéndose y flores que comienzan a exhibirse, exponiendo un ambiente romántico por su perfume intenso. Varios jacarandás con tonalidades violáceas, ceibos con su flor rojiza, algunos ombúes con un verde intenso.

Lo hace por una de las callecitas internas de grandes baldosones de tonalidad beige, distraído por el paisaje, el murmullo de la gente, los puestos de artesanos y el intenso tránsito por la calle Libertad.

Algo dentro de él le dice que este día no será uno más. Tal vez el extraño sueño que tuvo esa madrugada lo llevó a reflexionar acerca de su monótona vida, que, sin lugar a dudas, necesita una vuelta de timón a pesar de su edad.

Él vive en Lobos. Intuyó que debía recorrer esos cuarenta kilómetros que separan ambas ciudades, por esa premonición que sentenciaba su vida, dándole fecha de expiración.

Por otra callecita perpendicular transita Florencia, oriunda de la ciudad, con su celular en mano, gesticulando en lo que parece ser una virulenta discusión, como olvidándose de que no está sola en el lugar.

En una de las uniones de circulación, por la distracción de ambos, no pueden evitar embestirse y la cartera de Florencia vuela, desparramando su contenido en un radio amplio: llaves,

billetera, agenda, pañuelos, perfume, además del celular. Al agacharse al unísono, vuelven a chocarse.

Gentilmente intenta remediar la situación.

—Perdón por mi torpeza, señorita, venía distraído. Déjeme levantar todo...

—¿No me ayudaría primero a incorporarme? —le dijo molesta.

—Tiene razón... ¡Qué descortesía la mía!

No pudieron disimular cierta atracción mutua desde el momento que se miraron por primera vez... ¡Fue como un flechazo!

—¿Podría reparar mi desacierto invitándola a tomar un café? —le dijo él.

—¿Por qué debería ir a tomar un café con un extraño?

—Por un motivo sencillo, a partir de este momento dejo de ser un extraño... Me presento: Juan Manuel ¿su nombre?

—Florencia... Le comento que no dispongo de mucho tiempo. Debo continuar personalmente una conversación telefónica que venía teniendo en el momento que nos cruzamos...

Eligieron a instancia de ella una confitería frente a la plaza. Lo primero fue lo habitual, dialogaron acerca de sus actividades, edades, estados civiles...

Ella es ama de casa, recibida de periodista, profesión que nunca ejerció, treinta y cinco años, casada hace tres años con Roberto, sin hijos. Él es empresario agropecuario, cuarenta y nueve años, casado en segundas nupcias con Mariel, un hijo mayor de edad del primer matrimonio.

Luego de dos horas de conversación, más de lo que tenían previsto, se confiesan mutuamente estar viviendo, cada uno por diferentes motivos, una situación de crisis matrimonial, sin entrar demasiado en detalles. En realidad el porqué, los de-



talles, no les interesaba a ninguno.

Antes de concluir el encuentro, consensuan encontrarse el sábado siguiente a la misma hora y lugar, la plaza de Cañuelas. Ella no duda un instante en aceptar. Si bien los hombres mayores son su debilidad, la personalidad segura pero a la vez enigmática provoca en ella cierto magnetismo, en contraposición a su inmaduro e inestable esposo.

Él queda obnubilado por la belleza, elegancia e inteligencia de Florencia. Trata de retener en su mente hasta el mínimo detalle. Le parece que roza la perfección.

—¡Que tengas una linda semana, Florencia!

—¡Lo mismo para vos, Juan!... ¿Puedo llamarte simplemente Juan?

—Por supuesto —aprobó él.

El sueño previo al encuentro que ha tenido Juan Manuel lo lleva a consultar a su médico amigo. Luego de estudios realizados, estos detectan que padece de fibrosis quística avanzada, sin posibilidad de cura y una expectativa de vida en el mejor de los casos de un año. Es un golpe muy duro para él.

Solo se plantea mejorar su calidad de vida y en ese horizonte solo tiene cabida su hijo Horacio y la expectativa de la presencia de Florencia en sus planes. Esto último comienza a obsesionarlo.

Al contrario de él, esa semana fue eterna para Florencia, su deseo hacia él fue intensificándose a medida que pasaban los días.

Necesitaba ver a Juan en la creencia que podía darle estabilidad, cierta paz, que hace mucho tiempo no tiene en su vida, y a la vez sabe que despierta en ella una pasión que tenía adormecida.

Llega el sábado. Puntualmente se encontraron en el centro

de la plaza y solo es necesaria una invitación de Juan Manuel a conversar en el automóvil que estaba estacionado en una de las calles laterales, para que ella acceda. Están claras sus intenciones, que son las mismas que las de ella. Solo le pide retirarse de la zona céntrica, para no exponerse.

—¿Qué planes tenés? —le pregunta ella. Él toma la iniciativa. Detiene el automotor casi llegando a la ruta, la abraza y se funden en un prolongado beso—. No me contestaste, Juan.

—Necesitamos un lugar tranquilo para conversar... ¿Estás de acuerdo? —Podemos dejar para otro momento nuestra charla. ¡Quiero estar a solas con vos! —le contesta Florencia.

Consuman su incontrolable atracción en un hotel alojamiento retirado de la ciudad.

A partir de ese momento, abren su vida de par en par a la clandestinidad. Se juramentan en un pacto secreto encontrarse y disfrutar un día completo, una vez al mes, en una posada en las afueras de Cañuelas.

Luego de la primera cita de intensa relación romántica, erótica y sexual, delinean pequeños detalles para darle mayor vuelo a la relación. No quieren compromisos, solo disfrutarse mutuamente.

Reservan siempre la misma habitación, la número diez. Cama armada con sábanas negras y almohadas blancas como simbolizando, para ellos, el sabor del misterio. En una mesa ovalada color caoba, nunca falta una rosa roja, la frapera con una botella de champagne extra brut y dos copas de cristal. La bañera antigua con sales a disposición, velas blancas para ser prendidas cuando la intensidad o el cansancio de los cuerpos necesiten un relax... De esos detalles se encarga él.

La diferencia de edad le da al encuentro ese toque mágico mezcla de belleza y experiencia.

Acuerdan para el segundo encuentro que el primero en llegar esperaría desnudo dentro de la cama.

Para el tercero, el juego consiste en que el primero en llegar esperaría en la bañera con sales aromatizadas, velas prendidas y el champagne listo para ser descorchado.

Siempre intentando juegos motivacionales para la ceremonia erótica inolvidable que los mantenía cada vez más unidos, deseando que llegue el primer sábado del próximo mes.

Se juran no hablar de sus vidas privadas, solo de que lo que les falta hacer en esas cuatro paredes de la posada. Nunca hablan de amor, solo de sexo. No se imponen límites.

Se mienten en alguna oportunidad y hasta lo sospechan, pero qué importa, si no es el motivo principal, este es disfrutar un día diferente en sus vidas. Florencia desconoce la enfermedad de él. Él que ella se ha separado de su esposo.

Con el transcurrir de los meses, la intensidad de los encuentros decae. Fundamentalmente por parte de Juan Manuel, producto de lo avanzado de su enfermedad. Ella, por el contrario, sospecha que se avecina una ruptura. No por ella, obviamente.

Concurre al décimo mes condicionada. Intuye que será la última vez y de solo pensarlo, la inquieta. Mira obsesivamente cada detalle de lo que hace su pareja, el acto sexual es diferente, como complaciente. Flota en el aire cierta tensión.

Entrada la noche, Florencia mira las sábanas negras, la rosa, las copas, la botella de champagne vacía. Se dirige a la bañera. Piensa que su amante dormita, producto del cansancio. Lo que nunca imagina es que está muerto. El espeso vapor da un marco siniestro a ese final. El camino ha llegado a su fin.

El agradable perfume de las sales aromáticas se pierde lentamente en su olfato, para ser reemplazado por el olor a muerte.

Apaga las velas una por una. Bebe lo que queda en su copa

de champagne. Se siente confundida, huérfana...

Solo atina esa madrugada fría de invierno a caminar por la ruta sin rumbo fijo, hasta llegar impensadamente a la plaza de Cañuelas. Se sienta en uno de sus bancos con la necesidad imperiosa de entender lo que está viviendo.

Nunca supo que él estaba gravemente enfermo. Él nunca supo que el marido de Florencia la abandonó este año. Ella convencida que lo perdía porque la relación se fue desgastando. Él nunca se comprometió con ella más que por placer. Contaba los días que estimativamente tenía por delante.

Él llevó sus secretos a la tumba del cementerio de Lobos...

Ella guarda el recuerdo de las vivencias de ese enamoramiento clandestino en la posada de las afueras de Cañuelas... Y un futuro por demás incierto en su vida.

## ***Sobretorno***

Lisandro Gómez

Franco se quedó mirando otra vez la estatuilla que decoraba la mesa ratona. Dos cuerpos amorfos se atraían entre sí con sus cabezas en forma de púas. Parecía que se repelían y se deseaban al mismo tiempo. Puso el libro que había llevado abajo del muslo y forzó la vista para leer lo que decía en la base: *O impossível*, María Martins, 1945. Franco intentó acomodarse en su asiento, pero lo único que sentía era que se atornillaba más. Pensó en volver a su libro, pero no había caso, la trama no lo enganchaba. El calor de la losa radiante lo embotaba y lo ponía de peor humor. Todo parecía formar parte de una tortura planificada meticulosamente. Franco suspiró y finalmente dijo:

—Detesto estar acá... vinimos al pedo.

—Te pensás que yo la estoy pasando bárbaro, ¿no? —agregó Gabriela, relojeando una revista de chimentos—. Además, conseguí un sobretorno de casualidad y el tipo es una eminencia.

—Gaby, hace más de una hora que estamos esperando. Mucha eminencia el tipo este, pero se ve que mucho no le interesa el tiempo del otro...

—¿Y si vamos a cenar algo por acá cuando salgamos, Fran? —propuso Gabriela tratando de cambiar de tema, mientras pasaba de hoja.

—¡A este paso a desayunar vamos a ir! Este hijo de puta no puede ser lo que tarda. Estoy podrido de los médicos que toman, toman, toman pacientes y total que los boludos se caguen. A los médicos les chupa un huevo si uno tiene que

laburar o viajar dos horas para llegar a un turno que sacó hace dos meses, ellos están ahí en el pedestal en el que los ponemos nosotros los pobres pelotudos con prepa.

—No empieces, Franco. Te lo pido por favor.

—Ah y prestá atención que no venga ninguna a decir que es particular, a ver si la hacen pasar antes que a nosotros.

Gabriela dejó la revista en el asiento vacío entre medio de los dos, sabía que estaban llegando al punto de no retorno. Franco seguía hablando, pero ya no lo escuchaba. Se llevó las manos a la cara y apretó los ojos hasta ver el caleidoscopio multicolor que tanto le gustaba ver cuando era chica. Luego levantó la cabeza tratando de encontrar una distracción, un punto fijo, una puerta de escape. Trató de perderse en el cuadro que tenía en frente, una madre amamantando a su bebé. Los trazos erráticos del lápiz parecían armonizarse para desembocar en el centro de la escena, allí donde las miradas tiernas de los protagonistas se encontraban. Sentía que estaba corriendo de atrás el último tren. «¿Están convencidos de lo que vas a hacer?», le habían preguntado sus amigas. En el fondo sentía que algo de razón tenían. A veces parecía que la última que quería darse cuenta de las cosas era ella, cuando debería ser la primera.

Parecía que Franco hablaba otro idioma. Alguien pidió que por favor bajaran la voz. Gabriela no supo si fue un paciente o la secretaria. Vio que una pareja decía algo sin quitarle la vista a Franco. Gabriela sintió que la invadía un calor peor que el de la losa radiante. Justo cuando iba a pedirle a Franco que parara, dijo «Ahora vengo, voy a fumar». Agarró su libro y se levantó, palpó para ver si tenía las llaves del auto, la billetera y el paquete de cigarrillos. Todo tenía que ser así en ese momento, una puesta en escena sobre lo que le pasaba. Le pidió a la

secretaria que le abriera la puerta, que en diez minutos volvía. Gabriela no dijo una palabra y se quedó en la sala de espera con una pierna sobre la otra, moviendo su pie colgante como si fuera la aguja de una máquina de coser, mientras Franco desaparecía de su vista.

En el ascensor, un pensamiento se cruzó por la cabeza de Franco. Una avispa que se tiró desbocada para picar. «Me voy». Antes que pudiera procesarlo del todo, la idea siguió fluyendo: «Me voy a Ezeiza. Saco un pasaje a Aruba y no vuelvo más. Total, como viene la mano, tengo tiempo hasta para pasar por casa a buscar el pasaporte. Ya está, termino con toda esta boludez de los estudios, que se caguen en el laburo y me dedico a vivir una vida más o menos digna».

El ruido del ascensor nivelando en planta baja lo trajo de vuelta a la realidad. Se tomó unos segundos para correr la puerta y escuchar el chillido metálico. Era como si necesitara controlar la situación por un rato y meditar de una vez por todas lo que estaba pasando. A veces sentía que se había dejado llevar por la marea y no había opuesto la menor resistencia. La puerta se abrió de golpe y del otro lado apareció una pareja de ancianos.

—¿Sube? —preguntó la señora sorprendida de encontrarse a alguien que parecía no querer bajarse del ascensor.

—No, disculpe —le respondió seco, mirándolos antes de inclinarse para salir por el hueco que se había formado.

Franco dio una zancada larga y puso el cigarrillo en su boca mientras se dirigía por el *hall*. Caminaba sintiendo la mirada de los viejos en la nuca. Los juzgaban por su actitud, por su falta de consideración al no abrir la puerta del todo, por su desidia. A esa altura le importaba muy poco lo que pensarán

los demás. Apretó el paso y cuando fue a abrir la puerta de calle que zumbaba entrecortada, vio que había una chica esperando a que le abrieran. Pensó que el destino lo ponía a prueba. Ahí mismo, en ese mismo instante. Se sintió con la capacidad de ayudar a esa desconocida que venía cargada con las bolsas del súper. Demostrarle a esa rubia despampanante y mucho más joven que él que estaba ahí para ayudarla.

—¿Precisás una mano? —le preguntó Franco mientras sostenía la puerta con su cuerpo.

—No, gracias —murmuró la chica mientras pasaba frente a él.

—No hay de qué —respondió, sin dejarse flaquear por el peso de la puerta que se le venía encima.

Ya en la calle, Franco prendió el cigarrillo pensando en todas las mujeres con las que podría haber estado. Dio una pitada larga y retuvo el humo por unos segundos. Pensó en la pelirroja con un top que venía en bici, a la que dejó pasar hacía un rato cuando dejaron el auto en la cochera. O la morocha con la que quiso hacer el juego de las miradas por la mañana en el subte. La galería de caras y cuerpos que transitaba por su mente fue materializándose en el caos de tránsito de avenida Córdoba en hora pico. «Nunca agarres por Córdoba, nunca te cases, nunca tengas hijos», sería un buen leitmotiv, uno al que renunció antes de terminar de enunciarlo.

Mientras tanto en el quinto piso, Gabriela seguía esperando que la llamaran, ya no le importaba si entraba sola al consultorio, le daba igual si Franco alguna vez volvía. Se sentía una idiota por rebajarse a su nivel, al nivel del idiota con el que estaba. Listo, esto sería lo último que le dejaría pasar. Se haría los estudios y en todo caso podía averiguar en la obra social si le cubrían algún tratamiento, había leí-



do sobre la posibilidad. Sintió ganas de fumar ¿hacia cuánto no daba una pitada? ¿Y si al final era como decía su abuela y las cosas pasaban por algo? ¿Y si quedaba? ¿Cómo iba a reaccionar él con el primer llanto, con la primera fiebre, las noches enteras sin dormir?

Franco escuchó los bocinazos de la calle y el rezongue generalizado del edificio cuando ya había cruzado el umbral y se quedó a oscuras. Se dijo que tendría que subir los cinco pisos por escalera. A pesar del cansancio, el trayecto lo relajó un poco. En realidad, se sentía abombado por el calor de la sala de espera. Pensó que lo mejor sería pedir algo para comer y calmarse un poco. Al fin y al cabo las parejas se trataban de eso, que cada uno pusiera un poco de sí ¿o no?

En el consultorio, Gabriela se levantó ante la mirada del resto de las parejas que esperaban a que volviera la luz. Se acercó a la secretaria y le dijo que llamaría para reagendar otro día. Estaba decidida a cruzarse a Franco de frente cuando saliera. Quería encontrárselo de golpe. Quería que él no tuviera tiempo de procesar lo que estaba a punto de decirle. Todo eso que los turnos y los estudios tapaban. Aunque en ese momento pensó que tal vez lo mejor era que él se hubiera quedado encerrado en el ascensor por el corte de luz.



## *En la salud como en la enfermedad*

María Agustina Lagos

Y sí, cuando la vio quedó prendado ante su belleza. Claro, no era para menos, con la juventud que irradiaba, sus ojos verdes, y esa timidez propia de la inocencia de una niña. La Nena, como la llamaban sus cercanos, tenía tan solo quince años cuando tuvo que empezar a trabajar en el restaurante familiar. Su padre había muerto recientemente, pero «la vida continúa», le había dicho su madre y no podían quedarse de brazos cruzados con tantos hijos que alimentar. Así, la Nena, al terminar con sus actividades escolares, rumbeaba derecho al restaurante donde se la solía ver detrás del mostrador, intermediando entre los mozos y la cocinera. A ella no le interesaba para nada entablar algún tipo de conversación con nadie, y menos si era un adulto. Solo le bastaba con un «buenos días» y un «adiós».

Gabriel sacudió su cabeza, como queriendo volver a la realidad, y llevó el tenedor a su boca. Solía almorzar en ese restaurante. La comida le resultaba sabrosa porque era casera, casera. Cuando por negocios necesitaba reunirse con colegas, siempre los llevaba a comer ahí.

Y de tanto concurrir, había entablado una suerte de amistad con doña Amelia, quien siempre le tenía una mesa reservada. Ese día, cuando la señora se acercó para constatar que todo fuera de su agrado, aprovechó para preguntarle por la señorita del mostrador. Él desconocía que era nada más y nada menos que la propia hija de Amelia.

—Ah ¿sí?, ¡yo me voy a casar con ella! —le dijo medio en

broma medio en serio.

—Pero si usted es muy mayor para *mijita*; tiene tan solo quince años, y así como la ve, todavía se interesa por las muñecas y los juegos de naipes que gusta de jugar con sus amigas. Mejor se saca la idea de la cabeza y busca novia por otros lados. —Dicho esto, le dedicó una sonrisa y se marchó.

Tres años transcurrieron, y Gabriel, que no había perdido las esperanzas de conquistar a Nena, comenzó a cortejarla. Un día la llevaba a pasear a la plaza del pueblo, otro día la invitaba a tomar mate al río, pero siempre con doña Amelia velando por detrás. Es que eran quince años los que Gabriel le llevaba a su niña, y temía que ante un descuido la cosa terminara mal.

Al cabo de unos meses, Gabriel se presentó una tarde ante doña Amelia, y con un ramo de flores en sus manos le pidió permiso para desposar a su hija.

—Es que es tan niña todavía, no sé... Me atemoriza la diferencia de edad, usted ya es un hombre hecho y derecho, y ella apenas un ángel, tan pura y transparente ¡una criatura apenas asomando a la aventura de la vida!

—Pero doña Amelia, no me diga eso, si usted se habrá casado a la misma edad. Ya se me hace difícil controlar mis instintos ante su belleza, y no quisiera caer en la tentación de faltarle el respeto por los deseos que se han despertado en mí.

Doña Amelia se tomó su tiempo para hablar con su hija. Quería estar tranquila de que los sentimientos de la Nena se correspondieran con los de Gabriel. No quería apresurar las cosas si no se sentía confiada y segura de que este era el hombre de su vida. Y la Nena se lo confirmó. Estaba enamorada.

Gabriel gozaba de prestigio por sus buenos negocios, por lo que, entre familiares, amigos y contactos laborales la boda fue muy concurrida. La Nena parecía un hada con su vestido

blanco de puntilla. Un ser de otro planeta. Gabriel ansiaba el momento de hacerla suya para siempre. En el transcurso de la fiesta no pudo evitar devorarla con la mirada desde lejos mientras conversaba con sus amigos. Por su parte, la Nena no quería que ese día llegara a su fin. La charla que había tenido horas antes con su madre sobre la intimidad conyugal, la tenía intranquila. De solo pensar en quitarse el camisón delante de su esposo la hacía sonrojar. Solo déjate llevar y tu esposo se encargará del resto, le había dicho Amelia.

Y aunque así lo hizo, no fue lo que esperaba, mejor dicho, ni siquiera sabía qué esperar, ya que su inocencia era tal que no se animó ni a preguntar. Lo cierto era que nada fue de su agrado esa noche, ni las que siguieron... Y aunque Gabriel era un caballero durante el día, por las noches se transformaba en un ser insaciable.

—Ya te acostumbrarás —le dijo una tarde su madre, mientras jugaban naipes—. Ten paciencia, pero nunca descuides el deber conyugal, no sea que tu esposo tenga que luchar contra las tentaciones.

Cuando Nena quedó embarazada de su tercera hija, las cosas se complicaron. Con otros dos niños que atender, las contracciones no se hicieron esperar. El médico le mandó estricto reposo, nada de intimidad conyugal hasta que la bebé naciera. Gracias a Dios, estaban bien posicionados económicamente, por lo que no faltó ayuda en la casa. Pero esta situación dejó en jaque a Gabriel, quien, al no poder ser correspondido por los cariños de su esposa, empezó a frecuentar los bares de noche. Así, cada vez regresaba más tarde a casa, generando no solo el descontento de la Nena sino también sentimientos de abandono. Su mujer sufría todo esto en silencio, no se atrevía a sacarle en cara las cosas estando en esa posición de vulnerabilidad que

padecen todas las embarazadas, por lo que cuando escuchaba los pasos de Gabriel que se acercaban a la habitación, apagaba el velador y simulaba estar dormida.

Llegó el gran día del nacimiento de su hija, pronto las cosas volvieron a encauzarse, aunque no la relación marital. Lo había perdido. En el barrio se comentaba por doquier de las amistades extrañas con las que se lo veía a don Gabriel. Sus visitas casi cotidianas al cabaret del pueblo eran de público conocimiento. Algunas vecinas de la cuadra le habían ido con el chisme a la Nena. Lo habían visto pasear en su auto junto con la madama del «sucucho ese», como le decían. Qué vergüenza sentía. No lo podía digerir. Su Gabriel, el amor de su vida, engañándola con la mujerzuela del pueblo. No se merecía esto. Ni ella ni sus hijos. Hablaría con su esposo y pondrían un punto final a esta situación. Se había propuesto hasta perdonarle todo si Gabriel le pedía perdón y prometía no volver a caer en tales bajezas.

Esa noche, lo esperó con el velador prendido y con un libro entre las manos. Gabriel se sorprendió al verla.

—Te estaba esperando —le dijo mientras apoyaba el libro sobre su mesa de luz—. Necesito que hablemos. Estoy al tanto de que llevas una doble vida hace varios meses. Estimo que ya ni me miras ni me tocas porque lo que la otra te ofrece es mejor de lo que yo te doy. Pero así y todo, pienso en mis hijos y estoy dispuesta a perdonar todas tus infidelidades en pos de sacar adelante nuestro matrimonio y nuestra familia.

Pero ya era tarde, demasiado tarde. Lo que para Gabriel había comenzado como un simple desahogo, con el tiempo se fue tornando en encantamiento, y luego en pasión desenfrenada. La madama lo había hechizado. No podía, ni siquiera quería intentarlo, porque el fuego que corría por sus venas solo lo apagaba esa mujer.

—Perdóname, Nena, he caído muy bajo, pero no puedo evitar lo que siento por Beatriz. Mañana mismo armo mi valija y me voy de casa. No te mereces seguir esperándome.

Sumida en la vergüenza por el qué dirán, y con la pena de haber sido abandonada por su marido, la Nena continuó con su vida, tratando de llevarla de la mejor manera posible. Ella amaba a sus hijos, y debía continuar firme por ellos, aunque por las noches solo Dios sabía que lloraba hasta quedar dormida. Su despechado corazón no sanaría jamás.

Años más tarde, Gabriel cayó víctima de una enfermedad terminal. Su hija mayor era a la única que le permitía ir a visitarlo, ya que vivía en la parte superior del mismo cabaret que lo había llevado a la perdición, y consideraba que no era un lugar digno para que concurren sus hijos. La madama fue la primera en darle la espalda ante la adversidad, huyó como rata en cuanto pudo. Le hizo saborear del mismo veneno que años antes él le hiciera beber a la Nena.

—Dejá tu orgullo de hombre de lado y volvé a casa —le dijo su hija—. Este lugar es un infierno, y acá se me hace difícil cuidarte. Mamá me autorizó. Ya preparó tu cuarto con sábanas de hilo y almohadas nuevas.

Gabriel murió unos meses más tarde en su antiguo hogar, rodeado de sus hijos y de Nena, quien sin reproches y silenciosamente veló hasta el último minuto por él.





## *Impenetrable*

Matías Lebrante

Dormís con la tele prendida. No terminé nunca de acostumbrarme a esas luces, ni a las de Buenos Aires. Demasiados flashes. Lo necesitás y lo entiendo. Todos necesitamos cosas distintas. Te miro, la boca entreabierta y el control remoto sobre el pecho. Intento sacártelo para apoyarlo en la mesita de luz, pero te movés y el control termina cayéndose de la cama. El ruido no te despierta del todo. Girás para mi lado y me cruzás la mano encima de la panza. Te vuelvo a mirar, pero no a vos... sino a la marca de tu cuello. Atino a sacarte la mano y me hago bicho bolita. No me tapo, me escondo bajo el acolchado. Quiero apagar esos reflectores. Cuesta respirar encerrada acá adentro. Me descubro la cabeza y recuerdo ese porteño tímido que no podía mirarme a los ojos. También al arrogante de pelo brillante. Tenías el traje gris y la corbata finita, negra. Allá no se veían seguido ese tipo de telas pegadas al cuerpo, salvo en la tele. Decías que la gente del interior era más pura y la bombacha se me bajaba sola. Mañana cumplimos tres años. No quiero que te acuerdes. Miro la hora en la tele. «Para algo sirve que esté prendida», pienso. No son las doce. Entonces sí, nuestro aniversario sería todavía mañana. Ayer me preguntaste otra vez si era pelotuda. Ahora sí tengo clara la respuesta, sino no se explica qué hago todavía acá. Sí, soy pelotuda y vos un desprolijo. Y un básico. ¿Cómo podés seguir durmiendo con ese chupón en el cuello? Me acuerdo del desayuno en el que estrené esa taza que me regalaste. El gusto de nuestras sa-

livas mezcladas con mate cocido y café con leche. Quiero escupirte. Me enrolló todo lo que puedo en las sábanas. Te dejo a la intemperie. Cambio de postura. Intento dormir. Abro los ojos. Todavía es de noche. Seguís destapado. Yo en posición fetal. Me abriga un calorcito distinto al del radiador. El sueño me vence, pero me espabilan las sirenas de bomberos. La habitación está llena de humo. Estoy toda transpirada. No puedo dejar de toser. No se ve casi nada, pero están ahí. Impunes. Vos y tu marca en el cuello. Escucho gritos. Me levanto. Miro por la ventana. Entre el humo, distingo a la vieja del “A” bajando por una escalera extensible con una máscara de oxígeno. La escolta un bombero. Meto la cabeza para adentro y cierro. Es muy tarde. Saco el edredón del placar. Levanto el control del piso. Me acuesto y me tapo. Te arropo a vos también. Apago la tele. Busco tu cuerpo en la oscuridad. Te abrazo para asegurarme de que te quedes conmigo en este infierno. Cierro los ojos y recorro mi pueblo en bicicleta, después de haber almorzado en lo de mi abuela. Voy para lo de mis papás, que queda acá nomás. Todo está cerca. Sobre todo la gente... que es amable. Apoyo la bici en la entrada. Recién pasó el camión regando las calles de ripio. ¡Cómo extrañaba el olor a tierra mojada! Ellos duermen la siesta. Ni deben saber que se cortó la luz, otra vez. Me tiro en el pasto. Hace un calor insoportable. El sol del Chaco arde. Me quemó viva, pero no me consumo. Soy impenetrable. El fuego de mi tierra no duele, solo me envuelve como si nunca me hubiera ido...

## *Cita*

Alicia Marlene Ríos Pérez

Lo confieso que creí haberlo olvidado cuando en la locura del día no podía escucharlo y las emociones y estados de tristeza iban más allá de su voz.

Debía encontrarlo y la oportunidad de resolver los surcos amargos de nuestra existencia estaba a mi alcance. El confinamiento obligado que esta cosa rara, inesperada y asesina nos impuso, me dio la oportunidad de darnos esa tregua.

¡Entendernos era la palabra clave! ¡Y yo... no era muy dada a la tolerancia y a la compasión!

Me dispuse a buscarlo en una cita, era lo perfecto. Desgajé mi libreta escribiendo mil excusas para el encuentro y todas me parecían raras y banales, pero quería reconquistarlo y para ello debía franquear la coraza que me había puesto cuando dejé de amarlo, pues cada detalle importaba.

Me dispuse a buscar el lugar para llevarlo a la cita con toda la emoción contenida, sería un reencuentro de dos que se perdieron en el camino. ¡Una cita clandestina! Sin más testigo que el viento y la luz del día. Entonces pensé en la playa... al aire, con el arrullo de las olas y el bullicio de las gaviotas. Pero... no estaríamos solos, estaríamos a merced de miradas indiscretas que temerosas de un contagio vendrían con reclamos y se perdería la magia.

Entonces... ¿tal vez?... el parque... ¡Sí... podría ser allí! Me sentaría en un banco y lo tocaría con mis manos, sintiendo su vibrar con cada palabra escondida por su máscara. Me per-

mitiría llorar junto a él y tal vez... algunos curiosos quisieran saber el porqué de mi llanto, arrojarían preguntas relacionadas con la muerte o la infección por... esa de la que todo el mundo habla... ¡y yo! sin querer responder. Vería la catarsis momentánea permeada de desaciertos que pondrían en peligro el reencuentro.

No... no debía ser allí. Debía buscar algo más íntimo... más mío... y... ¿qué podría ser más íntimo que mi propio cuarto? Ese al que hemos ido conociendo durante este aislamiento, contando huecos, telarañas y puntillas clavadas en cada pared. Sí... creo que sí ¡allí sería la cita!... nos entregaríamos con suspiros muy callados que despertarían el alma.

Estaba decidida... lo tendría dentro de mí todo el tiempo del mundo. Busqué velas e incienso de sándalo para expandir los olores y dejar en penumbras el cuarto. Preparé mis células para cuestiones de amor y pensé en las palabras que debía decir para romper la coraza. Me senté en posición de loto y con las manos en anjali mudra ejercí presión sobre mi pecho, respiré profundo y cerré los ojos... me quedé quieta.

Poco a poco... muy bajito... fue hablando la candidez de sus murmullos. Yo con lágrimas en los ojos le dije en un susurro.... «¡Te amo!»... «¡Gracias por estar aquí!»

Él, imperturbable, me regalaba su ansiado, rítmico y amoroso ¡tum, tum, tum, tum!...

## *Encuentro de una noche*

María Victoria Pérez

El picaporte se cerró con un suave clic. Marcus se giró, dispuesto a mirar a Hadrian, cuando este ya se había movido para aprisionarlo entre la puerta y su cuerpo. Marcus abrió los ojos grandes, cautivo de la sorpresa, mas su acompañante dejó caer los párpados y avanzó presuroso sobre su boca. Los latidos del muchacho dieron un salto, que Hadrian pudo sentir bajo la mano que se abría sobre su pecho. Una milésima de segundo más tarde, ya se estaba entregando al beso. Hadrian se apretó más contra él, su firmeza presionaba sobre el creciente deseo de Marcus: ese ligero roce los hizo estremecerse al mismo tiempo y jadear dentro de la boca del otro.

—Ah... Esto... —suspiró Marcus—. Esto es...

—Trata de no mostrar ninguna emoción —murmuró Hadrian, mirándolo a los ojos de nuevo, con gesto y tono serio—. De eso se trata. Solo déjate llevar —susurró entre pequeños besos—. Es mejor así.

Esa frase era un recordatorio también para sí mismo.

Sin compromiso del corazón, solo un disfrute del cuerpo, nada más que la satisfacción de una pulsión. Las relaciones eran más sencillas así, cuando podías ahorrarte el trauma de una separación dolorosa.

Avanzaron a los tumbos hacia la cama, que crujió y gimió junto con ellos cuando se lanzaron al vacío del colchón. Hadrian luchó contra la camiseta de Marcus; él le abrió la camisa y dejó que sus corazones desbocados colisionaran. Sus caderas

empezaron a moverse al mismo ritmo, ansiosas por liberarse.

Las manos se humedecieron de sudor y esencia.

Las bocas se descubrieron en una sobrenatural revelación.

Suspiros y jadeos marcaron el ritmo, una montaña rusa de puro deseo que alcanzó su cúspide cuando el nombre de uno cobró vida en la voz del otro.

Unos largos minutos más tarde, Hadrian yacía cruzado sobre la cama. Apoyó la cabeza con cuidado sobre el pecho de Marcus, a medio cubrir por la áspera sábana blanca. Pudo escuchar el corazón de su amante todavía acelerado, su respiración un poco temblorosa, ecos del intenso placer al que había sometido su cuerpo. Dejó transcurrir los segundos en silencio, mientras escuchaba los ecos de la música del bar de la planta baja muriendo en la profundidad de la noche.

Dejó caer los párpados para recrearse en el sonido distante. Entonces, volvió a sentir las manos de Marcus acariciando con dulzura las líneas de su torso, y la piel de sus brazos se erizó de repente.

Abrió los ojos y soltó despacio un hondo suspiro. Clavó la vista en las vigas del techo, en las grises telarañas de los rincones, mientras se esforzaba para que su mente quedase en blanco.

Marcus gimió, somnoliento. El suave sonido llegó a sus oídos e hizo que su corazón se acelerara por un segundo. Cuando lo notó moverse solo un poco debajo de él, sintió un tirón en su interior que despertó tensión a lo largo de todo su cuerpo.

Su mente se oscureció con la tentación de levantarse y marcharse, pero se detuvo. No era la forma correcta de hacerlo. Los encuentros de una sola noche debían acabar bien, no a la mitad: esa era su regla para evitar las espinas de los malos entendidos. Por lo tanto, se concentró en su propia respiración,

en el fantasma de las canciones lejanas, y se propuso relajarse.

—¿Hadrian?

—¿Sí?

—Disfruté estar contigo.

—Me alegre.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de otra persona.

—Bueno —sonrió Hadrian—. La noche es joven. Tenemos todavía tiempo para aprovechar.

Marcus suspiró largamente y descansó la cabeza sobre el brazo que tenía doblado sobre la almohada.

—¿Tú has estado con muchos chicos?

La pregunta sorprendió un poco a Hadrian, que hizo una mueca con los labios. A decir verdad, no le gustaban esa clase de interrogatorios, porque podían representar un umbral a una intimidad no requerida. Sin embargo, la inocente curiosidad de Marcus, la misma que lo había conquistado cuando sus soledades coincidieron en la barra del bar, movió su compasión.

—¿Cuántos serían *muchos* para ti?

—No sé... Más de uno, o dos, supongo. No sé, en realidad.

—Entonces puedo decir que *muchos* es una palabra muy pequeña para mí —contestó con una breve risa.

—¿De verdad?

—Este cuarto puede contar muchas historias.

—¿Y siempre es así?

—¿Así cómo?

—Tan... Tan... intenso —suspiró Marcus, tras varios segundos buscando una palabra.

—Es parte de la diversión. Es entregarte a pleno al momento. Lo efímero lo hace memorable.

—¿Quiere decir que te acuerdas de cada persona con la que

has tenido solo una noche?

Hadrian se detuvo a pensar solo un momento, intentando configurar algún rostro en su recuerdo, pero lo que obtuvo fue un collage de rasgos superpuestos. Los ojos turquesa de alguien, las ondas castañas de otro, el tatuaje en el hombro de aquel, el ímpetu de las caderas de alguno.

—No sé si de todos... Tal vez detalles. No hace falta más, de cualquier manera.

Una sonrisa traviesa apareció en su rostro, y no pasó desapercibida para Marcus.

—¿Por qué te ríes?

—Disfruto vivir así, ¿sabes? Disfruto de la libertad que me he ganado. Tengo que agradecerle a Jagger por abrirme los ojos al respecto.

—¿Jagger? ¿Era un chico con el que salías?

Hadrian maldijo para sus adentros, pero compuso su expresión al momento en que se giró para ver a Marcus a la cara.

—Tal vez tengamos que evitar meternos en esa historia. No tiene un final feliz, me temo. No arruinemos el momento.

Acarició con parsimonia un hombro, luego el brazo torneado de Marcus, mientras se sostenía sobre un codo, formando un ángulo perfecto con el cuerpo de su amante.

—Lucas era muy especial para mí, ¿sabes? Creí que con él...

—No, no, no. —Hadrian se impulsó hacia arriba, pasó una pierna por encima de las de su acompañante para sentarse a horcajadas y se inclinó hacia su rostro—. Nada de confesiones tristes. Eso no forma parte de nuestro acuerdo, Marcus.

Este abrió la boca para replicar, pero Hadrian lo silenció con un beso, presionando las caderas contra las suyas, regodeándose en el calor que producía su punto de contacto a través de la sábana. Se meció solo un poco, de adelante hacia atrás, e



hizo que, con ese simple movimiento, los párpados de Marcus cayeran y sus manos se tensaran sobre la tela que los separaba.

—Solo concéntrate en el juego —dijo, bien cerca de su oído, antes de bajar los labios hacia el costado de su cuello. Marcus echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada, abriéndole camino a sus húmedos besos.

Hadrian exhaló con dureza cuando la mano de su amante se deslizó por su espalda, una caricia de agua fresca sobre su piel ardiente. Sintió la tensión acumularse en su entrepierna y ahogó un gemido en el hueco de la clavícula de Marcus.

Había algo especial en la forma en que sus manos se movían.

Se miraron a los ojos. Hadrian respiraba de forma entrecortada, la ansiedad había tomado posesión de su cuerpo. Marcus le sonrió con tanta ternura que sintió que iba a desmoronarse.

«No», se reprendió en silencio. «No sigas por ahí».

Atacó con urgencia la boca de Marcus, devorando cada centímetro, bebiendo de su esencia. A tientas arrancó la sábana de en medio y lo aferró fuerte por las caderas para sentirlo aún más cerca. Marcus le devolvió los besos con lentitud, a pesar de la necesidad que Hadrian imprimía en cada ida y vuelta. Lo hizo estremecer con una caricia suave y cálida en el punto sensible de su nuca, donde su corto cabello dorado se pegaba a su piel.

—Te necesito ahora, Marcus —gimió—. Siento que voy a explotar.

—Si es verdad lo que dices —un susurro casi inaudible cayó sobre la comisura de sus labios, acompañado con lánguidas caricias a lo largo de su columna—, y solo tenemos un momento, ¿por qué apresurarnos?

En un inesperado movimiento, Marcus tomó impulso en un beso y se giró para quedar encima de él. Hadrian abrió los

ojos enormes cuando el moreno cuerpo de su amante se alzó sobre el suyo, pálido en contraste. El blanco resplandor de la luna en la ventana resaltó los fuertes contornos de su figura e hizo que se le secara la boca. En especial, cuando Marcus le dedicó una sonrisa tan dulce como un torrente de miel.

—Disfrutemos, Hadrian.

Su voluntad se destruyó cuando Marcus depositó un suave beso en el centro de su pecho. Su corazón latía más fuerte a cada segundo. Sus pestañas se agitaron en un parpadeo antes de cerrarse por completo, un acto de rendición ante las caricias de las manos y la boca de Marcus, que trazaron mil senderos de pura ternura sobre su cuerpo entero.

No era solo pasión. No era simplemente placer.

Con cada roce, con cada beso, Hadrian se sintió vulnerable.

Expuesto.

Libre.

Amado.

## ***Día terminado***

Silvina Caputo

Son las seis menos cuarto. Faltan quince minutos para estar obligada a levantarme, pero hace más de media hora que llevo dando vueltas en la cama. Siento que he dormido lo suficiente, pero ese pequeño espacio de tiempo que queda hasta que el interactuar con la vida sea obligatorio me retiene. Estiro mi cuerpo y siento ese leve dolor en la espalda que, según haya hecho o no ejercicio el día anterior, aumenta o disminuye. Es raro, hago entrenamiento muscular y duele, no hago, y también. Supongo que será la edad, premenopausia, palabras que no afectan mucho, al menos, si por mí fuera.

Vuelvo a mirar el reloj y apenas han pasado dos minutos. Me sorprende descubrir la cantidad de pensamientos que pasan por la mente en segundos. Incontables, por lo pesados y mágicos. Bastaría con levantarse para resolver el asunto. En la diaria, todo cambia.

Decido comenzar el trabajo virtual más temprano. La productividad me supera, al menos, su afán. Miro los escritos que tengo que presentar ese día y ahí sí, cuando no lo espero, escucho la alarma del celular. Termino la revisión y de pronto, son las seis y cuarto. Estoy formalmente obligada a levantarme. Al menos para comenzar con la maquinaria de preparar el desayuno y seguir repasando escritos, pero sentada, sin pijama a la vista.

Voy a la cocina y pienso en qué tipo de comida saludable me haré para arrancar. Una tortilla con huevo, queso y tomate,

acompañada con un pomelo, mi fruta preferida. Rompo el huevo, lo bato, lo pongo en la sartén y mientras se cocina, saco la tortilla, corto el tomate, pongo a calentar el café. Controlo mi tiempo para que la cocción del huevo coincida con el momento de sacar el café del microondas y ponerle el relleno. Lo único que no he logrado hacer todavía en forma simultánea es pelar y desgajar el pomelo, pero bueno, todo no se puede.

Me siento a desayunar mientras reviso correos electrónicos. «No podés estar sin hacer nada» me dice mi esposo, ese dulce hombre que acompaña y que es tan impotente como yo. Pienso en lo que depara la jornada. Llevar a Rocco a la escuela especial, buscar un ejemplar de *El Quijote* para Manuel —quien por suerte el año próximo termina la secundaria—, dejar hecho el almuerzo para el viaje del fin de semana y algunos trámites menores más.

Estamos contentos con Ernesto, ayer pudimos sacarle la pensión por discapacidad a Rocco, también salió la curatela provisoria. Era algo en lo que no queríamos pensar, en realidad su crecimiento fue tan rápido que no tuvimos tiempo. Imaginarlo en un futuro es complicado, imaginarnos a nosotros, a él sin nosotros. La versatilidad de las cosas nos impide detenernos y agradecidos, hacemos a medida que podemos, que descubrimos, que entendemos.

Estoy por la mitad de la tortilla cuando veo a mi marido asomado desde el living. «Vení, una convulsión». De repente todo para, dejo la comida, tranquila, amargada, me dirijo a la habitación. Allí está él, Rocco, en posición fetal, en su cama bella, resguardado con un decorativo respaldo gris que mandé a hacer acolchado, que se extiende en forma horizontal a lo largo de la cama y continúa en L en el respaldo. Bonita elección, tan bonita como inútil en estos momentos.

Jadea, ahogado, mientras se sacude. Nos acercamos a él, lo tratamos de acompañar. Le hablamos suave. Aprendí leyendo por las redes que las personas que convulsionan escuchan amplificadas los sonidos en medio del terror que sienten, pese a la desconexión de las neuronas, o a la exacerbación de la conexión neuronal descontrolada, diría.

Miro el reloj. Faltan diez minutos para las siete. Diez minutos para que suene la otra alarma, la que indica que tiene que tomar su medicación. Ácido valproico y Lamictal. Ya probó otras, tomó varias en los diecinueve años que lleva su enfermedad.

Le hablo mientras lo rodeo con mi cuerpo. «Ya pasa, mi amor, ya pasa», digo bajito, cerca de su oído, mientras beso su cabeza y deseo que mi amor incompetente atravesase esas conexiones que se me escapan, que no atienden razones, que hacen lo que quieren y nos dejan vacíos, silenciosos, quietos. Las únicas que logran detener mi tiempo, los latidos que se me escapan de pura impotencia y el odio, que se agiganta frente a tanta incapacidad.

Acaricio su cuerpo, con tal de que me sienta, de que sepa que estoy, que estamos. Sé que hago a un lado a ese hombre que acompaña, al tiempo que agradezco que exista, que esté luego para mí, que no me deja más sola de lo que me deja esta angustia de ver cómo mi hijo sufre y no puedo hacer nada.

Pienso en el amor, en lo reñido de la palabra, y me pregunto cómo es posible que no alcance, que no sirva, que sea tan inútil como yo en estos casos. Trato de abrazar a Rocco con delicadeza. Entrego en ese acto todos los significados posibles de la maternidad y aunque detesto a esa cabeza llena de rulos atormentada, que lo atormenta, la amo con locura, la acaricio, la beso. Ruego al cielo, a lo que quede de eso en lo que ya no

creo, que tenga un poco de paz.

La convulsión continúa, no tomo el tiempo, es curioso, estos tiempos soy incapaz de tomarlos con el reloj, aunque debería. Estos sí debería. Dice el neurólogo, total, para lo que sirve... Además, no hace falta, hemos pasado estatus convulsivos de nueve horas con Rocco de tres meses, ya sabemos cuándo es suficiente y en qué momento aplicar un enema de rescate.

«Sana, sana, colita de rana, esa cabeza loca que se quede callada», le sigo hablando, cada vez más suave. Acaricio sus rulos oscuros, intento jugar con ellos metiendo el dedo entre uno y otro, cuanto más lo hago, más impotente me siento. Me acerco a su cráneo ya operado y trato de oír lo que sucede allí dentro. Siento golpes. Sorprendida, agudizo más el oído. ¿Será verdad lo que escucho? ¿Se podrá oír desde afuera? Y si se oye desde afuera, ¿cómo será oírlo por dentro? Me entristezco más. Más quieta, más silencio, más nada.

Mi compañero, Ernesto, viene con una toalla de mano. Es la que usamos cuando empieza a babearse, pero confío en que no será necesaria. En que esta vez durará poco. Pienso en ello cuando escucho que el estado cambia y pasa de moverse violenta y rítmicamente a quedarse quieto, duro, igual de ausente, igual de luchador. Su cabeza y sus ojos van hacia el otro costado. También leí que otro foco de neuronas toma el poder en ese momento. Toda la electricidad toma el poder, menos yo.

Sus últimas convulsiones fueron así. Primero tónico clónicas y luego estáticas, por llamarlas de algún modo. Modos de llamar científicos mezclados con apodos de mamá atenta. Acompaño su movimiento, lo voy acomodando para el otro costado y creo que está a punto de terminar todo. Pasan unos instantes más, sigo rogando, quién sabe a quién, que mi niño vuelva a estar quieto, silencioso, en posición fetal, tranquilo.

Tomo la toalla que la mano bondadosa extiende. Siento su amor, igual al mío. Inútiles, ambos. La coloco cerca de Rocco, pero tengo cuidado en no obstruir la ronca respiración que pugna por seguir su curso. «Ya pasa, ya pasa». «Ahí está pasando, ya está pasando, mi amor», le digo, me digo.

Segundos, tal vez, y todo ha terminado. Su cuerpo deja de tensarse, el aire comienza a entrar por su nariz con mayor normalidad, apenas unos sacudones fuera de tiempo aseguran que la crisis está terminando pese a que sabemos que puede volver a comenzar con esas mismas descargas. Ruego que no sea el caso, tampoco sé a quién se lo pido.

Empieza a gemir, casi un llanto que no sale, que no se permite emitir, que le asusta también, y que me asusta. «Ya está, papito, ya está. Acá está mamá, no te preocupes, te amo, te amo, mi amor, ya pasó, dormí tranquilo». Me escucha, me responde con más gemidos, sonidos cansados, colapsados, que me hacen quererlo más, admirarlo más, sentirme chiquita, impotente frente a tanto dolor.

Le doy más besos, enrulo ahora con más facilidad su pelo, beso esa cabeza rota que me rompe, que me lo rompe, que me aterra porque puede más que yo, más que este amor que me llena y se desborda de pura inutilidad. Lo tapo, le pido que descanse, le digo que ahora puede hacerlo, y él, agotado, lo hace. Empieza a roncar. Recién entonces me levanto. Con lo que queda de mí vuelvo a la cocina, caliento la media tortilla que ha quedado, el café a medio terminar. Desayuno como un autómatas y siento que ya el día está concluido, no hay más que hacer.





## *La carta*

Enrique Antonio Formentini

Noelia.

*Esta carta puede que te sorprenda o también puede que no. Te preguntarás: «¿por qué una carta?». Lo cierto es que cuando tomé la decisión de escribirte, me pregunté varias veces: «¿acaso no es mejor plantear las cosas frente a frente?». Pero resulta que si así lo hiciera, sería muy traumático, por así decirlo, para los dos —digo vos y yo—, porque en algún momento la ansiedad me jugaría en contra y en segundo lugar porque podría parecer que te estaría pidiendo una respuesta y esa no es mi intención.*

*Así me puedo tomar el tiempo libre —que no es mucho— para ordenar mis pensamientos y vos te podrás tomar todo el tiempo —o no— para leer sin ningún tipo de sobresaltos esto que hoy te envío y que quiero que lo recibas como un regalo, como un ramo de rosas.*

*Se me ocurre que estarás intentando develar el misterio de esta carta, pero es que no surgen muchas situaciones para que conversemos y que nos conozcamos más, que me conozcas más. El tiempo pasa rápido y las oportunidades son pocas.*

*Decidí este modo para decirte mucho acerca*

*de lo que dentro de mí ha nacido por vos y me parece que esta es la mejor forma de dejar que todo fluya y llegue hasta tus manos, tus ojos y tu alma. Espero poder volcar al papel todo lo que siento y lograr que la palabra esté a la altura de la imagen.*

*He optado por hablarte con la sencillez de un chico, como cuando tu hijo te habla y te dice que te quiere. Un chico nunca miente cuando te dice que te quiere, y es por eso que prefiero hacerme una cosa chiquita a tu lado a ser un adulto presumido.*

*Te puedo decir y sin equivocarme que no soy nada parecido a lo que hasta ahora conociste. Alguien alguna vez me enseñó que uno está llamado a las grandes cosas, y que para ello hay que animarse a volar alto y solo como los cóndores.*

*Y vos no te pareces a nada de lo que hasta ahora he conocido.*

*Te veo como una copa de cristal a la que hay que mirar de lejos para no dañar y cuando miro tu carita y tus ojitos se me borra de la mente todo lo que tengo para decirte. Cuando te miro, mi cabeza se pone en blanco; y cuando estoy frente a vos, me tiemblan las rodillas y tengo miedo de rodar por el piso.*

*Luego de mi divorcio vine a vivir a esta ciudad y adopté una perra dóberman a quien puse de nombre Daiana. ¿Se escribe así?*

*Cada vez que llegaba del trabajo ella venía*

*corriendo hacia mí, despatarrándose por el piso, llevándose la mesa y las sillas por delante. Cuando llegaba a mí, no paraba de saltarme y tirarme lengüetazos. Daiana siempre fue así y nunca cambió. Su naturaleza era ser cariñosa y atolondrada. Así de simple.*

*Mamá decía siempre un refrán gauchesco que rezaba así: «no hay prenda que no se parezca al dueño», y sí, yo soy así, cariñoso y atolondrado. La mente fría y calculadora que tengo para el trabajo desaparece cuando es mi corazón el que manda, entonces cometo las macanas del siglo por no esperar, por ser impaciente y por querer todo para ayer, porque me llevo todo por delante y dejo a mi paso una sumatoria de destrozos.*

*Pero no lo tomes a mal. Mi alma y mis intenciones son limpias y transparentes. ¿Pero qué le voy a hacer...? Las erradas y los desaciertos son mi naturaleza.*

*Creo que nada es casualidad, y que formamos parte de un todo que nos envuelve y del que no podemos escapar.*

*Desde mi infancia te soñé y te imaginé. Imaginé que una personita como vos iba a completar mi vida. Hace años me habían dicho que llegarías y que solo debía tener paciencia, que es justamente una virtud de la que carezco de reservas. Solo que no pensé que te tomarías tu tiempo.*

*Entre tantas cosas y personas que se cruzaron en mi vida, y entre tantos caminos andados*

*y desandados, te encontré hace tres años y te reconocí, y no sabía ni tu nombre, y no lo supe hasta el año pasado. ¡Qué locura...!*

*Cuando ese miércoles fui decidido a hablarte, al final se me terminó mezclando todo.*

*Te dije que no era muy bueno para manejar ese tipo de situaciones, y creo que lo hice con una torpeza sin límites, olímpica.*

*Pero la calidez de tu trato disipó todos los miedos que tenía. Me sentí tan contento estando cerca tuyo, que recién esa noche en mi casa me di cuenta que esa tarde me habías regalado tu amistad. Porque solo eso había ido a pedirte ese miércoles, y si no fuera por ese regalo que me hiciste, esta carta no habría sido posible.*

*Estaba tan embobado frente a vos que aunque me devané y hasta hoy me devano los sesos para reconstruir en mi mente todo ese momento, apenas se me cruzan imágenes fugaces de tu carita y siempre sonriéndome.*

*Pero recuerdo, sí, que ayudándome vos a decir lo que no me animaba, me dijiste que lo que quería yo decirte es que me interesás como mujer.*

*Tantas cosas me vinieron a la mente en ese momento que no pude armar el rompecabezas y seguimos hablando de otra cosa, que ahora no me acuerdo.*

*Pero como el papel me permite una segunda*

*oportunidad, te digo que yo sería feliz con que solo me dejaras ocupar un lugarcito en tu vida, porque cuanto más chiquito yo sea a tu lado, más es lo que voy a poder quererte. Lo demás creo que se resuelve invirtiendo el planteo. Albert Einstein decía que solo un necio puede pensar en obtener un resultado distinto realizando siempre la misma cosa.*

*Creo que es mejor invertir las ecuaciones. Yo nunca te pediría que me quisieras... aunque lo deseo.*

*Solo te pediría que me dejaras quererte. Yo nunca te pediría que fueses mía.*

*Solo te pediría que me dejaras ser solo tuyo y para siempre.*

*Sería feliz con que solo me dejaras ocupar un lugarcito en tu vida, ser una especie de sticker al costado de la foto.*

*Hay mil formas con las que un hombre puede amar a una mujer y la mía es un amor del que nunca vas a poder imaginarte cómo es, porque está más allá del tiempo y del espacio. Y así, día tras día te vivo queriendo, y para quererte no necesito ni tocarte con la punta de un dedo, porque solo me basta saber que estás ahí en algún lugar.*

*Me gustaría que conserves esta carta como si fuera un ramo de rosas que nunca va a marchitarse y que te recordará lo mucho que alguien tiene, siente y guarda dentro para vos.*

*Otra cosa es cierta...*

*Seguro que nunca te escribieron que te quieren  
como yo lo he hecho.*

*Algo es algo, ¿no?*

*Te quiere, Enrique.*

Patricia se quitó los lentes, y con un gesto que fue casi un suspiro expresó: —¡Dios mío, qué carta!

Se quedó en silencio, meditando un largo rato para luego decirme:

—La carta es hermosa, ojalá alguien me hubiese escrito algo así, es demasiado sentimiento. Creo que fue muy de golpe, le debe haber caído encima como agua fría. Seguro que ni se lo esperaba, o al menos de esta manera. Debe estar procesando aún todo lo que le escribiste. Si todavía no te respondió o envió algún mensaje es porque aún no le debe haber caído la ficha. Yo te aconsejo que no hagas nada, no la busques, no le hables. Dale tiempo para procesar esto, no sé, al menos por un par de semanas para que puedan hablar y ver qué pasa. Puede ser que no quiera saber nada, pero si es un poco educada, va a buscar el modo de hablar con vos para decírtelo. Es lo más racional, supongo.

Noelia jamás respondió la carta.

## *Irene*

Enrique Antonio Formentini

Sí, ahora puedo decir su nombre: Irene; la mujer que perturbó mis sueños y desveló mis noches durante tanto tiempo y durante tantos años. La mujer cuya sola presencia hacía que las piernas me temblaran, la mujer que supo despertar dentro de mí los más finos sentimientos de ternura y al mismo tiempo los más bajos y perversos deseos de placer y de lujuria.

Parece que el destino premia a los que saben esperar con paciencia, igual que lo hace un viñador para recolectar el fruto de la vid en su punto justo, para luego obtener el néctar que dará origen al preciado licor de Baco.

Hoy es un día primaveral, afuera está soleado. Son las dos de la tarde y desde la ventana del motel puedo ver las flores del jardín de la playa de estacionamiento. Ahora dirijo mi mirada hacia el interior de la habitación y cegado por el resplandor exterior dejo que mis ojos se acostumbren a la penumbra. Entonces mi vista se posa sobre ella: Irene.

Hace un rato que quedó dormida de espaldas a mí, y entonces, con la complicidad de quien su presencia es ignorada, me complazco en observar los contornos de su pequeño cuerpo desnudo. Su cabello rubio, lacio y suelto que le cae sobre la espalda a modo de infinitos ríos de oro, se prolonga hasta su cintura antesala de sus caderas, sus piernas y sus pequeños y delicados pies. Esos pequeños pies descalzos que incentivaron mi lujuria al punto de hacerme estallar en un éxtasis de placer que nunca jamás imaginé.

No puedo creer que nos hubiéramos poseído de manera tan desenfadada, como si fuera lo último por hacer en este mundo, como si se nos fuera la vida en ello, casi arrancándonos la ropa, recorriendo con las manos y los labios el cuerpo del otro, comiéndonos las bocas a besos, como si hubiéramos esperado ese momento culminante desde toda la eternidad.

Irene; la esperé tanto tiempo hecho un volcán de perversos deseos y ahora que acabamos de colmar con avidez nuestra pasión, no puedo dejar de sentir que una infinita ternura hacia ella nace dentro de mí, como si después de la tormenta, del huracán, solo quedasen la calma y las gotas de agua sobre los pétalos de las flores.

Irene; la miro dormir desnuda y sin pensarlo, mi vista se dirige en la penumbra a los pliegues de su entrepierna, justo allí, en donde las mujeres esconden el mayor enigma que los hombres de todos los tiempos se han empeñado en descifrar infructuosamente. Allí, en ese lugar que es el origen de la vida y la puerta del cielo.



## *Final*

Enrique Antonio Formentini

Quise esa tarde volver a encontrarme en su mirada y solo hallé el mudo brillo de sus ojos.

Ya no quedaban palabras entre nosotros cuando cruzamos la ancha avenida, y como un presagio nos cubrió el cielo de sangre de ese atardecer de otoño.

Éramos ya dos mundos distantes cuando llegamos a la terminal; despedirnos, ¿para qué?

La vi partir y sentí desvanecerse todo atisbo de esperanza.

Intenté aferrarme a su última imagen pero fue en vano, ya todo había sido.

Me quedé desamparado en el andén mientras la noche se adueñaba de la gran ciudad.

Deambulé durante horas, e intenté esconderme de mi tristeza en un bodegón infame. Inútil fue intentar refugiarme en el alcohol, la angustia se congeló dentro de mí.

Qué cosa tan absurda y tan real es perder un amor y el deseo de vivir.

Cuando regresé al hotel, ya era otro día.



## *La semilla del alma*

Emanuel Elías Mariano Espagnac

Los girasoles. Desde hace unos años lograron cautivarme. La botánica nunca fue, para mí, materia de estudio, pero admito que con los girasoles ocurrió algo distinto. No recuerdo con exactitud cuándo comenzó. Si fueron los siete cuadros de girasoles que Van Gogh pintó para impresionar a Gauguin, o la franja dorada que se dibujaba desde la ruta cada vez que cruzaba el extenso campo cultivado que me separaba de la ciudad, o el místico e incomprensible enigma que los rodea. Su sombra se atribuye al hecho de que el tallo se mueve —con una suerte de voluntad propia— de modo que la flor se halle en cada momento orientada hacia el astro rey. Como toda la vegetación del planeta, su crecimiento depende de buscar la luz, aquella que termina dotando de vida a todo lo que ilumina.

Conocí a Lorena mientras asistía al taller de narrativa. Entonces tenía 25 años. Aún lo recuerdo. Una mesa rectangular, larga y con un mantel floreado en el centro de la sala estrecha de paredes blancas nos reunía cada semana. Los profesores ubicados cada uno en un extremo opuesto de la mesa brindaban la clase para los presentes. Ella llegó durante el segundo encuentro. Uno de los profesores, Eduardo, la recibió muy amablemente y manifestó para todos que Lorena se uniría a nuestra comisión de los martes por una modificación en los horarios de su jornada laboral. La clase ya había dado comienzo hacía unos diez minutos. La vi entrar. No hicimos contacto visual por mucho tiempo. Pero igual no pude evitar mirarla.

Su rostro pálido por el frío de la calle, sus ojos color café detrás de unos lentes de marco rosa. El pelo castaño le llovía desde la frente y descendía hasta sus hombros. Un grueso sobre todo marrón la abrigaba por encima de un suéter negro. Cruzó la sala. Llevaba un bolso negro colgado en el brazo derecho. Dio pasos largos y firmes. El piso de parquet crujía bajo sus pies. Luego tomó asiento al otro lado de la mesa, en el único lugar disponible, junto a Eduardo. Ocupó el mismo lugar durante las ocho clases restantes, casi como todos. Solo unos pocos integrantes iban variando el lugar clase a clase. Pero ella y yo permanecimos inmóviles. Igual de distantes. No tuvimos oportunidad de entablar conversación alguna. El espacio era reducido y el tiempo, limitado. Pero el destino guardaría una carta, una que se gestaría lento, de forma casi incomprensible. El nivel I del taller de narrativa había llegado a su fin. Continué el nivel II. La misma sala, la misma mesa. Pero sin Lorena. Ahora era un grupo nuevo, renovado. La mayoría se conocía de comisiones anteriores. Yo estaba en solitario. No costó mucho adaptarme. Entre risas, anécdotas y opiniones diversas con respecto a los relatos me fui integrando. Se estaban entretejiendo lazos firmes y sólidos, una alianza que no hubiera imaginado jamás.

Una tarde me encontraba en la soledad de mi habitación. Los rayos de luz del sol ingresaban, tenues, a través de la ventana. Podía sentir una leve calidez en mi rostro. Deslicé la silla hacia un costado, donde se encontraba la biblioteca. Recuerdo estar buscando una clase de información que inspirara alguno de mis relatos. Algo que lograra quebrar la estructura rígida que había creado para narrar mis historias y, a su vez, que desafiara toda lógica del pensamiento. Lo encontré. Casi sin pensarlo, mi mano recorrió una sección de historia, pero no se

detuvo. Recorrió una sección de biología, pero no se detuvo. A la mitad del segundo estante, a la altura de una colección de libros de ciencia, el dedo índice ancló en un libro negro de tapa dura. Sobre el lomo, en letras doradas decía: *Turing. La computación*. Lo abrí. Ya lo había leído antes. Pero algo me inquietaba esta vez. Algo que otras veces había pasado por alto. Era un estudio inconcluso sobre girasoles. Según este estudio, y su autor, esta planta se desarrolla conforme un patrón geométrico preestablecido. Las semillas crecen desde su centro hacia la periferia en forma de espirales, siguiendo siempre el mismo patrón geométrico. Si contamos las espirales, encontraremos que el resultado es siempre un número de Fibonacci. Si dividimos cada número por su anterior inmediato, el valor siempre es aproximado a 1,61803, número que se conoce como proporción áurea. Se trata de un número que representa un canon de belleza utilizado en arquitectura y el arte. Sin importar la dirección en la que contemos los espirales —izquierda o derecha—, el resultado es el mismo. Un patrón adoptado por la naturaleza que da forma a cada planta de girasol sobre la tierra. Como si estuviera recibiendo instrucciones, como si alguien externo lo supervisara y determinara que el proceso debe ser de un modo —conforme a ciertas leyes que no entendemos— y no de otro. Un libro de historia del mismo estante me revelaría que los primeros registros que se tienen de las semillas de girasol en nuestro país mencionan a la ciudad de Carlos Casares como sitio de procedencia. De esa pequeña comunidad en el centro-noroeste de la provincia de Buenos Aires se expandiría al resto del país y ese hito la consagraría, para la posteridad, como la capital nacional del girasol.

El segundo nivel del taller de narrativa concluyó con una despedida casi nostálgica. Habíamos hecho de ese espacio,

de esa pequeña sala que sobre la pared blanca exponía un cuadro de Piglia en tonos grises y negros cual exposición de museo, parte de nuestra vida. La foto que nos sacamos junto a los profesores en los últimos momentos de la clase de cierre se convertiría en la portada de un grupo de WhatsApp. Desde entonces compartiríamos nuestras vivencias, inquietudes, opiniones y relatos a través de la aplicación. Hubo un consenso total entre los miembros de seguir con el nivel III del taller de narrativa, ahora dictado en formato virtual dado el reducido espacio del salón céntrico que ocupábamos cada semana en el centro marplatense.

En los días posteriores circulaba por avenida Tejedor en horas del mediodía, congestionada por los vehículos estacionados en doble fila, la avalancha de micros repletos de estudiantes y el reducido espacio para circular. Un llamado llegó a mi teléfono y me dispuse a atenderlo. Estacioné en el primer lugar libre que encontré, próximo a una esquina, y contesté. El llamado no duró mucho. Allí, en la vereda a tan solo metros de mí, caminaba Lorena. Advirtió mi presencia antes que yo la viera a ella. Sonrió, levantó una mano y la agitó hacia un lado y hacia el otro, saludando a la distancia. Bajé la ventanilla del auto y ella se acercó. Intercambiamos una breve charla entre sonrisas y anécdotas. Habían pasado casi tres meses desde la vez que cruzamos esa última mirada antes de despedirnos, casi sin decir nada. La invité a unirse al grupo de WhatsApp del taller y me respondió con una afirmación, sin dudarle ni un momento. Anoté su número y horas más tarde se presentó con los demás miembros del grupo. Transcurrieron las semanas, luego los meses. Se nos volvió costumbre reunirnos en un café los sábados por la mañana a debatir ideas, analizar textos y recomendar autores muy diversos y reconocidos. Casi

siempre éramos más de cuatro —entre los diez integrantes—, pero Lorena y yo no faltábamos a ninguna de esas reuniones. Compartíamos el desayuno y alguna que otra mirada con un brillo peculiar, un brillo que no veía en alguien más, un brillo que esbozaba también una sonrisa que lo decía todo, sin decir nada. Semanas más tarde, una cena de fin de año fue el motivo que logró reunir a todo el grupo. Llegamos a casa de Fernanda, que nos deleitó con un asado a la parrilla e infinidad de otros platos. Una conversación post cena me revelaría el secreto mejor guardado que el destino tenía reservado. Lorena y yo quedamos en un rincón en el extremo del patio, a la luz de la luna creciente y algunas estrellas que se resistían a desaparecer entre el brillo de las luminarias de la ciudad. No recuerdo el origen de la conversación, pero llegado el momento, manifestó haber nacido y vivido casi toda su vida en la ciudad de Carlos Casares. Estimé interrumpirla, pero su voz dulce y encantadora logró enmudecerme con una sola pregunta, una que no esperaba que hiciera.

—¿Conoces la historia de los girasoles?—sostuvo la mirada fija sobre mí. Ese brillo particular inundó sus ojos color café. Le respondí que desconocía la historia. Quería oírla de su boca. En ese instante comprendí que nos vinculaba más que una simple planta de girasol, que el destino día a día nos fue conduciendo hacia el otro y que ese encuentro estaba destinado a suceder. De que allí surgiría el amor, un amor que germinó como una semilla de girasol en la vasta arena cósmica.





## *La mujer que se incrustó en la luna*

Ana Sabina Pirela Paz

En el caminar de la vida, llegó una tarde un eterno enamorado de Selene, la protagonista de esta historia. Se trataba de un caballero que tenía fama de joven educado y de buena familia. Ambos decidieron enrumbar sus destinos y así fue como un miércoles 20 de diciembre unieron sus vidas en la iglesia de una ciudad capital de la región. Para la alegre y esperada velada nupcial fueron invitados amistades y familiares de ambos.

Él, emocionado y entusiasta, se había guardado para Selene, al menos eso decía. Se regodeaba en manifestar que había cumplido su deseo, porque solo a ella llevaría de su brazo como esposa. La única digna de llevar su hidalgo y noble apellido.

Selene, ilusionada y feliz, agradecía al destino el haber encontrado el príncipe de sus sueños con caballo blanco alado y demás detalles, el mismo de la imagen de los cuentos de hadas. El que la había rescatado de las entristecidas paredes de su corazón y quien la ayudó a confiar nuevamente, una vez que ya había padecido de desilusión, por la perfidia de un anterior amor. El nuevo caballero se presentó a su salvación y realizando una maniobra espectacular, ¡zúas! La sujetó en sus manos y la alzó, cual liviana flor, liberándola de tan pesada melancolía.

Así fue cómo sucedieron los acontecimientos. Selene construyó infinidades de nuevos sueños junto al príncipe y se dijo a sí misma, que su matrimonio era para siempre, que nunca haría lo que sus amigas ya habían hecho: divorciarse. «¡Uy!, qué palabra tan nefasta y de mal augurio», pensaba. Entonces

decidió que en adelante y más, mencionaría a su amado como: Mi Siempre.

Entre confianza, ilusiones y proyectos, trascurrió el primer año del nuevo matrimonio, una imagen de felicidad eterna era la que mostraban ante el entorno social. Definitivamente, la existencia de Selene era como los relatos de hadas, todo lo que le rodeaba, incluyendo personajes, parecían surgir de las páginas de las leyendas de los hermanos Grimm, Jacob Karl y Wilhem o las de Charles Perraut, todo era encanto y fantasía.

Y para hacer más dichosa la unión, dos años después, un siete de noviembre nació una princesa: Anamar, la primogénita, la rosa del jardín del hogar, la que venía a solidificar la familia ejemplar.

Transcurrieron los años, sumaban en total siete... Pero un día, a Selene le llegaron noticias que le produjeron emitir un agudo grito, con un anuncio catastrófico:

—¡Mí Siempre está embarazado! —Y no era precisamente un fruto que gestaba en el vientre.

La misma fémina fecundada la visitó y la puso al tanto, por lo que no era ningún rumor, sino una realidad. Inmutable, impávida, con un estoicismo a flor de piel, así como la educaron desde niña, no se alteró, solo alcanzó a decir: «No se preocupe, no estoy ofendida, tenga en paz a su hijo. Usted no es el problema». Pronunció las palabras despidiendo a la intrusa, pero con la firme idea de desenmascarar a Mi Siempre.

Ese día conoció la palabra *villano* y el significado de la expresión *¡traidor!* Los que la escucharon refirieron que dicha expresión la dijo treinta y tres millones de veces, las que fueron oídas a distancias en otras provincias, cuyos habitantes ensordecieron de tanto estruendo.

La mujer experimentó una sensación extraña en su cuerpo,

no sabía definirla, pero estaba allí en su sangre, en los huesos, en la piel. Quería morir y ese día lloró, se lamentó durante las doce horas, desde la medianoche hasta el mediodía siguiente. Después se levantó y no habló más. Comentan que enmudeció.

Mi Siempre demostró un talante que jamás había asomado: la cobardía. Cuando Selene lo enfrentó, aparte de negar el acontecimiento del embarazo, huyó como alma que lleva el diablo y se perdió por tres meses en un lugar desconocido.

Selene dejó los espacios palaciegos en donde habitaba y con esta decisión arrastró otra: renunciar al amor de su amado y despojarse de ilusiones que narraban los cuentos de príncipes y hadas. Se percató que de la mitad del corazón que le había entregado a Mi Siempre, no le quedaba ni una milésima de cuarta porción.

«¿Cómo decírselo a papá y mamá, que tenían tan buen concepto de Mi Siempre, si hasta he perdido la voz?» se preguntaba Selene. «¿Cómo enfrentar semejante situación?», reflexionaba, rogando resistencia y resignación, pero ¿a quién? Ya no creía en actos de fe. Hasta se le había olvidado los nombres de todas las deidades que había invocado.

Pasaron siete días, y una mañana de esas que no se esperan, le llegó otra noticia, en boca de una hermana: «Papá acaba de morir». El dolor fue desgarrador, desolador, impactante. Solo ella supo cuánto lo sentía en sus vísceras, en toda su humanidad, ¡había muerto otra vez!

Entre pésames, rezos, flores y llanto... se dio cuenta que el sufrimiento que le había producido Mi Siempre se había vuelto pequeñito, ínfimo, comparado con esa gran pérdida. La congoja que sentía por la ida de su padre no podía ser comparada con la del traidor. Así concluía. Esa era grande, inmensa. Dolorosa igual, pero el primero, fue un quebranto por traición, por

voluntad del hombre, y la de su padre, una pérdida natural, por designios de Dios, del cosmos o del universo. Allí ni el deseo ni el libre albedrío del humano habían intervenido.

Con esas cavilaciones, advirtió que había entrado en otra dimensión, se vio en un mundo paralelo. Era un espacio infinito e inexplorado. Agradeció a las omnipresencias por dicha sensación, que arrojaba al otro efecto como estrangulándolo y evaporándolo, sintiéndose después liberada de la aflicción por la infidelidad. Pero en ella se perfilaba otra pasión, que apenas se asomaba en su mente, que cubrió de inmediato el pericardio de su maltrecho corazón: la dulce disposición de la venganza, que, para ella, tenía un sabor agridulce, olor de frutas y color endrino, como el mismo manto de la noche.

Se juró abordar la perfidia, quitándose el pesar de encima. Ella no había nacido ni para mártir ni para santa. Se descubrió encarnando el espíritu del Conde de Montecristo, pero en versión femenina. Se imaginó, una y otra vez, que Mi Siempre llegaría, como en efecto llegó, a pedirle perdón, excusándose y suplicándole; solo que llegó embriagado y con una faz que ni ella misma reconocía.

No era su rostro, estaba envejecido, con marcas visibles de traspase, con un rictus como sonrisa que parecía una mueca. Famélico y ojoso. «Este no es Mi Siempre, ni se le parece» pensaba. Para su razonamiento, era el producto del arrepentimiento, de un acto de contrición tardío y canallesco. Él era el diablo, el mal, la traición, lo perverso, lo torcido, el pozo envenenado del desierto. Él era la melancolía, la infamia, el lado oscuro, el calvario, la cruz, el hombre de las tinieblas, y así lo vio... Y así se le quedó entre los recuerdos más recónditos de su ser, de los que no se ven, de los que están allí, pero no afloran, de los que están en el subconsciente... y así permane-

cieron en su mente, hasta por los siglos de los siglos.

Comentan que ese pensamiento de venganza lo mantuvo por setecientos setenta y siete mil millones de reencarnaciones. Que cuando murió pidió que volviera al recuerdo de Mi Siempre y que su alma cruzó mares, tempestades, desiertos, llanuras, pero que en una noche húmeda y fría se incrustó en la luna, cuando el satélite se asomó en la oscuridad de los cielos, que han visto su rostro en el lado oscuro de la romántica nocturna, y que es en esa fase, cuando recuerda al príncipe de cuentos de hadas. Que allí sigue escondida, en la penumbra, evitando llorar, porque sus lágrimas se convertirían en inundaciones, vendavales, terremotos, tsunamis y también en sequías y devastaciones. Que se transformó en naturaleza bravía, con poder del bien y del mal. La que una vez juró vengarse, que cuando estuviera en el cielo o el infierno iba a regresar a la Tierra, para volverse un monstruo vengativo de cualquier forma, que influyera en los designios de los que se parezcan a los semejantes de aquel príncipe de caballo blanco alado.

Que su propósito al volver estaría marcado como las cartas de los tramposos, para devorar a todos los parecidos a Mi Siempre. Que jamás agotaría la oportunidad de una nueva vida para no aniquilarlos... Que pedirá otro poder: el que toda fémina reconozca las características de los impíos de forma inmediata, para que no existan jamás damas traicionadas, vejadas, maltratadas y humilladas.



## *El flamenco*

Rocío Domínguez

Sentada en la puerta de su casa, Francisca acariciaba el gato que ronroneaba en su regazo y miraba las estrellas desparramadas por el cielo. Sus pensamientos volaban hacia su último amante.

Su vecina la observaba en silencio. Sentía lástima por ella y también un poco de envidia.

—Venga, Francis, ánimo —le dijo con dulzura.

—Azucena, tú me crees, ¿verdad?

—Claro que sí. ¡Ojalá me hubiera pasado a mí! Estabas radiante. Nunca te he visto tan feliz. ¡No te dolía nada y hasta te bajó el azúcar!

La tarde que Francisca llegó a casa de Azucena, con un vestido de volantes y zapatos de tacón, su amiga la miró boquiabierta.

—¡Madre del amor hermoso! ¿A dónde vas tan guapa, chiquilla, con ese vestido rojo? Te has quitado de encima un *puñao* de años y de kilos.

—La faja hace milagros. Es que... hoy tengo una cita —respondió Francisca, con sonrisa triunfal y nerviosa al mismo tiempo.

—¿Una cita? —dijo Azucena, apagando un grito con la mano sobre la boca—. ¿Y quién es el muchacho? ¡Cuéntamelo todo, ahora mismito!

Francisca relató que el día que Azucena no había acudido a

merendar a la Chocolatería Virgen de

Luján, le ocurrió algo increíble. Estaba sentada en su mesa habitual, disfrutando del homenaje que solían darse juntas, esa taza de chocolate y los churros calentitos, cuando vio entrar a un señor muy apuesto, con aire despistado. «Se parece al actor ese, al Connery, el que hacía de James Bond cuando yo era jovencita», pensó.

Lo miró con curiosidad. Para su sorpresa, el señor también la miró y se acercó a su mesa. Muy educado le preguntó si podía informarle sobre Sevilla. Acababa de llegar, quería visitar algunos monumentos y tener experiencias con los sevillanos.

—Claro, siéntese. Yo le indico en su mapa dónde están los lugares imprescindibles —dijo Francisca.

Le explicó lo más típico, repitiendo la retahíla de monumentos que tantas veces había recomendado a otros turistas: la Giralda, el Real Alcázar, el Barrio de Santa Cruz,...

—Aquí todo es bonito, ya verá —comentaba encantada.

«Era amable, serio, formal. De esos hombres que me gustan a mí, tú ya sabes», explicó a su amiga.

«Se quedaba pensando unos segundos cada pregunta. Escuchaba atentamente mis respuestas, como si en su cabeza hubiera un ordenador de esos que lo graban todo. ¡No perdía detalle!», continuó Francisca.

Ella le preguntó de dónde era y qué hacía por Sevilla. Él guardó silencio un momento y respondió, midiendo cada palabra:

—Vengo de muy lejos. Quiero experimentar algunas costumbres locales.

A Francisca le pareció una respuesta un poco extraña. «Será del norte» pensó, «con ese acento tan seco y esa voz que suena enlatada parece que lleva puesta una escafandra».



La conversación se alargó durante un buen rato. Él también pidió unos churros y chocolate.

—Están buenísimos. Si pudiera, me los llevaría.

—Puede pedirlos para llevar en un táper —le dijo Francisca, mordisqueando el último churro.

—¡Uy, no creo que aguanten todo el viaje! —respondió él, masticando con placer. Una línea de chocolate dibujaba la comisura de sus labios.

Entonces, sonrió y añadió:

—Antes de irme, quiero ver ese baile tradicional tan famoso que se llama igual que un pájaro de patas largas, de colores blanco y rosa.

—¿El flamenco? —dijo Francisca, sorprendida. «¿Pero de dónde ha salido este extraterrestre guaperas?», pensó—. Puedo recomendarle el mejor tablao flamenco de Sevilla. Hasta hace poco, iba allí con mis amigas a echar unos bailecitos.

—¿Quiere acompañarme? —pronunció estas palabras mientras apoyaba su mano sobre la de Francisca. Al mismo tiempo, la miró con una profundidad que la transportó al mar de su añorado Cádiz.

Francisca se perdió unos segundos en esa mirada. Se sintió atractiva de nuevo.

—¡Venga! A mi edad, me apunto hasta al plan de ver caer las hojas en otoño. ¡La vida son dos días!

—respondió, recuperando la compostura y deshaciendo el nudo de su garganta—. Dime tu nombre, chiquillo. ¿Cuándo quedamos?

Cuando entró en La Carbonería, Martín ya había llegado. Francisca lo contempló desde la puerta. Sintió una ilusión que

creía que nunca volvería a sentir. Se acercó y él se levantó para cogerle la mano y darle un beso en la mejilla. Ella sintió calor en sus pómulos. Sus ojos lanzaron chispas invisibles.

Antes de sentarse, sacó del bolso dos cojines finos, hechos de ganchillo. Los puso encima de las sillas que los esperaban.

—Soy un poco tiquismiquis. Aquí las sillas de enea son muy duras. Después de un rato, se te queda el culo *cuadrao* —aclaró. A continuación, añadió:—. ¿Nos tomamos unos güisquis? El mío con mucho hielo.

Hacía tiempo que Francisca no disfrutaba así del flamenco. Escuchaba las voces rotas de los cantaores, su incesante taconeo, miraba a los músicos rasgando las guitarras, observaba las curvas sinuosas de las bailaoras, sus vestidos dibujando formas imposibles en el aire, el gesto estirado de los bailaores, la sensualidad de ese arte que ella tantas veces había bailado. Recordó a su marido, al que tanto le gustaba verla bailar. «Indalecio no tenía ni una miaja de duende, pero era todo bondad», pensó, «Me quiso con locura y me dio lo mejor de mi vida: mis hijas». Siempre sentía pena al pensar que él no había llegado a conocer a su nieto Curro.

Apartó el pasado y a su familia de su mente. Se giró para observar a su acompañante. Martín no quitaba ojo a los bailaores, a la decoración, al público entusiasmado que palmeaba y lanzaba piropos hacia el escenario. Percibía cómo él registraba en su memoria la magia, el embrujo de la noche andaluza.

Cuando terminó el espectáculo, a Martín le brillaban los ojos, hablaba acelerado, con una pasión en sus palabras que no había transmitido hasta entonces. Todo le había llamado la atención, había absorbido cada minúsculo detalle.

Empujada por esa pasión, Francisca cogió su mano y se acercó más a él. Martín le regaló otra mirada honda como el

Atlántico. Entonces, dejó posar sus labios sobre los de ella, que esperaban con deseo y un temblor casi imperceptible.

—Usted me gusta mucho... Pero pronto abandonaré este mundo —dijo Martín, alejándose solo medio palmo.

—¡Anda, y yo también! No digas sandeces ahora. Tutéame y sigue besándome. —Francisca estaba en las nubes. ¡Ella que creyó que jamás volvería a sentir esa sensación en el pecho!

Despertó con el sonido del móvil. Era Curro.

—Abu, ¿vienes a comer a nuestra casa?

—Claro, cariño. Me arreglo, cojo el bizcocho y voy *p'allá*.

—¡Trae el gato, eh! Hace días que no le hago sacar las uñas —dijo su nieto, con esa voz de trasto que la desarmaba.

Cuando colgó, llegó el recuerdo de la noche: el baile improvisado con Martín, el paseo por la judería, la invitación sutil para ir a un hotel, volver a sentirse deseada, reencontrarse con el placer en su cuerpo.

Abandonó la cama sonriendo y miró a su alrededor. Martín ya no estaba en la habitación del hotel

Alfonso XIII. Se había marchado sin despedirse. La envolvió una nube de tristeza.

Sobre el escritorio, encontró una nota manuscrita.

*Querida Francis,*

*De todas las experiencias terrenales que he vivido, conocerte ha sido la más especial. Nunca creí que me sentiría como un humano enamorado.*

*He tenido que adelantar mi viaje porque he incumplido una de las normas:  
«Prohibido establecer vínculos íntimos con los*

*especímenes a analizar»*

Francisca no entendía nada. «¿De qué habla este hombre?», se preguntó y continuó leyendo.

*Vine para estudiar los seres del planeta Tierra. Los humanos sois realmente curiosos, dignos de un análisis exhaustivo. Nunca he visto una especie con tantas contradicciones. Propondré a mis superiores que envíen más misiones.*

*La especie que más me ha cautivado ha sido un ave zancuda que descubrí en las marismas del Guadalquivir: el flamenco. Después de conocer el baile del mismo nombre, he decidido llevarme, además de unas plumas, una figurita de una bailaora que me recuerda a ti.*

*Me llevo otro recuerdo tuyo. He cogido de tu bolso un cojín de ganchillo. Seguro que me irá muy bien para el asiento de la nave. Es muy duro y me espera un largo viaje.*

*Hoy desaparecerá todo lo que había materializado para mi experiencia aquí, incluida esta carta. Está diseñada para que solo puedas leerla tú. Se volatilizará a las 11:59:59, hora local.*

*Tu duende,  
Marte-in\_2.0.2.2*

Francisca miró su reloj de pulsera. Le quedaban diez minutos. Leyó la carta varias veces hasta memorizarla. A la hora

prevista, vio, perpleja, cómo la carta se evaporaba entre sus dedos. Diminutas partículas de papel se fundieron con la luz que entraba por la ventana.

La noche empezaba a refrescar. El gato erizó el pelo, dio un salto y salió corriendo. Francisca observó cómo perseguía a otro gato que pasaba por la acera. Volvió la mirada hacia el cielo y vio una estrella fugaz que dejaba una estela rosácea.

—Mira, Azucena, allí está mi Martín, viajando por la galaxia.

—Di que sí. Y a ti... ¡que te quiten lo *bailao*!



# ***CUESTIÓN DE EDAD***

Néstor Osvaldo Losa

«Las apariencias engañan»

¡Desalmada, cruel e irreal! Así es la compleja y a veces mal estructurada sociedad que conformamos. Quiere ser moderna, pero nada en aguas conservadoras; pretende ser dinámica, pero prefiere no innovar. Por ello me aterran los males que la medicina les impone por las ventanas a las instituciones y a quienes creen en ellas.

¿Por qué mis quejas? Con mis 71 años, llevo en esta hermosa ciudad balnearia una vida de hombre de casi cincuenta. No piensen que exagero o que la demencia me atacó por la espalda y me hace expulsar palabras sin sentido, o con sentido absurdo. Estoy absolutamente sano. Me honra ser profesor de literatura —aunque no ejerzo— e ingeniero civil, profesión que admiro y que me tiene atado como profesor universitario. Me enorgullezco de ser rosarino aunque por adopción fui porteño y, ahora, un feliz marplatense. Pero lo que más me honra es ser padre de cuatro hijos de dos matrimonios que ya fueron.

El caso es que en una ciudad con alta tasa de longevidad, sufro las contingencias que mi elevada edad me trae aparejada, pues la ponderación que registra la partida de nacimiento junto al DNI me resta disfrutar de la vida como quisiera. Me coloca en situaciones que me irritan; que desmerecen mi atractiva figura por razones de burocracia, con base jurídica reprochable, que duelen. Nunca la fui con el viejismo y menos

con esos que consideran la vejez como enfermedad. ¡Una verdadera atrocidad! Es por esto que siempre batallé por ser sano y gozar del amor. Creo que puedo seguir haciendo mucho; aspirar a nuevas relaciones sin que la impávida determinación de edad —producto de anotación legal—, me limite.

Aunque no sea simpático y parezca pedantería, me permito autorreferenciarme. Es necesario para que comprendan mi drama y hasta quizá lo compartan. Profesor universitario emérito, no aparento más de 48 años; me muevo con la velocidad y agilidad de un hombre por demás activo (fui un buen ciclista de competición federado). Suelo bailar con frecuencia cualquier ritmo, hago un poco de fútbol, natación en aguas abiertas —que practicaba años atrás en Santa Fe— y surf en Playa Grande. Me gusta el buen vino, adoro a la mujer y lo que ella representa. Salud tengo de sobra y también amor. De todo eso quiero hablar.

Mis análisis de laboratorio, los estudios de todo tipo y variantes que me ordenan para controles, son para el cuadro de honor; impecables y tan contundentes que los médicos no me median. ¡Y eso que estamos en tiempos de adicción farmacológica! Bien, a mí no me indican ningún medicamento, ni me dicen que baje de peso porque estoy en el ideal para mi adecuada estatura, o que haga deporte pues hago más que el debido. Se sorprenden de mi estado y tengo para mí que me envidian con ganas. Nunca una fractura ni una intervención quirúrgica. Los doctores que me atienden consideran que por los estudios y revisiones que efectúan, aparento muchos menos años de los que tengo.

Pero siempre aparece la oscuridad en la existencia humana y con ella los sinsabores que me descolocan en lo íntimo y lo social. Se trata del peso desmedido y frustrante de la edad



real con sus consecuencias negativas para mi felicidad. ¿Qué nos ocurre, Gastón, que no podemos hacer valer ni la pinta, ni el estado físico, ni aumentar los ingresos en un mejor trabajo? La presencia está muy bien. Entrador —arcaico término si lo hay—, todo más que bien. Pero... sí, ese *pero* es terminal, perjudicial, patético. Siempre aparece para tumbarme. Cuando me presento para acceder a un cargo interesante en entidades de magnitud, al cotejar los datos de un currículum de gran valor profesional e idóneo para el puesto anhelado con los datos personales, muta el semblante de la persona que me atiende. Comienzan las consultas; sigue una espera exagerada y luego, la frase terminal: «Mire, ingeniero, he consultado, pero con su edad nosotros no podemos contratarlo o incorporarlo, lo lamentamos mucho».

Esto sucede en cada ocasión que vislumbro un trabajo interesante y bien remunerado. La edad me condena. Cuando concurreo a renovar mi licencia de conducir y paso todos los exámenes con éxito, veo que me renuevan tan solo por dos años. Ante mi consulta enojosa, me indican que por ley, entre 60 y 69 años se prorroga por tres años y a partir de los 70, dos años. Claro, a menor edad, los plazos son más extensos para la renovación aunque en los hechos fatales los más jóvenes sean los que mayores siniestros viales y faltas producen.

También veo apagada la luz docente en la universidad, pues como profesor emérito no puedo concursar más. Y al decir *emérito*, ya estoy desnudando mis años registrales.

¡Y qué decir de las redes! En Tinder u otras aplicaciones, cuando con alegría observo las fotos de hermosas mujeres con ansias de tener pareja o relaciones, lo que comienza bien en el intercambio dialéctico, termina desesperanzadoramente en cuanto digo mi edad, o cuando la damisela busca mis datos

personales y advierte una pesada suma de calendarios. Paso a ser descartable y no hay explicación que valga.

Es decir que lo laboral, lo académico y las vinculaciones amorosas se ven afectadas y heridas de muerte en razón de esa terrible inscripción que luce mi documento nacional de identidad, o mis datos en Internet.

«Veinte años no es nada»

Cuando conocí a Claudia, una treintañera adorable, hablé con mi abogado. El Dr. Aparicio es muy diligente, domina diferentes ramas del derecho con soltura y experiencia reconocida. Le planteé mi imperiosa necesidad de modificar la edad en el Registro Civil. Es preciso restar veinte años porque me siento perjudicado en estos tiempos difíciles. Le expresé mi anhelo lógico de, a posteriori, reformar los restantes documentos públicos y privados. Quiero tener la edad que física y mentalmente demuestro. Incluso me ofrezco a ser objeto de prueba médica y psicológica para reforzar mi tesis y lograr esa reducción numérica. Considero que si un ser humano hoy puede cambiarse de sexo y hasta tener un tercer género, estoy en condiciones de modificar mi edad.

El gesto del letrado oscilaba entre la sorpresa, la sonrisa y la seriedad extrema, y como buen abogado no desnudaba su opinión. «Si bien es cierto que hoy se puede cambiar el nombre y apellido de la persona en determinadas condiciones; se puede poseer más de una nacionalidad, que es muy frecuente; se puede mutar el domicilio, el estado civil; modificar la profesión; casarse entre personas de igual sexo más lo que adelanté opinando en mi exordio, las leyes nada dicen sobre alterar la edad por voluntad unilateral del peticionante», me contestó.

Los años se suman siempre, no existe resta que valga para que el Registro Civil cambie la fecha del natalicio y es más, en casos delictuales y en función de pruebas puede hasta modificarse la fecha del deceso. Es tal vez el único rubro registral que no puede alterarse y si eso se llegara a admitir, debería ser por orden judicial. Aparicio no ve razón alguna ni conoce jurisprudencia que admita una variante del día en que el ser humano ha nacido.

No sé a esta altura si la respuesta del letrado me rebeló, o ese niño que tengo a flor de piel me llevó a gritar que iniciáramos las acciones judiciales que demuestren, en mi caso, que cabe hacer lugar a la reducción de años de edad en el Registro Civil y Capacidad de las Personas y que, posteriormente, se ordene la modificación en todos los documentos personales comenzando con la partida de nacimiento. Y agregué: «No me importa el monto de sus honorarios, quiero ser el hombre que represento y no el que nace de un papel con sellos burocráticos». Pese a que no me daba demasiadas esperanzas, mi frase lo convenció. Eso sí, ¡tremendo honorario!

Debo reconocer que cuando el abogado aceptó, rejuvenecí aún más. Eso me demuestra el espejo del baño que me ve peinar mis casi inexistentes canas. Ya todo está en manos del juez marplatense, será justicia y seré más joven. Claudia, mi amor, seguirá siendo la flor de juventud a mi lado y seremos una pareja equilibrada cuando suceda lo que debe ser cosa juzgada. En el fondo es su amor el que me convierte en osado. Ahora, a esperar. Seguramente la mora judicial kafkiana hará que al terminar el proceso, el joven que esto narra ¡esté entonces viejo!

### ***Nota al pie***

En 2017/2018, Emile Ratelband, un holandés de 69 años, con algunos de mis argumentos, intentó por medios judiciales que su edad se redujera en veinte años, describiéndose como «un Dios joven». Interesante definición.

## ***El amor en los tiempos del Zoom***

Néstor Osvaldo Losa

Increíble, inimaginable, enojado, tremendo salto al vacío... Así consternado recibí las directivas de mi facultad, que me indicaban cómo debía dar mis clases este año.

Protocolo va, protocolo viene, fui puteando a la pantalla de la computadora que parecía gozar con mi torpeza para avanzar con la nueva tecnología.

La pandemia, la cuarentena y el querer preservarse sano nos fue rumbeando a vivir con cierta prudencia. Al mismo tiempo nos cambió todo. Sí. ¡¡Todo!! Trastocado el escenario, la vida mutó, la convivencia rotó y sigue girando. Pero la idea es contar qué me está sucediendo y cómo explicar y explicarme esta realidad que se desnuda día a día.

Profesor de muchos años, burgués de la enseñanza con ataques circunstanciales de progresismo pedagógico a veces duraderos, podía concebir muchos cambios y recambios. Ahora, esto de no ver y oír a los alumnos en un aula o en un escenario académico, eso nunca pude imaginarlo. No entraba en mi conservadora cabeza de docente que todavía simpatizaba más con el pizarrón que con el PowerPoint, blanquear el desconocimiento o escapar a la responsabilidad de afrontar la comunicación efectiva.

En fin, ya estamos cuadriculando alumnos; ya conectamos los micrófonos... «Estás muteado, Álvarez». «Poné tu nombre o renombrate, Zaldívar». «Si se corta volvemos a entrar todos con el mismo Id y contraseña». «¿Me escuchan bien? Más a la derecha porque desapareciste de la pantalla». «Cierren los

micrófonos porque los ladridos del perro no permiten escuchar...» ¡El Zoom nos cargó a todos!

Así veo a mis alumnos, desde mi casa, en mi pantalla y yo sobriamente elegante hasta la cintura, con short o pantalón de pijama, descalzo o con pantuflas y atento a que en el chat aparezcan preguntas, saludos, comentarios... Un tremendo desvarío que me pone muy mal, aunque asumo que me voy acostumbrando. Charlas más, charlas menos, virtualmente estoy recorriendo el país. Tengo paneles con colegas de otros sitios del mundo. En segundos salto de Mendoza a Salta, Mar del Plata y luego, México DF. Lunes en el Colegio de Abogados de Morón y sigue el avión imaginario transitando la oratoria del suscripto... «Impecable» dirían los uruguayos.

No solo de clases vivo. Tengo una profesión que siempre amenazo dejar y que la continúo: soy abogado. Entonces, ¡sí! Zoom para ejercer, nada de papeles, todo digital. El sello profesional al cajón del escritorio. Audiencias virtuales, domicilio electrónico. ¡Uffff, a qué hemos llegado! Facebook, WhatsApp, Instagram, fotitos y otras yerbas.

El aislamiento prosigue, se renueva, aumenta, avanza, retrocede, se vuelve a prorrogar.

Al mismo tiempo corrés por las compras y esperás que levanten los cierres de actividades que te dejen ir al estudio, oficina o consultorio. Te tocás y comprobás que seguís teniendo sensaciones típicas de humanos y que, con los otros humanos, quejosos o deprimidos, hablás por teléfono o con mensajitos que van y vienen. Hasta que los dedos quedan tan exhaustos como nosotros.

Mucho *streaming*. Perdés relaciones; suspendés viajes *sine die*. Cambiaste tanto los planes que no sabés para qué proyectabas. Mientras tanto se suman contagiados y fallecidos junto

con nuevos protocolos. Todos opinan. Desestimás la tele y te intoxicás con series y películas. Ves como no ves. Los ojos se pegan, se irritan, se nublan de tanta lectura, de tanto chat en tu pequeño teléfono móvil.

Seguimos aislados y el barbijo es tu amigo-enemigo. En varias salidas te das cuenta que te lo olvidaste y regresás presuroso a buscarlo. No sabés cómo evitar la reiteración de olvidos. La cuarentena multiplicada persiste.

¿Y el Zoom? Bueno, ya está metido en tu mente, en tu cuerpo y en tu casa con fuerza inimaginable. Lo insultás y después lo aceptás. Te convertís en un camaleón tecnológico.

Antes del Covid, mi relación de pareja se fue esfumando tan rápido como la libertad, de modo que la pandemia me encontró soltero. Cuando ya comenzaba a hablar demasiado conmigo, tomé dos decisiones extremistas: anotarme en un curso de ópera y hacer teatro. ¡Todo por Zoom! Contacté con personas que tienen organizaciones aptas y responsables para esos menesteres. ¡Qué desafío! Con mis cincuenta y nueve años recién cumplidos, volvía a clase como alumno. Una verdadera proeza.

Así conocí a nuevas personas o, mejor dicho, a personajes que como yo intentaban apaciguar las ansiedades del encierro más temido. Tenía nuevos entretenimientos, aprendía otros rubros. En la mala también suceden cosas buenas.

No tanto en las clases de ópera que terminé abandonando sino en las de teatro, comencé a sonreír y a reír. Descubrí esa compleja faceta que nunca había abordado pese a mi gusto por los escenarios como espectador. Además, preponderaban en número las mujeres con las que desde la pantalla debía actuar con consignas dadas por la docente e improvisaciones que eran a nuestro cargo como participantes. Todos cómodos en esta actividad semanal y yo más. Como me suele ocurrir desde

chico, tengo inclinación hacia el enamoramiento. No he podido curarme o, más bien, nunca intenté sanar. Y allí, en ese espacio de Zoom, un día apareció Sofía.

Ella con su sonrisa y sus claros, enormes y pícaros ojos me cautivó como colegial de otrora. Su voz era un canto cálido. Los cincuenta y dos años los llevaba a la perfección. Por entonces, lo único que me sucedía era esperar las clases con un entusiasmo que no tenía para otras tareas. Con ansiedad adolescente anhelaba la hora de conectarme, memorizaba el ID y la contraseña, acomodaba la pose para la pantalla, visitaba mi espejo veinte veces, solo faltaba que me perfumara...

Como ocurre en estas experiencias grupales, se conformó un grupo cerrado para intercambiar información, habilitar el servicio de Zoom, modificar horarios, recibir grabaciones o filmaciones de lo actuado por todos y que luego se fue ampliando con algunas bromas, reflexiones picarescas y otras cositas.

Fue por este chat que propicié la conexión no colectiva y accedí a su WhatsApp con el pretexto de una consulta médica, aunque Sofía es pediatra, investigadora y farmacéutica. Mencioné un dolor continuado en los hombros y le pregunté cómo operaría un remedio que alguien me había aconsejado. Así se inició un intercambio de mensajes y diálogos que llevaron a su grado más fuerte: la seducción mutua. Conformamos una suerte de noviazgo virtual, animado con algunas fotografías que intercambiábamos. Las conversaciones eran extensas e incentivaban el deseo del encuentro y otros más contundentes. La promesa de vernos era condicionada; los aislamientos o dificultades personales obstruían el abrazo físico y los besos prometidos. En medio de nuestra locura amorosa y pasión desenfrenada, hablamos de casarnos. Sí, de unirnos en matrimonio formal. Parece absurdo, pero el enamoramiento por Zoom da



para eso. Era tan nuestra la loca decisión que a nadie le comentamos nuestros pasos a seguir. Con el severo aislamiento en el que vivíamos, al casarnos por el modo virtual del Registro Civil, podíamos unirnos de manera inmediata al acto conyugal. Además, si aparecían rebrotes, nosotros ya estábamos juntos.

Así llegó la fecha de las nupcias ¡por Zoom! Nuestro destino con base de Internet era un hecho. Nuestra pasión culminaba de forma original.

Emocionado, temblando de miedo y de alegría, fui dando los pasos hacia mi PC, que lucía como nunca. Había elegido un buen traje, una camisa italiana y una moderna corbata. Todo conformaría una aceptable foto.

El mediodía de ese jueves me tenía feliz frente a la pantalla cuando recibo el llamado telefónico de la oficial del Registro Civil. Me informaba que el sistema se había caído y que la celebración se demoraría una o dos horas. No quise importunar a Sofía con mi desazón, pues ella también estaría informada. Mi amor y mi pudor estaban elevados como siempre o más. En la nerviosa espera me preguntaba si este intento alocado era oportuno, si no debíamos esperar el fin de la eterna cuarentena...

Estaba en esas cavilaciones cuando apareció en la pantalla la doctora a cargo de la ceremonia civil, quien anuncia que el inconveniente había sido subsanado. ¡Qué alegría! Miro los pequeños cuadros y veo que estamos la jueza, el secretario, un auxiliar del registro y yo. Sofía no aparece. La inestabilidad de la tecnología me deprime. El secretario informa que los técnicos iniciaron su labor para que aparezca mi novia.

Media hora después, es la jueza quien me comunica que la señorita Sofía Montalbán no está conectada. Que los llamados al teléfono de la contrayente son negativos. Que regresa-

ron los correos electrónicos enviados al mail de la consorte ausente. Empapado por el sudor y ya esperando las primeras lágrimas, la llamé desde mi móvil, traté de mensajear. Fue en vano. Desesperado, casi a los gritos, pedí a las autoridades que demoraran el inicio, que tratáramos de ubicar a Sofía. Inútil y penoso.

La tecnología borró el amor, como antes la pandemia borró el contacto físico. El aislamiento nos dejó solos, demasiado solos y engañados. Nos dejó sin afecto real y con una virtualidad lacerante...

## ***Nos habíamos amado tanto***

Norma Salles

Nuestro padre murió hace dos semanas. Un infarto mientras jugaba al fútbol con los amigos. Mi hermana y yo estábamos de guardia en el hospital cuando recibimos la noticia. No lo podíamos creer. Es que siempre lo imprevisto nos posiciona cerca de la incredulidad. De la impotencia en nuestro caso.

El sol de este sábado nos animó a pasar por su departamento. Antes de entrar nos abrazamos, lo necesitábamos. Levantamos las persianas y abrimos las ventanas. Todo se llenó de luz. Los libros, las fotografías, los cuadros, los vinilos. Todo era dorado. Afuera el sonido de buses y autos disputándose la avenida. Dentro de la casa, dentro de nosotras, mi hermana y yo recorriendo un espacio poblado de ausencia.

Habíamos acordado dedicarnos solo a su escritorio y la biblioteca. Otro sábado, el dormitorio. «Hasta donde podamos», repetíamos por lo bajo como un mantra.

Siempre previsor, mi hermana había traído la matera y algo para comer, así que después del tercer mate y dos medialunas, avanzamos con el escritorio. Allí, enmarcados en plata, descubrimos a nuestros abuelos. En algunas fotos aparecían solos. En otras, sonrientes, iban con papá por las sierras, por la orilla del mar, por la nieve. También estábamos nosotras. Risas y lágrimas cuando vimos a las melli disfrazadas de odaliscas; otra con el delantal de la salita verde; más allá, dos muchachas enharinadas que hacían morisquetas en la plaza Houssay. Y

Ciro jugando al básquet con la camiseta de Atenas.

El termo estaba casi vacío cuando encontré un sobre blanco, común, típico de cartas que ya no se envían ni se reciben. Tenía escrito el nombre de nuestro padre, Andrés. Debajo hacia la izquierda aparecía la fecha: 17 de junio de 2012. Se lo mostré a mi hermana. Al unísono dijimos «¡Marina!». ¿Quién otra podía ser? Con el último mate y la última medialuna nos sentamos a leer la carta.

*Querido Andrés,*

*Desde hace un largo tiempo los silencios están de parabienes con nosotros. Las caricias se han ido de vacaciones a pieles diferentes y creo que ya no van a regresar.*

*Son muchos los momentos en que rehuimos la mirada del otro. Pasó el domingo pasado mientras desayunábamos con nuestros hijos. Fue tan doloroso ver la fuga de tus ojos en los cabellos ensortijados de Cecilia y de Julieta, en las pecas de Ciro, en el mismo vacío, quizá lo único que hoy compartimos.*

*Cuando nos conocimos, en una de las tantas crisis de nuestro país, me preguntaste si tenía hijos. «Claro que sí», te respondí orgullosa. Era madre de un varón de ocho años. Vos tenías a las mellizas de apenas cinco. Esa tarde nos miramos con la certeza de quienes se reconocen por las heridas, por las huellas de un combate largo, no de una escaramuza. Estoy convencida de que fue esa conexión la que nos ayudó a superar primero la crisis social y después, la propia.*

*En el brindis del último fin de año, mientras el resto de la familia repartía abrazos, besos y buenos augurios, vos y yo rozamos apenas nuestros labios. Fue un roce leve, casi imperceptible, suficiente para descubrir en el otro un inequívoco sabor amargo.*

*Pero hubo un antes de ese beso de los desdichados. Los besos impacientes de los fines de semana cuando las mellis se quedaban con la mamá, y Ciro se iba a la casa de su padre. También, los besos ardientes, extenuantes, de nuestro primer verano junto al mar. Los dos solos. Habíamos conseguido una promoción exclusiva para parejas, cuatro noches con desayuno incluido. Cuatro noches de luna llena, prometían.*

*Desordenadamente se me agolpan las anécdotas, las situaciones insólitas de nuestros viajes, como esa experiencia en las termas de Puyehue, en el baño de barro. Tres mujeres casi en éxtasis, descansaban. Nosotros, descontrolados, intentábamos reconocer diversas partes en el cuerpo del otro. Cada logro era menos barro y más goce. Las mujeres se quejaron de nuestro juego y tuvimos que regresarnos a la habitación. La ducha fue deliciosa.*

*Las risas y la complicidad son hoy una serie de fotos ocultas en los álbumes que guardamos en el placar junto a las maletas. También es la carpeta «Viajes» que contiene imágenes jpg y que, seguramente, está almacenada en uno de los tantos pendrive que viven sobre el escritorio.*

*Andrés, desde el principio acordamos que siempre íbamos a ser sinceros. Que lo conversáramos todo, aun lo más doloroso. Que sostendríamos con fuerza ese tenernos el uno al otro. Y lo más importante, que no nos haríamos daño ni en la piel... ni en el alma. Por eso, dejemos de experimentar esta lejanía que ya es ausencia, privación del otro.*

*Mientras te escribo esta carta que los dos sabemos que es de despedida, pienso que a nuestra historia le queda bien el título de aquella película de Ettore Scola...*

*Gracias por el amor de estos años,  
Marina*

Cuando terminamos de leer, mi hermana recostó su cabeza en mi hombro. Los ruidos de la calle habían desaparecido. En el departamento todo era dorado.

## *Cita textual*

Norma Salles

Miércoles de noviembre, mediodía en un restó de Palermo. Poco importa ya si es Palermo Hollywood, Palermo Viejo, Palermo Soho, o alguna de sus variantes barriales. Es Palermo con el encanto y la intimidad que siempre ofrecen sus calles arboladas.

Luminosidad total. Ambos llegan puntuales. Es que en él, estar en el sitio y en la hora indicados es una de sus características más sobresalientes. En el caso de ella, lo es para no provocarle enojo, sabe que ese hombre detesta esperar a quien fuere.

Como él tiene estilo y transita la etapa de la seducción, le acerca la carta para que ella elija el menú del primer almuerzo. Mientras la mujer hojea las exquisiteces gourmet, el hombre pasea sus ojos por el lugar. Dardos listos para dar en el blanco de féminas solitarias (o con compañía) que habitan en otras mesas. Las mira con insistencia. Fugaces golpeteos en corazoncitos deseosos de palabras tiernas y de caricias. Ella descubre, entonces, la primera evidencia: la búsqueda insaciable de ser amado. Es él. Acertó al elegirlo en esa aplicación de citas.

En este encuentro —un encuentro gastronómico—, la mujer pide rabas a la romana con salsa tártara. Él le sugiere acompañarlas con Chardonnay o un buen espumante. Si hay algo que ella le reconoce, es que a lo largo de los años se ha convertido en un exquisito sommelier, acorde con los tiempos, piensa, pues ya no es el caballero de capa y espada que pedía Cariñena

o Jerez.

Brindan. Es extra brut. Con el primer sorbo, el hombre menciona que le recuerda el cava que probó en las Olimpiadas de Barcelona del noventa y dos. La mujer lo mira perpleja. En ese año, en un bar por La Barceloneta, había brindado con un cava junto a dos amigos. Él descubre su cara de asombro ante la coincidencia y sonríe. Esa sonrisa que lo transforma en un ser a-do-ra-ble puede ser su perdición. Ella lo sabe y también sonríe.

Luego más similitudes, casualidades o causalidades entre los dos. En un primer momento, la mujer las atribuye a las búsquedas en Google. «Sin duda indagó en las redes», se dice. Ella ha posteado infinidad de fotos del viaje que, además de likes, recibieron entrañables comentarios y emojis. Inmediatamente y sin motivo, surge en su interior una lejana inquietud.

Están en el plato principal, un mero en harina de maíz acompañado por tomates cherry y albahaca. Él roza su mano y le pide permiso para recitar un pasaje de *El extranjero*. Su gesto amigable y la curiosidad femenina aprueban esa petición.

«El cielo estaba lleno de sol. Comenzaba a pesar sobre la tierra y el calor aumentaba rápidamente. No sé por qué habíamos esperado tanto tiempo antes de ponernos en marcha»<sup>1</sup>.

A medida que lo escucha, ella siente que las lágrimas salen libres, ajenas a su voluntad. Esas palabras le evocan otro tiempo. Una siesta en enero. Ve una muchacha que lee ese párrafo en la casa de sus padres. La reconoce. Se reconoce. Esos días en que había ido a refugiarse después de la separación. Un adiós tan doloroso como necesario.

Hace calor. No puede dormir. La muchacha se dirige hasta un mueble que oficia de alacena, biblioteca y acopio de fotos de familia. Busca bombones de fruta. Saborea el primero, uno



de frambuesa. Comienza a leer los lomos de los libros de su padre. Casi todos autores franceses. Stendahl, Flaubert, Proust, Gide... Camus. Abre en una página cualquiera de la novela. Era el juego que hacía con sus amigas en busca de mensajes del universo y que mucho las divertía. Está en esa página. Ella tiene veintiocho años. Segundo bombón de fruta, ananá. La muchacha y la mujer lloran.

El hombre desliza el dorso de su mano por las lágrimas de la mujer. Lo hace suave y lentamente. «Me gusta nadar sobre tu piel», le dice. Un brillo de dulzura y picardía aparece en su mirada. Sí, es él. Sabe mirar, sabe darse cuenta del desamor. Segunda evidencia: ha visto llorar a muchas. Hoy y aquí es ella. Es la muchacha, esta mujer y también, muchas. El mito del eterno retorno.

El sonido de un mensaje en su móvil quiebra el encanto. Él duda en chequearlo. Bebe el resto de espumante y se decide. Busca sus lentes —unos Lennon—, digita la contraseña, lee. Ella ve la contrariedad en su cara. El hombre se disculpa con «Un cliente, un tema delicado». ¿Verdad o consecuencia?

Mientras concluye el mero, ella observa el movimiento de los dedos sobre la pequeña pantalla. Un frenesí de mensajes. Finalmente, él silencia el móvil y lo guarda en un bolsillo de la chaqueta. Se reacomoda en la silla y pide más hielo para la frapera. «El champán debe mantenerse bien frío», afirma. Su tono de voz ha perdido fuerza. No se ha quitado los anteojos. Ahora su mirada cabalga montada en dos círculos de metal por un sendero de ausencias.

Ella siente que la tristeza los amordaza y propone pedir algo dulce. «Quizá nos vendría bien compartir una degustación de postres», le sugiere. «Compartir el sabor. Lo dulce y lo amargo que portamos. Nuestras luces y nuestras sombras». El hombre

no la escucha. Está muy lejos. Está tan cerca...

Sentado frente a la mujer, hay un niño de siete años que quiere ser un reconocido profesor de Economía. Un seductor temerario que acude a citas. Un hombre que admira a la Mujer. Sí, con mayúscula, dice el niño. Luego, ella lo escucha balbucear que añora los buñuelos de viento rellenos de crema pastelera que hacía su abuela materna. La moza llega con el hielo y toma nota del pedido. Anuncia que va a consultar si quedaron buñuelos rellenos.

Tenue luz dorada. Todo comienza a desvanecerse alrededor de los dos. Solo quedan un hombre y una mujer sentados a una mesa, con sus manos entrelazadas. La mujer se pone de pie, mira al hombre y como si fuera una letanía recita: «¿Es posible que esto sea noviembre? ¿El mes del Tenorio, de los buñuelos de viento...?»<sup>2</sup>.

Oscuridad total. La platea estalla en aplausos.

1. Camus, Albert. (1958) El extranjero. Emecé. Parte I. Pág. 18.

2. La correspondencia Salinas-Guillén (1992) En Pedro Salinas en su Centenario (1891-1991) Miguel Nieto Nuño y José María Barrera López. Univ. de Sevilla – Ayuntamiento de Sevilla. Página 71.

## *Vivencias*

María Paula Lertora

*A Martín, parte de esta y  
otras tantas historias secretas*

¿Qué urna elegir? Estela pasaba las páginas del catálogo con ritmo mecánico. ¿Por qué le había tocado a ella esta tarea tan desagradable? Llegó a la última página.

El empleado de la funeraria le alcanzó otro muestrario.

—Este es una novedad, nunca antes visto. Una colección llamada Vivencias.

Ella pensó que la estaba cargando, pero el rostro inexpresivo del hombre le impidió corroborar su pensamiento. Dejó caer su dedo índice en una de las fotos.

—Vuelo —dijo impávido el de la funeraria. Estela dejó escapar una risa espasmódica.

El hombre le alcanzó unos papeles que la mujer empezó a firmar mientras jugaba con las palabras en su cabeza: Volar es una vivencia.

«A él siempre le gustó volar», pensó.

¿Cuántos años habían estado juntos? No se acordaba, siete, ocho. Siempre discutían sobre lo mismo y él se hacía el ofendido por su olvido. A ella nunca le importaron esos detalles. Otros, sí. El de la camisa con un perfume que no era el de ella. Alguna marca en la base del cuello o un leve rasguño en la espalda.

Se habían conocido en el aeropuerto. Ella trabajaba en el

*check in*, él era piloto. Ella siempre con los pies en la tierra y él con la cabeza en las nubes. Ella en cabotaje, él en internacionales.

Trabajaban en distintas aerolíneas. Estela, desde el mostrador, lo veía pasar con su uniforme azul, celeste y blanco. Alto, elegante, rodeado por sus azafatas que le revoloteaban taconeando a su alrededor.

Sacó su tarjeta de crédito y se la entregó al de la funeraria. «Crédito insuficiente», dijo el empleado con una voz cavernaria. Le dio otra tarjeta y le pidió cuotas. Quería terminar con este asunto cuanto antes. Quería terminar con él.

La primera vez que cruzaron unas palabras fue en una huelga que hicieron los pilotos junto a todo el personal aeroportuario. Ella le acercó un panfleto, él lo agarró y le dijo algo acerca del aumento y los reclamos. Estela no entendió qué le decía, se había perdido en su perfume, sus ojos azules, su boca...

Un tiempo después a raíz de una tormenta perfecta, se cancelaron todos los vuelos y ellos se volvieron a encontrar en la fila del taxi. Él le preguntó para qué lado iba y terminaron compartiendo el taxi.

Tiempo después, compartieron mucho más.

Al principio, él hacía escala en la casa de ella entre vuelo y vuelo a Europa, después fue sumando la hoja de ruta a México, Ecuador, Venezuela, hasta que se terminó quedando.

Alternaban los horarios rotativos de ella con los días de descanso de él. Los encuentros fogosos y desenfrenados compensaban las ausencias y los cambios de horarios. La *piloteaban* bastante bien.

Por suerte, la tarjeta había pasado y en doce cuotas; un año más cargando su recuerdo. Caminó hacia el auto que había dejado estacionado bajo la sombra de los plátanos que rodeaban la entrada del cementerio privado.

Una noche, él le mandó un mensaje para avisarle que su vuelo de regreso a Buenos Aires estaba demorado, iría a su departamento para no molestarla. Ella guardó la cena romántica en un táper y la puso en la heladera. Tenían por delante los tres días de descanso para saborearla.

A la mañana siguiente, mientras Estela entregaba a los pasajeros pasillo/ventanilla, le llegó un mensaje de él diciéndole que salía para Olavarría a visitar a su madre. Volvería al día siguiente.

¿A qué hora estaría otra vez en Buenos Aires? ¿Tendrían el día para compartir?

No le respondió.

«Cambié mi franco para estar con él. Debe estar en la ruta», se consoló y siguió atendiendo. «¿Pasillo o ventanilla?».

Cuando llegó a su casa, puso el táper en el frízer.

Su día franco lo pasó sola, tirada en la cama y mandándole mensajes que nunca le respondió.

A la mañana siguiente, entre pasillos y ventanillas, recibió un escueto mensaje de él con la promesa de una cena, esa misma noche, antes de salir a otro destino internacional.

Menos mal que tenía microondas. Bajó el táper del frízer y lo puso veinte minutos en modo descongelar. Eso le daba tiempo a una ducha, cambio de ropa y un poco de maquillaje para cubrir las huellas de insomnio de la noche anterior.

Llegó más tarde de lo pautado, y más cansado que de costumbre.

El táper nuevamente al microondas, ahora para calentar.

Ella deseó que se calentara la comida, el ambiente... ellos.

El vino suavizó el encuentro y los reclamos.

Llegaron a la habitación a media vestir. Ella se había quitado la remera, él solo dejó que le desabrochara la camisa de hilo italiana, la que habían comprado juntos en un viaje a Venecia. Recién cuando se tiraron en la cama, Estela logró sacársela con la excusa de que no se arrugue. Él no se resistió, dejando al descubierto los rasguños de la mentira, las marcas violáceas de la infidelidad.

Ella le hizo el *check in* sin dejarlo elegir pasillo o ventanilla. La partida fue inmediata, con destino incierto, sin fecha de regreso.

Al tiempo volvieron a juntarse, pero ya no fue lo mismo. Sumaron millas de desencuentros, mentiras, pasiones en un eterno *check in check out*, hasta que la muerte marcó el destino final.

Los árboles hacían como un túnel sombrío que acortaba los doscientos metros que la separaban del auto. Llevaba la urna entre sus manos. Era hermosa, de materiales nobles, había dicho el de la funeraria: porcelana y caoba. «No se merecía tanta nobleza», pensó.

Objeto de líneas puras, sin pliegues, no como él.

Resistente al impacto. «¡Si la que siempre tuvo que resistir fui yo!»

Pero con el nombre del modelo, ahí sí coincidía: Vuelo. Él siempre dispuesto a volar, para rajarse, tomarse el palo, desaparecer y dejarla sola en ese departamentito de dos por dos, contra frente, el fin de semana entero.

Trató de abrir la urna, pero la junta con posibilidad de vaciado no se abría un carajo. Forcejeó con la tapa hasta que se

le partió una uña.

—¡Desde ahí adentro me seguís jodiendo! —gritó y sus palabras chocaron contra la porcelana china y resbalaron por el fino acabado de líneas puras.

Pensó en probar la resistencia de los materiales. Le gustó la idea. Abrió el auto con el control remoto a unos metros de distancia y antes de subirse reventó la urna contra el tronco de uno de los plátanos.

—¡Volá!, hijo de puta

Después se subió al auto y se fue dejando tras de sí una nube de polvo gris, demasiado gris.





## *Enamorado del amor*

Laura Gubbay

Le gustaba la chica que trabajaba en la ferretería, que se encontraba a pocas cuadras de donde él vivía. Esa mujer hermosa, de cabello negro azabache, ojos azules de gato siamés, era más alta que él, pero no le importaba.

Cada vez que entraba a Lo de Ramón —así se llamaba la ferretería—, ella siempre se le acercaba... Claro, era la única vendedora, y... En ese preciso instante, su corazón galopaba, parecía que en su interior se estuviera disputando una carrera de potrillos.

—¿Qué necesita? —preguntaba la muchacha.

—Necesito dos clavos, un destornillador y...

Pero lo que necesitaba era toda ella: abrazarla, besarla, desnudarla.

A veces, cambiaba, y pedía una pinza o una sogá para atar.

Ella, calladita y casi sin mirarlo, entregaba y cobraba la mercadería. Alguna vez llegó a sonreírle y entonces él temblaba, sus piernas se aflojaban y pensaba que se iba a desmayar. Para no caerse se agarraba del mostrador, que era viejo y de color marrón.

Ya no le quedaba lugar en su casa. No sabía dónde poner tantos clavos, pinzas, destornilladores y sogas.

Un día se animó, y cuando ella le preguntó qué necesitaba, dijo:

—¡A vos!

Para su sorpresa, ella contestó:

—¡Hace meses que esperaba esa respuesta!

Aguardó a que ella terminara su día de trabajo en la ferretería y fueron al departamento que él alquilaba de la mano.

En cada esquina pararon. Él besaba su cuello, sus mejillas; y ella su cabeza, sus ojos. Mientras él subía, ella bajaba, y sus bocas se encontraban.

Se amaron apasionadamente, una, dos y varias veces más.

A la mañana siguiente, ella partió a Lo de Ramón; y él, agotado de tanto amar, fue a comprar un juego de sábanas nuevas, porque las que estaban en la cama necesitaban un cambio y no tenía de repuesto.

Llegó a un local llamado La Juana, que estaba también a pocas cuadras de su morada. Al entrar vio a una garota de ojos color verde, como pasto nuevo, y corpulenta... muy corpulenta. En ese preciso instante, su corazón comenzó a galopar, como si se disputara una carrera de caballos musculosos y fuertes, de pura sangre.

—¿Qué necesita? —preguntó la muchacha.

—Un juego de sábanas blancas y grandes. —Pero lo que él necesitaba era toda ella: abrazarla, besarla, desnudarla.

Ella le entregó las más grandes que tenía. Él pagó y se fue.

Llegó a su casa y colocó en cajas todos los clavos, destornilladores, pinzas y sogas.

Esperó que cerrara la ferretería y ahí en la puerta las dejó.

A partir de ese momento, iba todos los días a lo de La Juana, y cada vez compraba algo nuevo: sábanas, toallas, repasadores, manteles.

Un día, se animó y cuando ella le preguntó qué necesitaba, dijo:

—¿A vos!

Para su sorpresa, ella contentó:

—¡Hace tiempo que esperaba esa respuesta!

Aguardó que ella terminara su día de trabajo en la blandería, y fueron al departamento que él alquilaba de la mano.

En cada esquina pararon. Él besaba sus pechos, la pera de su cara; ella su frente, su nariz. Mientras él subía, ella bajaba, y sus bocas se encontraban.

Se amaron intensamente una, dos y varias veces más.

A la mañana siguiente, ella partió a su trabajo; él, agotado de tanto amar, fue a tomar algo al café de la esquina. Ya no tenía que preocuparse por las sábanas, tenía varias para cambiar.

En ese corto recorrido, lo vio pasar... era rubio, de ojos marrones, ni alto, ni bajo.

Su corazón comenzó a andar a paso moderado, como un caballo que trota y va tranquilo. Se miraron y, como si fueran amigos, se agarraron de la mano, y... siguieron juntos el mismo camino.

Llegó a su casa y colocó en cajas todas las toallas, repasadores y manteles. Con las sábanas se quedó, por si acaso las necesitara. Esperó que cerrara La Juana y ahí en la puerta las dejó.

Aquel muchacho fue el amor de su vida, el que ocupaba todo su corazón. Desde que lo conoció, nunca más compró lo que no necesitaba.



## *Un viaje entre A y C*

Laura Gubbay

Después de años de investigación, Sofía pudo concretar su sueño: su trabajo fue aceptado en un Congreso en Barcelona. Ni bien se enteró, ya estaba ansiosa por subir al avión.

El día de la partida, llegó al aeropuerto temprano y al hacer el *check in* y despachar su pequeño equipaje, recibió su ticket de embarque: fila 38, asiento B. Eso quería decir que no podría viajar cómoda, sino en el fondo del avión, el lugar de mayor movimiento, en medio de A y C.

Subió, se acomodó y dio paso a sus compañeros de fila, que llegaron juntos.

Ella, joven y hermosa, se sentó en A; y él, alto y de cabello oscuro con mechas blancas, ocupó el C.

Hablaban en código, como si se conocieran. La conversación cruzada comenzó mientras los pasajeros seguían acomodándose.

Entonces, escuchó que él decía:

—En estos congresos podemos disfrutar de nosotros como pocas veces.

—Sí, pero estoy cansada, siempre lo mismo... Te quiero y no aguanto más... todo me parece poco... —dijo A, casi llorando.

Delicadamente, B les preguntó si no preferían sentarse juntos —para no ser el relleno del sándwich—, y la respuesta fue un «no» al unísono.

Cuando los altoparlantes anunciaron el despegue, Sofía se

concentró en ella por un ratito; estaba nerviosa, tenía cosquillas en la panza.

Las nubes pasaron y, ya sin turbulencia, A siguió hablando.

—Quiero vivir con vos, poder abrazarte cuando quiera y donde quiera, Juan.

—¡No lo hagas ahora, por favor! Quedaría aplastada en este asiento —rogó Sofía para descomprimir la situación, pero no la escucharon y siguieron enfrascados, como si nada ocurriera.

—Yo también te amo, Paula, pero en este avión hay conocidos del trabajo. Tenemos que ser prudentes para que no sospechen. Saben que tengo una familia y no puedo imaginar que se enteren. No quiero separarme, no todavía —dijo Juan, angustiado.

—¿Y cuándo va a llegar el momento? ¿Nunca pensaste que tu esposa también podría tener un amante? ¡No doy más! —soltó Paula, entre la desesperación y el sarcasmo.

A él le iba cambiando la fisonomía, sus mejillas enrojecieron, los labios finitos quedaron apretados, y el rictus se endureció. Estaba furioso, desencajado.

Sofía se volvió chiquita en su asiento minúsculo y se tapó los oídos; no quería escuchar la respuesta de Juan.

De pronto, el avión comenzó a moverse, y a medida que los minutos pasaban, la turbulencia se fue acentuando. A y C se tomaron de las manos atravesando el cuerpo de B y se olvidaron de la discusión.

¿Y Sofía? También tenía miedo, pero no la invitaron a sumarse. ¿Estaba su cuerpo ahí o se había vuelto invisible?

Cuando volvió la calma, llegó la comida y cenaron los tres tranquilos: Juan, pasta; Paula, pollo; Sofía, menú vegetariano. Un trío con gustos bien diferentes. Sofía tomó dos copas de vino y se sintió un poco mareada; se durmió antes de que apa-

garan las luces. Cuando despertó, ya estaban sirviendo el desayuno y no sabía qué había pasado en sus horas de ausencia, pero había tensión en el ambiente. Paula miraba por la ventana y Juan hacia el pasillo. El avión aterrizó y antes de bajar, Sofia les dijo que tal vez volverían a cruzarse en el Congreso, sin saber si era el mismo. Solo un saludo de cortesía, pero tampoco contestaron.

B bajó primera y a la distancia vio cómo A y C se alejaban por caminos separados. Se fueron perdiendo entre la gente y ya no eran ni A ni C, solo dos desconocidos con rumbos diferentes.





## *El último round*

Laura Gubbay

Estoy triste, muy triste...

La palabra que tantas veces evitamos se encuentra entre nosotros, me cuesta nombrarla, y vos... no la querés escuchar, hasta la negás: separación.

Ahora dormís solo en la pieza grande, la nuestra. Yo, en la chica; me estoy encariñando con este lugar, me resulta acogedor.

Ya no soporto quedarme a tu lado.

No más avisos. No es que me voy a ir de tu vida... ya me fui. Esta pieza pequeña será mi refugio hasta que encuentre otro sitio, lejos de esta casa.

¡Podríamos ser tan felices! Tenemos casi todo lo que se puede desear: una gran familia, un buen pasar y... no hay otros, nunca hubo amantes. ¿Quién podría creer que no van a seguir juntos esos dos que aparentan ser el uno para el otro?

Este fue el último round. Estoy cansada, muy cansada...

Nos habíamos tomado unas vacaciones, casi un mes sin discutir. Se extrañaban las peleas y las noches de insomnio. Pero un día volvió la furia.

¿Qué pasó? Lo de siempre, la nada misma... una palabra llevó a la otra, palabras punzantes que, como lanzas, volaban por el aire e iban justo al corazón.

En esos momentos de odio me hubiera gustado que algunos monitores registraran las consecuencias negativas en nuestros cuerpos, cómo se van tensando hasta aniquilarse. Quizás al ver

eso plasmado hubiéramos reflexionado, y tendríamos luz en nuestra relación, en lugar de oscuridad.

En los últimos años fuimos avanzando sobre un campo minado, sin saber en qué lugar las bombas detonarían, y de pronto... pisábamos lo que no debíamos. Caíamos, nos lastimábamos, y parecíamos morir. Luego nos levantábamos y seguíamos, pero sabiendo que cerca las encontraríamos otra vez.

Pienso en el futuro y no quiero pensar..., la vida lejos de vos me parece inviable. Sin embargo, sé que tampoco puedo seguir.

Ahora veo la salida, está ahí. Mientras camino hacia ella escucho a mis espaldas las puertas que se cierran. Todo indica que no hay retorno, que tengo que escapar de esta relación tóxica.

Se jugó el último round. Podríamos haber abandonado la pelea, estábamos muy golpeados, pero no quisimos, luchamos hasta el final, ¡queríamos ganar! Y, sin embargo, los dos perdimos...

## *Amor a la patria*

José Gregorio Mora

En una urbana y apacible plaza, de un humilde barrio porteño, se encontraba aquel día la negra María. La anciana descansaba en un banco, sombreado por un viejo algarrobo, mientras aguardaba el encuentro con otras compañeras que llegarían de todo el territorio. Algunas eran de su época, otras mucho más jóvenes, pero todas tenían algo en común en su histórico destino. Este vínculo las unía, y en ese ámbito predilecto, se reunirían al mediodía de este esperado día festivo, para luego cruzar la plaza y disfrutar de una apetitosa carbonada criolla, en el modesto rancho donde habitaba la negra. Todas esperaban con ansiedad la velada. María Remedios del Valle, la negra, la parda María en los partes militares, era una de las gloriosas Niñas de Ayohuma. La acompañaban para la tertulia, compañeras veteranas de las guerras por la independencia.

La más joven, de algunas generaciones posteriores, era Carmen Funes, a quien llamaban la Pasto Verde. Al término del almuerzo, llegó la típica mazamorra, que fue el punto de partida del diálogo entre María Remedios del Valle y Carmen Funes, que así comenzó:

—Para un veinticinco de mayo no podía ser mejor el postre.

—Nunca he perdido la costumbre, la mayoría de los esclavos, en tiempos pasados, salíamos a la calle a vender mazamorra, empanadas y pastelitos. Muchos de nosotros lo hacíamos para comprar nuestra libertad.

—No viví esa época, pero sé que usted se incorporó al

Ejército del Norte. Allí perdió a su esposo y a sus dos hijos en combate, atendió a los heridos y participó en las batallas de Huaqui, Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma. En esta última, sé que usted con sus dos hijas cruzaron el terreno de combate, con gran decisión, impávidas, sin vacilar, para dar de beber y atender con inmensa ternura a los heridos de ambos bandos. También sé que, por su abnegación y notorio amor a la patria, los soldados la llamaron Madre de la Patria y Belgrano la nombró capitana.

—Tengo gratos recuerdos de Belgrano —contestó María Remedios—. El último fue luego de una desobediencia. En Tucumán había pedido permiso al general para luchar y atender a los soldados heridos, y aunque no me autorizó, de todas maneras logré mi cometido. Me deslicé en la retaguardia y alcancé el centro de la contienda, para alentar y asistir a los soldados. Era tan grande el cariño de Belgrano hacia mí, que me perdonó y me nombró capitana.

—¡Qué orgullosa estará por el noble gesto de ese patriota! —exclamó Carmen—, y nada menos que viniendo del mismísimo general Belgrano, subyugado ante el soberbio paradigma de valor y solidaridad.

—Es cierto —expresó María Remedios—, pero luego, los tiempos fueron difíciles. Después de Ayohuma caí prisionera, ayudé a escapar a compatriotas, me azotaron como reprimenda ejemplar para que otras no siguieran mi rumbo, pude escapar e integrarme a las tropas de Güemes, donde continué mi tarea. Más tarde, se olvidaron de mí. Y con míseros harapos y cicatrices de balas y azotes, tuve que vender tortas fritas y pasteles en las calles y pedir limosna para subsistir.

—Y con tanto amor y pasión que dio por la patria, ¿nadie se acordó de su suerte?

—Un día, Viamonte me reconoció en la plaza de la Reco-  
va y me tramitó una pensión. Fue Rosas, el gran restaurador,  
quien me incorporó como sargento mayor de infantería retira-  
da, acrecentando muchísimo mi pensión. En agradecimiento,  
pasé a llamarme María Remedios Rosas... Pero cuénteme algo  
de su vida, sé que también estuvo acompañando a los soldados  
demostrando su gran amor y apego por nuestra gente.

—Esto no es novedad —exteriorizó Carmen—. Ya, en el  
Ejército de los Andes, San Martín permitió a las mujeres acom-  
pañar a sus maridos. Y como hacíamos todas las que teníamos  
un familiar en la tropa, dejé mi rancho e ingresé al cuartel para  
acompañar a mi esposo, en la guerra del Paraguay y más tar-  
de, en esa campaña al poblado desierto. En esta última, a la  
mayoría no se los podía calificar como soldados, su ingreso no  
había sido por su voluntad, sino por la fuerza, como le ocurrió  
a Fierro. Otros, según el reglamento vigente, fueron arbitrari-  
amente elegidos por su patrón o el juez de paz. Dentro de ese  
contexto empezó mi historia.

—Cuénteme como sigue.

—A las mujeres nos bautizaron cuarteleras, con los más di-  
versos apodos, desde agradables hasta agresivos, los había de  
toda naturaleza. En aquel momento, tuve suerte, me llamaron  
Pasto Verde, algo así como la frescura de un vergel. La travesía  
empezó partiendo con el regimiento desde Mendoza, con di-  
rección tierra adentro, por el norte neuquino, donde nos cas-  
tigó el helado clima de la cordillera. Íbamos en la retaguardia,  
a la par de los soldados, en fatigada marcha.

»En la tropa, nuestra labor era la de arrear las caballadas, la-  
var la ropa de nuestros hombres, curar las heridas de combate,  
acarrear el agua y la leña, preparar el charque, hacer el pan en  
hornos de barro, remediar con yuyos, saber bolear un avestruz

si había que procurar alimento y muchas otras tareas. La única obligación gustosa era la de los bailes en días festivos, a los que teníamos que asistir.

»Muchas dieron a luz en ese inhóspito territorio; otras criaron a sus hijos, acarreándolos sentados sobre un precario recado, también las hubo integrando el cuerpo militar como fuerza efectiva.

—¿Y qué pasó al terminar las contiendas?

—Cuando llegó la paz —reveló Carmen—, muchos de nosotros buscamos otros rumbos en las nuevas tierras. Yo localicé una fuente de agua en Plaza Huinca, y al lado, convertí un ranchito en posta, con un hermoso horno de barro y un corral para las cabras. Siempre me prodigué con amor en la atención del viajero, sin cobrarle al que no podía. Estaba complacida y muy feliz con este servicio. La posta fue muy útil al viajante, para albergue y comida, en el extenso camino hasta Zapala.

Así se inició este primer diálogo. Todavía quedaba mucho por contar, la velada estaba aún en pañales. Antes de proseguir, con gran emoción, todas brindaron con fervor por este nuevo veinticinco de mayo.

En el relato de este día mágico de la patria, habían podido dialogar una heroína de la independencia, con otra de la Conquista del Desierto, pese al tiempo tan distante, en que la historia las separaba. Lo que la magia aún no había podido lograr, pese a todo el amor que dieron por su tierra, fue que cientos de heroínas anónimas pudieran entrar en nuestros libros de historia, que bien merecido lo tenían, ya que su presencia y sentimiento patrio definió gran parte de ella.

## ***El año de los deseos***

Ana Eugenia Ceballos

Había una vez un pequeño muchacho de nombre Zeke que vivía en un cuadro: en *El caso*. Su papá, Pedro Borell, había sido un español muy talentoso que lo había pintado en 1874. Cuando el señor Borell murió, la pintura del joven muchacho fue colgada en un popular museo de España junto a otra que mostraba a una bellísima joven con un turbante y aros de perla; que había sido pintada doscientos años antes por un destacado Juan.

De día, la vida era divertida en el museo. Gente de todas las edades y de todas las nacionalidades los miraba con atención. Algunos hacían comentarios aduladores, otros los criticaban o los analizaban en detalle. Incluso, había quienes después de mirarlos por largo rato, se iban sin decir una palabra. Pero cuando el museo cerraba, exactamente cuando el reloj del final del pasillo marcaba las veinte, el silencio se hacía opresivo y abrumador. Solo se podían escuchar los pasos del guardia que pasaba sistemáticamente en frente de ellos cada una hora. Ni siquiera el repiqueteo de la lluvia o el canto de los pájaros nocturnos llegaban hasta lugar.

La noche que Zeke llegó al museo, la joven lo miró y fue amor a primera vista.

—Psssst, psssst, psssst. Hola, soy Katrina. ¿Y vos? —le dijo la joven al recién llegado.

—Hola, soy Zeke —respondió el muchacho.

Desde ese momento, sus conversaciones nocturnas y sus miradas cómplices se convirtieron en parte de su vida cotid-

iana. Finalmente, un día, con el corazón lleno de amor, Zeke decidió decirle a Katrina que la amaba; que ya no aguantaba la soledad de su espacio y que quería pasar el resto de la eternidad juntos.

—Yo también te amo, pero ¿cómo vamos a lograrlo, Zeke? ¿Cómo vamos a salir del cuadro?... ¿Y si nos atrapan?

Zeke estaba decidido y tenía un plan. Hacía un par de días que había escuchado a una señora que le contaba a otra que, cada diez años, en noche de luna llena, el día de los enamorados, las parejas podían pedir un deseo y este se cumplía con seguridad. Además, la señora le confirmó a su amiga que este era el año indicado, el año de los deseos.

El 14 de febrero, justo cuando la luna se llenó por completo, Zeke cerró los ojos, apretó las mandíbulas y empezó a desear salir del cuadro con todas sus fuerzas.

—Por favor... por favor... por favor... quiero salir.

De repente, el joven pudo mover un pie, y el otro; una mano, y la otra. Entonces, subió el pie derecho al marco del cuadro, agarró ambos costados con sus manos, miró hacia un lado, hacia el otro; y saltó. Fue hasta donde estaba la muchacha, la agarró de la mano y tiró, tiró, y tiró tan fuerte que logró que ella también saliera. Inmediatamente, los enamorados se unieron en un fuerte abrazo.

Luego, se aseguraron de que el guardia no los viera y corrieron por las galerías, hacia la salida. Sin embargo, a cada paso que daban, dejaban una huella de pintura en el mármol gris del museo.

—¡Nos estamos despintando! —dijo Katrina alarmada.

—¡Vamos a desaparecer si seguimos corriendo!

—¿Por qué no nos metemos en otro cuadro?

—¿Dónde?



—En ese, en el de la habitación de Vicente que está vacía.

Sin pensarlo dos veces, Katrina y Zeke saltaron y se metieron dentro de un cuadro donde había una pequeña habitación con una cama de color amarillo, una ventana verde y dos puertas azules. Además, había dos sillas del mismo color de la cama y una mesita con una jarra con agua. Desde que estaban en el museo, ninguno de los dos jóvenes había visto a nadie allí, así que la idea les pareció brillante.

Cansados, los enamorados se tiraron en la cama, se abrazaron y sellaron su amor con un beso. Decididos a formar una nueva pintura, una obra que retratara el beso más famoso del museo.



## *Cora*

Paloma Panero

Qué particularidad esto de los nombres que aún me cuesta mucho entender. Por ejemplo, vos te llamás Carolina, pero cuando éramos chicas, te llamaban Caro y, por razones que mi atribulada lengua aún no me puede explicar, yo lo pronunciaba Cora. De hecho, como a todos les parecía divertido, te empezaron a llamar así, y así quedó. Como verás, soy, en algún punto, responsable de tu nombre; ese nombre que amo, tal vez, por la dulzura que produce la pronunciación de la r entre dos vocales, casi un ulular de paloma, o quizás, porque son las dos primeras sílabas de la palabra corazón. Porque eso sos, puro corazón. Sea como sea, ambas fuimos inseparables desde el día en que nacimos. O más bien, desde que la amistad de nuestras madres selló la nuestra en el calor de sus vientres. Crecimos juntas en un tiempo de leche tibia y tardes eternas, en un barrio de casitas iguales, tan iguales como vos y yo.

Vos también te convertías en Coraje cuando los más grandes del barrio nos cerraban el paso para quitarnos la merienda y les pateabas los tobillos, o en Corazonada cuando me decías: «¡Anoche soñé que te sacabas un diez en la prueba de matemáticas!». También eras Coracol cuando íbamos a pescar a la orilla del río en verano, o Coracha cuando me ayudabas con las interminables compras que me mandaba a hacer mi madre.

Pero el tiempo pasó, y el primer día en el colegio secundario, los chicos se acercaron a nosotras y vos te presentaste como Caro, con un tono divertido y seductor. Te escuché y quise es-

tar en otro tiempo. Te miré y me di cuenta de que ya no íbamos a trepar más a los árboles ni a pescar. Te volví a mirar y mis ojos se dieron cuenta de que te habían perdido.

## *Hoy tampoco*

Luisa María Ahumada

Enciende un cigarrillo y deja caer su espalda contra los almohadones mullidos que decoran el sillón. Se detiene a pensar que ese gesto automático es uno más de todos los que hace en su propia casa, con esa monotonía que arresta la identidad de un deseo. Preso allí, se da cuenta de que no tiene cenicero.

Entonces la ve salir. Avanza desde el baño y se dirige, también automáticamente, hasta el velador de la mesa ratona. Ella debe leerle la mente. Recoge el cenicero que tiene algunas colillas, lo limpia y se lo da. Él lo agarra casi sin estirar la mano, desvía la mirada y con un impulso desmedido hace un gesto hacia adelante. Trata de tomarle la mano para llevarla al sillón con él, pero apenas alcanza a tocarle la pierna. Ambos saben lo que sigue, pero esta vez ella da media vuelta con unos pasos largos hacia adelante. Queda parada justo en la intersección entre el pasillo que va hacia la habitación y el hall de entrada.

El mundo se detiene para los dos. Solo la pasión o el desamor hacen que el afuera ya no importe. Respiran suave, son los segundos más pesados de su historia. Hay dos caminos posibles.

Claro que él se dio cuenta de que ella estuvo llorando en el baño, es solo que esta vez, tampoco quiere seguirle el juego. Está cansado de verla siempre renegar por algo. Pero más le molesta la costumbre de decir con señales retorcidas en lugar de alzar la voz sin aturdir. Sería más fácil hablar, ser clara, porque esos gestos se hacen imposibles de interpretar, o al

menos él no los entiende. Dice todo junto, gritando o enojada. O no dice nada. Desde que su terapeuta diagnosticó eso de que la mala comunicación en su matrimonio es un síntoma y no una causa, ella anda peor.

Después de la cena, se había puesto a lavar lo que habían usado mientras él jugaba a la play con el mayor de sus tres hijos. De repente, se le cayó un plato. La notó nerviosa y con lágrimas en las mejillas. Él ya no distingue si es rabia o tristeza, pero así la encuentra casi todo el tiempo.

Hacía unos días, le había reclamado que, en el día de su casamiento, luego de que ella llegara un poco tarde, en vez de darle un beso suave, le había mordido el labio tras decirle: «¿Dónde estabas, pelotuda?». Él se había quedado sin palabras después de esa queja, porque solo recordaba los nervios que había pasado ante la posibilidad de quedarse plantado en el altar, esperándola.

El miedo es un síntoma del amor. Pero ella siempre insistía en que la culpa era de él.

«De acá a unas semanas, me hará saber lo mal que estuve en no ayudarla a levantar el plato roto», piensa ahora. Y no solo eso, sino que también le recriminará que además le pidió un café que hizo en silencio, cumpliendo órdenes como una esclava. Él no deja de preguntarse cómo contentarla, aunque parezca que solo esté mirando a un televisor o concentrado en un juego.

De repente, se enfoca en el contorno de su figura y la mira allí detenida. Está parada en ese cruce de caminos: se va hacia la habitación a dormir o abre la puerta y se va de la casa para siempre. El segundero marca el tiempo. Los dos respiran, pero ninguno se mueve. No saben si el silencio toma decisiones. Ninguno habla. Ella suspira, agacha la cabeza y se va por el

pasillo.

«Hoy tampoco», piensa él.





## *Confianza ciega*

Luisa María Ahumada

Me di cuenta de que llevábamos peleados una semana cuando advertí que faltaba un día para entregar el ejercicio que pidieron en el taller de escritura: salir a caminar con los ojos cerrados del brazo de otro. Lo primero que pensé fue que para percibir el mundo necesitamos de alguien y de algo más. Para cerrar los ojos, necesitamos otro. Pero no me resigné. Me fui al patio, me senté en uno de esos dos sillones que compraste la semana pasada, esos que se llaman Acapulco y que yo había querido tener desde el verano pasado, pero que ni con el aguinaldo me había alcanzado. Ahora los tenía.

Estiré las piernas sobre la mesita blanca y cerré los ojos. La brisa tibia de la siesta invernal me llenó de frescura. Me entregué al movimiento rítmico de una respiración profunda que me reflejaba. No encontré olores ni sabores que silenciaran a los pintores de la casa de al lado que quedó vacía la semana pasada, el mismo día que nosotros nos peleamos. Ellos se mudaron a una casa mejor como una tentativa de conservar la familia. Eso me dijo ella cuando me contó que se iba. Ahora tres hombres están pintando. Sé la cantidad porque escucho sus voces: uno habla con la ronquera del fumador; el otro estornuda cada vez que sale al patio, debe ser que es alérgico al jazmín que tapa la galería; y el tercero se nota que es el mayor o al menos el jefe. El cuarteto suena más fuerte que los gritos de los niños que pasan por afuera, corriendo o caminando, de la cancha a la plaza o viceversa; nuestra casa está justo en la calle

que las conecta. El aleteo cercano de alguna de las palomas que cruza del techo al palo de la cama elástica de los chicos o el chillido violento de alguno de estos pájaros autóctonos que siguen buscando árboles entre las casas de este country me saca del cuarteto.

Estaba por empezar a bailar con los ojos cerrados. En ese ring auditivo gana el que se lleva mi atención. Puedo callar un sonido si hago foco en el otro y sin darme cuenta también silencio mis pensamientos. Entonces me entrego al recuerdo de este ejercicio que hice en mi pueblo, cuando estábamos en una de las clases de catequesis. Hacía más calor que ahora a pesar de ser otoño, porque en el norte cordobés siempre es posible transpirar. Angélica, la maestra, nos dio la misma actividad de cerrar los ojos y ser guiado por otro. Yo no puedo saber con quién voy caminando, por más que me esfuerce, la memoria no me dicta la persona que me acompañaba en ese momento. Tal vez porque lo que no miramos no existe si no lo hemos visto lo suficiente. Quien fuese que me guiaba me tomó del brazo para subir y bajar las escalinatas de la plaza que estaba al frente de la iglesia. Pero una vez ahí, me pidió que subiera al cordón de un cantero sin sostenerme, solo con su voz me fue dando las instrucciones.

Solo recuerdo que lo logramos, que después de ese ejercicio, aprendí algo sobre la palabra confianza, porque de eso nos habló Angélica antes de ir a la misa. El aire de una inhalación profunda me hizo sonreír. O fue lo que pensé. Otra vez la brisa y yo moviéndome. Giré la cabeza para que el sol no me incendiara el cachete izquierdo. Me pregunté cómo hacen los ciegos para formar una imagen de lo que perciben si no lo conocen, si nunca lo han visto. Algo me entristeció, o fue el peso del sueño que me aplastaba el cuerpo como las manitos de Mateo estiran

las masas de colores sobre la mesita amarilla en la que solemos jugar. Empecé a sentirme liviana hasta que el filo de un ruido me hizo reaccionar. No sabía si era una de esas formas que usa Mateo para perforar la masa y hacer figuras, si estaba soñando o si era la escalera metálica de los pintores. Volví a sentirlo, otra vez y una vez más. Entendí que era el riel sucio de la mosquitera que se abrió, se cerró y volvió a abrirse. Supe que estaba al lado mío por el olor a madera de su perfume importado, el que se compró cuando se le terminó el del último viaje. Luego sentí esa respiración profunda que antecede a la pronunciación. No me nombró, solo empezó a hablarle a mi oído derecho que ya empezaba a sentir el calor del sol.

Yo esperaba que me pidiera perdón para seguir con mi ejercicio de los ojos cerrados, para seguir confiando. Cuando dijo mi nombre, giré la cabeza y abrí los ojos. Me choqué de frente con el mundo.



## *Un matrimonio*

Luisa María Ahumada

—¿Qué es el amor para vos? —te pregunto.

Vos hacés esa risita tan particular. Yo hago silencio, ese que sabés que está lleno de palabras.

—El amor para mí es... —empezás a decir despacio, porque no sabés qué responder y estás intentando ganar tiempo. Para vos siempre se trata de ganar.

Acabamos de hacer el amor después de semanas sin tocarnos. Pero no fue como otras veces, esta vez decidí tener el control. En cuanto te sacaste la ropa, te tapé los ojos. Me di cuenta de que te gustó. Te tiraste a la cama boca arriba, desnudo. Recorrí tus brazos con la punta de mis dedos, los estiré hacia arriba, por encima de tu cabeza y te até. Suspiraste de placer. Busqué un almohadón y lo acomodé para que no te lastimaras la cabeza. Después me saqué la ropa. Acabamos en un orgasmo sincronizado que no siempre logramos. Pero los años dan práctica en improvisación. Me tiré al lado tuyo: tu cuerpo y el mío, desnudos, se parecen a lo que alguna vez fuimos. Fue después de eso cuando te pregunté qué es el amor para vos.

Seguís tratando de construir una idea sobre lo que significa, no querés fallar. Lo que no sabés es que yo te hago esa pregunta porque hoy a la tarde, después de tantos años, vi a X.

En un momento, sin que yo se lo hubiese preguntado, X. me dijo: «El amor es lo que sucede afuera. Un matrimonio, una pareja, con quien elegimos pasar la vida, es otra cosa: un compañero. Por eso, yo soy el amor para vos». Me quedé mirándolo sin poder responder.

Después de diez años sin vernos y sin mucho argumento, me llamó. Dijo que quería decirme algo y yo acepté. Con X. siempre nos llevamos bien, pero nunca lo suficiente como para ser pareja. Entonces lo entiendo, tiene sentido su teoría, no sería amor si estuviésemos juntos.

Fui a su departamento. En cuanto me abrió la puerta y atravesó la reja del edificio, nos abrazamos. No sé cuánto duró eso, con él nunca recuerdo ese tipo de detalles, todo pierde dimensión. Después caminamos mientras se burlaba de mi altura. Su memoria había desvanecido lo que no le importaba. Nos reímos como antes, como siempre. Subimos al ascensor oliéndonos en silencio. Después, una vez adentro, nos sentamos cada uno de un lado de la mesa y hablamos como las primeras veces. Las palabras fluyeron con esa naturalidad tan nuestra. Imagino que, si le contaba mi sensación en ese momento, me hubiese dicho que eso es el amor. Pero no se lo dije, me lo guardé para mí y me quedé pensando.

Vos también seguís pensando, porque todavía no podés responder a mi pregunta. Así es como deja de existir ese amor sobre el que te he preguntado. Deja de habitar el interior, se tira a los márgenes sin que nos demos cuenta, porque creo que nosotros sí nos amamos alguna vez. Y mucho. Pero nos pasó un matrimonio.

Mi silencio grita y vos te das cuenta porque me conocés muy bien. No sé si el amor conoce ese dato o si acaso lo intuye. Tenés la certeza de que estoy a punto de levantarme. Suspirás y ganás unos segundos más de mi espera.

—El amor es... ver en otra persona una belleza más allá de lo que otros pueden entender.

—.

No digo nada y me levanto con cierta agilidad, aunque la

trama familiar con hijos, deseos truncos y cuentas financieras nos dejen marcas físicas que hablan de la marcha del tiempo. Paso por encima de vos, desnuda aún. Sé que estás mirándome, yo también te conozco. Busco la ropa y me visto rápido, pero sin hacer demasiado ruido para no despertar a los chicos.

Salgo de la pieza y por detrás venís vos. Solo te has puesto la remera y el calzoncillo.

—¿Dónde está mi llave? —pregunto al aire.

—Tu llave de nuestra casa —decís al instante.

—¿La escondiste? —me dirijo a vos, pero sin mirarte.

—No me echés la culpa, la vivís perdiendo —recriminás—.

No siempre voy a estar yo para ayudarte —decís sabiendo que eso me lastima.

Las heridas sobre cicatrices ya no arden. Debe ser por eso que el dolor del amor se siente diferente. Daña, sana. Esa calma que sentí con X. en su departamento fue porque la última herida estaba lejos. No pasó nada con X. porque es un cobarde, aunque atribuya sus conductas al respeto. Yo soy la misma niña de antes, no crecí, sigo buscando aprobación. Así que nos quedamos ahí toda la tarde, conversando con un deseo mudo. No pasó nada y no pasará si nosotros seguimos juntos.

—Quedate con la llave, yo me voy igual. No me voy a quedar acá encerrada —te amenazo.

—Siempre estuviste afuera, ¿o no te acordás tampoco de eso? —respondés enojado.

La llave es para nosotros un símbolo. Éramos vecinos y una tarde coincidimos en el ascensor. Después me fui al gimnasio y se llevaron mi llave por error. O la perdí. Es cierto que no recuerdo, a veces tenés razón. Pero a mí, la situación me resultó perfecta para tocarle el portero y pedirle plata para ir a buscar una copia a la casa de mi hermano. Es verdad que siem-

pre estuve encerrada del lado de afuera. Así empezamos a salir, porque con X. ya no pasaba nada. Al tiempo, me enteré de que vos me habías visto antes en la universidad, pero no te habías animado a hablarme. Es que suceden muchos encuentros antes de hallarnos con alguien por primera vez. Nos pusimos de novios y a X. no lo vi más.

Después de diez años, un matrimonio y dos hijos, X. me llamó y nos vimos. Tiene una hija, pero ahora está separado. Hablamos de eso también. Y de todas las veces que nos desencontramos antes de que yo te viera a vos. Cada coincidencia fue amor, pero cada despedida fue una herida sobre una cicatriz que nos marcó allá, al principio de una historia sin fin. Ya no duele o duele diferente. Eso también puede que sea parte del amor.

«Voy a tragarme la llave para que no te vayas nunca», me dijo X. cuando me levanté de la silla hoy para irme de su departamento. Ahora que lo pienso, quizás era él quien se había tragado la llave el día que la perdí en el gimnasio y te toqué el portero a vos, hace diez años.

—Estuve afuera, tenés razón —te digo.

Entonces vas hasta la maceta que está en la entrada de nuestra casa, te agachás y me das mi llave sin decir ni una palabra, sin siquiera mirarme. Ya no estás enojado, estás triste.

«Sos vos, siempre fuiste vos», me dijo X. mientras me abrazaba y después salimos en silencio. Llamó el ascensor y cuando se abrió nos encontramos con una pareja. Pensé que X. les diría que bajaran para que fuéramos solos. Pero no, él es respetuoso y yo soy una niña buscando aprobación. Nos subimos y fuimos los cuatro: dos desconocidos y nosotros. Antes de subirme al auto, X. me dijo que le pusiera nombre a nuestro encuentro. No pude responder.



Entonces él me dijo: «Para vos, lo nuestro es una aventura de mil nombres. Para mí, es amor».

Me propuso estar juntos otra vez.

Volví todo el viaje a casa pensando si quiero estar con X. Cuando abrí la puerta, ese chirrido que no deja de suceder, porque ninguno de los dos le pone algo de aceite a la bisagra, me resonó como campana. Respiré nuestro hogar. Los chicos vinieron corriendo a abrazarme como siempre y me tumbaron con su alegría. Te asomaste desde la puerta del escritorio, guiñaste el ojo y me tiraste un beso que no me llegó. Me dijiste que terminabas de trabajar y cocinabas.

Nuestra rutina de viernes fue la de siempre. Solo que esta vez, hicimos el amor. Y acá estamos ahora, yo parada con mi llave de nuestra casa en la mano, a punto de salir.

—Podés irte —me decís de repente—. Allá afuera tendrás una belleza que yo no podré entender.

Nos miramos por un segundo. Después, me doy la media vuelta para salir cuando agregás:

—¿Qué es el amor para vos?

Yo hago esa risita tan particular. Vos hacés silencio, ese que sé que está lleno de palabras.

Me doy la vuelta y volvemos a mirarnos. Entonces recuerdo la idea de Carson McCullers en su libro *La balada del café triste*, «El amor es una experiencia común a dos personas. Pero el hecho de ser una experiencia común no quiere decir que sea una experiencia similar para las dos partes afectadas».

Yo suspiro. Vos inclinás tu cabeza. Nos quebramos en ese abrazo que no existe, pero sucede.



## *Las galochas y el árbol*

José Lesta

Nosotros, los últimos viejos del pueblo, atesoramos su historia, por eso nadie duda que el par de galochas que está clavado en el portentoso álamo, guía del paseo del boulevard principal, pertenecía a Camilo Orlandi, y que son el recuerdo palpable de la gloriosa noche que fraguaron él y Magdalena Lofredo. Tampoco olvidamos que Camilo le dio su nombre al algarrobo partícipe de su tragedia.

Es curioso, los sucesos que quedan grabados a fuego en la memoria suelen tener un inicio silencioso, imperceptible, manso, tanto que nada hace presumir su futura grandeza. Son, en su momento, nimiedades sin importancia.

Tal razón amerita que fuera rutinario el trance de cuando Camilo Orlandi terminaba de almorzar en el comedor de Teresa, y luego de ordenar su vestimenta, salía a la vereda con la bolsa de papel madera en su mano. Entonces, caminaba sobre sendas dispares y amplias, copiando el resplandor del sol y las sombras de los árboles. En la cuadra siguiente, los lunes, miércoles y viernes, Magdalena lo esperaba de pie en el vestíbulo de su casa. Él se detenía y saludaba, dejaba la bolsa de papel marrón con las galochas de goma en su interior, sobre la mesa redonda del juego de sillones de mimbre, y una vez sentados, conversaban hasta la hora que debía retornar a reabrir su rejería.

Más adelante, cuando fue tiempo de concreción, en una tarde de enero, y luego de una travesura verbal de Camilo, Magda

sentenció: «Sos un tramposo. Eso no se le hace a tu novia». Así, ella declaró el estado de noviazgo, que él no se decidía proponer. Terminaron la visita con los sentimientos a flor de piel y la despedida derivó en besos profundos.

Por la tarde, la propaladora anunciaba que el próximo sábado se estrenaría la película *Casablanca*, en el cine-teatro Colón. Camilo sabía que había sido filmada varios años antes, pero se conformó pensando que, a nuestro pueblo pequeño y aislado, las novedades llegaban cuando ya eran antiguas.

El viernes siguiente, entusiasmado, invitó a Magdalena a concurrir al estreno de la película. Sin más, acordaron que él la buscaría a las ocho de la tarde del día siguiente, aunque la proyección comenzaría a las 22. Orlandi quería que todo el pueblo lo viera paseando con Magdalena tomada de su brazo. Ella también.

A la hora señalada del sábado, la mujer quedó alelada cuando lo vio elegante, con el ala del sombrero levemente inclinada hacia los ojos, y con una vaga sonrisa, que tal vez imitaba a la de Humphrey Bogart. Segundos después, volvió a tierra cuando descubrió la bolsa de papel, con las detestadas galochas adentro, en uno de los bolsillos del saco del hombre. La tomó suavemente, y la incauto guardándola en su cartera. Camilo aceptó en silencio.

El cielo estaba encapotado y corría una brisa fresca con dulce aroma a lluvia. Comenzaron a caminar hacia el cine, mientras caía una llovizna persistente. A los pocos minutos, la calle de tierra se había cubierto de una fina capa de lodo. Al cesar la lluvia, debían cruzar el ancho boulevard con paseo intermedio, de pueblo donde el espacio sobra. «Ahaja. ¡Si tuviera mis galochas!», se quejó Camilo. En el acto, Magdalena extrajo de su estuche los protectores del calzado. «Pero yo no tengo

qué ponerme en los pies», dijo. Él, mundano, como lo hubiera hecho el actor, tiró el cigarrillo de un tincazo, se colocó las guardas de goma y levantó a la mujer en sus brazos. Se acercó a la acera y al detenerse tres autos con sus luces encendidas al margen de su camino, se largó a cruzar con ella abrazada a su cuello. En la otra circulación del boulevard ocurrió lo mismo.

Quedamos pocos testigos de aquel sortilegio amoroso. Hoy podría jurar que desde el cielo bajaba una música emocionante y celestial, modulada por la claridad que pendía de los árboles, a modo de amplia y dorada corona, generada por la luminosidad de los focos, reflejada en la humedad de las hojas y pétalos. Jamás se podrá reproducir tal imagen, porque es imposible reiterar los estremecimientos que colmaron el aire.

Luego de la proyección, se refugiaron en el café Victoria. Se emocionaron comentando la película, y hasta las lágrimas recordando el esplendoroso cruce de la calle. Ya en la madrugada, en la vereda, Camilo la abrazó y acompañó a su hogar.

Los que quedamos sabemos que esa poesía protagonizada por ellos nos adosó al dulce contorno de la sensibilidad. Cómo no agradecerlo. Sin embargo, y aunque nos disguste, no podemos soslayar de nuestro numen, que el destino o el albur ondula los momentos malos y los buenos, acercándonos o alejándonos de ellos, por su propia decisión.

Fue así que un día de marzo de 1954, teniendo la atávica precaución de no apurar las cosas, para que nadie pensara que las hacían por apuro, se casaron.

Dos años después, el médico del pueblo informó a la pareja que la mujer estaba embarazada, e hizo a Magdalena una serie de recomendaciones que Camilo entendió a medias. Por lo demás, agregó que él la controlaría.

Sin embargo, la naturaleza que siempre sorprende, una

madrugada bien entrada la primavera, provocó el adelanto del nacimiento y Magdalena debió, por decisión del galeno, ser internada en la precaria clínica del lugar.

Camilo esperó primero la alborada, luego el mediodía y la tarde en el sanatorio. Al anochecer, ambulando por él, notó la mirada huidiza de las enfermeras, que apuraban el paso al verlo o se metían por la puerta más cercana para evitarlo. A las diez de la noche, abatido y desolado se acurrucó en un asiento, pensando que a su pueblo pequeño y aislado la ciencia siempre llegaba tarde. Así, desde una incierta puerta, apareció el doctor. Se acercó a Orlandi, caminando despacio, con la vista baja y una vez a su frente, endeble musitó: «Lo siento mucho». Lo demás fue una monótona perorata fútil del médico, explicando lo inentendible que Camilo no escuchó.

Esa noche se cobijó en el comedor de Teresa, desentendido de todo, mientras ella y el doctor se encargaban del velatorio.

Cinco días después de la ceremonia del funeral, Teresa advirtió que, en ese período, Camilo no había concurrido a su comedor, pero lo atribuyó a un apartamiento consciente. Aun así, dio la voz de alerta a quien la quisiera escuchar. Horas más tarde, el cuerpo del viudo fue encontrado bajo la frondosidad del algarrobo de la curva, ahorcado por una cuerda atada a una rama del árbol.

Desde ese momento, el lugar fue nombrado Algarrobo de Camilo.

El único rastro que quedó, además de la memoria de los más viejos, fueron las galochas de Camilo. Aquellas que dejaron en la vereda del cine, las que él, estoy seguro, clavó en el Álamo, el domingo a la mañana bien temprano, después del estreno de *Casablanca*. Ellas no hacen más que ser la prueba de esta mínima historia, pero que el tiempo, como a todo, al-

gún día se encargará de hacer desaparecer, iniciando el camino hacia el olvido.





## *Hoy es siempre, todavía*

Laura Crotti

Como todas las tardes a la salida de la oficina, a Serena le gusta pasar un rato en esa confitería tan bonita llamada Las Violetas. Es un lugar donde se reúnen personas de edades variadas y por eso, sus 33 años no eran un problema. Elegía una de las mesas de la ventana, le gusta mirar hacia adentro y hacia afuera. Es muy observadora, eso le permite reflexionar y sacar sus conclusiones sobre lo que percibe de las personas. En definitiva, siempre le ha gustado la psicología y aunque no es su especialidad, lee bastante sobre el tema, además de tener su terapia.

Serena es una joven de las de ahora, pañuelo verde, asistente a las marchas humanitarias, le gustan las vestimentas de colores, defensora de los derechos. Una mujer que ha decidido elegir cómo vivir. Con un cierto desenfado y encanto al mismo tiempo difícil de poner en palabras.

Así le pareció a Román cuando la vio sentada, descontracturada y llena de vida. Disimula que la ha visto y se sienta en la mesa de al lado, que está desocupada. Elige la silla enfrentada a ella para poder mirarla. Él ronda los 37, no los parece, eso se lo dicen los que lo conocen. Trabaja en una empresa, así que la mayor parte del tiempo está vestido de pantalón y camisa, impecable, se le siente el perfume en cuanto pasa por al lado.

Ella que está distraída, sintiendo el aroma busca con la mirada y se encuentra con la de él. Rápido mira hacia otro

lado. Ya está cansada de todos los hombres, se ha dado cuenta de que maternaba inmaduros, *boludos* para decirlo con más precisión. Solo ha tenido los encuentros necesarios. Podrían tener alguna posibilidad si cumplían ciertas condiciones tales como: ir al psicólogo; o si fuera necesario, responsabilidad afectiva; contestar los mensajes o llamadas; no perseguirse uno al otro; compartir sin adueñarse; que tome decisiones y no deje todo en manos de ella. Si quisiera solo pasarla bien una noche, debe decírselo. No son niños, no necesitan hacerse los interesados en una relación amorosa si lo único que quieren es llevar a una más a las sábanas.

Cuando se da cuenta de que solo por mirarlo ha pensado todo eso, se asusta de ella misma, pero sabe adónde va o por lo menos eso cree. Baja la vista y sigue escribiendo sus poemas espontáneos.

Se la ha puesto difícil al tal Román, que no podía dejar de mirarla a cada rato. De repente, ella llama al mozo y paga su cuenta. «¡Qué lerdo!» piensa él, podría haberle pagado y así quizás generar algo. Tan pronto como Serena paga, se levanta, llevándose la mochila, la libreta, cuidando de guardar el celu y dejando un poco del licuado. Sale con ese andar suelto, natural, atractivo. Él, por más que mira y mira por la ventana, no puede ver para qué lado ha salido.

Los días subsiguientes, a ella le ha quedado el aroma y su mirada; y a él le ha quedado toda ella. Ambos van al mismo lugar, pero no hay mesas disponibles para sentarse cerca. Ella lo busca, no le ha contado a nadie. Siempre la joden con «¿Por qué estás sola?», «¿Quieres que te presente a alguien?», «¿Por qué no te metes en un chat?». Ya las ha probado todas. Con cada final abrupto o desalentador tiene que estar explicando qué miércoles ha pasado con el tipo que parecía tan intere-

sado y al final ¡alpiste, perdiste! A este, se diera o no, lo va a mantener en secreto. A pesar de creer que está segura con su postura, hay un dejo de tristeza. ¿Es que no la ven, que no atrae y pasa desapercibida? Bueno, si se tiene que dar, será espontáneo. Si pudiera conocerlo personalmente y sin mediadores mucho mejor. Este ya cumple esos dos requisitos.

Román relojea todo el salón, que es bastante grande. Se dijo a sí mismo «Tranquilízate, si es, va a tener que ser espontáneo y sin mediadores». Ya sin saber tienen por lo menos dos coincidencias. Y mirando, mirando la ve. Hoy tiene el cabello suelto, enrulado, antes la ha visto con un tipo vincha turbante como usan las chicas ahora. Si algo le faltaba era ver su rostro enmarcado en ese pelo y esos ojos redondos de color indefinido entre castaños y algo verdosos. Únicos.

Ya se le ha enfriado el café, tiene que pedir otro. «Y no puedes tomar café y buscarla por todos lados». Él viste muy formal, pero es muy pillito, un tipo que tiene una sonrisa que compra a cualquiera y una manera de hablar tranquila pero no aburrida. Es de esos que miran a los ojos, hasta que todos los colores se te suben por el cuerpo y no hay manera de disimular. Tiene toda la pinta del ganador, pero guarda a un solitario en busca de amar y ser amado.

A partir de aquel día, ambos se comprometen a volver a verse como sea. Él, por su parte, se acomoda con el mozo que la atiende. Como era una clienta habitual del lugar, ya la tenían conocida. Todas las veces cuando pedía la cuenta, ya estaba saldada.

Cuando pregunta, el mozo sonriendo le dice «Es el muchacho que está sentado allá». Ella que es tan libre y no necesita de ni-

ninguna dádiva, mujer independiente que se banca sola en todo. Uno de esos días se levanta y no del todo decidida, se conoce a sí misma muy bien, sabe quién puede romperle el corazón... encara hacia su mesa y a mitad de camino se da vuelta. Se contiene. Para cuando encara nuevamente, lo tiene parado adelante, le dice: «Hola, hermosa», con un hilo de voz y tratando de componerse para no darse por regalada. «¿Salimos?» pregunta él, y ella asiente. Es como si no hubiera nadie alrededor, como ese sueño deseado pero a la misma vez negado para no sufrir. Caminan, no se sabe bien adónde. Hablan de todo y ella no puede creer las coincidencias que hay entre ellos. Buscan su auto y él se ofrece a llevarla hasta su casa. Serena accede. Eso sí, pide parar en la esquina por si alguien está mirando. No tiene ganas de bajar. Cuando él se acerca tanto para saludarla, ella siente el fuego que creía muerto hace rato dentro de ella. Se deja llevar, sus besos son especiales y su abrazo la envuelve con seguridad.

Esa noche es imposible dormirse, los chats van y vienen, y hasta por video. Parecen dos adolescentes despertando a la seducción, a sensaciones desconocidas. Siguen viéndose, enamorándose, intimando, compartiendo, divirtiéndose juntos.

Parece que ambos creen y viven como dice la frase: «Hoy es siempre todavía, toda la vida es ahora», y no significa superficialidad. Al contrario, se han propuesto vivir este romance con todo. No se puede ser quien no se es, no se puede negarse a amar cuando es tu anhelo más profundo incluso cuando vas a sufrirlo.

Cada quien elige, Serena y Román se encontraron. Ya va por los dos años y hasta parece que hay proyectos en común. Hoy es siempre todavía. A veces la vida te muestra que las defensas

que levantamos para darnos cuenta que en vez de cuidarnos, nos impiden vivir. Como algunos dicen «hay que desromantizar el amor, pero no dejar de amar».



## *El alcázar*

Raúl G. Villalobos T.

Alejandro y Manuela eran de esas parejas que se amaban tonta y locamente. De tan enamorados que estaban, decidieron vivir, un día, el uno junto al otro; para tal propósito, hicieron construir un palacio vasto de toda vastedad.

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de los peligros — llámense envidias y recelos— que los rodeaban. Así que, como buenos amantes e inteligentes esposos, decidieron transformar su hogar en un alcázar, que no solo brindara las comodidades de un fastuoso palacio, sino también la necesaria protección para su naciente y florecido amor. Es así que creyéndose seguros, se dedicaron a vivir pacífica y prolijamente sus vidas.

Dada tan inteligente medida, se esperó todo de ellos, menos que se separaran y terminaran distanciándose, digamos, unas dos mil millas de distancia el uno del otro. Para ser más explícito, diré en pocas palabras que su amor terminó.

Y si ustedes preguntan ¿por qué? La respuesta será de lo más sencilla: los amantes dedicados a vencer a los fantasmas —llámense enemigos de su amor— que los acechaban desde fuera, anótese del castillo; se olvidaron, simplemente, de protegerlo adentro del peor de sus enemigos: de ellos mismos.

## Glosario

Diferencia entre castillo y alcázar

-“Un alcázar es la fortificación en la que vivieron los reyes y reinas españoles, y es una mezcla de palacio y de fortaleza urbana.”

-“Alcázar es un término español para designar a un castillo o palacio fortificado donde reside el rey”. Un castillo es sólo para la defensa, es fortificado.



## ***Las tablas de la ley***

Raúl G. Villalobos T.

La caimancita no quería obedecer las tablas de la ley, siempre le habían parecido tan absurdas y aburridas. Toda su vida había soñado con el cielo y en todo lo que hubiera dado por llegar a él. Hasta que creció y se dio cuenta de que el infierno quedaba más cerca de ella, quizá, demasiado cerca. La caimancita temblaba de miedo y de impotencia ante lo que iba a suceder; una lucha feroz no amainaba dentro de su ser, pero la pasión que no cohibía se abría paso entre sus instintos como un abismo y el infierno que parecía tan lejano se acercaba cada vez.



## *Frida y yo*

Ludmila Micaela Stubbe

Cuando uno habla de enamorarse, lo primero que se le cruza por la cabeza es el típico enamoramiento de película, un encuentro casual, que tal vez suceda en una edad adulta o adolescente. Pero mi historia de amor empieza a mis siete años de edad, sí, plena infancia, ¿qué iba a saber yo de amor? A esa edad me ponía en tonto cuando estaba a su lado. Digamos que el brillo de una estrella fugaz se quedaba corto comparado al que ella y su sonrisa emanaban. Su luz era casi igual a la del sol y me encantaba. Ella, su mirada y su risa inocente al escuchar mis chistes sin gracia, pero que le gustaban, y a mí me gustaba ella.

Frida era su nombre, su cabello era largo ondulado hasta su cintura, vestía siempre de colores alegres, más que todo el rosa, que era su favorito. No le tenía vergüenza a nada, a todos los lugares a los que iba los alumbraba en alegría y los llenaba de risas. Fue lo que más me llamó la atención, su forma de ser siempre tan alegre, con sus ojitos achinados formando una media luna y un hoyuelo pequeño y especial al final de su ojo derecho cada vez que sonreía.

Frida era especial.

Frida era encantadora. Alegre.

Frida era el amor de mi vida. Y nunca lo supe ver.

Recuerdo que cuando cumplimos los doce, le encantaba leer y ver películas, no tendría ningún problema en pasar el día entero hablando de los libros que leía y de las películas que

había visto, diciéndote cuánto había llorado, reído, amado y emocionado con lo que veía y leía. Recuerdo haber pasado horas escuchándola hablar del tema sin cansarme ni un segundo.

Amaba escucharla, abrazarla y hacerla reír. La amaba a ella.

Al cumplir los catorce, ella se alejó. Se fue y no pensé que volvería. Pasaba día y noche tratando de recordar su risa, viendo su rostro alegre cada vez que cerraba mis ojos. La extrañaba, pero nunca lo admití.

Traté de olvidarla. Busqué en alguien más lo que ella tenía. Pero Frida era irremplazable, era única y no había otra como ella. Pasaron años sin saber nada de ella. Pensé que me iba a escribir, o tal vez una llamada, no pedía mucho, solo escuchar su voz. Era su mejor amigo, ¿se había olvidado de mí?

Frida no era de esas personas que olvidaba, le gustaba recordar cada pequeño detalle de todo y todos, cualquier mínima cosa que vos le hayas contado, la recordaba como si se lo hubieras contado hace apenas unas horas. Entonces si Frida no olvidaba... ¿por qué no se comunicaba conmigo? Le puse mil y un excusas a su ausencia en mi vida, apenas tenía catorce casi quince, un amor de infancia no tendría por qué haberme importado en ese entonces. Pero era Frida. Ella sí me importaba.

Cuando cumplí los dieciséis ya tenía asumido que ella no volvería, que no llamaría y que no la vería otra vez. Así fue hasta que ella regresó y me abrazo tal y como lo había soñado tantas noches. Escuchar su risa después de dos años fue como un canto de los ángeles para mis oídos. Sentirla una vez más cerca de mí fue tan irreal que pensé que estaba soñando.

—Perdón por no escribirte durante todo este tiempo, cambié de número y perdí todos mis contactos... —se disculpó de una manera tan sincera y arrepentida que me hizo sentir como

un idiota por haber especulado que se había olvidado de mí.

—No importa... estás de vuelta.

Sonreí y ella sonrió.

La admiré unos cuantos segundos y si todo eso era un sueño, rezaba porque no me despertaran.

Ella había vuelto y nunca más la dejaría ir. O eso creí.

Cuando uno que habla de enamorarse es propenso a que le rompan el corazón, solo que a mí no me lo rompieron, yo se lo rompí a ella, a Frida.

Fue una tarde de primavera, su estación favorita. El sol deslumbraba en el cielo como nunca antes, las flores que empezaban a despertar cobraban vida llena de bellos colores. Por eso le gustaba esa estación, porque decía que todo se veía más bonito y colorido. Recuerdo que nos habíamos reunido a pasar el tiempo como cualquier otra tarde.

—¿Te puedo decir algo importante? —Esa fue la pregunta que lo empezó todo.

—Lo que sea.

Tardó un rato en contarme, pero tomó una bocanada de aire, sacando la vista del cielo para mirarme a los ojos, haciendo que el café de los suyos me hipnotizara por completo, poniéndome nervioso.

—Yo... Vos... Me gustás.

Sus palabras me dejaron aturdido por unos segundos. ¿En serio gustaba de mí? Era algo que no me podía imaginar, fue algo tan espontáneo de su parte que no sabía qué contestar, pues a mí en ese entonces me atraía alguien más, no sabía qué hacer, y creo que ser impulsivo no fue la mejor idea.

—Perdón, pero yo no...

No podía completar la oración. ¿De verdad no la amaba? ¿O era tan idiota como para no darme cuenta de que sí? Pues

Frida era la chica de mis sueños, pero no sabía si realmente merecía su amor.

—Está bien... no te disculpes —sonrió triste.

Se levantó del suelo para despedirse e irse del lugar. Dudé en si levantarme e ir tras ella, pero al ver cómo hizo la cabeza hacia atrás, mostrando el rostro hacia el cielo, me quedé estático en mi lugar, porque sabía que estaba llorando por mi culpa.

Esa tarde perdió todo el brillo y la alegría de la primavera. Por alguna razón, me sentía roto por dentro.

¿La había perdido otra vez?

A la semana me enteré de que Frida saldría de viaje a España, le deseé suerte y un buen viaje, con la esperanza de que esta vez sí llamaría, sí escribiría y sí volvería una vez más.

Pero no era merecedor de todo eso. Le había roto el corazón, y no, no hacía falta que ella me lo dijera para saberlo.

Después de eso no la volví a ver. Lo había arruinado todo, esta vez se había ido por mi culpa. ¿Por qué la rechacé si yo la amaba? ¿Por qué la dejé ir queriendo que se quedara a mi lado? ¿Por qué no le dije la verdad esa tarde? Porque la verdad era que ella también me gustaba. Me gustaba su sonrisa, su cabello, su voz, su risa, sus ojos, su brillo, me gustaba Frida, y eso no lo cambiaría nadie. Le hubiera dicho que me encantaba pasar tiempo a su lado, que me encantaba que me abrazara, que me hablara por horas sin parar, que me encantaba que me cocinara todo tipo de postres que veía por Internet. Si tan solo le hubiera dicho la verdad...

Pasaron los años y ella nunca salió de mi cabeza, estaba en cada sueño, cada canción, cada frase, siempre presente en mis recuerdos. Pues era Frida, el amor de mi vida, ¿cómo podría olvidarla?

Tenía veintitrés cuando me pareció verla otra vez, pensé que

era mi imaginación, pero no, ahí estaba, tranquila, leyendo un libro en una cafetería de Madrid. Había ido por trabajo, pero nunca pensé que me la encontraría. Era primavera, y me preguntaba si seguía siendo su estación favorita, me preguntaba si le seguían gustando los mismos libros, las mismas películas, las mismas canciones... me preguntaba tantas cosas que mi mente no era capaz de ordenarlas. Quise acercarme a hablar, pero ¿y si no era realmente ella? Tal vez era alguien muy parecida, pero como Frida no había otra.

Después de un gran debate mental, me dispuse a salir del lugar. No quise molestarla. Dudé que se acordara de mí después de tantos años. La vi tranquila y feliz. No quería arruinarlo una vez más, así que me fui, pero al abrir la puerta del lugar una voz que anhelaba tanto escuchar impactó contra mis oídos pronunciando mi nombre.

—¿Luca? ¿Eres tú?

Me di la media vuelta y ahí estaba ella. Era Frida, el amor de mi vida.





## *¡Hasta la Victoria!*

Gabriela Valdés

Anoche desperté entelerida, me miré las piernas, ¡llenas de machucones! Entonces vi mi alma convertida en un colgajo de hilachas estrellándose contra el piso. Esta vez, harta de las requisas íntimas, me había negado a desnudarme y ¡zas!, otra vez al calabozo de castigo. Un agujero contaminado de pestilencias ácidas y lamentos. Allí iban las sancionadas, las que no querían cumplir el reglamento interno, a pudrirse de hastío y de miedo, alejadas de las demás, arriba, en los altos del penal. No era la primera vez que me enjaulaban, porque las injusticias me sublevan y no puedo contenerme. Papá dice que tengo la sangre rabiosa del abuelo. Durante la última visita, constaté que a pesar de sus diferencias, eran cercanos y se querían. Mamá toda llanto y reproches y él, para consolarla, le dijo: «Victoria es igual a su abuelo, una luchadora». Yo me sentí gloriosa como Gardel. El viejo había participado en las grandes huelgas ferroviarias de los años cincuenta, encarcelado en más de una ocasión, despedido y finalmente indultado por el propio Perón. Con papá podía hablar de todo, de fútbol, de política y por supuesto, de las hazañas del abuelo. Mamá era más del tipo árida, vivía extraviada en un mundo de arpegios y ajena a todo lo que no fuera Brahms o Bach. Definitivamente, su sangre no corría por mis venas.

«Las despedidas son tristes», había musitado tía Techa, a puro lagrimón, cuando se fue a vivir sola a Mar del Plata. Yo pensé que era una escena hiperbólica y teatral. «Solo cinco

horas de viaje», repliqué. Pero cuando los vi partir, mamá con su pañuelito de batista tapándose la boca y papá tomándola de la cintura, sentí las mejillas mojadas y un río de lagrimones rodando sin parar. ¡Cuánta razón tenía tía Techita!

Pasé la tarde sumida en el abismo demencial de mis dos metros cuadrados hasta que una voz extramuros interrumpió mi catarata de quejidos.

—¡Aguantá que falta poco!

—¿Quién sos?

—Gabo. Caímos en cana después de una redada en Derecho. ¿Y vos?

—Fue a la salida de una asamblea en Psicología, seguro que nos infiltraron porque la guardia de infantería nos estaba esperando y nos molieron a garrotazos.

—¿Así que Psicología, eh? ¿Me vas a leer el inconsciente?

Yo simplemente me reí. A continuación hablamos del amor de Freud por sus perros, de la pesada alfombra iraní de su diván y no sé cómo desemboqué en el *Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo* de *La interpretación de los sueños*. El guardia hizo sonar el amansalocos contra los barrotes de fierro, provocando unos chirridos furiosos y, por supuesto, el fin de la conversación. No me importó, me quedé un rato mirando la lucerna altísima por donde se filtraba la luz y, hacía unos instantes, la voz de Gabo. Gabo de Derecho, Gabo revolucionario, Gabo guerrero. Lo imaginé de mil formas; moreno de ojos claros, moreno y de rulos, ¿con barba o sin barba?, melena larga, lo más probable. Ya adormecida, continué flotando en las regiones infernales mientras Gabo de Derecho revolvía las aguas fangosas del Acheronta para rescatarme. ¿Y si era pelirrojo?

Llovía tanto. Una cortina líquida caía sin piedad sobre las

chapas del techo.

Imposible hablar. Cuando menguó el temporal, golpeé con fuerza un jarro de latón. No sabía muy bien cuántos metros mediaban entre nosotros. Al rato, escuché dos golpecitos lejanos.

Respondí con tres, él con uno, y luego vuelta a comenzar. Así estuvimos casi una hora descuartizando los cacharros contra la pared hasta que alguien desde otra celda gritó «¡Basta!» y paramos.

A la mañana siguiente, me desperté tiritando, hacía un frío de esos que taladran los huesos. «¿Estás ahí?». Me entretuve haciendo ondular mi propio aliento húmedo en el aire.

«¿Estás?». Más tarde, el mazacote de zanahorias, papas, algo de harina, huevos y unas pocas lentejas no logró acallar el pavor de mi estómago. ¡Un asco! Decidí sumergirme en un rumor de olas rompiéndose, de voces familiares y veranos en casa de tía Techa. Palpé la arena bajo mis pies, las manos de Gabo, calientes, igual que la arena, el sabor a mar en sus labios, los dos tan cerca.... El guardia hizo tronar el timbre. «¡Hora de la inspección!» Yo quedé ahuecada como una campana rebotando contra mi helado cubículo de mala suerte. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero por las astillas de luz en el suelo, supuse que era noche de luna. De pronto, una melodía crepitó vagamente. Era Gabo deslizando su «Qué poca cosa es la realidad, mejor seguir, mejor soñar» a través de la lucerna. Salté de mi rincón, pegada contra la pared y en puntas de pie cerré con «Y lo que vale no es el día». Él era más de Charly, y yo del Flaco.

—¿Dónde estuviste?

—Me obligaron a bajar al patio y a caminar en círculos hasta ahora. Mirar solo hacia el piso, sin detenerme. Eso me en-

loqueció...

Luego de un silencio que no quise alargar, propuse:

—Mejor volvamos a la música.

Entonces retomé mi amor por Spinetta, hablé sin pausa de la sofisticación de su poesía, de la complejidad de su sonido, esa mezcla de jazz y rock que tanto me gustaba. Casi sin darme cuenta llegué hasta Moris y Pajarito Zaguri. Todo muy beat.

—Beat, beat, me encanta el sonido de esa palabra.

Confesé mi debilidad por la filosofía libertaria, visceral, psicodélica y a la vez, pacifista. Sin embargo, no todo podía terminar en la devoción por el ocio y el rechazo a los despertadores. Tenía que haber algo más. Cuando entré a la facultad quedé fascinada. Los muros atiborrados de carteles cruzados por hoces y martillos. Enseguida conocí a la Turca, ella sí que sabía persuadir.

—Era toda una ebullición de ideas y ahí me cerró el círculo, ¿entendés?

Al final, acordamos entre susurros que había que desafiar a la dictadura con algo más que asambleas y movilizaciones.

—¿Y qué hacemos con Moris y Pajarito?

—A ellos los salvamos —afirmé sin dudar.

—¿Sabés qué día es hoy?

—Acabo de perder la cuenta.

—¿Qué decías? ¡Ah, sí!, ¿me preguntaste por mi nombre? Creo que soy el fruto de una dicotomía no antagonica. —Gabo estalló en carcajadas—. Es que estoy convencida de que a papá, Victoria, le gustó a raíz de la famosa frase del Che y a mamá, por la Ocampo. Aunque nunca lo admitió, pero yo sé que la admiraba en secreto y seguro que más de una vez habrá soñado con ser ella la que compartiera el escenario del Colón con Stravinsky. Es que mamá es tan, tan...

Las luces se apagaron y el carcelero empezó su ronda. Punto final.

La luz del sol se fue metiendo a tientas en cada celda, parecía una gran manta desenrollándose despacio, sacudida cada tanto por una infinidad de cuchicheos. A medida que pasaban las horas, el descontento espasmódico se convirtió en un clamor contumaz y la silbatina alcanzó una intensidad de estruendo. Inesperadamente, un golpe seco atravesó las rejas metálicas y cayó desde las alturas al modo de un cometa. El objeto consistía en un hilo largo de lana deshebrada; en la punta, a manera de contrapeso, un papel abollado y una piedra. Era un paquete de Colorado con un mensaje escondido escrito en lápiz y aprisa.

*Todos mis pensamientos son tuyos.*

Experimenté una especie de vértigo en las sienas.

*No queda parte de mí que no esté fundida a tu ser. Mi sangre, mis sueños eternamente atados al hilo de tu voz.*

*Te quiero,  
Gabo*

Fin de la hoja. Durante varios minutos quedé girando dentro de un torbellino ascendente que se dilataba y se contraía al ritmo acelerado de las pulsaciones de mi corazón. A la distancia reconocí a la Turca que clamaba a los cuatro vientos: «¡Revierte quien revierte, libertad a los combatientes!». El prefecto se había atrincherado en la planta baja junto con algunos de sus oficiales. El control del pabellón era nuestro. Nos abraza-

mos con algunas compañeras que habían logrado llegar hasta la terraza y la asonada acribilló a puñaladas el atardecer.

Los colchones ardían pendiendo de las ventanas. En medio del humo denso, distinguí, entre todas las voces, la de Gabo. Venía a la cabeza de un pelotón improvisado, la mirada sostenida, el puño en alto. En ese momento, el mundo se detuvo y nos quedamos como bobos viéndonos por primera vez, llenos de asombro y de ternura. Al instante, escuché mi nombre en su grito de guerra: «¡Hasta la Victoria!». Conmocionada, hundí mi cara en su pecho; exploré sus manos, calientes, igual que la arena, el sabor a mar en sus labios y en un sollozo ahogado murmuré:

—Siempre, Patria o Muerte.

Inspirado en la historia de Valeria y Claudio, presos en la cárcel de Devoto en Buenos Aires y liberados por el presidente Héctor J. Cámpora el 25 de mayo de 1973, durante lo que se conoce como El Devotazo.

# ***Carta al esposo en el 40° aniversario de casados***

Alma Fral Amada

*Querido mío:*

*¡Hoy cumplimos cuarenta años de casados!  
¿Notaste que pasé junto a ti el doble de tiempo  
que pasé sola?*

*Te veo dormir. Tu figura delgada y musculosa,  
tus cabellos castaños se han transformado. Tu  
cabellera está totalmente blanca, tu rostro  
surcado de arrugas. Tu cuerpo se ha vuelto  
rollizo...*

*Yo también he cambiado mucho. ¿Dónde  
está esa adolescente que se casó a los 19 años,  
menuda, delgada, ilusionada, inocente?  
Ahora el espejo me devuelve otra imagen:  
arrugas, varios kilos de más y el cabello  
castaño, ahora teñido.*

*¿Qué pasó en estos cuarenta años? Cuántas  
frustraciones, cuántas crisis, cuántas  
alegrías, cuántas emociones... Mucho, mucho  
de todo eso.*

*Es que somos muy distintos. ¿No advertimos  
hace cuarenta años que teníamos gustos tan  
disparés?*

*Tú amas la soledad, el mullido sillón con el*

*diario frente al televisor.*

*Yo adoro la gente, las charlas con amigos, el cine, el teatro.*

*Tú comes el bife jugoso, yo amo el pollo. Tú adoras el jazz y el tango. Yo soy negada para la música. Yo devoro un libro tras otro. Tú casi no lees.*

*Yo disfruto del sol y el verano. El invierno y los días lluviosos son tus preferidos.*

*Pero la clave descubierta a través de tantos años es aceptar al otro con sus diferencias. No intentar cambiarlo, sino aceptar del otro aun lo que nos resulta incomprensible.*

*Lo que sí nos unió siempre es el inmenso amor a los hijos, ahora multiplicado por el de los nietos.*

*Ahí sí encontramos nuestras coincidencias y pudimos construir este hogar estable y poder encontrarnos a mitad de camino entre tus preferencias y las mías.*

*En nuestros hijos, nietos y nuestros entrañables fines de semana al aire libre amados por los dos, obtuvimos al fin, el anhelado éxito de nuestro matrimonio al que estoy dispuesta a continuar por otros muchos años.*

*Te quiere,  
Diana*



## *Nostalgias del salón*

Ada Lía Maccarone

Después de golpear varias puertas, me ofrecieron un empleo. Un proyecto que se estaba cocinando y que no parecía ser malo, al contrario, me resultaba atractivo y despertaba mi curiosidad. El sitio que se eligió para la instalación de la tanguería fue un viejo galpón, reconstruido con muy buen gusto y con detalles alegóricos. A mí por suerte me tocó la administración, como quería. Tenía experiencia y estaba segura de que lo haría sin dificultades. Se contrató el personal necesario y, después de una exhaustiva selección, se eligió la orquesta que tocaría noche tras noche durante la cena show.

Un lunes a las diez de la mañana se presentó en mi oficina el director de la banda. Era un hombre de corta edad, aunque yo suponía que solo personas mayores dirigían orquestas. Habíamos tenido las mejores referencias. Con aspecto seductor, traje negro, camisa blanca y un pañuelo al cuello que lo hacía más atractivo. Rafael ingresó y me invadió con su perfume. Estaba acompañado por Rubén, amigo personal e integrante del grupo. El espectáculo comenzaría en solo tres días. Tenían mucho que ensayar sobre el escenario, probar la acústica del salón; los bailarines debían reconocer el perímetro del lugar donde se desplazarían y la banda debía buscar la ubicación sobre las tablas, además del decorado. Me recordó a mis abuelos cuando hablaban de tango y lo bailaban, pero ellos ya no estaban para compartirlo. Una vez que finalizó la reunión, prometieron

volver al día siguiente para comenzar con los ensayos. Rafael aguardó a que me pusiera de pie para estrecharme la mano. Ese gesto de caballerosidad me sorprendió, no estaba acostumbrada. Su mirada era penetrante y su actitud de sumisión.

—Un placer conocerla —dijo respetuosamente.

—Un placer —contesté nerviosa.

La orquesta se ubicaría a un costado del enorme escenario y el resto de la pista sería utilizado por los cantantes y bailarines. Alrededor estaban ubicadas las mesas, desde donde se podría apreciar el espectáculo. Después de tres días de intenso trabajo llegó el momento más esperado. El salón estaba lleno y la orquesta comenzó a tocar. Para mi asombro, Rafael tomó el micrófono y cantó haciendo vibrar el salón. La acústica ayudaba y la canción estremecía. Cantó *La última curda*. Era un buen artista, su imponente voz hizo que se grabaran en mí aquellos acordes que sonaron por largo tiempo en mi cabeza. «Contame tu condena, decime tu fracaso, no ves la pena que tengo... y hablame simplemente, de aquel amor ausente...». El público estaba fascinado y el éxito era evidente.

Noche tras noche esperaba que la orquesta tocara, y que entonces él comenzara a embriagarme con su bella voz. Los intérpretes eran ovacionados y les pedían a gritos uno y otro bis. Los bailarines expresaban con su cuerpo cada tango estremecedor, mientras Rafael se lucía cantando las historias conmovedoras. Cuando cantaba sentía que el sonido que emitía me penetraba en la piel. Su expresión artística, su mirada, su imagen escénica, me tenían subyugada. ¡Tango! ¡Tango! ¡Cómo no lo descubrí antes! Rafael sabía de autores y de intérpretes. Cada tango que le mencionaban lo conocía y tarareaba, ese era su mundo, en el que yo quería entrar.

Esperaba ansiosa cada noche. Cuando el show terminaba,

compartíamos una mesa. Era un grupo maravilloso que nos brindaba su talento. Las semanas pasaban y Rafa, como todos lo llamaban, se había convertido en un amigo a quien amaba en silencio. Todos mis días transcurrían a la espera de la noche. Una tarde, cuando llegó, me anunció que cantaría para mí. La espera fue interminable, horas más tarde clavé mis ojos en él conmovida al oírlo: «Yo no sé qué me han hecho tus ojos, que al mirarme me matan de amor...». Cantaba mientras me miraba. «Tus ojos para mí son luces de ilusión, que alumbran la pasión que albergo para ti...». Me faltó el aire, no me equivocaba, lo que sentía era mutuo. Parado al lado del piano y mirando en mi dirección continuó: «Yo no sé cuántas noches de insomnio, en tus ojos pensando pasé, pero sé que al dormirme una noche, con tus ojos preciosos soñé»... Fue sin duda el mejor día de mi vida.

Después de esa noche, mientras él cantaba, nuestras miradas se cruzaban todo el tiempo, una sensación placentera que me invadía el alma cada día. Habíamos logrado que el lugar se convirtiera en un éxito nocturno. Cuando apoyaba sus manos sobre el piano lograba hipnotizarme, envidiaba las teclas que eran acariciadas una y otra vez. Todo lo hacía bien, cantaba, tocaba el piano y el bandoneón, y bailaba. Era el hombre perfecto, pero yo sabía poco de su vida.

Una noche después de la función, dijo que me acercaría con su auto. Antes de ir a casa, paseamos por la ciudad, tenía mucho que mostrarme: Caminito, en La Boca, con todo su encanto; sus típicos conventillos coloridos donde alguna vez se reunían en sus patios para bailar. San Telmo, barrio de tango, con la calle Balcarce adoquinada. Me mostró El viejo Almacén, con tantos años de trayectoria y una de las primeras tanguerías de Buenos Aires. Ese era su mundo, el que quería presentarme.

A pocas cuadras de llegar, nos detuvimos y, antes de bajar, se me acercó y me besó apasionadamente. Allí quedé unos minutos refugiada entre sus brazos, sin decirnos nada.

Después de cada función, la orquesta tocaba para nosotros. Rafa me tomaba en sus brazos y como si nadie más existiera me tarareaba cada tango al oído: «Che, papusa, oí los acordes melódicos que modula el bandoneón...». Cuando salíamos a la calle cada noche, paseábamos por la ciudad. Con él aprendí que el Corrientes 348 no existía, era solo inspiración del autor.

¡Virulazo! Un gran bailarín de tango. Alguien dijo que: «La ferocidad con que se entregaba, la unión que lograba con Elvira, quedó en la mente de todos los que lo hayan visto». Decía: «Bailar el tango como mandan los códigos, los códigos del sentimiento, los que alientan a cualquier milonguero». Rafa había encontrado en mí a alguien que aceptaba su estilo de vida, su pasión y que además lo quería. Cuando apoyaba la cabeza en la almohada, recordaba: «Ven, pues te quiero tanto, que si no vienes hoy, voy a quedar ahogada en llantos. No, no puede ser que viva así con este amor clavado en mí, como una maldición».

Una tarde, cuando nos preparábamos para comenzar la función, Rafa no llegaba. La orquesta arrancó sin él, pero no podíamos concentrarnos. Cuando la noche se apagaba y la preocupación aumentaba, dos oficiales ingresaron al local con un ramo de flores en la mano. Sobrevino el silencio.

—Hubo un accidente —dijo uno de ellos—. En el interior del auto se encontraron folletos de este lugar. ¿Reconocen este juego de llaves?

La vista se me nubló, me faltó el aire y alguien me sostuvo.

—Sí, son de Rafa —dije sin aliento.

—El accidente fue en los alrededores de los bosques de Pal-

ermo, su auto volcó en una curva.

—La historia se repite —dijo Rubén—. Como su ídolo, el varón del tango.

—En el interior del auto encontramos este ramo de flores con este sobre —dijo el oficial.

En el sobre decía: «Para Paula, el amor de mi vida».

Tomé el ramo y también el sobre. Caminé hasta mi oficina, me senté y rompí a llorar. Abrí la carta que en pocas palabras decía: «Por siempre». Rubén apoyó su mano sobre mi hombro y me dijo

—Murió feliz, hacía años que no lo veía así.

Cuando pudimos verlo, sus manos comenzaban a enfriarse y sus ojos ya no me miraban, y mientras lo contemplaba sonaba en mi cabeza: «Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando, su boca que era mía ya no me besa más, se apagaron los ecos de su reír sonoro y es cruel este silencio que me hace tanto mal...».

Rubén me tenía refugiada en sus brazos como sosteniendo mi pena. Una semana después, decidí que era allí donde debía estar, respirando su aire y oyendo su música.

—La vida continúa —dijo Rubén.

La noche que volví después del accidente creí que no iba a poder. Pero a pesar de la tristeza que todos teníamos, sentimos su presencia. El público pedía por él y aplaudían emocionados. Cada tango lo evocaba y una vez más la melodía me demostraba qué tan profundamente penetraba en los corazones, haciendo vibrar el alma. Tomé el micrófono y la orquesta me acompañó:

—«Nostalgias, de escuchar su risa loca y sentir junto a mi boca como un fuego su respiración...»

Los aplausos me callaban, mientras que superando las con-

gojas continuaba...

—«Llora mi alma de fanteche sola y triste en esta noche, noche negra y sin estrellas... Si las copas traen consuelo, aquí estoy con mi desvelo para ahogarlos de una vez... Quiero emborrachar mi corazón para después poder brindar por los fracasos del amor».

## *Foto en blanco y negro*

Rafael Garcés Robles

Encontré la fotografía en blanco y negro que tantos años había buscado, estaba refundida en un libro que nunca terminé. Marcaba el último capítulo. Lo había cerrado agobiado y confundido por un final que no aspiraba leer, ya que ahondaría más mis penas del desamor.

Complacido por haberla hallado, los tiempos retrocedieron al instante, su imagen saltó a todos mis sentidos, y la nostalgia que invadía mi alma me llevó a contemplar su rostro con una mirada ansiosa y profunda, pero también tierna y reflexiva. En ese estado de concentración intensa, la foto en blanco y negro empezó a invadirse de una lenta luz que se tornó en tonos, en matices, en vistosos colores y en pinturas por donde mis ojos pasaron:

Aparecieron las cintas rojas que amarraban su negra cabellera, liberándola luego sobre sus hombros como dos cascadas nocturnas chispeadas por las luces lunares de un cielo abierto, hasta caer complacidas sobre su pecho dibujando sus torneados senos.

Miré sus inmensos ojos pardos con su mirar lejano, buscando quizá otros lares, otros mundos. Volví a sentirme huérfano de ella. Por más que busqué su mirada, me ignoraba; hoy más que nunca el brillo de sus ojos era divino; cuánto diera porque brillaran para mí, esas dulces pupilas cafés que me enamoraron, aunque a través de ellas no pueda nunca llegar a su alma desnuda.

De sus labios sedientos brotó una sonrisa que marcó la mis-

ma lontananza de su mirada, sin embargo, me aferré a no perderla, soñé con tener esa sonrisa muy cerca de mis labios y poder robarle aquel perfume que marcó el camino el día de la ausencia. Me atreví a pensar que esa sonrisa era mía, que me pertenecía, así no me la hayan dado. Anhelé ir por ella, allá donde ignoraba, para encontrar en su rostro esa real sonrisa del presente como el adorno magnánimo de su belleza.

Su ropaje se mostró como un firmamento adornado de rojas estrellas que la insinuaron como la diosa que atavié de devociones, la misma diosa que me colmó de desilusiones. Ese rostro tierno y lozano con la dulzura del color mestizo y con sabor de anhelos escondidos, también emanaba esperanzas. Una hermosa rosa de color indefinido y posada junto a ella pasó inadvertida; y el verdor intenso de las hojas sirvieron de fondo a su encanto.

De nuevo repasé su mirada y su sonrisa, busqué sus horizontes para que me guiaran y me hablaran de resurrección y mundos nuevos, pero no, continué perdido. En un rápido parpadear para desahogar las lágrimas de mis anegados ojos, la fotografía retornó al blanco y negro. Mi vida volvió al mismo recorrido. Me dispuse a guardar la foto en el mismo libro, en ese que nunca terminé, la ubiqué en la última página del último capítulo.



## *Por mi amor*

Francisco R. Mejía

El humo me asfixia y yo busco a mi amor. Busco entre todos los que corren a mi alrededor, entre los cuerpos que yacen inertes sobre el suelo resbaladizo en el que doy mis pasos.

Miro el suelo y recuerdo el día de nuestra boda; los mosaicos blancos y negros que ahora observo, me hacen recordar la pista en que bailamos toda la noche con nuestros invitados, y en la que aquel ramo, que fue de mi amor, dio a parar en una señora mayor que jamás se casó y que, a pesar del ramo que entonces la escogía, quizá jamás llegaría a casarse. Nuestro tiempo es efímero, fugaz, apenas un chispazo de la eternidad y esa noche fue muestra de ello. Nos casamos en la enorme catedral de nuestro pueblo, tan solo a minutos de haber dado las doce del día, y en un abrir y cerrar de ojos, la medianoche había llegado, todos se despedían y era nuestro turno de comenzar una nueva vida como marido y mujer. Pero a veces, es cierto, el tiempo también es lento, eterno, y aquella noche también fue muestra de ello. Como cuando las notas del piano condujeron suavemente nuestro primer baile y nuestros ojos, que no deseaban separarse nunca, expresaban lo que nos había llevado a ese momento. Blanco y negro, como el suelo que ahora observo, sobre el que espero no encontrar a mi amor.

El tren arribó al andén —inundado por los cientos de gentes esperando a abordar—, junto con mi felicidad de saber que en minutos vería a mi amor, como siempre cada jueves en el que nuestros horarios de trabajo coincidían y podíamos regresar a casa juntos. El tren poco a poco frenó y yo me alisté para

recorrer el mar de gentes pocas veces visto a esa hora de la tarde, pero nadie te prepara para momentos así, y todo sucede tan rápido que, en cuestión de milésimas, tu vida cambia sin que tú así lo desees. Cinco estruendos consecutivos; cinco sacudidas, una peor que la otra. La luz se fue, mi cuerpo cayó con dolor al suelo del vagón y mi oído solo era capaz de percibir un pitillo ensordecedor. No fue sino hasta que volvieron parte de las luces, que fui capaz de levantarme y recuperar parte del sentido.

Humo, gritos, polvo, cuerpos... ¿Dónde estoy?, ¿qué ha ocurrido?, ¿a dónde voy?, ¿a qué venía? ¡Venía por mi amor!

Atravesé la puerta entreabierta del vagón y comencé mi caminar sobre este camposanto; no dudé de la existencia de varios culpables: las explosiones, el humo, los temblores, el miedo, las gentes... pero yo no iba a ver a los que ahora yacían en el suelo, sin latidos en su corazón, yo iba a ver a mi amor, a la dueña de mi corazón y la razón de mi latir.

Mi amor sabe que no soy valiente, que cuando en casa una araña aparece, la llamaré en seguida a ella pues yo no soy capaz de lidiar con aquella. Pero nadie te prepara para momentos así, para momentos en los que no piensas en tu vida, sino en la de tu amor. Y yo solo pensé en ella al comenzar mi camino por el gran pasillo de transbordo de la estación, hacia la otra línea de metro, por la que llega mi amor. Y lo siento por aquel niño que me miró casi sin latidos, tumbado en el suelo junto a la que seguramente fue en vida su madre, suplicándome con su mirada brindarle una segunda oportunidad de vivir; ¡que me perdone Dios, pues aunque valiente fui egoísta!, ¡solo pensé en mi amor! Seguí caminando y lo dejé morir, lo dejé morir por pensar en mi amor.

Tantos sueños, tantas metas, tantas experiencias que deseábamos vivir, y ahora todo se ha reducido a esto, a una

búsqueda que parece interminable, a un pasillo del que apenas acabo de recorrer la mitad, a un hilo de esperanza al que me aferro, porque me aterra imaginar una vida sin ella. Una clase de coro optativa en nuestro primer año de preparatoria ha sido suficiente para mantenernos quince años juntos, la mitad de nuestra vida y, a términos prácticos, casi toda ella. ¿Cómo comenzar una vida de viudo?, ir por las calles aguantando el pésame de los que probablemente jamás sabrán lo que padezco: vivir todos los días imaginando, ya no solo una vida con mi amor, sino haber sido yo en su lugar.

¡Mi amor!, ¿dónde estás que no te veo?, este no es uno de aquellos juegos infantiles que solíamos fantasear jugar con nuestra pronta descendencia, nuestra pequeña cría apenas engendrada en tu vientre. Dios Padre tardó en brindarnos la dicha de sabernos creadores de una nueva vida, pero tan pronto como ha venido, ahora se podría ir; se iría con su madre y con mi amor, siempre fiel e imperturbable, pues hablamos de mi sangre, quien en un futuro sería el heredero de todo lo que soy, de todo cuanto he aprendido solo y con mi amor durante nuestro fugaz paso por la vida, vida que ahora se desvanece; lo sé por los escombros que del techo comienzan a caer, por las dificultades de mi respiración, la tos que no deja en paz a mis pulmones y la sangre que cae de a poco por un costado de mi cabeza y que solo hasta ahora noto, cuando necesito detenerme, darme un respiro y recuperar el aliento que poco a poco se me agota, aunque no así la esperanza de encontrar a mi amor.

Sigo mi caminar mientras el humo se multiplica y las gentes, heridas y no heridas, van al contrario de mi dirección, pero con sus ojos en mí, como si me dijeran que no hay nada que hacer, que no encontraré lo que busco, y que, si lo encuentro,

no será del modo en el que espero. ¡Pero tengo fe en Dios Padre!, y aunque egoísta, seré valiente para con mi amor hasta el último latido de mi corazón.

No fue exactamente así la promesa que le hice el día de nuestra boda, pues mi amor sabe que no soy valiente; no obstante, le prometí mi amor, y mencioné todo eso que por mi mente había cruzado las últimas semanas previas a la boda, los últimos días previos al momento de nuestro compromiso, las últimas horas previas a nuestro primer beso, los minutos previos a nuestra primera cita, el instante en que miré sus ojos almendra por primera vez, y que aunque pliego eterno resulta, lo supe resumir a dos palabras, trilladas, pero verdaderas: «Te amo», promesa eterna de amor verdadero.

La primera vez que aquellas palabras salieron de mí, fue durante nuestro primer beso, cuando el viento hacía volar su cabello castaño y el sol llameante del verano me parecía irrelevante comparado a mi amor, que ya para entonces tenía la certeza de que no sería uno cualquiera como todos anhelan a esa edad, sino mi amor verdadero, mi amor eterno en vida y muerte, y así la reconocí entonces. Hoy no hay viento, ni sol como aquella vez, pero aún en el gris, reconozco a mi amor.

Me dejo caer al suelo —en parte por ella y en parte porque la tos comienza a vencerme— y me hago un hueco, entre cuerpos inertes, al lado de mi amor. Tomo su muñeca en busca de latidos, pero no encuentro señales, entonces pego el costado sin sangre de mi cabeza a su pecho y muy a lo lejos, encuentro débiles latidos. Mi amor sigue aquí, pero pronto se irá si no salimos de aquí.

Trato de llevarla en brazos, pero mis fuerzas son nulas, el aire se agota y estoy dejando de respirar. Caigo al suelo junto con mi amor aún en brazos, busco nuevamente un latido que

me dé un último consuelo y allí lo encuentro. Los escombros comienzan a ser más constantes, más grandes, y mi amor sabe que no soy valiente, que cuando en casa una araña aparece, la llamaré en seguida a ella pues yo no soy capaz de lidiar con aquella. Pero nadie te prepara para momentos así, para momentos en los que no piensas en tu vida, sino en la de tu amor.

Me aferro a su cuerpo, cierro los ojos y me encierro en mi mente, me encierro para solo poder pensar en mi amor, mientras la vida, sin que lo vea, poco a poco se me va. ¡Pero tengo fe en Dios Padre!, y seré valiente para con mi amor hasta el último latido de mi corazón.



## *Sin que te enteres*

Francisco R. Mejía

Lo he pensado durante algunas semanas y he llegado a la única conclusión posible que, además, me negaba a observar: ya no soy feliz. Después de cinco años de relación, esto no me ha resultado sencillo de digerir. Me he acostumbrado tanto a sus formas que la simple idea de alejarme de su lado me parece aterradora, aunque, por el bien de ambos, ahora tenga que dar un paso al costado.

No quiero que sea un momento dramático que bien pueda funcionar en las películas de amor norteamericanas, no obstante, sé que será inevitablemente triste para ambos. Por lo que los últimos días me he propuesto encontrar el modo perfecto para terminar con todo, de la manera más firme, sencilla y de algún modo linda posible.

Lo invitaré a venir a casa este mismo domingo, para que al siguiente día tenga que ocuparse de otros asuntos y no pueda dedicar todo su tiempo a pensarme. Poco después de la hora de comer, nos cautivará la luz del sol, que se encontrará a escaso tiempo de ser reemplazada por la de la luna, una iluminación con los colores del más precioso de los atardeceres, que nos dará la oportunidad de tener un último momento de intimidad.

Mis padres no se encontrarán en casa, por lo que el número de seres vivos se reducirá tan solo a nosotros dos y mi adorable perrita Aneska, a la que él ha tomado tanto cariño. Siempre ha sido atento y cortés conmigo y sus allegados, y en la intimidad

que nos ha unido, siempre se ha mostrado como lo que debería de ser un hombre a nuestros apenas veinte años de edad —o por lo menos para mí—.

Espero que con el contexto físico que tengo planeado, así como el tacto que propongo utilizar en mis palabras, sea suficiente para causar en él una feliz tristeza —si es que eso puede tener sentido—. Después de todo, hemos pasado momentos maravillosos a lo largo de todo este tiempo y no estoy arrepentida de ninguno de ellos, ni de ninguna de nuestras peleas y desacuerdos. Lo amo, y siempre lo amaré, pero ahora debo buscarme a mí misma y vivir todo lo que me he privado —por mi propia decisión— los últimos años, así como él.

Quién sabe, tal vez encontremos al verdadero amor de nuestras vidas en este proceso o dentro de un tiempo nos daremos cuenta de estaba a nuestro lado y lo hemos dejado ir... Quizá no deba de pensar en eso, no, no, ¿cómo es que dice la canción? «De noche, de día, arriba la putería». Así como él antes de que nos diéramos cuenta de que estábamos hechos para estar juntos. Sí, piensa eso, recuérdaselo también. Sí, claro que sí.

Llegado el día, primero debo de mostrarme alegre, como si nada pasara. Lo haré pasar, le daré un buen abrazo y dejaré que Aneska se ocupe de él mientras sirvo un par de vasos de agua y lo incito a sentarse a mi lado en el sofá. Primero le preguntaré por su día y pasados unos minutos, cuando haya encontrado valor suficiente, daré inicio a la conversación con una frase conocida: «Tenemos que hablar».

Le diré lo mucho que lo quiero, lo mucho que significa y ha significado su presencia en mi vida, la increíble y hermosa persona que es, pero tan pronto haya terminado tendré que hablar de mi corazón, de su interior y los huecos que he encontrado. «Ya no soy feliz». Una frase corta y concreta, incapaz de gen-



erar segundas interpretaciones. No espero ninguna reacción por su parte, supongo que se encontrará tan absorto como yo cuando me di cuenta de ello, así que proseguiré a decirle lo que necesita mi vida. Hablaré de las experiencias que ambos hemos perdido y todo lo que el mundo de la soltería nos puede dar, ya no solo refiriéndome a otras parejas, sino a momentos propios de valor incalculable. Por mi parte, ¡cuánto amaría irme un fin de semana a la playa!, sin nadie, solo yo —¿o no...?—; pasear descalza por la arena mojada, bañarme en el agua salada del océano pacífico, disfrutar de discotecas, el color del cielo al atardecer, el azulado de las calles por la noche y de un colchón para mí misma en el que pueda descansar después del largo día y durante las mañanas de resaca. Lo invitaré a hacer algo parecido, sé que tiene dinero ahorrado y quizá me atreva a sugerirle un viaje de mochilero a Inglaterra, que conozca todos los rincones de los que tanto ha leído en Internet.

Debe saber que lo amo, pero que necesito vivir por mi cuenta, que estar a su lado ya no me da toda la felicidad que necesito. Y, por último, claro, le imploraré, por nuestros años juntos, que no guarde rencor hacia mí, que entienda mi decisión y la respete por nuestro amor genuino y todos los momentos tomados de la mano. Que la culpa no es suya, sino mía y solo mía, que no ha hecho nada mal y que yo soy la total culpable de mi sentir actual, así como de su futuro sentir. Quiero procurar que no pierda la confianza en sí mismo y lo que le entrega a los demás. ¡Yo soy la que no es feliz!, él no tiene la culpa de nada. Solamente el tiempo pasa y uno cambia, aunque jamás cambie la fuerza de mi amor por él. «No eres tú, soy yo», me parecía que ya existía una frase para esto. Espero recalcarlo lo suficiente.

Por supuesto y como ya he repasado una y otra vez, siempre

manteniendo tacto y dulzura en mi voz, no deseo que este último momento manche todo lo vivido. Que note la veracidad de mis palabras y no tenga duda de todo lo que diga. Jamás le he mentado, ¿por qué esta sería la primera vez? También es cierto que podría haber escrito una carta, plasmar las palabras de mi alma en un objeto físico que las guarde para la eternidad —si es que así él lo deseara—, sin embargo, ello me privaría del placer de mirar sus ojos por última vez, de tocarlo y sentir el calor de sus abrazos que tanto tiempo me han protegido de la fría crueldad del universo tangible e intangible. No lo había pensado antes, pero ahora que imagino la escena por completo, la posibilidad de que las lágrimas corran por sus mejillas es latente y casi inevitable, y quién mejor que yo para secar con mi pulgar aquellas posibles gotas, quién mejor que yo para tomar su mano y sonreírle para decirle que todo estará bien, que ni él ni yo nos vamos a morir, que la vida y el amor son así: efímeros, dolorosos, crueles, pero hermosos, bellos y únicos. Ojalá fuesen conceptos eternos... o bueno, quizá lo son y nadie será capaz de comprobarlo.

Terminado todo lo que tenga que decir, dejaré que se haga un silencio en la habitación para que su mente pueda trabajar mejor con el silencio y consiga procesar, al menos parte, de todo lo que acaba de suceder. Dejaré que tome la palabra, pero impediré cualquier intento suyo por convencerme de que podemos seguir juntos. «Apelar mi decisión solo provocará que lo inevitable tarde más en llegar. No prolongues esto y deja que termine. Fuimos todo juntos, y ahora cada uno debe buscar un todo propio». Me llevó demasiado tiempo encontrar la frase, pero creo que es perfecta.

Será una conversación pacífica que termine de ese mismo modo. Imagino un último abrazo que dure lo que podría pare-

cernos una eternidad, un último repaso a nuestros ojos y tal vez, y solo tal vez, un último tierno beso que termine con nuestra historia.

Lo llevaré hasta la puerta junto con Aneska, dejaré que se despida de él y la mandaré de regreso a su cama, lo veré atravesar el umbral de la puerta y dirigirse hasta su automóvil. Se irá poco a poco calle arriba, mientras por mi mente pasa la idea de volver corriendo a él y pedirle que no se vaya, pero ya se habrá ido para entonces, y sin él, en ese preciso instante, tendré que aprender a vivir desde el principio, aunque él no lo sabrá, no debe saberlo, por su bien y por el mío. No, no, no...



## *En ese momento quise recordar*

Roberto Taverna Christensen

En ese momento quise recordar... Volver en el tiempo, recorrer mi memoria. Me costaba y debía hacer esfuerzos. Era como si las cuatro dimensiones se hubieran reducido a las tres espaciales, tres dimensiones acuosas en las que estábamos unidos.

Aproveché que dormitabas y me recosté sobre una roca. Traté no tocar a ninguno de los extraños seres que teníamos como compañeros. Al principio me asustaban, pero luego me fui acostumbrando a los helados vecinos, y ahora ya me resultaban familiares.

Mi movimiento casi te despierta, pero acomodando sobre mi hombro tu cabeza hermosa, de una cabellera increíblemente rubia, logré prolongar tu sueño. No quería que despertaras... quería pensar, volver a mis tiempos de vida en sociedad: la oficina, Alicia, el golf, los niños que habrían ya dejado de llorar a su padre. Quería recordar cómo había llegado nuestro amor a surgir así, destruyendo todo lo anterior.

Al revolver ese lugar del cerebro en donde se aloja toda nuestra vida anterior y chocando con acontecimientos ya sin importancia, me encontré nadando en búsqueda de las bellezas y misterios de las honduras marinas.

Fue hace días, meses... quién sabe... con mi equipo submarino recorría vida, veía peces, colores, movimientos vitales pero hermosos. Solía sumergirme con frecuencia; calmaba mis nervios, olvidaba firmas rutinarias, gestos preconcebidos.

Sin embargo, aquella tarde nadaba inquieto... no sabía por

qué. Era como si algo no encajara, como si ese maravilloso mundo visual hubiera cambiado de tonalidad. Fue cuando te vi... cuando nos vimos.

Dije antes que había tenido la sensación de algo que desarmonizaba, sin embargo, no era así. No había nada más armonioso que tu cuerpo moviéndose entre corales y pequeños peces. Tú pertenecías a ese mundo, tenías su ritmo.

Me miraste así... como lo haces ahora, ya despierta. «Duerme, necesito contemplarte y pensar... ¿o es que estamos tan unidos que mis pensamientos y mis recuerdos te lo impiden? Reposa tu cuerpo sobre el mío y duerme». Tu cuerpo... esos miles detalles que yo conocía tan bien

Decía que aquel día te vi y no hubo sorpresa. No conocía tu origen: descendiente de la legendaria Atlántida o producto de un rayo solar atravesando las aguas... Tal vez el astro estuvo alguna vez enamorado del mar. Sabía, sin embargo, que ese era tu sitio, moviéndote con la misma naturalidad con que los delfines dan su salto, una y otra vez.

Todavía recuerdo cuando giraste en torno mío, observándome con curiosidad. El equipo de oxígeno te resultaba extraño, mientras mis formas te atraían, con esa atracción ejercida entre seres de la misma constitución, pero de polos opuestos.

Sin darme tiempo a reaccionar, te acercaste y sacándome el tubo que me entregaba el vital elemento, pusiste tu boca sobre la mía. Así quedó sellada mi suerte, pues el placer de ese juntar de labios, de ese beso embebido en sal, me hizo perder toda referencia, toda idea de tiempo... ¿cómo había llegado allí?... ¿cómo vivía en un mundo que no era el mío?

Fue cuando vi, pendiendo de entre tus hermosos senos, un pequeño pero fuerte cordón que se unía a mi pecho, permitiéndole a mi corazón latir, a mis manos moverse, para pod-

er buscarte, para poder amarte.

A partir de entonces solo existes tú. Tu vida es mi vida, recorriendo profundidades heladas, peces y algas multiformes, colores cambiantes, movimientos.

Fue hace días, meses... quién sabe... En la tierra, al no encontrarme, habrán dado ya por seguro mi pasaje a mejor vida.





## *La gaviota*

Roberto Taverna Christensen

La miró afectuosamente... ¿Sería la misma? La inspeccionó sin tocarla... no quería interferir esa placidez tan contagiosa. Tenía una mancha que le recordaba la de esa otra gaviota recién nacida que los había acompañado, junto a Ana, su mujer, en esa misma playa, en esas mismas finas y templadas arenas que entibiaban, en ese momento, sus pies descalzos.

Esa playa los había cobijado en aquella semana de amor hace ya casi diez años. Se habían sentido (ahora lo recordaba) los padres de esa pequeña gaviota abandonada, como si hubiera sido el producto de ese amor consumado con pasión.

Los recuerdos brotaban de su memoria ahora que había vuelto a esa playa para rememorar, quizá con nostalgia, quizá con tristeza, aquellos felices momentos junto a Ana. Ahora que ella no estaba, que le había sido arrebatada por esa terrible enfermedad, un mal que había logrado romper los lazos que los habían unido durante tanto tiempo... llevándosela lejos... muy lejos.

Solo quedaban los recuerdos. Los dulces... y luego... los amargos, aciagos momentos que no habían empañado los primeros, tiernos pero fuertes, pues la intensidad de estos había logrado que quedaran grabados, indelebles... firmes, en el recoveco que en nuestra memoria está reservado a los sentimientos y a las acciones que los involucran.

En esos días de las grandes panzadas desnudos en la playa desierta, de las nadadas frenéticas, de las caricias eternas, del

sentir de las pieles, con y sin agua, con y sin espuma. Sí... en esos días de soledades compartidas... quizás egoístas pues el entorno alrededor de ellos era borroso, distante... en esos días... le habían dado de comer, la habían protegido, la habían ayudado a su voluntad de volar, de ser libre. Ellos sabían e intuían que la gaviota también sabía que el verdadero amor se lograba solo en libertad. Entonces, empujados por su propio amor, la habían ayudado a obtenerla. A su vez, aquel ser pequeño pero luminoso les había correspondido buscando ser libre, volando hacia el infinito. El amor sin libertad no es tal sino sumisión, así como la libertad sin amor es inútil, vacía... indiferente.

Recordaba, ahora con nostalgia aquellos hermosos momentos y, entrecerrando sus ojos, volvió a ver, mezclando cielo y memoria, a la gaviota agitando sus alas con esfuerzo y devoción, para luego subir, alegre y vital, hacia la libertad.

El tierno ser había girado, dirigiéndose hacia ellos, revoloteando en señal de saludo y agradecimiento para luego alejarse hacia la ilusión y el futuro, consolidando así ese amor recibido... ese amor aprendido.

Miró a su actual compañera con detenimiento... Si su memoria no le era esquiva, la mancha cerca del cuello era similar, su forma era parecida... de mayor tamaño y ya envejecida, pero similar, casi diría... la misma. Este último reconocimiento lo conmocionó. La sintió muy cerca, por tiempo y lugar... por destino.

Sus ojos se nublaron. La gaviota se acurrucó a su lado, haciéndole compañía. La acarició... le dio un débil impulso para hacerla volar, pero no obtuvo respuesta. Quizás era muy vieja... quizás... al no existir el amor con el que había crecido, su existencia había perdido sentido. Difícil razonar sobre el tema cuando su estado emocional... su situación existencial era sim-

ilar a la de esa princesa del mar.

Se recostó sobre la arena. Se sentía cansado, pero en compañía... triste, pero con la tristeza compartida... vencido, pero apoyado... compungido, pero calmado. Sentía que la libertad para vivir incluía la libertad para morir.

Al alba, los encontraron juntos. Muy juntos. La pequeña gaviota, acurrucada entre el brazo y el cuerpo del hombre. Reposaban sobre la fina arena, en posición relajada como para descansar por una eternidad.

Alguien sugirió no tocarlos, dejando las tareas de sepulture-ro en manos de ese mar que los miraba dulcemente. De haberlos revisado un médico forense, hubiera dicho que habían muerto aproximadamente a la misma hora.



## *Neptuno*

Roberto Taverna Christensen

Le resultaba difícil centrar su atención como lo hacía habitualmente en ese mar que tanto quería. La conversación con sus padres había sido difícil... serena pero difícil. Habían aceptado su decisión sin pedir explicaciones, sin pretender entrar en detalles, pero con las debidas reservas pintadas en sus rostros... en la expresión de sus miradas.

Apoyó su cabeza sobre la almohada y se dispuso a escuchar a ese mar que, durante las noches, le hablaba. Esas noches en las que gozaba del sonido de fondo producido por las olas al invadir, mágicamente, las playas cercanas a su casa.

Al sentir el rumor casi musical que llegaba del mar, sentía como si este le enviara, a través del aire y mezcladas con las ondas sonoras, una fuerza que penetraba en ella dándole nuevos bríos, nuevas vitalidades. Siempre había pensado que así como el sol nos enviaba, junto con su luz cotidiana, otras formas de energía aprovechadas por el hombre en útiles transformaciones... así también, el mar, junto con la sonora, nos regalaba otras energías que, al invadirnos, nos vivificaba... nos fortalecía, sin nosotros ni siquiera notarlo.

Se dejó llevar por ese sonido... y ese algo más que la inundaba. Pero sus emociones fueron interrumpidas por esa preocupación... por ese hecho que no había podido clarificar.

No había podido contestar esa pregunta muda enviada por los ojos de sus padres. Es que en esos últimos meses no había salido con nadie... a menos que su memoria o su inconsciente

le estuvieran jugando una mala pasada. Por eso no podía contestar ni contestarse... ¿Quién era el progenitor? ¿Quién sería el padre?

El mar, en esos días, emitía un sonido exultante. Vibraba con una emoción inusual. Las olas retozaban más alegres que nunca... Y es que había sido engendrado un nuevo hijo de Neptuno.

## ***Sara, Sarita. Sarita, Sara***

Jorge Miguel Lombos García

Mi hermana pequeña nunca se creyó que me gustase estar solo y me convenció de que adoptase una compañera, pero antes debían operarla de un prolapso vaginal. Pronto tendría con quien pasear como un *flaneur* por la ciudad de Pietra Serena, en silencio.

Acepté un puesto de trabajo en la ciudad italiana que juré no volver a cubrir por muy necesitado que estuviera, y eso no era lo peor, también debía ayudar en el bar los fines de semana.

Pasó otro año sin pena ni gloria en la ciudad patrimonio de la humanidad y, para mi tercer viaje de vuelta a Florencia, luego de pasar las vacaciones en casa de mis padres, decidí comprar un coche con la excusa de poder llevarme a Sarita y no volver a subirme a un avión. En ese primer viaje la perdí en el aparcamiento de una gasolinera donde me detuve para orinar, lavarme las manos y comer un bocadillo, por ese orden.

Dejar solo a un PPP en el asiento trasero de un coche sin conocernos demasiado, me pareció arriesgado y tuve la brillante idea de ponerle la correa y atarla al parachoques del coche. Volví al aparcamiento, pero Sarita no estaba, la encontré enseguida vagando desorientada entre los otros vehículos aparcados. Llevaba en la mano uno de los extremos de la correa y ella llevaba el otro prendido del collar, como una prueba de que estábamos juntos. Hice un nudo con las dos partes que nunca se desató a pesar de que conservé esa correa durante años y nunca más se la puse, porque después de aquel susto, no

se separaba de mi lado al pasear, sin necesidad de engancharla a mi mano.

Sarita convenció con su encanto a mi jefe para que permitiera que me acompañase al trabajo y pasara el turno de noche conmigo. Rápidamente se ganó el corazón de todos mis compañeros, de mi jefe, de la madre de mi jefe, de las amigas de la madre de mi jefe que venían a desayunar al bar del hostel, de las hijas de las amigas de la madre de mi jefe, que venían a emborracharse en las fiestas del hostel los fines de semana por la noche y, sobre todo, de los huéspedes.

El recién inaugurado hostel se convirtió en poco tiempo, y para mi desgracia, en uno de los locales de moda y de referencia en las noches fiorentinas. Sarita era la más famosa; hasta la habían retratado en un enorme cuadro que había en la entrada del bar.

Los días libres nunca nos quedábamos en casa, pero a pesar de que teníamos coche, no lo utilizábamos sino era para ir a la playa o para visitar a Sara que vivía fuera de la ciudad, en el Sexto Fiorentino, que llevaba ese nombre porque allí se había instalado la sexta legión romana.

No me fiaba mucho del pequeño bastardo italiano que había comprado para nuestros primeros viajes, después de habernos dejado tirados en Barcelona la primera vez que viajamos juntos de regreso a Firenze.

Cuando íbamos a visitar a nuestra amiga Sara, Sarita me acompañaba, pero después de que le diagnosticaran cáncer, tuve que dejarla en el coche durante las visitas. Por suerte para ella, por aquel entonces ya había cambiado nuestra caja de cerrillas italiana por un vehículo familiar coreano en el que había instalado una estructura de madera que nos servía de cama en nuestros viajes.



Me encantaba viajar con Sarita en aquel coche, recorrer 1500 kilómetros por carreteras secundarias en cuatro días visitando playas y panaderías artesanales en tres países diferentes. Me gustaba dormir con ella a pesar de los ronquidos. El suyo era un amor incondicional, fidelidad ciega o tal vez solo instinto; el caso es que me hizo la vida mucho más fácil mientras estuve en la ciudad.

Aunque era un imán para las chicas, sobre todo para las turistas americanas, nunca me comí un rosco. Había la falsa leyenda de que yo era gay; tal vez porque también trabajaba en la escuela de arte donde enseñaban Sara y mi mejor amigo, y yo llegaba solo con Sarita. El encanto de mi compañera surgió efecto también en la escuela. Mientras ella se empachaba de caricias y mimos de las alumnas, yo pasaba frío en la sala de dibujo con decenas de ojos intentando resaltar mis defectos más originales. A mí solo me dirigían la palabra para preguntarme cómo se llamaba el *cheesecake puppy*.

Los domingos por la tarde, mi amigo y yo solíamos ir a la iglesia del orfanato de *gli santi innocenti*, en la Piazza della Santissima annunziata, a meditar durante treinta minutos antes de la misa. Un día, al finalizar el culto, le pedí permiso al padre Alfredo para llevar a Sarita con nosotros y no dejarla sola en casa, y, ¡oh sorpresa!, aceptó encantado.

El primer día de meditación, la pobre Sarita se quedó dormida mientras estábamos en silencio. A los pocos minutos de comenzar, los ronquidos resonaban en toda la iglesia. Por vergüenza a que la gente pensara que era yo, la desperté y nos marchamos a casa. Al domingo siguiente, don Alfredo me preguntó dónde estaba mi simpática acompañante.

Nuestro *quasi* herético sacerdote no era el único embelesado por los encantos de mi compañera; poco a poco, Sari-

ta fue conquistando también a todos los que nos cruzábamos repetidas veces en nuestros paseos por la capital de la Toscana. Una de las paradas habituales era con Roberto, un italiano que tiene una tienda de recuerdos para turistas en la Piazza di Santa Croce. Al ver pasar a Sarita, Roberto salía de la tienda, no importaba si había gente o no, él corría tras mi compañera gritando su nombre y Sarita se volvía a su encuentro, como dos enamorados. «*Ciao... ciao Sarina, stammi bene e fa' la brava*». A mí me levantaba una mano para saludar. La única parada que yo solía buscar era en la Piazza della Repubblica. En uno de los restaurantes que desparraman sus mesas sobre la plaza, trabajaba como relaciones públicas una mujer brasileña de unos cincuenta años, muy elegante y exuberante que también adoraba a Sarita. Luziana nunca me preguntó mi nombre, pero me daba dos besos al saludarme. Siempre decía que quería llevarse a Sarita a su casa para dormir con ella en la cama; yo no entendía si estaba queriendo insinuar algo, sino hablaba bien italiano o si yo era un degenerado, pero dejaba volar mi imaginación.

A nuestra amiga Sara siempre le gustaron estas historias de nuestras aventuras por la ciudad y en coche. La que más le gustaba era la de nuestro segundo viaje de vuelta a casa:

Nuestra ruta era siempre la misma, conducir por la mítica carretera SS1 hasta la frontera con Francia, pero la primera vez que la hicimos, el GPS descatalogado que compré por Internet nos sacó de las calles de Génova y aparecimos, a las doce de la noche, en lo alto de un monte. Decidí bajar a Sarita por si sentía la necesidad de olisquear algún árbol y desapareció en la oscuridad de lo que parecía un bosque. La llamé, silbé, la esperé hasta que mi barriga comenzó a sentirse molesta con el frío de la noche. Localicé un paquete de pañuelos de papel

en el caos del interior del vehículo y salí corriendo dejando el motor y las luces del coche encendidas. Allí estaba ella, quieta, sentada, mirándome; no sabía si acababa de regresar de su expedición por el corazón de las tinieblas, o si había permanecido allí todo el rato, pero me dio igual, en ese momento estaba concentrado en otras cosas. Al querer entrar en el bosque, uno de mis pies quedó flotando en el aire y la gravedad lo llamó a su encuentro. Llevaba el pantalón desabrochado cuando perdí el equilibrio y me precipité por lo que creí, durante unos eternos segundos, se trataba de un barranco. Al descubrir que no me había despeñado y que el agujero debía ser una zanja o una cuneta bien profunda, reflexioné y concluí que sí me había hecho daño. Al finalizar la meditación en la posición que bien podría llamarse de la rana, busqué sin fortuna el paquete de pañuelos de papel. Desistí enseguida y tuve que hacer un pequeño esfuerzo para salir de la zanja a oscuras, magullado y preocupado de no manchar mis zapatos más de lo que ya estaba mi ropa interior. Sarita me estaba esperando sentada dentro del coche.

Al finalizar el relato, Sara siempre decía lo mismo entre carcajadas y con lágrimas en los ojos: «*Il cagone... con i lupi...*». Aquella tarde en su apartamento no pude terminar mi historia porque se ahogaba con las risas, tal vez ya había comenzado la metástasis que la llevaría a la mañana siguiente a urgencias, para ya no salir nunca del hospital. Sarita murió a los pocos meses de un tumor en la cabeza.



# **QUERIDOS TODOS**

Jorge Miguel Lombos García

*Salón de la casa familiar  
17 de junio de 2013*

*Querida familia:*

*Os he reunido a todos en la lectura de mi testamento para entregaros esta carta que primero os leerá mi albacea, que ha venido para la ocasión desde muy lejos.*

*Imagino que no lo conoceréis, aunque en una ciudad tan pequeña como la nuestra y habiendo sido alcalde en la misma, por otro lado, hace ya tanto tiempo, no me extrañaría que no fuera así; en cualquier caso, que se presente para quienes no lo habéis visto nunca. Por cierto, fue uno de los responsables de que en esta ciudad haya una calle con mi nombre. Gracias Guillaume. Preséntate o ¡manifiéstate! Como decimos ahora por aquí. Había pensado enviaros un correo electrónico o incluso un largo pdf en WhatsApp de esos que están tan de moda, para que todos tuvierais una copia original, pero ya conocéis mis manías y como decía mi amigo Saramago: «nunca una lágrima emborronará un email». No es que vaya a ponerme a llorar mientras os escribo esto, esa fase ya la pasé, aunque no prometo nada; igual al final salpico la epistola con algunas gotas del exquisito brandy que ahora corre por mis venas.*

*A pesar de que he elegido este modo de comunicación epistolar, no espero respuesta, se podría decir que esto es un monólogo interior más que una carta, porque no podréis replicarme. Y si recurrís a una médium, no pienso contestar. Sabéis que me ponen de muy mal humor esas tonterías... prefiero que me dediquéis una misa, y si es cantada mejor.*

*He de confesaros que sabía de mi enfermedad casi desde el principio, cuando comencé a sentir los primeros síntomas hace ya unos tres años. Es la ventaja de ser científico.*

*En las primeras citologías que me realicé, descubrí con pavor, incredulidad y desconfianza el mal que me aquejaba y que, según mis cálculos, situé su origen en el verano que nos fuimos de vacaciones al Pombal.*

*Aprovecho la ocasión y la deferencia de mi albacea, ya sabéis que nunca se me ha dado bien expresar mis sentimientos en público, para pedir os disculpas por mi actitud durante estos tres últimos años, pero en especial por el primero, el peor de mi vida, en el que todavía me encontraba en la fase de negación. Es muy difícil asumir la muerte cuando se revela tan cercana y diáfana su oscuridad.*

*Intentaré justificarme:*

*Aunque sabéis de sobra que nunca me ha importado lo que la gente piensa de mí, tal vez por eso tengo tan pocos amigos y fui tan mal político, vosotros, mi familia, sois los únicos que sí me preocupan. No me gustaría*

*que guardaseis una mala impresión sobre mi persona.*

*Mi aislamiento y mi negación constante de visitar a un médico se debía a dos razones: la primera es que, a pesar de ser hombre de ciencia, todos conocéis mi opinión sobre los médicos; los nuevos sacerdotes, moralistas y mesías que velan por nuestro bienestar limitando nuestra libertad y prohibiendo el uso de todo tipo de sustancias nocivas, según su criterio absurdo de lo políticamente correcto. Digo esto a pesar de mi amistad contigo, Daniel. Discúlpame, pero nunca te consideraré un doctor y agradezco que nunca me hayas dado consejos de salud; por el contrario, aprecio que me hayas acompañado en el fumadero de mi despacho durante tantos años con esos insuperables cigarrros que me regalabas.*

*La segunda razón es por la falta de necesidad y el mal gusto de hacerlo público, y dar pie a que vinieran a despedirme, a darme el pésame en vida o incluso peor: que alguno de esos psicólogos o psiquiatras que tanto os gustan, Margarita no te sonrojes, que no hacen más que destruir tu autoestima repitiéndote que debes conocerte a tí mismo, intentando que olvides tu timidez, tus fobias y tus filias para que ya no seas tú y entonces nunca llegues a conocerte en realidad, en lugar de aconsejar que vivas sin preocuparte por lo que crees que eres y nunca serás, me ingresara en un hospital, la casa de los horrores, dejándome marchitar allí a mis casi cien años de edad y haciendo florecer en mí, de nuevo, la*

*hipocondría juvenil.*

*Esos positivistas adoradores de Compte con la ley sagrada e hipócrita de la postmodernidad y la postverdad en sus manos... tan sólo hace falta ver lo que pasó con aquellas mentes privilegiadas, hijos del mayo del 68 francés, que no decían más que tonterías incongruentes: como Althusser, que tuvo la truculenta idea de estrangular a su esposa antes de morir; o Foucault, el primer muerto de sida que nunca fue doctor porque la bibliografía de su tesis doctoral daba risa y, en cuyo sótano encontraron una colección de aparatos de tortura con restos de sangre reciente; o Gilles Deleuze, que tenía serios problemas, como los dos anteriores, para leer algo que no hubiera escrito él, no pasó de la página cinco del prólogo de la Crítica de la Razón Pura y acabó sus días saltando por una ventana. Todos estos desequilibrados mentales y sociales son todavía idolatrados en las universidades de EE.UU... pero no voy a seguir por este camino porque me lleva el demonio, me hierva la sangre y comienzo a toser.*

*Estoy seguro de que alguno de vosotros podíais imaginaros lo que me estaba pasando, pero seguro os sorprendisteis cuando ocurrió. No os preocupéis, sobre todo tú, mamá, abuela, bisabuela y, más que nada esposa, que supiste soportar toda mi frustración de estos últimos años de manera estoica, como siempre has hecho. A ti es a quien más tengo que agradecer, y creo que ya se me cayó una gota de brandy en el papel, qué desperdicio.*



*Como digo, no quiero que os preocupéis, supe aplacar el dolor y la agonía. No solo con los magníficos brandys que me regalabais por Navidad, como el que estoy saboreando ahora para ayudar a ahogar mi tos, sino también con la silenciosa y fiel compañía de mi única confidente, que supo guardar este gran secreto. Por eso os pido que no la odiéis, que no estéis celosos de ella, todo lo contrario, ofrecerle vuestro agradecimiento. Necesitaba a alguien para no derrumbarme y por eso os pido, por favor, que la conservéis en la familia. Sé que no es del agrado de muchos de vosotros, por sus malas pulgas, pero forma parte de mí. Por favor, cuidarla, todos.*

*Sé que os apoyaréis unos a otros y que atenderéis a vuestra madre, abuela, tía como se merece e incluso mejor de lo que pueda imaginar, y os lo agradezco eternamente.*

*Quiero que entendáis que hice todo esto para no prolongar el dolor que estáis sintiendo ahora durante tres años, y evitar así también los enfrentamientos sobre si ingresarme o visitar a un psiquiatra, como sé que ya se propuso en alguna reunión familiar de la que me ausenté para ir al baño o al dormitorio.*

*Por otro lado, no os hagáis muchas ilusiones con el testamento. Es sabido por todos que no me gusta acumular otra cosa que no sean libros, para bien o para mal. Además, Dios nos bendijo con una familia numerosa, con lo que os quedaría muy poco a cada uno. Mamá sabrá gestionar, como siempre ha hecho, a la familia y sus necesidades. Estaréis de acuerdo*

*conmigo en que todo se lo quede ella, incluido a Sarita. Es mi última maldad, mamá.*

*Espero veros lo más tarde posible por aquí, no tengáis prisa, disfrutad los unos de los otros y ayudaros como mamá y yo hemos hecho todos estos años. Me voy, Sarita quiere salir a hacer pis, mamá me espera para cenar y aún tengo que pasar por el baño para inyectarme la morfina y esconderla en la cisterna del wáter. Os quiero a todos.*

*P.D: Que alguien vaya a nuestro baño y recoja la morfina de la cisterna, no sé cuánto tiempo lleva allí y puede ser peligroso para alguno de los niños que se le ocurra esconderse en el baño de los bisabuelos.*

*Tesis, antítesis y síntesis*  
*de Giorgia Caffi*  
Jorge Miguel Lombos García

Quién me iba a decir que acabaría convirtiéndome en lo que soy. Que la hija problemática de un embajador llegaría algún día a esto.

No reniego de nada de lo que hice y pocas veces me he disculpado, no es que no haya cometido errores, simplemente lo considero un acto inútil y falso en la mayoría de los casos, destinado a limpiar la conciencia del culpable. Siempre preferí pedir permiso a pedir perdón.

Comencé siendo una violenta comunista en mi juventud mientras mi padre servía a su país en Italia. Allí viví mis años más extremistas en el movimiento estudiantil y contra revolucionario, leyendo y discutiendo sobre las cartas de Gramsci y *El Manifiesto del Partido Comunista* de Marx. Así comencé a interesarme por los asuntos políticos y la desigualdad, primero entre clases sociales y luego entre países.

Me sorprendió gratamente, por aquel entonces, la teología de la liberación, incluso pensé en dedicar mi tesis doctoral de filosofía a ese tema, pero nunca la terminé. Adquirí algunos conocimientos de teología mientras la preparaba. Para esto leí los libros del peruano Gustavo Gutierrez, de Juan Carlos Scannone o de Philip Berryman. Pero la lectura que me introdujo en el pensamiento verdaderamente cristiano, por lo menos para mí, fue el libro de *La Ricerca della Parola Perduta* del padre Giovanni Vannuci. Un texto recomendado por al-

guien muy especial en mi vida y que me aconsejó leerlo como beben las gallinas, levantando la cabeza para asimilar lo leído después de cada párrafo.

Antes de establecerme en Brasil, viajé por la India, como no podía ser menos en esos años en los que me oculté como *hippie* tras una filosofía ñoña y pueril de sexo libre y poco más. Pasé de las playas de Goa, de fumar marihuana a todas horas y tener sexo con cualquiera, a Santivanam Ashram, donde conocí al padre Griffiths. Con él aprendí a meditar de verdad y me hizo descubrir las andanzas de otro sacerdote, el padre Henri Le Saux. Uno con sus palabras y el otro con sus textos me hicieron comprender la diferencia entre generosidad, altruismo y solidaridad.

Pasé del infantilismo del *flower power*, *peace and love* y otras consignas vacías con una carga de marketing y publicidad importante, a lo más profundo de mi persona. No es que me hubiese conocido a mí misma en algún oráculo de Delfos, sino todo lo contrario, me desconocí. No me importó ser como soy, no sentí la necesidad de mejorar, no como me decían que tenía que hacerlo. Fue mi última escala.

Descubrí la realidad de la vida en una comunidad donde nadie quería ser más que nadie, todos aceptaban el papel que les había tocado vivir y no ansiaban grandes metas, solo disfrutar de los suyos y llevar una vida satisfactoria.

Allí conocí a un joven sacerdote nada revolucionario que atendía las necesidades de una pequeña población rural situada casi en la selva. Este hombre hablaba en sus sermones de cosas terrenales que acontecían en la comunidad y la iglesia siempre estaba desbordada de gente.

Entre nosotros discutíamos mucho, bien de feminismo, del florecimiento de las ONG's, de los teólogos del tercer mundo,

de la desigualdad, de la teología de los pobres, de la sociedad machista, de lo divino y lo mundano. Sorprendentemente defendía a Ratzinger, consideraba que sus objeciones a la teología de la liberación permitirían que esta madurara. Compartía la preocupación de Karol Wojtyła por el surgimiento de esta teología al haber vivido el odio del comunismo en Polonia. Criticaba la idea de la iglesia pobre para los pobres como una utopía comunista inalcanzable, que no se correspondía con la realidad. De hecho, cuando le preguntaban a qué se dedicaba, porque a veces vestía un mono azul de trabajo para no manchar su sotana, respondía: «Soy un burócrata de escritorio en la empresa multinacional más antigua del mundo». Pero el verdadero problema de este hombre era que se veía desbordado por las necesidades de los habitantes del pequeño asentamiento donde lo acogieron.

A pesar de nuestras diferencias, me ofrecí a ayudarlo en la construcción de un pequeño hospital a cambio de cobijo y comida. Terminé siendo su enfermera cuando se contagió de dengue por segunda vez. Así conocí el amor, pero no quise atarme para poder hacer lo que consideraba importante en mi vida. Esta decisión nos unió todavía más. Ya no pude marcharme de allí, ni dejarlo a él ni a los habitantes del poblado.

El amor de mi vida falleció dos meses después de la inauguración del hospital que ahora lleva su nombre. Lo enterramos en el pequeño cementerio, detrás de la iglesia, donde celebramos las fiestas del pueblo cumpliendo así su última voluntad.

Todavía vivo aquí, en la misma casa que compartimos, pegada a su iglesia, donde seguimos reuniéndonos y celebrando fiestas. No quiero dejar este mundo rodeado de vegetación y gente maravillosa, conservo la esperanza de que nada cambie en lo que me queda de vida.



## *La hechicera del amor*

Sandra Vidal Binasco

La ciudad de los reyes, Lima, guarda en los rincones de sus calles innumerables historias; lo que la hace un escenario donde los actores de antaño se mezclan con los actuales. Pregoneros del siglo pasado con vendedores ambulantes del presente, personajes que dan vida a las anécdotas y narrativas de la capital peruana. Dentro de este repertorio de leyendas y tradiciones, no podía faltar alguna que tocara el misterio del amor, sobre todo cuando existe un hombre que a pesar de estar viudo sigue fiel. Fue así que conocí a Don Aurelio, chofer de bus jubilado, con más de nueve décadas a cuestas pero con un querer hacia su Isabel que lo convierte, tal vez, en el último hombre leal que pise estas tierras. Su amor va más allá del juicio humano. Besa el retrato de Isabel antes de ir a dormir y al amanecer le habla como si estuviera junto a él, habiendo partido hace más de cinco años. Los vecinos de la quinta donde vive susurran que su amor no es natural, que doña Isabel lo trabajó como lo hacían las hechiceras de Moche. Heredera de un saber ancestral, doña Isabel era nieta de don Cristóbal de Barrientos y una curandera hija de las últimas sacerdotisas mochica. Las dotes de su linaje materno la llevaron a ser muy requerida por las damas de la sociedad norteña, cuando querían atrapar al hombre que les quitaba el sueño o retener a un muy coqueto esposo. No había amarre imposible para ella. Unía hasta al zorro con la gallina si se lo pidieran. Sus brebajes preparados con hierbas de las lomas costeras y sus cánticos hacia los ancestros, recita-

dos en las huacas, terminaban siendo matrimonios duraderos. Sin embargo, algunos caballeros trujillanos no veían con buenos ojos estar atados a una sola mujer, cuando podían tener a miles por doquier, decidiendo (a cualquier costo) poner fin a los quehaceres mágicos de doña Isabel, quien temiendo por su vida o la de sus familiares, huyó de dicha persecución.

Doña Isabel llegó un día de otoño a la estación de buses del centro de la capital. Desde una esquina, vio salir de la terminal a quien se convertiría en su obsesión: don Aurelio. Su corazón se aceleró y el deseo por ser de él se apoderó de ella desde que su mirada cruzó con los ojos cafés de quien luego sería su esposo. Sin embargo, por más que intentó de todo para cautivarlo, don Aurelio no era presa fácil. Dicen que alcanzada por la desesperación, un día tomó su capa y recorrió todas las hierbas de la ciudad para recolectar material. Elaboraría una poción que hiciera caer a don Aurelio rendido a sus pies. Viajó hasta la Avenida Universitaria, donde se encuentra la Huaca Culebras y en una noche de luna llena solicitó a la mama Quilla que le diera el amor que tanto quería. Algunos feligreses mencionan que la luna se hizo mujer y le prometió darle el amor del hombre que deseaba si preparaba un hechizo también para ella, pues llevaba toda una vida enamorada del sol y hacía tiempo que no podía estar con él. Doña Isabel, conocida por los amarres de amor imposible, aceptó el reto con tal de tener a don Aurelio. Así, tras meses de intento, logró crear un hechizo tan fuerte que provocó que en pleno día, la luna apareciera frente al sol para hacer el amor con él, produciendo que el día se vuelva oscuro cual noche por unos instantes. Luego de aquel fenómeno natural, don Aurelio juró amor eterno a doña Isabel frente al altar de la iglesia mayor. Desde ese entonces, se le conoció a doña Isabel como la hechicera del amor, volviendo, para



el bien de las solteronas de la ciudad, a sus ya acostumbradas actividades. En agradecimiento a la luna que la ayudó a ser feliz, compartió con algunos aprendices y clientas abrumadas su mágico ritual para que ellas también pudieran invocar a la mama Quilla y esta pueda darles el hombre que tanto desean a cambio de que ella pueda pasar unos instantes con el sol. Por eso, cuando hay algún eclipse solar, las limeñas sabemos que la luna y el sol se están amando, gracias a los hechizos de doña Isabel y que en algún lugar una mujer será amada por un hombre fiel.



***Valeria***  
***(Penumbbras de un deseo)***  
Matías Olivera

—No quiero que el día termine —le dijo Brenda mientras se recostaba. Valeria solo se limitó a escucharla, la tomó de la mano y siguieron mirando el reflejo del sol en el agua.

La tarde yacía con sus colores de verano, de a poco la vorágine del día llegaba a su fin.

—No quiero que termine —decía en voz baja, acariciándole el pelo. El olor a frescura que desprendía Valeria era distinto, jamás se lo había sentido a otra persona, la obligaba a apoderarse de ella, la piel suave y blanca que contrastaba con el atardecer. Sus piernas pobladas de pequeños vellos dorados que solo el sol era capaz de descubrir, algunas líneas azuladas que se transparentaban le resultaban sensuales, deseosas; recorrerlas con la punta de sus dedos hasta perderse en su sexo. Su falda corta, imaginaba qué ropa interior podía tener, «Quizás no trae»; jugaba con sus pensamientos perversos. Por encima del escote miraba el contorno de sus pechos, cómo iban y venían con la respiración. Buscó besarla, la miraba fijo a los ojos; encontraba serenidad, sentía su aliento dulce y refrescante que excitaba cada una de sus partes. El rubor apareció, las palpitations mezcladas con las ansias de morderla vibraban por dentro, Valeria lentamente metía la mano entre sus piernas, le mostraba el camino que debía recorrer, cómo hacerlo y hasta dónde llegar. Los dedos húmedos acariciaron el rostro de Brenda.

—Espera un momento, vamos a otro lugar —interrumpió Valeria antes de que Brenda la besara.

—Donde quieras —respondió susurrante.

—Mi casa es un buen lugar, tengo una cama grande, nadie nos molestará, mis padres están de viaje. —Le acarició los labios.

Durante el camino no cruzaron palabra alguna, solo sonreían de su complicidad, y la imaginación morbosa hacía el resto. Mientras Valeria caminaba unos pasos más adelante, distraída con su celular, Brenda miraba el movimiento de su figura esbelta; deseaba cada parte de ella. Siempre había esperado el momento oportuno para que su virginidad fuese tomada por alguien especial. Su condición no sería más objeto de burlas de sus compañeras de secundaria, no le importaba que fuera unos años más grande, que la haya conocido en el antro hace unos días, sabía que su conexión era genuina, real y noble.

El silencio era interrumpido de a ratos por el canto de algunos insectos que delataban el mal tiempo; las hierbas altas que acompañaban el sendero hacia la casa de Valeria la rasguñaba con picazón y ardor. Las pieles sudadas se dejaron estremecer por las brisas frescas que anteceden a la lluvia. El calor no había cesado durante todo el día, la ropa se les pegaba al cuerpo. Jamás pensó en regresar, de rechazar la invitación. Su espíritu seducido le hablaba, la obligaba, le ordenaba que continuara, que aquel pedazo de carne espléndido sería todo para ella. Sentía que el calor crecía, le era familiar. Los recuerdos estaban vívidos; junto a sus compañeras de campamentos de verano; la desnudez en el río, los cuerpos tostados bajo el sol, las escapadas nocturnas, las pijamadas rebalsadas de historias y risas desenfrenadas. Ocultaba de todos los calores y sudores nocturnos que le despertaban aquellas púberes.

La claridad de la noche entraba por la ventana de la habitación, las penumbras daban su aspecto lúgubre y excitante, dejaban entrever las sábanas manchadas de rojo. Las siluetas; una arriba de la otra, se movían frenéticas. Brenda veía, en silencio, que a lo lejos se aproximaban los nubarrones desprendiendo luces, deseaba alcanzarlos, quería estar ahí, los recuerdos centelleaban una vez más en su cabeza. Se anestesiaba con el pasar de los segundos. El corazón se desbocaba dándolo todo, el tiempo se drenaba lento, las imágenes circulaban, se distorsionaba junto con la realidad. Las lágrimas y los suplicios borboteaban entre la sangre que salía de su boca. Quería que el día termine.

El martillo enrojecido se elevó nuevamente sobre ella. Es la última imagen que tuvo de Valeria.



## *La bailarina*

Leonardo SánRam

Cuando apareció, la luz se enroscaba por la sombra de sus dedos. Toda luminosidad, deslizándose como una pequeña telaraña que se tejía sobre su piel sin lograr descifrarla, se extinguía en su figura. A pesar de sus intentos, el brillo de la tarde apenas lograba dibujar el contorno de la menuda muchacha que tapaba el horizonte con su danza. Aquel baile perteneciente a la silueta se movía ante mis ojos, como una llama negra zigzagueando en el crepúsculo, como un hechizo o como un teatro detrás de una tela blanca, delante de una lámpara. Y es que siempre ha existido algo fascinante en las sombras; en el misterio que habita la oscuridad. Ella no se escapaba de ese destino, sino que hacía patria de lo oculto y sin sentido. Hacía lo que hacen las criaturas frágiles y primordiales: mostraba lo que apetece al alma, lo que enciende al espíritu y lo que devuelve a las entrañas. Hacía arte, así de simple.

La conocí poco después de que hubiese perdido su cuerpo. Hablo de su humanidad, de su capacidad de ser amada. Minutos antes, ya había descubierto su forma al borde del puente, en el precipicio del mundo, pero esta, en ese entonces, todavía llevaba colores encima y lloraba como intentando llenar con sus lágrimas el lejano río que centellaba a sus pies. Luego, desapareció dejando un vacío en el cosmos, un silencio en los labios y una sombra que acompañaría a su último espectador. Así, afortunado, me hice de una compañera cuyos movimientos recordaban primeros besos y canciones favoritas.

Amiga secreta que solo se mostraba ante mí. Siempre cargaba una revolución estética en las diversas coreografías a las que se dedicaba como intentando comunicar con ellas los sentimientos atrapados en la oscuridad de su despedida. Ella era eso: un adiós definitivo balanceándose en el aire; emociones inconclusas haciendo eco en esta realidad; conjunto de lágrimas por ser usadas; fe agotada y grito que nunca fue pronunciado.

El baile fue el único diálogo que compartimos durante su temporada en la tierra y fue íntimo y, sobre todo, cargado de algo espeluznante y trágico. No por las circunstancias de su vida anterior —que la llevaron al más terrible de los finales— sino, más bien, por la inagotable pasión que llevaba en cada uno de sus pasos y venias. Parecía consumirse en la danza. La locura ocupaba su cuerpo como una maldición. Bailaba salvaje, desembocada, maniática, rev(b)elada ante las luces del mundo. En ella se explotaban, desde los tejidos que arman las relaciones entre todas las cosas, hasta la insoportable soledad del ser humano. Por eso, su arte cargaba todas las impresiones imaginables. Era un ser perfecto; bestia que había logrado conseguir el balance exacto entre cuerpo, talento, disciplina y habilidad.

Acompañando mi paseo por esta vida, con ligereza inaudita se columpiaba entre los cables que almacena la ciudad; sobre los techos, hogar de los felinos; y, en las noches despejadas, danzaba frente a la luna mostrando una desnudez oscura y vacía, dejándome observar los acertijos más grandes del inframundo, de ese al que todos iremos a parar y que ella vestía como traje y piel.

Nunca dudé de mi cordura. Ella jamás fue ilusión o espejismo. Sin embargo, debo aceptar que sí fue secreto: no avisé a



nadie de que poseía una bailarina que me perseguía pidiendo atención y cariño. Este callar de mi parte no buscaba evitar que me llamaran loco o que me negaran razón y equilibrio —esas intenciones malvadas hubieran detenido el encanto de su existencia—. Al contrario, quería hacerla tesoro; había la intención de mantener un espacio de este universo exclusivamente para mí. Por lo tanto, mi silencio nació del egoísmo y, por eso, su presencia siempre fue un deleite especial; algo que me separaba del resto de la humanidad y de la historia.

Alguna vez, por simple curiosidad, me dediqué a buscar su verdadero nombre. Si bien, no fue difícil encontrarlo entre obituarios, esquelas y noticias, no me animé a pronunciarlo por miedo a que ella, la bailarina, se enojara. Finalmente, liberada de la cárcel de la carne, no había motivos para quitarle la posibilidad de vivir sin símbolo, como un extraviado.

¿Con qué derecho podía manchar su nueva libertad? ¿Mucho más, si la herramienta para hacerlo era un sonido que ya no le pertenecía y que, de hecho, le era ajeno? Sí, el llamado ya no correspondía de ninguna manera a la princesita que, muchas veces, para evitar que me distraiga, escondía en el bolsillo de mi saco café. Entonces, podía sentir cómo se mecía dentro de la tela; cómo jugaba con mi billetera, mis llaves, mis monedas, mi encendedor o mis cigarros.

Cuando la sentía aburrirse, le prestaba la palma de mi mano y ella se colgaba de los dedos y resbalaba por ellos o se sentaba en el centro esperando que la sacara al paisaje de la ciudad. Una vez, posesionada sobre alguna flor o borde de ventana, en un acto de magia, se hacía grande y regresaba a sus travesuras de bailarina sin música ni orquesta. Entonces, me dedicaba a contemplarla entre los umbrales de las casonas, las alas de los pájaros, el verde de la primavera y el dorado recostado sobre

la cordillera, antes de que la oscuridad llegara a su cuerpo y se disolviera en el mar de la noche. Excepto en los días de la luna llena, veladas en las que armábamos una fiesta secreta en mi habitación, en el cuarto piso del edificio La Cochabambina.

Durante esos festejos, siempre sobraron los chistes corporales, los silencios compartidos, los juegos en la imaginación y el teatro. No nos cansábamos de reír en medio de mímicas y posiciones extravagantes. Ella, delante de la luna; yo, frente a una lámpara de mesa, que utilizaba en las noches normales y rutinarias para terminar las tareas universitarias.

Usaba el artefacto para iluminar una de mis paredes a manera de telón, aprovechando mi sombra como palabra y enunciado. Esa pared sucia y de color amarillo chillón era pequeña si la comparábamos con el fondo que ella ostentaba cuando recorría el cielo estrellado, regalándome las más grandes fantasías a un ritmo delicioso. El apetito por obras e historias era insaciable e impulsado por una curiosidad infantil. Desvelados, platicábamos con el movimiento y con los gestos, como mudos gobernando un imperio de ciegos. Es verdad que la amé a contraluz; en contemplación y en silencio. Sin embargo, el tacto siempre hizo falta. Tal vez por eso, ella, como extrañando el territorio de las caricias, el reino de los abrazos y los besos, un día decidió abandonarme.

Su ausencia fue gradual y ella nunca fue perversa.

Primero comenzó a desaparecer por algunos minutos que, con el paso de los días, se convirtieron en horas. Empecé a preocuparme cuando sus huidas se transformaron en días y semanas. Tal vez fue su forma de hacerme entender que el final se acercaba. Quizás fue, más bien, bastante considerada y hasta misericordiosa. Quiso acostumbrarme a su carencia; por eso, cuando después de dos meses se presentó en mi ventana, solo

pude sonreír a la despedida que traía consigo.

Como siempre, no hicieron falta las palabras. Esa noche jugamos como los primeros días de nuestro encuentro, lamentamos que no fueran infinitos. Al finalizar la velada, la vi sentarse en la cordillera. Contemplé su cabeza apuntando hacia mi habitación, mientras que balanceaba los pies sobre el cielo amarillo y esperaba la salida del sol. Luego, llegó el momento: tal y como hizo su anterior cuerpo, saltó hacia la luz como si esta fuera un abismo dorado. Sin embargo, hubo una diferencia: esta vez dirigió la mirada hacia mi cuerpo, como si quisiera reír un poco más; como si quisiera existir un poco más. La imaginé entregar una venia como quien se despide del escenario. Yo mismo copié la acción. Acostado sobre el borde de mi ventana, encendí uno de los cigarrillos con los que a ella le gustaba jugar y, poco a poco, observé su desvanecimiento en el amanecer; en el comienzo de una nueva jornada. Después, solo me quedó el llorarla lo suficiente como para saber que fue real. Debo aceptar que la sufrí más bien poco, comparado con el vacío que dejó en este mundo. Lo maravilloso ha desaparecido de esta Tierra y solo me queda de consuelo un amartelo que, de vez en cuando, me invita a danzar frente a la pared amarillenta de mi cuarto, con mi sombra de compañera de baile y mi lámpara armando telón.



## *Tenía trece*

Jane Doe

«Tenía trece años cuando me enamoré por primera vez», son sus primeras palabras en esta sesión. No es una paciente que se abra fácilmente. Esta sería la novena sesión. Algunos se abren a la primera, otros a la segunda. Es común que se tomen su tiempo para. Anoto en mi libreta y asiento, dándole el lugar para seguir hablando.

«El profe Agustín tenía veintinueve años, era alto, con barba y tenía unos ojazos que me volvían loca. No fue la primera vez que lo vi cuando me enamoré. Era mitad de año y busqué su aula durante el recreo. El próximo examen iba a ser muy difícil y no entendía una goma sobre biología, así que me acerqué a él. La amabilidad con la que me trató... no había forma de comprenderlo». Ya ha hablado antes de cómo se le dificulta pedirle ayuda a otros. No fue en gran medida relacionado con el tema, pero ha sido mencionado. No hemos proseguido antes en esto por cómo se ahoga en su angustia. La culpa la carcome en muchas cosas y el pedir ayuda es una de ellas.

«No es que la gente no me ayudara en general, simplemente me parecía ver en sus caras decepción porque no lo hacía por mí misma e irritación por tener que ayudarme con tal estupidez. Agustín no. Él se mostró muy amable y feliz por ayudarme, fue raro ver a alguien sonreír por eso».

En estas nueve sesiones hemos hablado de cómo se le es complicado abrirse en varias situaciones con la gente. En la primera sesión me cuenta sobre su situación familiar. Ella

cuenta que a pesar de todo lo que le pasó, cree que no es tan malo como la de otros chicos. No podría decir ahora si estar de acuerdo o no al ignorar esa infancia.

«A los catorce mis papás me dieron mi primer teléfono, una forma de estar comunicados según ellos. Lo primero que me instalé fueron redes sociales y creé mis cuentas. En ese momento era una chiquilla que no entendía nada del peligro de dar información a otros, solo quería poder hacer amigos, mis primeros amigos. Así fue como conocí a mi segundo amor. Miguel, diecinueve, era de Colombia y servía en las fuerzas militares. Siempre me escribía diciéndome que era una bomba, que era sexy, que no dejaba de pensar en mí. Ningún chico de mi escuela se refería a mí con esas palabras, me sentí amada por primera vez en mi vida. Pero había un precio a su amor. No debía salir de mi línea».

»Si él mandaba mensajes, yo debía contestar de inmediato; si me pedía fotos, debía de enviar cuanto antes (a pesar de lo sospechoso que era para mis padres que debía ir al baño tres veces seguidas). En caso de fallar en alguna de estas condiciones, me tachaba de mierda, de ser una novia horrible y detestable, que por mi culpa él se mataría. Once meses más tarde, lo bloqueé tras un ataque de pánico por estas palabras al no poder encontrarme con él el día que vino a Buenos Aires».

»El tercero tenía treinta años. Yo tenía quince y me las daba de ser adulta a pesar de mi edad. Ya para ese momento yo creía que iba a ser amada si hacía lo que se me pedía sin rechistar. Llegué a pensar que lo único que me haría amada sería mi cuerpo, así que me puse manos a la obra. Hombre que me pedía, hombre que recibía, no importaba dónde me encontrase, si me pedían fotos, yo mandaba. El treintañero era conservador. Lo conocí en una fase de mi vida que deseo olvidar por la vergüen-

za ajena que me doy ahora. Este hombre decía frente a nuestros amigos que nuestros enemigos eran aquellos que corrompen a las infancias, que buscaban manipularlos y corromperlos para llevar su agenda maligna, mientras que en privado me decía cuánto deseaba tenerme en su cama. Sabía que tenía quince, sabía que estaba por debajo de la ley de consentimiento, pero no le importó, porque a mí no me importaba. Así fue hasta los diecisiete. Hombres más grandes me decían cuánto me amaban a cambio de mi físico. No había otro valor en mí que no fuera mi cuerpo. Diecinueve, veinticuatro, treinta, cuarenta y cinco».

Toma una pausa, respira profundo y me pide un vaso de agua. Una vez que la toma, me cuenta sobre una relación con una chica, Ana, una chica de su edad con un gran interés por la moda. Comenta cómo en esta relación nunca se pasaron fotos. Ana parecía más interesada en conocer quién era por dentro que por su cuerpo, algo sorprendente para ella por como lo cuenta. Duraron poco tiempo, pero recuerda esos meses con mucho cariño, en especial porque rompieron por temas de distancia.

Le pregunto por chicos de su edad, si alguna vez mostró interés por ellos. Ella asiente y cuenta que aunque salió con chicos de su edad y tuvo las mismas relaciones que tenía con los hombres mayores, estas relaciones duraban apenas semanas. No parecían crear los mismos sentimientos. Escribo mi análisis en la libreta, pero noto su mirada y en estos momentos de vulnerabilidad, deduzco lo que piensa sobre lo que escribo.

Ya para este punto ella se encontraba cortándose para respirar y tomar agua, no por falta de aire por hablar. Su voz se quiebra muchísimo en estas últimas partes, puedo ver que está al borde del llanto. Ya he trabajado con gente así, que con las

redes fueron públicas en su adolescencia y me comentaron que les pasaron estas mismas situaciones. Todos sintieron culpa por esto, esa culpa se vuelve dolor, un dolor que con mucha paciencia se va disipando.

Pregunto por su situación familiar, si alguna vez sus papás se dieron cuenta de esto. Ella solo ríe sin ganas antes de contar.

«Solo una vez se dieron por buscar en mi teléfono, ahí descubrieron los chats. Estaban furiosos. Conmigo más que nada, por mandarme tales estupideces, por ir a buscar amor con hombres que tenían la edad de mi papá o tíos. No sabe cuánto dolía un grito de mi padre. Una vez estaba tan furioso porque nos olvidamos la soda, que la saco y la pegó con fuerza en la mesa, rompiendo su base mientras nos gritaba si éramos unos pelotudos, antes de tirarla de vuelta en la heladera, yéndose furioso».

»No dudo de que mi padre me ame, sé que lo hace. Pero sus gritos, su forma de actuar... La última vez que me levantó la mano fue cuando tenía doce años, pero el daño ya estaba hecho». Dejo de escribir por un segundo antes de resumir, no sé si se dio cuenta de mi pausa, pero continúa hablando con las lágrimas ya cayendo a este punto. Ante esto se detiene, pequeños sollozos salen de su boca. Una tormenta al borde de la erupción que debió ocurrir hace mucho tiempo.

«No lo culpo de mis problemas». Empieza. «Solo deseo haber sentido que mi padre me amaba alguna vez». Salen más lágrimas. Tantas, que se vuelve un llanto. Imparable y desgarrador. Un llanto necesitado desde hace mucho tiempo por ella. Después de cinco minutos, el llanto se vuelve sollozos y continúa su historia, dándole una conclusión.

«Pero ya no todo es malo en la vida. Tengo diecinueve años y estoy estudiando una carrera de ensueño, tengo amigos que



muestran interés en lo que digo y estoy en pareja desde hace un año. No se preocupe, tiene diecinueve. Pero es tan linda. Ella me trata muy bien y no me siento basura al estar con ella. Ahora que tengo diecinueve, miro atrás y veo cómo avancé en estos años. Pasé de no poder levantar la cabeza frente a mi padre a sonreír cada día de mi vida. Aun tengo mucho que aprender y mejorar, pero el cambio que hice hasta ahora me satisface a montones».

Miro hacia arriba por un segundo, solo tres minutos antes de que deba decir mis honorarios. Este es uno de los momentos más incómodos en una sesión, en especial una como esta donde el paciente se abre por completo sobre su problema. Sus culpas fueron derramadas en estas paredes y ese es siempre el primer paso. «Antes de irme, solo me gustaría decir esto último».

A esto sonrío y preparo oídos para el final de esta historia.

«Tengo diecinueve años. No me siento atraída por niños en lo absoluto».



## *Literal y metafóricamente*

Karina Müller

Feli es la chica más dubitativa del universo. Todo puede ser o no ser. Todo es una posibilidad, así como todo puede no serlo. Tal vez a causa de su sol y luna en Géminis. Y tal vez, no hay porqué. Pareciera que nada la motiva o satisface. Que todo le da lo mismo, o al menos nada la hace auténticamente feliz. Tampoco nada la enoja lo suficiente. Su cara de póker, tan monótona como indescifrable, es para algunos todo un misterio y para otros la ortiva del trabajo, el edificio o cualquier otro lugar. Nada es tan perfecto ni tan horrible para ella. Nada es blanco ni tampoco negro. Su vida pareciera estar en una suerte de limbo, congelada en un sostenido universo gris, literal y metafóricamente. Incluso su nombre alberga tal tibieza y ambigüedad: Feli podía sumergirse tanto en el universo de la felicidad como de la infelicidad.

Feli nunca tiene citas ni amigos. En su rutina no hay tiempo para eso. Su trabajo la consume. Es exitosa, sí. Bah, si ser *exitosa* implica no tener ni un minuto libre, ni vacaciones, y cobrar un sueldo abultado de seis cifras. Pero en definitiva, ¿de qué le sirve? Sin viajes ni planes, todo queda en el banco —suspendido— como esperando a que ella despierte de un aburrido y triste letargo.

Cada día amanece a las 6:01, porque su TOC le impediría programar la alarma en minutos pares o números redondos. Viste uno de sus tantos trajes tan elegantes como sobrios para ir a la gerencia y regresar pasadas las diez de la noche. Allí la

espera la bicicleta fija, su fiel compañera nocturna.

Los únicos ruidos que habitan el inmenso departamento provienen pura y exclusivamente de los electrodomésticos y dispositivos tecnológicos. Lideran el ranking el microondas, el lavavajillas y la cava, llena de los mejores vinos que aguardan algún momento especial o agradable compañía para ser degustados y disfrutados.

Su departamento se jacta de ser más gris que el propio color. Paredes de ese estilo que quiere simular desarreglado, y se esmeró tan terriblemente para serlo, que aparenta la propia perfección. Las luces, con una tonalidad cálida, se esparcen en el living logrando que parezca una obra de arte, o al menos salido de un catálogo de revistas de diseño y decoración. Aunque la verdadera maravilla se encuentra en el rincón de la TV —de un millón de pulgadas, sonido envolvente, 8K, Qled— y así todo, brilla por su ausencia de uso. Es un mueble más. Un revestimiento en piedra cubre desde el piso hasta el techo, en una escala de grises que forma dibujos tan bonitos y atrapantes como sobrios. Los sillones son de una pana gris topo más suave que las nubes. Se ven tan cómodos como perfectos, tanto que pareciera que nadie jamás se sentó allí.

La mesada de la cocina, que brilla reluciente, es de un cuarzo que mezcla a la perfección los blancos y negros que se amalgaman y funden en un acabado imposible de mejorar. Todos los electrodomésticos son de metal, impoluto, impecable y brillante. Todo se ve reluciente. Tan perfecto que parece que nadie viviera allí. Y es que así se siente un poco ella. Sin vida. Apagada. Nada la conmueve, nada la deleita, nada la maravilla. Es como si transitara sus días en piloto automático o en modo avión.

Pero Feli no siempre fue así. Al contrario. Era pura luz, alegría y energía. Cuando vivía cerca de la playa, salía a caminar cada tarde por la rambla, olía la sal y sonreía con los ojos cerrados mientras la brisa la despeinaba. Era descontracturada, determinada y espontánea. Vivía con su abuela, María. Era de esas abuelas imposibles de no querer. De esas que no pasan desapercibidas. De esas que todos quieren tener en su vida. La mimaba cocinándole casero cada día sus platos preferidos. Torrijas de verdura, tortilla de papas, pollo con una salsa digna de una estrella Michelin. María era su todo y ella era su nietita número uno, literal y metafóricamente. La primera de cinco nietos, pero su preferida, desde siempre. Cada vez que Feli entraba a la casa cantando y bailando, le decía «Nunca pierdas esa alegría, Felicita». Nadie más la llamaba así.

Cuando Feli comenzó a viajar a la ciudad durante la semana para estudiar, aguardaba ansiosa el viernes para regresar con su abuela. María la esperaba siempre en la estación con mate en mano y la sonrisa más grande que te puedas imaginar. Sus ojos, entre celestes y verdes, parecían contener la magia del universo, como si se tratara de un pedacito de cielo.

Hasta que un viernes, al llegar a la estación de Mar del Plata, María no estaba allí. En el corazón de Feli se hizo un hueco enorme y un frío horrible le corrió por la espalda.

—Qué raro —dijo en voz alta—. Aunque está anunciada lluvia —se quiso autoconvencer inmediatamente. Empezó la caminata nerviosa hacia la casa de las flores, como llamaban a la casa de María. Su jardín sí que era digno de apreciar. La gente se detenía a sacarle fotos y a felicitarla por tan inaudita hermosura. Pero nada sucede por arte de magia. Cada mañana regaba, antes de que el sol quemara, quitaba los yuyos y le preparaba un ramito de alverjillas a Feli para ir a despertarla.

Esas eran las flores favoritas de su nietita, y por eso las tenía en todos los colores. Blancas, rosas, rojas, lilas, violetas y fucsias —o *fushas*—, como decía María.

Mientras caminaba, la llamó desde el celular con la excusa en mente de preguntarle si compraba algo para cenar. Y nada. Empezó a acelerar el paso. Feli ya no podía pensar. Mil escenarios se cruzaron por su cabeza durante esas cuerdas, que parecían eternas. Cuando llegó a la casa, tocó la puerta enérgicamente. Y nada. Cuando se asomó por la ventana la vio, tendida en el suelo. Los gritos de desesperación se juntaron con la torpeza de intentar ayudar, llamar a una ambulancia o lo que fuera. Su peor temor se había hecho realidad.

Y desde ahí, todo fue gris. Ya no más flores, ni mar, ni comidas ricas y caseras. Ya no más sonrisas, ni bailes, ni brisas cálidas que la despeinen. Solo bandejas de papel aluminio con platos desabridos, incoloros, inodoros e insípidos que saca del frízer cada noche para cenar sola, mientras revisa mails del trabajo o ensaya las presentaciones del día siguiente.

Hoy es once, el número favorito de María. Hasta incluso Feli recuerda que al cumplir once, su abuela le susurró «Este número te va a traer suerte, Felicita, es mi favorito». Casi veintidós años después, a solo cinco días de su cumple, Feli hizo lo que hace cada vez que extraña mucho a María: pedirle señales. Los pocos que saben de esta costumbre, le dicen que no hay que molestar a los que ya no están. Pero lo que no saben, es que María siempre decía que cuando uno ya no habita este plano, tiene que de algún modo avisar que está bien.

Fue así que, mientras se estaba preparando unos mates, golpean a su puerta.

—Qué raro. Nadie más que el encargado del edificio se aparece así y hoy es sábado.

Feli abrió la puerta con sus joggings más desalineados y una camiseta que supo ser negra y elegante pero ya estaba demasiado desgastada como para recordarlo.

Y allí estaba él. Un jardinero que parecía salido de una película de Hollywood. Con su enterito gris y unos ojos entre celestes y verdes, que parecían contener la magia del universo, como si se tratara de un pedacito de cielo.

—Vengo a traer un pedido para Felicita... perdón, para Feli —lanzó el jardinero al ver que ella quedó atónita ante su presencia.

—Pero yo no pedí na...

No terminó de completar la frase cuando vio en la mano del joven una hermosa planta de alverjillas, de todos los colores. Blancas, rosas, rojas, lilas, violetas y *fushas*.

En ese preciso momento Feli entendió que extrañaba tanto a su abuela como a Felicita y que ya era hora de sumar un poco de color a su vida. Literal y metafóricamente.





## *Dos días en la vida*

Karina Müller

Dos días en la vida pueden ser todo o la nada misma. Pueden pasar desapercibidos o transformar tu vida para siempre. Podés pasarlos mirando pelis en Netflix o salir al mundo y arriesgarte a que te sucedan cosas, maravillosas o no, que lo cambien todo. O al menos vivir esos dos días será lo último que recordarás cuando estés a punto de morir.

Y justamente en esa encrucijada estaba Cami. Sus dolores constantes de cabeza no encontraron respuestas en su cervicalgia ni en el estrés. Parece que un habitante maligno se había instalado en su cerebro sin pedir permiso ni perdón.

—Te quedan como máximo dos años de vida —sentenció el neurólogo sin titubear.

Se le vino a la mente como un cachetazo la frase que siempre le dice su padre «La vida son tres días, y ya pasaron dos». Nunca lo dijo con un aire depresivo, sino más bien como un empujoncito a empoderarla, o al menos animarla a que saque algún pasaje o que le dé menos culpa algún gasto no del todo imprescindible o racional. Pero a Cami siempre le ganó la zona de confort, aunque ya no era nada comfortable.

Astrológicamente, para saber qué te depara el futuro según tu carta natal, cada año equivale a un día. Entonces, querida Cami, ¿qué pensás hacer con estos dos días en la vida?

Pidió al universo no una cura mágica, ya que googleó las posibilidades de recuperación y eran ínfimas, por no decir nulas. Pidió liberarse de todo lo que ya no quería cargar. Dejar

atrás mandatos y limitaciones. Olvidarse de lo que es la culpa y hacer las cosas por obligación. Pidió disfrutar cada segundo, eso que tanto le costó siempre. Pidió ser lo más feliz que pueda, y volver a reír. Más bien lo decretó.

Lo primero que hizo fue cancelar todos los compromisos a los que le hubiese encantado decir «NO» rotundamente desde el principio.

Y lo más hermoso es que ni se molestó en perder tiempo elaborando excusas.

Siempre dicen que el tiempo vale oro, y para ella esa frase se había vuelto más significativa y real que nunca.

Dijo «NO» al cumpleaños de la *amiga* que ya no lo era, al *baby shower* de su vecina, a la cena reencuentro con sus ex compañeros de colegio, y obviamente a la reunión de consorcio. También dijo «NO» a uno de los tantos caprichos de la siniestra manipuladora de su jefa y le mandó la renuncia junto a un manifiesto estilo papiro acerca de todo lo que pensaba de ella y jamás imaginó que se atrevería a decirle.

Todo eso fue tan liberador que en un punto sintió que su decreto ya estaba manifestándose en la realidad. Recordó la frase de Alejandro Jodorowsky, «Cuando se sabe decir que no, el sí tiene un sabor muy distinto».

Luego dejó a Pablo. El chico con el que salía hace ya un par de años, no sabía ni cuántos, porque nunca festejaban aniversarios. Ni se gastó en explicarle lo que le pasaba. Lo último que quería era dar lástima y terminar su vida con alguien de quien ya no estaba enamorada. Y tal vez nunca lo estuvo. No era justo para ninguno de los dos.

Sacó un pasaje a México, más precisamente a Cancún. Decidió ir a reencontrarse con el chico que conoció en unas vacaciones cuando tenía dieciséis años. Desde allí se buscaron y

encontraron en cada red social existente. Nunca se perdieron el rastro. Y aunque él se casó, tuvo dos hijos y se separó en todo este tiempo, siempre le dijo a Cami que era el amor de su vida. De hecho, la llamó antes de casarse, de esas cosas que ella creía solo sucedían en las telenovelas. Veintiún años después y con los días contados, se lanzó a cumplir ese pendiente. Al fin y al cabo, si Juan no le daba bola en vivo y en directo, pasar una buena última temporada en el Caribe sonaba a un plan perfecto.

Decidió comenzar su aventura con una semana de *all inclusive* para aclimatarse, despejarse de la realidad y conectar con el mar. Le escribió a Juan, con una mezcla entre temor al rechazo y mariposas en la panza. La respuesta fue tan rápida como hermosa y contundente. Ella lo citó en el Café del Mar del hotel, territorio neutral, por las dudas.

Revolvía nerviosa su cortado cuando lo vio aproximarse con una mirada de ilusión como la de un niño esperando la llegada de Papá Noel. Era tal como lo recordaba. De su misma estatura, pelo negro y unos ojos color miel que derriten a cualquiera. De físico tonificado y fibroso, pero una pequeña barriguita, típica de cerveza. Parecía congelado en el tiempo. Se acercó despacio, la abrazó con fuerza y con ese acento mexicano e impronta de locutor con cualidades hipnóticas al oído le suspiró «Al fin, preciosa». Estalló dentro de ella en una adrenalina que hacía años no sentía. La charla fue de lo más agradable y amena. Pareciera que se conocían de otra vida. Sintió que se iba aflojando de a poco, como si su coraza se fuera desintegrando y pudiera despojarse de quien supo ser antes del fatídico diagnóstico. Lo que debía ser un café, se convirtió en una cena y luego en una semana completa de tragos sin horario, comida chatarra y el mejor sexo de su vida. Era tan feliz y libre

como nunca imaginó serlo. Su decreto estaba manifestado total y completamente.

Se instaló en su casa un par de meses en los que se dedicó a tomar mate, ir a la playa, leer y disfrutar de Juan. Nunca le dijo que esos meses eran en realidad los últimos de su vida. ¿Para qué arruinarlo todo?

Se fue una mañana dejando una carta con la promesa de volver, debajo de su mate, aunque ella sabía que era imposible dado su inevitable destino, que estaba cada día más cerca.

Para fin de año, Cami fue a Brasil con su familia, un plan tan repetido como inmejorable. Saltar las olas, honrar a la diosa Iemanjá, vestir de blanco, terminar y empezar el año en la arena, y brindar con la alegría de las últimas veces, aunque eso solo Cami lo sabía.

Su último cumple decidió pasarlo sola en París, su lugar favorito. Disfrutó tanto, agradeció al universo y fue a ver la torre encenderse a cada hora acompañada de un rico *prosecco*, que le costaba un poco conseguir allí dada su procedencia italiana.

Desde Trocadero, copa en mano y la torre encendida solo para ella, entendió eso de la importancia del amor propio, que hasta ese momento había sido tan solo un *cliché*. Cami sonreía pensando cuántas veces se limitó, reprimió y contuvo porque luego las consecuencias las tendría que pagar la Cami del futuro. Y como esa ya no iba a existir, dejó de ser un problema pagar la tarjeta y el préstamo que sacó para bancar toda esa jodita.

Cami regresó un año y once meses después al médico, quien lo más lindo que le dijo fue «irresponsable». Luego de ver los estudios, lo más lindo fue «Cami, no sabemos qué pasó. Pero tu cabeza está como nueva». Ella sabía perfectamente lo que había pasado. Su decreto se cumplió. Y fue su responsabilidad,

más que cualquier acto psicomágico. Era verdad, Cami estaba como nueva. Su cabeza y su corazón también. Pero ahora... ¿quién va a pagar la tarjeta?



## *Aurora boreal*

Julia Martínez Congregado

Aún es muy temprano, apenas ha empezado a amanecer, pero la aurora boreal es la dueña y señora del comienzo de este día, primero de enero, no importa de qué año, ya que siempre nos acompañará tal como es en este momento. Me acerco a la cama, toco tu cara y te doy un beso en los labios.

—¡Vamos, cariño, que ya ha llegado la aurora y nos espera luminosa y mágica!

Abres los ojos, te incorporas y me das un abrazo de oso.

—Vamos, vamos, no nos podemos perder ni un solo instante —casi estás gritando de emoción.

Bien abrigados, salimos volando escaleras abajo y como una flecha, sin saber cómo, hemos pasado por la puerta del precioso albergue y nos encontramos en una explanada muy verde que termina en un acantilado de vértigo.

Imposible describir las luces multicolores y cambiantes que nos envuelven. No hay ni una sola persona en estos momentos que no sienta una enorme gratitud ante tanta grandeza.

Sin saber cómo, sin moverme del sitio ni soltar tu mano, me transporto al día en el que nos vimos por primera vez en la biblioteca. Nos veo chocando los hombros al querer coger el mismo libro, *Aurora boreal, fenómeno atmosférico o milagro*. Ninguno quería soltar la presa, así que después de mirarnos con desafío y un punto canalla, nos echamos a reír y decidimos compartirlo, sentándonos juntos delante del ventanal que daba al precioso jardín.

Cuando avisaron que era la hora de cerrar, no nos lo podíamos creer. Habíamos llegado a las 8.30, nada más abrir y eran las 14.00; seis horas viviendo juntos entre las páginas llenas de fotos impresionantes. Aún nos quedaba la mitad, porque no nos limitamos a ver y leer; habíamos disfrutado de cada imagen y leído a cámara lenta cada línea. De mutuo acuerdo, fuimos a comprar unos bocadillos y bebidas, no sin antes decirle a la encargada de la biblioteca que volveríamos a las 16.30, en cuanto abrieran, para seguir con el libro. Supongo que nos había estado observando ya que parecía no estar muy ocupada; de todos modos, la imagen de dos jóvenes con las cabezas juntas que parecían no respirar, casi inmóviles, en trance, debía de ser todo un espectáculo y asintió con una sonrisa.

Una vez en el banco del merendero, en un principio ninguno nos atrevíamos a romper el silencio. Nos sentíamos un poco avergonzados ante tantas emociones desbocadas, pero una vez que abrimos la boca, nos pisábamos las palabras.

Laponia era nuestro viaje soñado y la aurora boreal nuestro deseo en mayúsculas, pero con catorce y dieciséis años, no muy buenos estudiantes, sin proyectos claros de futuro, no teníamos ni idea de cómo ni cuándo, pero sí de que iríamos y juntos.

¿Flechazo?, bueno, más bien hechizo. El hechizo del deseo compartido, de las fotos embrujadoras y de las descripciones envolventes. Estaba claro que nos teníamos que poner las pilas y nos las pusimos.

Estudiamos y mientras tanto trabajamos en todo lo que nos salía. Ahorrábamos hasta el último céntimo sin importarnos privarnos de botellones y fiestas divertidas, porque nuestra mayor diversión era leer libros sobre nuestro viaje soñado, ver videos y planearlo hasta el último detalle.



Después de varias pruebas de aptitud, por fin encontramos un trabajo fijo y ocho años después aquí estamos, en esta explanada inmensa, debajo y envueltos, para nosotros, por el milagro más hermoso del universo.

Estoy convencida de que la aurora viajó conmigo por los recuerdos. Ella sabía lo importante que era; había sido nuestro cupido y quería que lo sintiera en estos momentos, en los que ya no es solo un deseo, una ilusión. Así me dio la bienvenida y la seguridad de que siempre formaría parte de nuestra vida.

Pasaste tu brazo por mis hombros y me acercaste a ti. No era necesario hablar, no teníamos palabras, estábamos con ella y ella con nosotros.

Volvimos a nuestro país, a nuestra vida, familia, amigos, trabajos... en fin, al día a día. Pero seguros de no ser los mismos y de que volveríamos con nuestros hijos, cuando llegaran. Con un beso compartido desde el corazón con ella, nuestra aurora boreal, sellamos la promesa.



## *El tren*

Julia Martínez Congregado

Fue como si un rayo me hubiera caído encima y quedado pegada al pasillo del vagón del tren, en el que viajaba a mi hogar después de cinco años de ausencia. Sí, no había duda, era él, que sentado junto a la ventanilla leía un periódico.

Con esfuerzo sobrehumano, conseguí despegar los pies y caminando hacia atrás me apoyé, con los ojos cerrados, en el espacio entre su compartimiento y el anterior. Necesitaba bajar los latidos del corazón, antes de decidir si entraba y lo saludaba o seguía adelante hasta mi asiento. Habían pasado diez años desde el día en que valientemente me declaré a él, el chico más guapo de la pandilla. Su rechazo aún escocía. Estaba claro que también él volvía a nuestra ciudad, pues era la última parada. Tenía que decidir lo que haría, porque era imposible que no coincidiéramos en algún momento.

Pensaba que ya no quedaba nada de aquel enamoramiento juvenil, pero allí estaba yo, como una boba, con el pulso acelerado, sin saber cómo comportarme; cuando lo más seguro era que no me reconociera. Había cambiado bastante, afortunadamente. Ya no era la chica gordita con aparato en los dientes que le había pedido una cita después de, tartamudeando, decirle que me gustaba mucho. Pero algo me decía que sí, que me reconocería. Y quería estar segura de dominar la situación. La curiosidad, unida a la seguridad que ahora sentía en mí misma, me hizo abrir la puerta y entrar. Estaba solo; levantó la cabeza con la intención, supongo yo, de saludar educadamente

a la persona que entraba. Pude ver cómo en su cara se reflejaba desde una total indiferencia hasta una sucesión de emociones. Debe haber pensado: «Creo que la conozco, su cara me suena, ¡anda la del chándal rosa y aparato en los dientes!». Se levantó y me abrazó, para mi sorpresa.

No podía creer lo que estaba oyendo. Me contó que después de que me fuera como un cohete, colorada como una amapola, se había sentido fatal. Sabía que no estaba entre el grupo de las populares, que era muy tímida y el paso que había dado con él había tenido que costarme mucho. No le creí cuando me dijo la de veces que se había acordado de mí y lo mucho que deseaba tener la oportunidad de decirme lo que ahora me estaba diciendo. Esperaba que si no tenía ningún compromiso, pudiéramos quedar y tener esa cita que no se realizó diez años atrás. Todas las emociones en tropel llenaron mi corazón, era como si el tiempo se hubiera detenido. Le tendí mi mano y dije mi nombre; él hizo lo mismo. Partiríamos de cero, como si nos acabáramos de conocer y hubiera habido un flechazo. Más que un reencuentro tenía que ser un comienzo, porque apenas nos conocíamos y había mucho que descubrir.

Hasta que llegamos a nuestro destino, estuvimos contándonos lo que habíamos vivido en todo este tiempo. Los dos habíamos tenido parejas estables que no lo fueron tanto; cambiado varias veces de trabajo; viajado muchísimo y sentido la necesidad de volver a casa, al menos por un tiempo, para decidir con tranquilidad lo que haríamos a continuación. El hecho de ser inquietos había propiciado el que nos volviéramos a ver en un tren y no por la calle, cosa muy probable, ya que nuestra ciudad es pequeña. Un encuentro los dos a solas, sin amigos, para poder tener esta charla que borraba la distancia. Un tren, un medio de transporte; una señal de que nos quedaba mucho

por delante aún. ¿Hacia dónde?, ni idea, ¿juntos?, el tiempo lo diría; en lo que sí estábamos de acuerdo era que la casualidad no existe y si después de tantos años habíamos coincidido en el mismo sitio y, sobre todo, nos habíamos reconocido, era por una razón; tiempo, al tiempo.



## *Séptima planta*

Julia Martínez Congregado

—¿Dónde? —pregunta María.

—Próstata —contesta Juan—, ¿y tú?

—Mama. No somos nada originales —agregó María antes de soltar una risita contenida por respeto a los otros pacientes que, como ellos, recibían sus ciclos de quimioterapia en la séptima planta de oncología.

—No sé qué te hace tanta gracia. —Los ojos de Juan soltaban chispas.

Aún estaba muy enfadado con la vida por semejante regalo y no podía entender cómo a ella le podía hacer gracia. María captó al instante la actitud de él y con su carácter animoso y amable se propuso hacerle estos momentos más llevaderos.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, pero no tengo la menor intención de mantener una conversación —gruñó, más que dijo.

—Vale, pero creo que no te importará que yo hable, me encantan los monólogos y no tienes que responder, puedes seguir mirando el móvil —dijo acomodándose mejor en la butaca. Recuerdo el día en el que me diagnosticaron el cáncer de mama. Era poco antes de Navidad. Pensé que en esas fechas, que significan nacimiento, lo que me pasaba era que iba a comenzar una nueva etapa de mi vida, dura y difícil, pero llena de posibilidades para hacerme más fuerte. Así que no le dije nada a mi familia. De todas formas no lo iba a aceptar; no quería amargarles las fiestas.

Juan la miraba como si estuviera viendo a un bicho raro, no podía entender esa forma de afrontar esta temible enfermedad.

—Tu cara es un libro abierto, chico. Seguro que estás pensando que estoy loca o que pertenezco a un grupo de autoayuda.

—No te quepa la menor duda, nadie en su sano juicio diría algo semejante.

—¡Claro que no!, se necesita un toque de locura para apostar por el optimismo; igual que hay que estar loco de atar para rendirse mientras haya esperanza.

Una sonrisa asomó a los labios de él e imitándola, se acomodó en su butaca dispuesto a bajar la guardia y mantener una conversación con tan pintoresco personaje.

—¿Te importa que te pregunte cosas sobre ti?

—Bueno... depende.

—No te preocupes, son las típicas que se utilizan al principio de una amistad porque, por mi parte, me gustaría que llegáramos a ser amigos y pasar juntos por estos momentos.

Juan no supo qué responder. Ni en sueños hubiera imaginado conocer a alguien como ella, en un sitio como aquel y con lo que tenían encima, así que se limitó a asentir con un sonrisa.

—¿Trabajas o estudias? —primer tópico.

—Las dos cosas.

—¿Ah, sí?, veo que no me lo vas a poner fácil, compañerito.

—Vale, trabajo de camarero y estudio informática.

—¿Novia?

—Tuve, pero ya no.

—¿Eres un tipo difícil o la difícil era ella?

—Ninguno de los dos, solo llegó la rutina y empezamos a mirar a otras personas, así que por respeto; y antes de que lo preguntes, sin dramas.



—Sabia decisión. ¿Aficiones?

—Cine, música, algo de deporte y viajar, sobre todo.

—Me parece que acabas de encontrar a la mujer de tu vida.

—¡Enfermera, cámbieme de sitio, esta chica es peligrosa! —  
dijo Juan por lo bajito, sin la menor intención de que lo cam-  
bieran.

—Tranquilo, solo estoy tanteando el terreno. Me gustaste desde que te vi en la sala de espera, así que cuando te pusieron a mi lado, decidí no perder la ocasión de ligar contigo. Estoy convencida de que vamos a superar esto y mientras tanto mi optimismo te vendrá muy bien y a mí un novio aún mejor.

El chico no pudo contener una carcajada que sorprendió y sacó más de una sonrisa a los otros paciente y personal sanitario.

—Perdón, pero es que está ligando conmigo descarada-  
mente —les informó.

Nadie supo cómo, pero una energía sutil envolvió la sala de quimioterapia. Una energía de amor y esperanza en donde hasta los pitidos de las máquinas dejaron de sonar tan molestos.

—Cambiando de tema, ¿cómo vas de apetito?

—Bueno, los días del ciclo no mucho, pero luego, genial, porque soy un gran comilón.

—Me refiero a ahora mismo, llega la hora de comer y toca patatas con carne, ¡buenísimas!

Juan nunca había comido en el hospital, pero tampoco se había visto en una situación semejante, así que decidió probar y disfrutar juntos del menú del día entre preguntas y respuestas.

—¿Vienes acompañado o vienen a por ti?

—No, vengo y vuelvo solo, pero creo que eso se acabó a

partir de hoy, ¿tú que piensas?

—Yo también vengo y vuelvo sola y estoy completamente de acuerdo en que la soledad compartida contigo es la mejor decisión para los dos. Tenemos que pedir que nos pongan los ciclos el mismo día y si no es posible, yo te acompaño a ti y tú a mí cuando nos toque, ¿qué te parece?

—¿Para qué me lo preguntas si ya conoces la respuesta? Es como si supieras de ante mano todo lo que tienes que hacer o decir. —Juan estaba sorprendido y un poquito asustado.

—Desear y confiar en que los deseos se cumplen; así es como el universo nos responde. Te vi, deseé formar parte de tu vida, lo pedí y ¡é voilà!, hecho. Supongo que él sabe que nos merecemos esta oportunidad, ¿no crees?

—Lo creo. Esta mañana, antes de conocerte, en absoluto hubiera creído algo así, pero ahora sí.

Juan y María han terminado su tratamiento y se encuentran muy bien, viven juntos, agradeciendo cada día de vida; convencidos de que su encuentro en la séptima planta es uno de los mejores regalos que el universo les ha hecho... hasta ahora.

## *Mil horas*

### Alma de prosas

Sueña con Baltimore, de calles que ni siquiera son suyas, pero las sabe de memoria. Una norma que se vuelca hacia los trazos de la lengua de Perla, queriendo de su parla envolvente, un caos sin ser caos, un todo cuando en lo urbanístico no hay nada, cuando las acciones cambian a desiertas. En un ilusorio pronosticar se queda, se va, vuelve, mientras el orden de los cordones de sus zapatos le recuerda al de los abrazos, que para un espectador lejano significarían asesinos de la libertad, pero para él se convertirían en mantras indispensables. Se muestran muecas entre las calles, pero la de ella sonriendo en la foto, asomándose por el compartimiento de la billetera de cuero, el único registro, es la original que percibe, aunque se hospede a kilómetros, la que siempre le respira en el muslo inconsciente. El mosquito del living con su chirriar lo despierta. Lo odia, a ese tiempo, no al insecto. Escapa al exterior y busca entre las nubes un movimiento sorpresa, una forma idéntica, pero la metamorfosis no existe en las alturas. Mira con sospecha, siendo la tardanza el plato del día.

¿Cuántas noches no comió del paraíso?

¿Cuántas se anestesió bajo sábanas ausentes del sahumero de aquel cutis?

Es un secreto en un sarcófago invisible y si tan solo se tendría noticia, no bastaría la cantidad de pájaros y estrellas. El satélite, por mera curiosidad, se estrellaría en su casa para preguntarle.

Se cansa del afta horaria, del almanaque atrasado, de la posibilidad de que lo conocido se transformara en algo desconocido. «Poné», le susurra la conciencia, «poné la música», pero se resiste. Porque no quiere bailar con el aire insulso, quiere asfixiarse de los pasos elegantes y seductores, que el pelo le bofeteé la cara, lo tape de una manera divertida. Trata de boce-tearla mientras el pulso le tiembla. Con el dibujo acomodado en la silla de madera de en frente. Le habla. Cualquiera que interrumpa de imprevisto, lo tildaría de loco.

¿Estará adentrándose en una locura implícita sin saberlo?

¿Partirá a una incertidumbre infinita?

La vecina vocifera un grito, como el de un gallo, elástico que taladra paredes, llegándole un diálogo, pero él prefiere cambiar las palabras con oraciones que expulsarían si ellos fueran los protagonistas de esa somnífera novela. Incontrolables fieras se volverían frente al ojo de la cámara, destripando el guion e inyectándole de sus propios matices, una trama única y más lúdica que las tardes monótonas causadas por la renguera, aniquiladora del poli rubro, en su pierna derecha.

Extraña al nosotros esporádico, pero que cuando se alineaban las orbitas el big bang se les quedaba pequeño. Ahora, un viento sin tapujos acaricia su pecho, moviendo los árboles de afuera entintados de un jacarandá ficticio, como los programas de televisión, con intención de imitar aquel baile que pudo apreciar hace tiempo el vestido desenvuelto. La armonía de la naturaleza, vacía y deshabitada, no lo conmueve. Pispea en el reloj oxidado, pero las agujas se callan, guardan el secreto de los años.

Las contradice contando dentro de su mente, pero le termina doliendo porque llega al número de la fecha en que sus cuerpos se separaron cuando no querían. Estaba cupido, pero

no las flechas para incrustárselas al destino y que cambie el cronograma.

¿A quién se le podía reclamar si la atmósfera miraba para otro lado?

¿Si la rotación jugó a contracorriente?

Espera un manifiesto, una mancha en la pared que dibuje rastros, una reencarnación en algún animal que hable con la voz de Perla, algo que lo movilice, pero no hay caso. Se hunde, hasta a una estatua de algún parque le llegarían más señales. Desea hacerla añicos sin conocerla, tomar su lugar por el hecho de recibir signos, por más que vengan del tarot, y que uno de ellos tenga relación con su amada. Al final, el momento le llega entrando por el apretado hueco de la ventana en forma de una carta pálida, como el color de la esperanza de hace horas. Escupida por el cielo, aterriza intacta al lado de los pies y con la palabra «Volveré» firmada en el dorsal. Reconoce la letra, elegante, prolija y en mayúscula, es la de Perla. Se emociona. Una enredadera sentimental trepa por el centro, la única planta hogareña que desea. Aunque le queme la garganta, no la suelta. Lágrimas lo inundan en un río de melancolía, impregnadas como maquillaje. Ya no es preso de la incertidumbre que lo carcome, ahora ella es la víctima del follaje de la tranquilidad revolucionaria, siendo para el corazón y su latir una calma medicinal.

El templo se le estabiliza, del que casi toca ruinas y la sonrisa del ayer renace como la firma en una pintura, pero desea revolcarse en otro lienzo. Se sirve café, con varias cucharadas de azúcar, a falta de calor. La taza bautizada con un nombre angelical, pero de un edén terrenal, le sirve de apoyo, de mano de la otra mano ausente que retornará para saciarlo, para volver a guiarlo al inicio de la adicción al viaje, para alimentar trenes

que terminen en el andén de su caja torácica.

En medio, imagina los decibeles de los besos que se darán al apreciarla tras la puerta, un recital que llegue a Neptuno y nunca se pierda para no sufrir y así evitar las marcas indignas y abstractas. Piensa en responderle, pero se arrepiente al instante por si el papel se desvía hacia otra parte y cae en manos equivocadas o un ave se termina enamorando. ¿Vería el paisaje que vislumbró en el rostro de Perla, idéntico al día de hoy? Memoriza y se acuerda de la manera en que lo hacía reír y le comentaba datos aleatorios, que los terminaba anotando en el cuaderno, aunque dijera que no le llamaban la atención por completo. El olor de un vino caro se mete en sus fosas nasales, de cuando degustaron la cena bajo una noche templada, sensación que lo levita, magia pura. Para entonces, el detalle del aspecto de ella pasa a otro plano. Él renace, se arma cual origami, entre orgasmos silenciosos, pero si no es a dúo.

¿A qué juega?

Decide inspeccionarse en el espejo del baño por si algún detalle mutó, sigue igual, aunque la percepción se difunde por dentro. Abre su boca, la que no tuvo vida, aunque está con apetito de una gesticulación de la frase ideal a través de la tinta salival.

—Perla... no sabía...que... —Se arrepiente de su diccionario tan burdo.

¿Cómo se acercará? ¿Como un colibrí a una flor?

Entiende que debe ser como la primera cita, en donde lo mínimo se convierta en absoluto, lo llano en una montaña rusa, lo parco en la mayor intriga y atracción, el volver en un *me quedaré*. Eclama al aire, en un tono bajo, que las estaciones del

año, sin la presencia de ella, son todas en blanco y negro, veneno para sus retinas.

Dentro de poco un remolino de hojas de diferentes colores podría rodearlos, ser el maestro de una ceremonia callada. Tanto piensa en eso que ese remolino se adelanta.

No sabe si se replicará y un granito de temor ofusca su mente, ya que son las ultimas en irse a otro patio, al igual que sus ideas.

Los dedos arenosos, suaves y torcidos se rebelan con la fuerza gravitacional en busca de aquel cuerpo aditivo.

¿En qué punto cardinal se sitúa Perla?

Si tan solo pudiera extender su extremidad superior y llegar a la piel, al vaivén de su cadera menguante.

Alcanza solo a tocar la carta, la abre despacio, de la manera en que lo haría con el sostén. Huele el perfume a jazmín que se desprende de la impresión, convirtiéndolo en oleaje mientras lo hipnotiza en un bucle aromático. Ningún ruido, ni el más irritante y agudo, lo cachetea para sacarlo del hábitat. La ve con el vestido violeta, danzando y haciéndole seña con el dedo índice para pescarlo. Las suelas se deslizan al ritmo de un jazz, paz, en par, aproximándose de a poco a los zapatos de Perla, pero cae al faltarle un centímetro. Tropieza con el suelo, sin lastimarse, dándose cuenta que ya no está, que la silueta atractiva se desvaneció como humo.

La carcajada se fuga para reírse junto a él, sabiendo que fue una ilusión fugaz, pero la mejor de todas, un regalo anticipado que no tiene competencia con ningún otro.

Sentado sobre el respaldo del apoyabrazos del sillón, focaliza el escrito, escaso de bocetos con características de la figura

de Perla, pero pasa de largo.

Fascinado con que ojeará a su Eva, aunque no se distinga como un Adán, que navegarán en el mismo mar de la pasión, que se refrescarán del mismo trago.

Al bajar la cabeza, diferencia una frase.

«Mañana, al mismo TIEMPO, seremos el sol y la luna de NUESTRO propio jardín».



## ***Amor de sobremesa***

Francisco León Anguas

La tumbé despacio, su cuerpo aún exudaba las mieles de la lujuria. La vi desnuda, inerte, con la indefensión propia que entorna el momento posterior al éxtasis.

Resistí el instinto primigenio de abrazarla, de fundirme con su cuerpo e impregnarme de tan majestuoso aroma sacado del rincón más prohibido del paraíso, ese mismo lugar donde Adán perdió cara a la tentación.

Pero sentí cómo el indomable magnetismo hacía mellas en mi frenético corazón. Mi mano se acercó titubeante a su cuello y no le importó romper la seductora capa de rocío que bañaba su piel, vi cómo mi dedo se perdía no más allá de sus curvas y cómo las pequeñas gotas daban paso a manantiales incontralados de pasión que convertían la mesa en el océano perfecto donde volver a perdernos.



## *Despedida*

Delfina Brú

No fue la reja que cayó el primer jueves que vivimos aquí, ni el moho que en dos meses se tragó nuestra ropa, libros, zapatos y muebles, ni los cajones hinchados de humedad que quedaron para siempre cerrados, condenando todo lo que había dentro a pudrirse en el olvido. No fue la habitación sin ventana ni los muebles del baño quebrados. Tampoco las luces tenues y las cortinas colgadas de gusto porque el sol no se asoma allí donde no hay qué iluminar. El patio desde un principio fue un basural con un cordel de ropa y un árbol que mucho tiempo fingió estar muerto. Las gatas se enfermaron de angustia y fueron más felices por los techos del barrio que al calor de la estufa, y nos enteramos cuando fue demasiado tarde. No fue la casa con sus goteras y sus incomodidades, no fue la falta de espacio ni la falta de dinero, ni las expectativas ni las esperanzas ni todo lo que hubiésemos querido. Aprovecho el champú esparcido por el suelo y con un cepillo limpio las rendijas de los azulejos. La música está fuerte y pasaron dos años de verte sentado allí sin hacer mucho más que lamentarte y gruñir. De mi parte tampoco fui mucho mejor, pero al menos nunca te culpé por mis carencias.

Quizás haya algo de responsabilidad en el minúsculo espejo en el que nos mirábamos, veíamos muy poco de nosotros mismos aunque tampoco se puede decir que viéramos alguna otra cosa. La vez que me observé en el espejo más amplio de la oficina,

me perdiste para siempre. Vi un cuerpo que no era el que recordaba: me habían crecido tumores en el útero de tanto que lo maldijiste con tus inseguridades. Se desarrollaron tanto que me estaban cerrando la vagina, aunque de eso me enteré después y me hice cargo de la parte de mí que consintió que eso sucediera. Te confieso que pensé muchas veces en llamarte para hacerte llegar tu porción del delito. Soñé muchas veces que paría esos tumores, tus hijos. También pensé en mostrarte lo que me habías hecho y hacer que lo sintieras vos mismo, pero me pareció mejor no darle de comer a tu ego. Vengarme pudo haber sido una opción. Lo hubiera hecho de la forma más terrible. Tanto te importó siempre el qué dirán, que unas pocas palabras deslizadas por mi boca en este pueblo te hubieran dado el más espantoso de los infiernos. Y no me refiero a palabras inventadas o mentiras, con la verdad sería suficiente. Esta despedida casi no me duele. Las cajas ya están listas: las tuyas, las mías. Las gatas se quedan conmigo, que es lo más importante. Termino de fregar los azulejos y ya no estás. El portazo definitivo me llevó corriendo a la cama y salen tantas cosas de adentro mío que entre ellas y las cajas apenas hay lugar para moverse. Las gatas se amontonan a mi lado y se acarician con mi cuerpo. Las observo, las siento. Estoy presente por primera vez en este espacio, que al fin ya no habito y absuelvo y te invito a indultar de todo cargo y responsabilidad en nuestros dolores recientes.

Amnistía para esta morada que nos acogió y no supimos convertir en hogar. No fue la casa, fuimos nosotros. Afuera es como adentro, y adentro, estábamos rotos.

## *Mejor amigo*

Arianna Pérez Navarro

Primer paso: —Amor, ayúdame.

Segundo paso: —Amor, intenta esperarme, olvida los prejuicios y no escuches los comentarios.

Tercer paso: —Amor, yo puedo vivir con esto.

Último paso: —Amor, sigue sin mí.

Él era el típico chico al que le hacían *bullying* en la escuela. Pasó a ser el rebelde de su casa y, de repente, el intelectual escondido que robaba mis suspiros. Siempre fue el que, si salía en una película, sería el extra y si aparecía en una foto, no quedaba enfocado. Pero eso sí, su aura se mantenía positiva en toda circunstancia; esparcía tan cálidas ondas que resultaba gratificante estar un rato a su lado, o en mi caso, toda la vida.

Me encantaba ir a su casa, se respiraba un ambiente sano, culto y, sobre todo, muy correcto. A mí me acogieron en cierto hogar, muy opuesto a ese del que yo venía.

Su mamá era una dulzura de señora, muy atenta, parecía tierna, pero cuando cerraban las puertas, era la peor de las fieras. Enterraba el puñal de la espalda al pecho con el mayor placer; tal vez por eso su papá llegaba a casa desprendiendo olor a burdel de mala fama y temeroso abrazaba a su mujer.

Él parecía feliz, pero sufría los secretos de dos vidas que no podía mezclar: la suya y la mía.

Tanto lo amo que todavía hablo de él y se me humedecen los ojos, tanto he intentado olvidar ese primer amor, ese que se conoce cuando uno todavía es niño, pero no, no lo consigo.

Sin embargo, ya he aprendido a vivir así, ojeroso por los

sueños, porque soy un chico que no deja de amar a ese hombre que no encuentra la felicidad en la perfecta silueta de su mujer.

## *Mi vida está en la calle*

Emilio Vilaró

—¿El señor Serrano, Andrés Serrano?

—Sí.

—Perdone, ¿podría bajar un momento?

—Quién es usted y, ¿por qué debería bajar?

—He encontrado un cuento que ha escrito usted en el contenedor de la basura. Quisiera hablarle.

—¿Por qué no sube?

—Mi vida está en la calle, baje... ¡por favor!

Quedé sorprendido de la llamada, aunque más por el argumento al que ella recurría para hacerme bajar.

—Espere un momento.

Al salir del ascensor, vi su figura detrás del cristal de la entrada, era una mujer de mediana edad.

Al abrir la puerta, noté cierto olor, y no de perfume. Lo olvidé al ver que sujetaba algunas hojas arrugadas, y en el extremo de una de sus manos, fotos que uso en mis cuentos.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Discúlpeme. El otro día estaba cogiendo papel y cualquier metal que pudiese vender del contenedor de basura que hay delante de su casa. Vi una gran cantidad de hojas, la mayoría rasgadas por la mitad. En una de ellas había una imagen impresa. Me recordó algo muy importante de mi juventud, y me entró la curiosidad.

»Leí la página, y vi que formaba parte de un relato, de un cuento o novela. Me llevé las hojas que había, bastantes. A pesar de que correspondían a diversas historias, las logré ordenar.

Conseguí un cuento completo, del otro casi la mitad, si bien el tema no me llamó la atención, y del último, que es el motivo principal de mi interés, me faltan varias páginas.

Sujetaba la puerta con la mano izquierda mientras me apoyaba en el marco con la derecha, y ¡no podía creer lo que estaba oyendo! Ella, entendiendo mi estado de ánimo, me dio todo el tiempo del mundo para reaccionar. Lo necesitaba.

—Señora, como no quiere entrar, en este parque hay unos bancos. ¿Qué tal si nos sentamos y vuelve a comenzar? Pero primero me dirá cómo ha sabido mi dirección.

—Fácil, la gente acostumbra a tirar la basura cerca de su casa. En el cuento está su nombre. La búsqueda ha sido sencilla y corta, unos cincuenta metros. Además, en el buzón de su casa se indica hasta su piso. Ya sé que mediante Internet también lo hubiese logrado, pero vivo en la calle y solo tengo un amigo, que me deja guardar algunas cosas en su garaje, y no tengo ordenador.

—Sí, señora, es cierto, tiro las versiones antiguas de mis cuentos, seré más cuidadoso la próxima vez, tendré que triturarlos. Y bien, ¿qué desea usted de mí?

—En su historia, *Nara y la isla de los leprosos*, se describe a una mujer que se acerca al protagonista cuando está leyendo en un parque. Supongo que se refiere usted a este jardín detrás de nosotros. Ella quería pedirle un favor muy especial. A pesar de que no dispongo del cuento completo, lo que ella quería encargarle es diferente a lo mío, si bien, la necesidad de las dos es la misma.

»Luego, en el otro cuento, que sí tengo completo, *El transmisor de mensajes*, usted habla de un personaje que recibe encargos para llevarlos a otras personas. El mensajero escucha a esa gente que necesita enviar alguna información. Y él la entrega



personalmente, de viva voz, al destinatario, tratando de ser lo más fiel posible a lo que el remitente desea transmitir y en algunos casos obtener. Si me lo permite, quisiera aunar estos dos cuentos y rogarle primero, como la mujer, un favor: contarle mi historia reciente; y luego, haciendo de mensajero, que usted traslade lo que le voy a pedir a dos personas muy especiales para mí. Ellos no conocen esta última parte de mi vida, ni saben dónde estoy. Y no, no espero ni quiero respuesta.

—Señora, contrariamente a la fecha en que ocurren las historias que usted menciona, es innecesario que le diga que estamos en una época donde llevar mensajes, o hacer que una persona reciba el suyo es de lo más fácil. Además, como podrá comprender, no me dedico a eso. Y, por último, ¿por qué debería meterme en este asunto?

—He pensado mil veces en enviar el mensaje. Nunca lo hice, nunca me atreví. Fue al leer sus cuentos cuando he tomado la decisión. Supongo que este encuentro con sus relatos ha sido la excusa. Usted es la persona ideal para hacerlo. Sé que no se dedica a esto de la mensajería, pero si ha sido capaz de inventar, escribir y explicar tan bien este oficio de mensajero, no le será difícil lograrlo.

»En cuanto a por qué se debería meter en esto, lo sabe usted muy bien, ¡porque es escritor! Y no podrá resistirse a una historia tan intrigante como esta.

—Mire, señora...

—Me llamo Sara.

—Bien, Sara, reconozco que su introducción a esta situación me ha gustado. No tengo ningún inconveniente en escuchar el relato de su vida, debe ser interesante. En cuanto a la segunda parte, no lo voy a hacer.

—Señor Serrano...

—Andrés, por favor.

—Andrés, si le parece bien, lo espero mañana debajo del puente de Vallcarca. Es donde vivo, no está lejos de su casa. Tendrá que ir allí para oír la historia. ¿Le parece bien a las diez?

—Sara, como solución y excusa para no tener que hacerlo, y así olvidarme de todo esto, y como usted lo desea tanto... para que yo acepte, usted tendrá que subir conmigo a ducharse en mi casa. Tengo ropa que le podrá servir para cambiarse, era de alguien que... bien, eso no importa ahora. También deberá comer algo. No parece que se alimente bien, ni regularmente. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Por qué vive en esta cueva?

—Porque es un sitio muy frío, inhóspito y en donde me violan menos.

No supe qué decir. Pero lo dije.

—No me diga, la persona que le deja guardar sus cosas ¡también abusa de usted!

—A veces es un favor, a veces lo quiero yo, y a veces es un pago. Ahora, me es difícil saber cuál es cuál. Todavía soy bastante atractiva, y presa fácil de cualquiera. Si bien usted no lo intentó. Me refiero a cuando gritando delante del baño, dijo que me dejaba ropa limpia en el pasillo, que podría irme bien y que la comida estaba lista. Y eso que yo no había cerrado la puerta a propósito. Le dejé abiertas todas las posibilidades, está claro ¿no?

Volví a no saber qué decir.

—Le he traído el cuento completo. Espero que le guste lo que faltaba. Me imagino que sabe que todas estas chabolas, cuevas y escondrijos abandonados los van a retirar. Ya no po-

drá esconderse aquí, ni cultivar su pequeño huerto. ¿Recoge muchos tomates?

—Depende de los que me roban. Si quiere, puede llevarse-los todos. A partir de ahora ya no me harán falta. ¿Podríamos considerar estos tomates como el pago por llevar el mensaje?

Sonreí.

—Bien, Sara, estoy listo para escuchar su historia. Pienso que no le será nada fácil explicarla, ni a mí escucharla.

—Estoy casada con un hombre maravilloso. Bien pronto supimos que no podríamos tener hijos. Así decidimos adoptar a una niña. Ella se convirtió en la niña de nuestros ojos. La de tiempo que pasábamos frente a la puerta, esperando que llegase del colegio; lo que invertíamos ayudándola a enfrentarse con la vida. La de momentos maravillosos que disfrutamos, compartiendo sus éxitos y sus fracasos. Y ella correspondía, vivía para nosotros. Siempre que podía, por el camino, al regresar de la escuela pedía o robaba alguna flor de los jardines vecinos para traernos.

»Mi esposo reía cuando ella conseguía un triunfo en los estudios. Yo la dormía cuando fracasaba. Y los dos, de tanto vivir por ella, no vivíamos para nosotros.

»Un día, cuando se suponía que yo no debía estar en casa, al entrar en la habitación al lado de la de ella, oí que estaban acostados. Pasé las dos horas más bellas de mi vida escuchándolos. Él nunca le había dicho cosas tan hermosas, ni oí a mi hija estar tan enamorada. Entendí que el maravilloso cariño que él le demostraba era el mismo que me conquistó cuando estudiábamos juntos.

»No abandoné nuestra casa porque me molestase averiguar que se querían y eran amantes. La abandoné por estar celosa. Por no ser yo la que estuviese en la cama con mi hija, o con los

dos. En ese instante supe que siempre había estado enamorada de ella, pero ese sentimiento se había ocultado, pensando que era solo cariño de madre.

»Los quiero tanto que me fue imposible hacerlos infelices. No tuve el valor de decirles que lo sabía o entrar en su habitación. Al cabo de unos días, viendo lo difícil que era para ellos ocultar su amor, me fui de casa dejando una nota, pidiéndoles que no me buscasen, que estaba bien y que no volvería.

»He sido muy cruel al no explicarles mi decisión. Sé que me quieren. Han debido sufrir mucho al no justificar mi ausencia. O lo peor, creyéndose culpables o pensando que me había marchado por odio hacia ellos, cuando en realidad fue por amor. Dígale a él que lo sigo queriendo y lo envidio. A mi hija, que siempre la quise, aunque nunca me había dado cuenta de que estaba enamorada de ella hasta que la vi con él. Mi presencia solo crearía dolor. Asegúreles que estoy bien, y no pienso volver. Dele a mi hija este brazalete, era de mi abuela que se lo dio a mi madre, y ella a mí. Prometí dárselo cuando se casara.

»Dígaselo a su manera, como el mensajero, pero que queden claros mis verdaderos sentimientos y ausencia de rencor. Usted lo hará mejor que una fría carta. No quiero mensaje de respuesta, aquí ya no me va a encontrar.

Me fui a releer lo que yo había escrito hacía mucho tiempo, sobre ¿cómo lograba un trasmisor de mensajes llevar fielmente el trabajo que le habían encomendado?

## *Guídamme el corazón*

Luján Del Prado

La veía pasar siempre en dirección a Triana. Ella nunca olvidaba dejarle una flor a los pies de la fuente de la plaza; y cuando eso sucedía, él redoblaba sus esfuerzos para que su canto le tocara el corazón. Todo el mundo hablaba del trovador enamorado. Se decía que no se había escuchado voz igual en toda Sevilla.

Verónica venía a veces en compañía de otras gitanas, a veces en soledad consigo misma, pero siempre dedicándole una mirada cómplice. Rafael solo se atrevía a declarar su amor sobre el tablao donde recitaba y cantaba historias de la época frente a un público ávido de diversión.

En una de esas ocasiones en que el verano tórrido arreciaba, Verónica desapareció por varios días. El trovador preguntó y rebuscó por toda Sevilla a una muchacha gitana que todos los miércoles cruzaba el puente entre aldeas. Por más que indagó, nadie supo darle su paradero. Hasta que una noche, en la misma plaza, cuando la luna de los frascuelos brillaba sobre su cabeza y él la contemplaba desesperanzado, una muchacha se le acercó con un cofrecito en la mano y se arrodilló ante él.

—Sé que me amas. Yo también te amo, pero estoy condenada. Vengo a rogarte que cuides lo único que no se me permite llevar donde debo ir. Aquí dentro está mi corazón, desbordado y seducido por tus canciones. Es tuyo. Por favor, cuídamelo. Lo necesitarás para hallarme nuevamente. Guárdalo hasta que nos volvamos a encontrar en otro mundo.

Rafael quiso saber detalles de aquel suceso tan extraño. No lo consiguió: Verónica corrió tan rápido que desapareció a la vuelta de la esquina. Desconcertado, el trovador abrió el cofrecillo. Se encontró con un corazón humano aún bullente, cuyos fuertes latidos le hablaban de la pasión de su amor perdido.

Lo acusarían de asesino o aun de loco si lo descubrieran en posesión de semejante despropósito, por lo que decidió no mostrar jamás el cofre a ningún ser vivo hasta que el destino fuera cumplido.

Lleno de dolor, siguió trovando por la Andalucía mora, abrigando el corazón de Verónica celosamente cerca del suyo. Hasta que una noche escuchó entre la muchedumbre las noticias de una vieja gitana más entrada en años que en discreción.

—Canta sobre la mujer que han ejecutado. Se dice que el Santo Oficio la condenó por una poción milagrosa que le dio a un niño para salvarlo de la muerte.

—¿Y el niño se salvó? —preguntó un aldeano entre la concurrencia.

—Sano y salvo está, mas ella fue acusada de malas artes de hechicería. Dicen que antes de que la echaran a la hoguera, se arrancó el corazón con sus propias manos, prometiendo que volvería de la muerte.

—Nada sé como para cantar sobre tal asunto —se excusó Rafael

Con el misterio develado, ahora no tenía dudas: Verónica le había confiado el único trozo de vida que había podido dejar en la Tierra. Pero entonces, si ella había sido capaz de llegar desde la muerte para entregarle su corazón, eso quería decir que el trovador solo podría devolvérselo traspasando esas mismas puertas.

Corrió tras la vieja gitana que le diera la clave del enigma.

Ella no esperó que la llamara. Sin que Rafael explicara la situación, la hechicera recomendó en tono grave:

—Tú tienes su corazón, lo he sabido. Debes mantenerlo a salvo, pues será con lo único que podrás encontrarla y hacerla volver. Para ello debes abrir primero los tres portones del infierno

—Si supiera dónde está, ni Dios ni el diablo impedirían que la sacara de sus entrañas

—Busca en tus trovas. Quizá halles la respuesta. —Y se marchó.

El problema no se presentaba fácil de resolver. Averiguó de incógnito entre los oficiales del pueblo, y supo que el cadáver sin corazón había sido echado a la hoguera por segunda vez, para asegurar la purificación de su supuesto horrible pecado. Se corría el rumor de que los gitanos condenados iban a parar al Infierno de los Errantes.

Rafael siguió trovando por varios días en distintas plazas, tratando de descubrir en sus cantares la respuesta que lo llevaría hacia donde Verónica esperaba ser devuelta a su inocencia.

Todas las canciones y leyendas iban a parar a un mismo lado: al recuerdo de su muchacha. La gente de las aldeas lo colmaba de regalos, comida y presentes; cada vez más embelesados por sus melodías, las que destilaban quejas de un amor malogrado, del que solo quedaba en un cofre un corazón caliente.

No daba con la clave, hasta que sus pasos lo llevaron a las postrimerías de Jaén. Allí, entre los pueblos, perdidos, al margen de todo y de todos, Rafael sintió su canción más dolorosa y tuvo la visión de una posada abandonada.

Entró a la ciudad por la noche, como un lobo acechando su presa. Caminó un buen rato hasta dar con lo que buscaba. Una

vieja posada derruida por la humedad y el salvajismo de sus antiguos moradores.

No había llave, ni la necesitaba: la puerta no existía. Resguardó el corazón en su morral y se dedicó a indagar en el lugar.

No había escaleras, ni subsuelos, aunque sí diferentes estancias abandonadas. Abrió todas las puertas, solo lo recibieron mugre y restos de comida en podredumbre. Sin embargo, comenzó a sentir cómo dentro del morral, el corazón de Verónica se agitaba cada vez con más desesperación.

Tras un pasillo que comunicaba con los establos, Rafael vio tres altas puertas interconectadas. Le cerraban el paso, y por más violencia que usó para derribarlas, no fue suficiente.

Deshecho de cansancio por sus intentos fallidos, se desplomó sobre la mesa principal de la casa. Pasaron varios minutos sin oír nada, hasta que se escuchó la carreta de un ropavejero que pasaba por la calle. Salió a toda prisa.

—Son las puertas del infierno —le gritó el carrero—. Si de verdad quieres abrirlas, debes dejar caer la sangre de tu propio corazón sobre el de la mujer que amas. Con esto puedes hacerlo. —Le estiró la mano.

Rafael no esperó más especificaciones. Volvió a las tres puertas, abrió el cofre y se hirió el pecho con una pequeña daga que le diera su ocasional amigo. El corazón de Verónica se mojó con la sangre de su enamorado, y al instante, las puertas se apartaron para que Rafael pudiera ingresar en negros jardines poblados por sombras de condenados inocentes.

La vislumbró entre cadenas, custodiada por dos cuervos gigantescos. Verónica lo vio arrastrarse luchando contra los maldecidos que le impedían el paso. Debilitado por la herida, Rafael puso el cofre delante de los carceleros.



—Me la llevaré —afirmó—. He venido a buscarla. Resguardé su corazón y con él la sacaré del infierno.

—Solo si terminas de entregar el tuyo —le fue sentenciado.

—No lo haré si no tengo garantías de su libertad —exigió Rafael.

Entonces las cadenas cayeron y Verónica quiso correr hasta el trovador. Los esbirros lo impidieron.

—Primero entrega tu corazón y la llevarás al cielo.

Rafael la miró y comenzó a cantar. Mientras lo hacía, fue hundiendo más y más la daga en su pecho hasta que su corazón saltó afuera del cuerpo con la última nota. Verónica misma, llorando, lo recogió y lo guardó en el cofre junto al de ella.

—Lo cuidaste para poder encontrarme. Ahora, en prueba de mi agradecimiento y mi amor, vendrás conmigo.

Los emisarios del mal desaparecieron; y todo se volvió nítido como la paz. Rafael abrió los ojos y se dejó llevar de la mano hacia un faro que indicaba la cercanía del mar. Hacia allí corrieron juntos.

La vieja gitana se sorprendió al abrir su puerta y encontrar un cofre con dos corazones humanos aún bullentes. Después comprendió. Los guardó bajo el piso de su alcoba, y nunca nadie supo qué fue del trovador y de su amada.

Sin embargo, al comienzo del otoño, muchos aseguraban que los veían pasar camino a Triana, él cantando sus amores; ella bailando sus bulerías.

—Los cuidaré hasta que yo misma pueda devolvérselos —se prometió la anciana.



## *Juventud en menguante*

Luján Del Prado

Liriel cavaba pozos en las dunas y así dejaba que las eras se escurrieran. Recordaba cuando la tribu celebraba su fortuna en la pesca. Las riberas querandíes eran en ese entonces fuente de prosperidad, antes de la oleada de extraños seres con ridículos cascos que habrían de tomar territorio indígena para su provecho. Ella no se cansaba de hollar la inconstancia de los médanos oceánicos mientras esperaba. Él le había jurado que volvería.

Su padre había ayudado en la resistencia contra el adelantado, fundador de la Ciudad de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires. Luego de una cruenta derrota, los nativos debieron agachar la cabeza y aceptar su reubicación. Si bien su familia había conseguido conservar su asentamiento en el río Salado, la época de relativa paz culminaría. A ello se sumarían las enfermedades que diezmarían a su tribu e iría dejando cada vez menos sitio donde vivir como legítimos dueños de la tierra.

Su comunidad se perdería en las bocacalles del incipiente criollismo. Las tolderías resistirían hasta donde el poder invisible lo quisiera. De todos modos, la joven nativa nunca mezclaría su sangre con la del blanco invasor, Cristóbal se encargaría de evitarle ese destino.

Él, junto a varios compañeros, había quedado custodiando el fuerte cuando Garay marchó a plantar sus estandartes en Santa Fe de la Veracruz. Soñaba con lo que había escuchado de boca de otros aventureros: en algún lugar de aquel edén, oculta

entre malezas selváticas, se hallaba una fuente de juventud eterna. Esta prodigaba la inmortal edad de la primavera a quien bebiera de sus aguas.

Una mañana, cuando la hora no se decide entre el sueño y el despertar, Cristóbal la vio pasar. Era verano, el río había amanecido más plateado que nunca. A su arrullo, Liriel comprobaba cómo la aldea iba tomando forma, construcción a construcción. Con el fin de que este progreso amasado con sangre no acarrease más penas a sus hermanos, se había instalado en su trazado a medio planificar, para ayudar a los sometidos.

Cristóbal había llegado al límite: no soportaba el hambre ni la hediondez de los muertos. ¿Qué mejor oportunidad de desertar? Al norte, el adelantado imponía sus laureles venciendo resistencias. No lo sabría.

Algo se lo impedía aún: la joven nativa.

Durante varias semanas, el soldado se dedicó a espiar los movimientos de su presa.

Cierta tarde, el padre de Liriel comunicó a los miembros de su tribu que emprenderían el regreso rumbo a sus dominios, en breve.

Cuando Bernardo, comisionado por Cristóbal, le comunicó dicha decisión; el soldado creyó que moriría de un síncope. Reunió a algunos compañeros fieles.

De tal manera aconteció que, en el curso superior del Salado, entre la soledad quieta de los campos, los españoles salieron al cruce de los aborígenes, provocando el desconcierto. Padres, hermanos y guerreros ni siquiera tuvieron tiempo de demostrar su bravura. Sorprendidos por la emboscada, nadie pudo impedir que Cristóbal alcanzara a la muchacha. Ambos desaparecieron en medio del caos.

Ya en los brazos de Cristóbal, Liriel observó a su gente reti-

rarse sin medios para dar una lección al insolente.

A pesar de la amabilidad de este, la joven se mantuvo a distancia los primeros días de su cautiverio. Sin embargo, a medida que las jornadas se sucedían, iba perdiendo su renuencia inicial.

—Te he traído conmigo porque te amo.

Ella no podía responder a un idioma que aún no dominaba. Bernardo, cómplice, se atrevió a sugerir:

—Necesitas a alguien que entienda su lengua.

—Hazme el favor de buscar a Ibáñez. Ha tratado con los indios y ha aprendido su lenguaje.

Pasó diez días dibujando con una ramita en la tierra, haciendo gestos enigmáticos que tradujeran sus sentimientos. Cristóbal intentaba que Liriel descifrara las claves del amor. Se equivocaba al suponer que ella no lo comprendía. Permanecía sentada y callada, aunque en ocasiones fuera a buscar agua o ayudara a asar alguna presa. Pero no hablaba. Le daba miedo, aunque la idea de fugarse estaba descartada.

Finalmente, Ibáñez llegó. Para su extrañeza, se topó con el curioso hecho de que la joven aborígen comprendía lo que se le estaba diciendo.

—La otra tarde aseguraste que me amabas. Yo también te amo. Pero si realmente me quisieras como dices, no me quitarías el derecho de ver a mi familia.

—No te lo he quitado. Solo temo que si te marchas, no regreses a mí.

—Pruébalo, si me tienes confianza.

Entonces Cristóbal le narró su sueño de hallar aquella dorada fuente de la juventud.

—¿Irás a buscarla?

—Ahora tengo mayores razones para hacerlo. Quiero darte como obsequio el mejor don, sus aguas.

—Tu primer regalo será regresarme a mi lugar. Extraño a mi padre. No sé qué ha sido de mi gente.

—Te dejaré allí pronto, antes de emprender mi camino. Juro que volveré. Y lo haré por el mar.

—¿El mar? Es un enigma para mis ojos

—¿En serio no lo has visto nunca? De allí vino el infortunio de tu raza.

—Nunca.

—Te llevaré allí antes de devolvarte a tu familia.

Emprendieron el camino al noreste con los víveres necesarios. Al rayar el alba de un anochecer de luna menguante, formaciones de arena amarilla se irguieron ante ellos. No crecían los árboles, pero detrás de las dunas, una incógnita llanura reflejaba la bóveda celeste.

Liriel entrevió entonces la grandeza del poder invisible. Permanecieron abrazados junto a la orilla. De repente, él quiso saber en qué luna la madre de Liriel había materializado su ausencia.

—En luna menguante

—Anoche fue luna menguante —susurró Cristóbal

Apenas lo mencionó, tomó forma el contorno de una esbeltez femenina parecida a Liriel.

—Me han invocado con un interrogante inocente, estoy aquí para decir algo que deben escuchar: no arribarás a estas playas en muchas lunas, Cristóbal, pues el sacrificio de la juventud eterna debe ser pagado. Sabrán de las penurias que acarrea la proximidad de la muerte, aunque esta no llegue. Solo después de haber experimentado ese periodo, aprenderán la

lección de la edad florida, y cuando hayan bebido de esa fuente suficiente cantidad de primaveras, entonces sí morirán felices.

Los enamorados debieron concertar el rito de la espera de manera tal que Liriel iría cada alba que siguiera a la luna menguante a ese mismo lugar.

—El éxito de que vuelvas —agregó el espectro—, depende de la fidelidad de la espera.

—Verás mi vela nuevamente cuando la noche menguante limite con el alba —afirmó el soldado.

Cumplió su promesa. Después de dos meses de ausencia, Liriel divisó los toldos.

—Espérame —le recordó Cristóbal

La tribu la vio correr hacia ellos. Al calor del fuego, su padre escuchó boquiabierto la sincera confesión del amor recién nacido. Quizás el cacique hubiera tomado alguna determinación drástica, pero no le fue posible ni siquiera asimilarlo. Se presentaron las pestes que diezmaron a los suyos en semanas y acabaron con su vida, mientras, en aquella primera luna en cuarto menguante, Liriel esperaba. Entretanto, los conquistadores dieron el golpe de gracia. Al llegar a la tribu, solo la recibieron el humo y el dolor.

Sola, decidió levantar una choza más cerca del mar. Disponía del caballo de su hermano, de víveres hurtados y de una fortaleza sorprendente para hacer frente a la adversidad.

Vio arriar el ganado a los gauchos. Vio crecer las ciudades fundadas. Vio batallas, vio progreso. El tiempo no tenía significado, aunque envejecía. Cada noche de espera agregaba una cana a su cabello azabache y una pesa más a su lentitud.

Vio pasar por el desierto los ejércitos del general, en pos de sus compañeros de raza. Mucho antes, le pareció escuchar que había nacido la patria, después de que unos señores ingleses

habían intentado invadirla. En otra ocasión, que esa patria se había independizado de soldados como Cristóbal. El tiempo no era sino esa espera.

Desconocía que llevaba en su tesón casi doscientos años de fidelidad.

Hasta caducar los años mil ochocientos, aguardó el alba de aquella noche menguante.

Ocurrió luego de un eclipse. Guiada por una presencia que no podría haber descrito como otra que la de su madre, Liriel durmió en el bosque, cerca de las olas. Su corazónada provenía de la misma aura bronce descendida del sol eclipsado.

Al alba, el horizonte se vistió de rojo y amarillo.

Liriel sintió que le rozaban el hombro.

—No la encontré —explicó un anciano con la armadura abollada por la decepción.

Cláusula profética, ninguno de los dos sabía que habían transcurrido los plazos de la historia. Volvieron a besarse.

La vejez se escurrió de la sangre de los amantes. Después de un minuto en el que comprendieron lo que nunca habían comprendido, se tomaron de la mano y echaron a correr. Él le había dado por fin el obsequio prometido.



## *El último abrazo*

Sylvette Cabrera Nieves

«Nuestros miedos no detienen  
la muerte, sino a la vida»  
- Elisabeth Klüber Ross

El tímido sol trepa en el cielo de camino a mi destino. Voy al cementerio, como cada mes, desde hace un año. Llevo un ramo de zapatitos de Venus y azucenas, que tanto le gustaban a Mar. Dirijo mis pasos a través del mismo portón de piedra blanca y gris que conduce a los sepulcros. El laberinto que distingo entre la distribución de las tumbas y los mausoleos me hace reflexionar que la vida es así, un mismísimo enredo. Es misteriosa como el laberinto del camposanto, una maraña que nos compete descifrar. Mis ojos recorren los sepulcros, como siempre, advierto las lápidas con ángeles, santos, querubes y flores. Solo en algunas percibo bancos de cemento donde poder sentarse, elevar una oración o permanecer en silencio.

Reconozco la cruz de los brazos abiertos con el inmenso rosario a su alrededor. Me arrodillo de súbito y la abrazo. Allí habita la otra mitad de mi alma y desde entonces vago por el mundo con mi corazón partido. Entonces me pregunto «¿Quién hubiera podido precisar los cambios?». ¡El inesperado final! ¡Ah! su terrible ausencia...

Sentí, claro que sí, la desesperación por las vagas noticias

de lo sucedido y la incredulidad como primera respuesta en comunión con las lágrimas. Debe ser una persona que se llama igual. Sin embargo, la esquila a media página en el periódico confirmó la verdad. Las llamadas recibidas también. No, no podía creer las palabras escritas en el anuncio de la aciaga noticia. Angustia de lo que se desconoce, de las preguntas sin respuestas. De la cofradía de los santos reproches.

Una mezcla de rabia y orgullo invadió mi ser, mientras el letargo se paseaba por mis cuatro puntos cardinales como una ancha brasa. Permanecí en ese estado de no querer entender ni creer lo que sucedía a mi alrededor, que es como quedarse suspendido en un sempiterno limbo. Aturdido se me perdieron las últimas palabras de mi Mar: «Andrés, recuerda que te amo».

En la funeraria recibí, como un sordo, las palabras solidarias de amigos, familiares, colegas y clientes queriendo mitigar con ellas la pena que me embargaba. Estoico y sumido en mi desconsuelo, agradecí el rosario de sus afectos con un minúsculo ladeo. Mi vínculo con Mar terminó hace más de tres meses, abruptamente, sin previo indicio. Ahora no queda tiempo para ese último adiós ante su repentino fallecimiento.

Mientras escucho las voces y murmullos al fondo, repaso la noche que decidió alejarse de mi vida sin explicaciones. Solo con palabras fincadas en lágrimas y con sazón agria, fuerte, amarga. Como un inesperado viento borrascoso resonaron las palabras dichas como flechas envenenadas, como golpe del destino que abatió la felicidad hasta entonces compartida. Demudado no pude rehusar la dádiva de los retratos aglutinados dentro de la pequeña caja de madera.

La misma que en ese instante se me antojó como un ataúd; pues ella sin saberlo, simbolizaba mi muerte. ¡Señal agorera!

Entonces lloré a presión desde una honda y firme ternura.

Luego salí de la casa, dándome cuenta que no fue un sueño. Avasallado, resucitando sus duras palabras que cayeron en el vacío de la desesperanza, y el sollozo apenas contenido. «¡Esto no puede ser!», grité como un eco hasta llegar al automóvil. Pero algo dentro de mí se aferró a la esperanza mientras transitaba por la avenida. Hablaremos mañana, sí, tiene que haber un malentendido en este asunto. La tristeza es la muerte, dicen algunos, pero yo no pienso así. ¡Tiempo al tiempo! Eso es, le daré espacio para que recapacite. Para que comprenda su error e injusticia conmigo. Caray, que sigo sin entender nada.

Pero para mi sorpresa, pasaron los meses y solo fueron figuraciones más. Jamás hubo reconciliación. Todo fue inútil. Nadie tuvo la culpa. No hubo explicación certera. En vano me abracé a la esperanza. Por fin acepté resignado que cuando el amor se desgasta, no hay marcha atrás. Pensé en la eternidad, la vida y la muerte, la alegría y en el dolor tan intenso que jamás sentí por alguien.

Después de todo y sin distinción, habremos de convertirnos en polvo igualmente. Aprendí que la vida prosigue. Que después de la tormenta llega la calma. Por lo que acogí como parte del proceso de pérdida una rotunda frase que dice «Lo único que a mi juicio sana verdaderamente, es el amor incondicional». Asimismo dijo Wayne Dyer «Que la paz interior es el resultado de reentrenar tu mente para que procese la vida como es, no como te gustaría que fuera». Ahora de la mano de dichas sabias palabras, me encamino a afrontar con fe y esperanza la vida. Me despojo de la tristeza, los dolorosos recuerdos y el fuego de la muerte sobre mí. Me abro a la vida y al privilegio del amor otra vez.

Bajo un sol a plomo, con el paraguas cerrado, y sin lágrimas,

musité una plegaria a manera de despedida. Luego me marché como empujado por el viento sin saber si habrá un próximo encuentro con Mar, Mario José, o tal vez ya no...

## *Te presto mis ojos* Héctor Alfonso Degiovanni

Recuerdo nuestros primeros días en la cabaña del bosque junto al lago. Entonces era primavera y, para nosotros, era un día a la vez.

Nos movíamos por el lugar buscando la habitación con la mejor luz natural, la que haríamos nuestro dormitorio. Buscábamos la mayor claridad posible, como lo hacen las hortensias en el bosque, que se mueven y retuercen compitiendo una con otra.

Recuerdo cuando quedamos agotados sobre la cama; yo me defendía con la sonrisa y vos atacabas con el silencio. Habíamos saboreado los nutrientes esenciales del amor, como también lo hacen las raíces que prueban el suelo hasta dar con los alimentos vitales.

Recuerdo cuando cesábamos en las palabras y nuestros cuerpos se volvían marañas, como la hiedra que trepaba por el muro en el frente de la cabaña buscando los mejores lugares para agarrarse y alcanzar altura.

Hoy llueve, también, y los recuerdos de aquella tarde se amontonan en mis ojos. Era agua torrencial lo que caía, pero no era una lluvia de la que refugiarnos, sino una que invitaba a bailar. Y yo no podía decidirme entre tu sonrisa o tu mirada. Vos, con los ojos encendidos, me dijiste que siguiéramos bailando, que éramos las historias que vivimos para contar.

Cómo no recordar el sofá junto a la chimenea. Ahí descubrimos las afinidades emotivas que, con algo de voluntad, cual-

quier pareja es capaz de encontrar. Nos contábamos anécdotas de nuestra infancia, cosas serias y también pavadas, como suelen hacer los amantes que quieren saberlo todo del otro: un yo era, un yo tuve, un yo fui. También proyectábamos sueños: un yo quiero, un yo deseo, un mejor si... Entonces no sabíamos, pero conocíamos las probabilidades, que no estábamos ahí construyendo el futuro.

Recuerdo cuando me agarraste, del mismo modo en que se corta una naranja del árbol crecido en un patio, y me dijiste «Te presto mis ojos». Con los ojos tapados por tus manos, caminamos por el sendero boscoso hacia el lago. Me fuiste describiendo los árboles y sus formas, las flores y sus colores, los pájaros sobre las horquetas y sus sonidos. Te dije que era un lugar como salido de un pasaje bíblico. «Así es, al cielo se llega de a dos», me susurraste al oído.

Te confesé mis ganas de tener mi propio jardín, con muchas azaleas, lavandas y hortensias; las mariposas llegarían solitas, bellas y delicadas. «Y fácil de herir», agregaste. Yo hubiera preferido que no lo dijeras.

Pero vos, a todo esto, lo recordabas distinto.

Te quejabas por la poca señal en tu celular. Con un cuchillo intentaste podar la hiedra que cubría el muro del frente. Dijiste que las hojas que colgaban sobre el ingreso molestaban el paso. Te lastimaste y las venas en tu cuello se hicieron más visibles. Revoleaste el cuchillo tan lejos que no lo encontramos hasta días después. No pude sostenerte la mirada. Siempre mirabas de frente, como un niño, y hacías las cosas del mismo modo. Supongo que hay segundos que quedan para resumirlo todo.

Hace poco volví a la cabaña. Esta vez en otoño. Sigue el mismo olor a tierra húmeda y a chimenea. Pero los colores son distintos y lucen con más fuerza en el silencio del bosque.

También tenías razón en eso, los árboles crecen sin ruido.

Hoy, yo te presto mis ojos.

No se ven tantas flores, porque para eso está el otoño. En los árboles triunfan los colores tierra y los amarillos en su versión más clara. El sendero hacia el lago está coloreado con los tonos más atrevidos de la paleta de Monet. A veces pienso que el otoño está más vivo que la primavera ¿qué dirías vos de esto?

El nogal tiene pocas hojas y las vainas del jacarandá cuelgan secas. Una ráfaga de viento frío trae a mis pies un poco de hojarasca. Si las tocás, parecen papel, y si las apretás un poco, las desmoronás.

Alguna vez supiste explicarme que el nacimiento de cualquier flor, incluso de la más fea, empieza cuando una semilla cae en el lugar apropiado y, una vez que germina, el proceso es irreversible y solo se puede detener si la planta muere. Yo no puedo dejar de pensar en eso. Porque así éramos nosotros, que cuidábamos uno del otro con la misma delicadeza con que se sigue la evolución de un brote que espera su tiempo hasta que la planta decida si habrá flor. Entonces, si la hay, esa flor será hija de la planta madre y estará condenada a morir antes que ella.

«Somos la historia que vivimos», me dijiste bajo esa lluvia. Supongo que es cierto. También creo que somos lo que perdimos. Hoy siento crecer dentro de mí un rizoma de esperanza, ya que volveremos a vernos, no con los mismos ojos, porque en algo te equivocaste, al cielo no se llega de a dos.





## *Amar en tintas*

Héctor Alfonso Degiovanni

Ahora ella le sonríe desde el otro lado de la sala, mientras él agita su mano desde este lado y la mira por momentos a ella y por momentos al cartel que dice Tattoo.

Desde este rincón, él ve al muchacho con el piercing que agarra el papel, lo apoya en el antebrazo de la chica y calca el contorno. Después será su turno, porque así lo habían acordado. Porque así había estado en su cabeza todo ese tiempo, desde que descubrió la nota y se alejó al patio a repasar nombres y enlazarlos con historias.

No había sido por una coincidencia. Alguien dejó el papel dentro de la carpeta de matemáticas para que él lo descubriera al regresar del recreo: «Tu chica se acuesta con uno de los vagos de la peña». Apenas una oración que destruyó su mundo. Tres años juntos en una vida de dieciséis años es mucho, muchísimo. Releyó cuatro o cinco veces la nota sin salir del asombro. Podía no darle importancia, pero ese mensaje le pertenecía: formaba parte de él.

Ahora tiene todo decidido: él ya fue a esperarla a la salida de la fiesta, ya le habló, atropellado, pero sin insinuar que lo sabía. Le pidió tatuarse cada uno el nombre del otro. Ella dijo «¿Por qué no?».

Vieron tatuajes que les provocaron dudas, pero el que eligieron es «Una apuesta segura», dijo él. Tenían opciones para todos los gustos: discretos, llamativos, con color, con fechas.

—¿Con cuál nos quedamos? —preguntó ella.

—Vamos por algo bien elaborado y chillón, para poder verlo siempre —dijo él.

El muchacho desinfecta el antebrazo de la chica y se coloca guantes. Ella parece estar cómoda y, encima, contenta. «Eso es muy bueno», se dice él.

Había pensado los hechos, una y otra vez. Ató y desató las imágenes. Casi siempre se juntaban en la casa de algún compañero o en fiestas del colegio. No pudo hallar ningún símbolo premonitorio, nada. Lo volvió a pensar. Necesitó todo ese día, también toda la mañana y toda la tarde del día siguiente, porque siempre pensaba las cosas así. Cada vez que ellos se encontraban, terminaban en la misma cama. Eso era infalible. Pero no había sido así las últimas dos veces. Entonces lo supo. De repente estaba tan enojado con él mismo —¿cómo no se había dado cuenta?—, y con ella y con toda la gente que conocía.

Abre el paquete y saca el primer cigarrillo. Lo enciende. No puede sacarse de la cabeza esa nota. Lo único bueno, en los últimos días, había sido esa borrachera solitaria que nunca había tenido. No quería ir a ninguna parte, no tenía ganas de hablar con nadie. Solo pretendía ordenar las ideas. Pensó que una buena pelea, una buena discusión ayudaría, pero no, no podía pelear con ella, nunca lo había hecho. Ahora, sentado en este rincón, ve cómo el muchacho acciona el pedal y las agujas penetran.

—Llego hasta la dermis —dice el del piercing.

«Metele nomás, ya me pertenece», se dice él. La sigue mirando con algo de bronca. Y ¿por qué no iba a tener bronca si estaba herido en su orgullo? Sonríe y, de pronto, se siente por dentro poderoso, consciente de su ventaja: él sabe y ella no lo sospecha. Prende el tercer cigarrillo y ve cómo el muchacho

limpia la piel con jabón, cómo cambia por agujas más gruesas y, con el pulso firme, inyecta el color, mucho color.

Cinco de la tarde, y las cosas marchan como lo tenía planeado. Se decide a hablar:

—¿Qué te parece?

Ella tarda un tiempo en responder.

—Duele mucho, carajo, espero que quede bien.

Él sonríe.

«Aguantá un rato más, ya vas a ver qué bien te va a quedar mi nombre», piensa, y dice que sí, que va quedando muy lindo, que no se preocupe.

Después, el muchacho con el piercing empieza a limpiar el antebrazo. «Va a sangrar un poco ahora», dice, «respirá hondo, flaca». Luego protege el nombre tatuado con un film transparente y lo mira a él:

—Vení a echarle un vistazo.

Él se acerca y se queda ahí, con la cabeza rígida, inmóvil.

—¿Qué te parece, amor? —dice ella con los ojos puestos en él.

—Es solo un nombre.

—¿Qué?

Él siente ganas de gritarle cosas, pero no, piensa que si lo hace, tendría poca importancia. Entonces dice despacio:

—Es el nombre de alguien que perdiste.

Dice eso. Nada más. Y no se queda parado ahí, suficiente había tenido con esperar tantas horas. Sale y desde la puerta ve que ahora ella lo mira con asombro desde allá adentro, mientras él agita su mano, desde acá afuera.



## *Aguacero de la bruja*

Alejandro Aguilo

El primer aguacero del 31 de mayo llevó consigo otros bríos. Con la ventana descubierta, el aire fresco y puro, me entró de sopetón como un chiflón de ondulaciones a mis pulmones rejuvenecidos. Sin mascarilla que me lo impidiera, mi respiración se tornó más plácida, continua y constante. Verdadera ventura en tiempos de cuarentena, donde el miedo azota estremeciendo la vida y la muerte. Luego culminó, lo justo para dejar atrás la sequedad y empapar las zarzamoras del bosque. Entusiasmado, me encaminé con mi tapabocas y barbijo a cuestras.

Al llegar, me sorprendí al ver que se encontraba una bruja cosechando moras, con pulsos sutiles y delicados, que disfrutaba echándose a probar de este fruto. De pronto, de manera precisa y fugaz, percatándose de mi presencia, me mira con una sonrisa angelical, la sentí visceral y en mi interior. También sentí una gran devoción al distinguir su belleza. Tenía orejas ocultas y disimuladas en sus cabellos diamantes y lisos sobre los hombros, tez transparente, nariz respingada y ojos iluminados color rosa mosqueta, contorneados con tonos de matices verdes que hacían un contraste cautivante; su cuerpo tenía casi la misma altura que el mío.

Me presenté, «Mi nombre es Al». Le dije que por años he respirado con la tranquilidad revitalizante de quien prescinde de la poca anhelada muerte. Rio como la celebrada vida.

—El mío es Anaís. ¿Qué tal? mucho gusto, pero no te puedes llamar Al.

Le respondí con cierta suspicacia que los nombres carecen de relevancia en estos tiempos de desilusión y desesperación.

Ella determinó la verdad con furia y desdén, ¡todo y caótico!

—Entonces, preguntarte tu edad se ajusta a la veracidad.

—Tengo veintitrés años y te propongo en acto convencida, tú tienes veinticinco años.

—Tengo veintinueve años, te lo voy a plantear de esta manera a ver si te convengo: Mi fecha de nacimiento fue el veintinueve de noviembre del ochenta y nueve. Mi cumpleaños, el veintinueve, del mismo mes, claro está. Aquello se remonta hace bastante tiempo, a los cuatro años exactamente. Teniendo la noción de mi fecha de nacimiento, me aventuré a decirle a mamá que cuando cumpliera veintinueve años, iba aproximarse con el veintinueve de noviembre.

»Ella miró desconcertada, era desfigurarse la realidad de la misma fecha. Aquella relación se puede hacer desde los que nacieron a principio de mes hasta su totalidad definitiva de días. Por ejemplo, los que tendrán veintinueve años, el veintinueve de febrero, van estar hablando de esto. Aclaro, todo depende de si el año es bisiesto, ya que existen alrededor de seis horas libres por año, que las transforman a un día más, cada cuatro años. Aparte, me parece que no hay una receta para la longevidad, allí implican varios factores. La salud es importante, pero no eterna como tampoco lo es la vida, sería una cuestión utópica por lo menos hoy. Podría ser precipitado proyectarme hasta los ochenta y nueve años si no tengo esperanza ni optimismo, digo los ochenta y nueve años porque nací en mil novecientos ochenta y nueve. Si desde aquí me trata bien la vida y me aprecia, cumpliéndose ese momento, añoraré y llamaré con premura y urgencia a mi numerólogo y le preguntaré: «¿Si vivo

ciento veintinueve años, estaré relatando lo mismo, como hace un siglo atrás?...»

»Al, me das infinitud para vivir. A su vez es sabido de viva voz, en una rara distinción, que las mujeres viven más que los hombres, y ellos sucumben en el letargo del intento. Por mis experiencias sé que cada cual y cada uno perdura en lo sucesivo de la búsqueda infatigable de la inmortalidad, condición idealizada y venerada. Por otro lado, tenemos la justa medida de lo razonable, que transgrede los límites de la desprestigiada imaginación humana; es allí donde se aguardan y se desenvuelven los sueños de un mundo de paz y amor, y de la no querida muerte. Por azares del cielo y el paraíso, fui fecundada al resplandor del destino. Mi fecha de nacimiento fue el veintinueve de febrero de mil novecientos noventa y nueve, y a los noventa y nueve años, llamaré a mi numerólogo, los consagraré en una estocada tatuada en lo más hondo de mi corazón, y le preguntaré: «¿Si vivo ciento treinta y nueve años, podremos vivir en equilibrio y armonía?».

—Cuestionar es una interrogante e incógnita que mueve cerros y montañas, pero nadie ha cambiado el curso y cauce normal de la vida, solo el tiempo que transcurre .

—Al, toda revelación de un pensamiento que se ramifica y se apodera de la razón posible es predominantemente avasallador. Si se ha logrado dialogando de acuerdo hacia la injusta medida de lo existente, por ese estímulo desconocido, la vida se convierte en un aguacero torrencial de malas ideas, que se bifurcan, enmarañando nuestra conciencia. Especulaciones que tropiezan en razones inaceptables, reprochables de la existente mezquindad imperante.

»Al, las personas ilusas y denigradas, en estos tiempos de pánico y desesperación, arrastran una desventura inagotable, en

el desencanto cotidiano de vivir como esclavos —manifestó—. El antídoto de vivir tantos años, para almas resquebrajadas y maltratadas por las desdichas sistemáticas e inhumana, ¿sabes cuál es?

Yo deseaba una respuesta que fue de un presente que exageró los sentidos. Algo que para mí era inefable e inquietante. Nuestras miradas, en santiámenes de parpadeo se enlazaron. Con mis ojos plomos de pájaro carpintero, abatido y desplo-mado. Ella seguía deslumbrando con unos ojos fulgorosos y destellantes. Repentinamente giró mi rostro. Era tan hermosa de cerca, con sus labios ligeramente abiertos. Hechizó y tanteó mis reflejos. Se impulsó con ligereza y fineza. Me dijo: «Cier-ra esos benditos ojos». Yo le dije: «Cierra esos ojos de bruja hechicera». Me acarició la nariz con sus dedos, bajando con sutileza al mentón, me mordió suavemente las comisuras de mi boca, por cada palpitar y suspiro se hechizó en un conjuro, por sus labios color rubí y de sus cabellos diamantes flechas que se deslizaron y se enterraron en mi corazón, como la con-ocida y perpetua muerte de Dios.



## ***El único momento***

Manuel Gallo Mainero

Era Noche de Brujas.

La noche que había estado esperando y deseando. El único momento que tendría para hacerlo...

Vanissa estaba más ansiosa de lo que había pensado y mucho más de lo que podría reconocer ante otros. No podía dejar de frotar sus manos en las piernas para quitarse el sudor húmedo que las cubría, ni podía dejar de darle sorbos a la taza que reposaba en la cómoda que tenía frente a sí, ni tampoco podía dejar de mover su pie izquierdo al ritmo de la música que se reproducía en su cabeza una y otra vez, como un tocadiscos que está dañado. Estaba harta de sentirse así, pero sus emociones eran más fuertes que ella. —¿Estás lista? —le preguntó una voz a su espalda.

Vanissa pegó un respingo. ¿A qué hora se había acercado Rena? ¡Pero qué bueno!, porque por fin sentía que el bucle mental que se había estado repitiendo en su cabeza había llegado a su fin.

—¿Es la hora? —preguntó.

—Las diez —asintió Rena.

El corazón de Vanissa se aceleró. Sin hacerlo consciente, se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta, pero se detuvo, volvió a la cómoda, cogió el *lipstick* y se aplicó en los labios una generosa capa color carmín.

—¿En serio crees que te hace falta más? —le preguntó Rena.

—Quiero verme bien.

—Querida, eso es imposible. Nuestros genes no son particularmente agradados.

—Yo me siento hermosa.

—Hay que verse al espejo más seguido.

Vanissa lo hizo y se dio el visto bueno. Ciertamente, no era la mujer más hermosa; no tenía los rasgos más finos y bonitos, pero hacía lo posible por verse bien. Lo importante era cómo se sentía.

Respiró profundo.

—Es la hora.

—Hay que aprovechar el tiempo, que tenemos pocas horas para atrapar humanos.

—No me interesa atrapar a nadie. Solo quiero encontrar a Argus.

—¿Sigues pensando en ese tipo? Solo lo has visto dos veces, en dos años diferentes.

—Ha sido tiempo suficiente para darme cuenta del hombre que es y saber que lo quiero para siempre.

—No lo has visto en un año. ¿Cómo sabes que sigue siendo el hombre de antes?

—Sigue siendo el mismo.

—¿Crees que ahora que lo veas las cosas van a prosperar?

En los labios de Rena apareció una sonrisa burlona.

Vanissa exclamó:

—¡Me voy a encargar de eso!

—Mejor búscate a un humano que tenga sangre caliente y deliciosa. Lo vas a necesitar para el resto del año.

—No me interesa. No voy a cambiar mis planes de esta noche.

—Después no te quejes por no tener alimento.

Rena se marchó de la cámara de su hermana.

Vanissa volvió a mirarse al espejo.

—Esta noche, Argus sabrá lo que siento por él.

Unos minutos más tarde, Vanissa se estaba preparando para salir, junto a Rena y sus otras hermanas, quienes no dejaban de hablar.

—Me voy a conseguir la mejor presa de todas.

—Eso dijiste el año pasado, y ¿de quién fue la mejor presa?

—Tuya, no —rezongó Rena.

—Tampoco tuya, porque te duró solo unas semanas.

—Este año será diferente.

—¿Y tú, Vanissa? —quisieron saber sus hermanas.

—Yo estoy bien.

—Nadie te preguntó cómo estabas.

—Signo de que estás nerviosa, querida —apuntó Rena, otra vez con sonrisa burlona y haciéndole unos cariños *apaciguadores* en el brazo—. Ya, no te sientas así. Lo que pasa es que tiene echado el ojo a alguien.

Vanissa le lanzó una mirada fulminante.

—¿En serio? ¿A quién?

—No les importa.

—¡Dinos! No vayamos a verlo y lo queramos atrapar.

—¡Ni se les ocurra! Argus es mío.

—¡Hasta lo llama por su nombre!

—Está enamorada...

—Rena, cállate.

—¿No estás enamorada?

—¿Y qué? —respondió Vanissa, levantando la barbilla—. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno.

—Estás celosa.

—¿Del amor que sientes? No. El amor es repugnante.

—Es bastante despreciable —apuntaron sus hermanas.

—Lo dicen porque no se han enamorado, pero cuando lo hagan, van a descubrir lo bello que es.

—Lo dice alguien que ha visto al individuo dos veces nada más.

—Es ridículo.

Vanissa fulminó con los ojos a Rena y salió de la cámara montada en su escoba, escuchando las risotadas de sus hermanas.

Ya les demostraría lo equivocadas que estaban. Encontraría a Argus, hablaría con él y pronto serían una pareja formal. No volvería a verlo una vez cada año, sino todo el tiempo, a todas horas...

El viento soplaba con fuerza a su alrededor mientras ella volaba por el cielo y pasaba enfrente de la enorme y amarillenta luna, cruzando el umbral entre el mundo de las brujas y los monstruos para entrar al mundo de los vivos. Ese era un viaje que solo se podía realizar una vez al año, precisamente, durante la Noche de Brujas.

Era la única oportunidad que tenía de llevar a cabo sus planes.

Un año había esperado para eso y el día (o noche) había llegado.

En cuanto cruzó el umbral entre los mundos, Vanissa sobrevoló varias ciudades, acompañada de otras brujas, hasta que llegó a la ciudad en donde había visto a Argus los dos años anteriores.

Todavía era temprano. Faltaban varias horas antes de que terminara el día y el umbral entre los dos mundos se cerrara.

No le tomó mucho tiempo volar hasta la casa de Argus. Su corazón latía cada vez con más fuerza.

«Pronto lo voy a ver... ¡Muy pronto!», gritaba en su cabeza mientras se secaba las manos en su ropa morada y gris.

Apenas llegó a la casa, descendió hasta posarse frente a una de las ventanas superiores, pero el interior estaba oscuro, así que fue a echar un vistazo.

Todo estaba oscuro adentro.

De repente, la puerta de la casa se abrió desde el interior y una persona echó a andar por el camino.

—¿Argus? —lo llamó.

Pero no era él, para su decepción, sino otro joven, que llevaba ropa negra y tenía la piel muy blanca.

—Tú no eres Argus. No estás tan guapo, ni hueles a él... ¿Dónde está? ¿Quién eres?

No obtuvo respuesta por la sencilla razón de que el joven no podía verla ni escucharla. Pues claro, ¡porque era una bruja!

Vanissa quería llorar su pena, pero se contuvo. Si ese joven se parecía a Argus, tenía que ser pariente de él. Su hermano, primo, o algo así.

—Llévame con Argus. ¡Por favor!

El desconocido se metió a un coche que lo estaba esperando en la calle. Dentro, había dos personas que iban disfrazadas de vampiros, con colmillos falsos y pupilentes azules. Vanissa sabía que eran disfraces, conocía a varios vampiros y sabía que no se veían así.

El coche arrancó y a toda velocidad avanzó por la calle.

La bruja lo siguió en su escoba.

Para su decepción, el coche se detuvo frente a otras dos casas y más personas disfrazadas se subieron a él.

—¡Bueno, pero ya vámonos! Quiero ver a Argus.

Cuando el coche se detuvo por tercera vez, todos los que estaban adentro se bajaron y caminaron hacia una casa de

donde salía un estruendo tremendo, mezcla de música, voces y risas. Vanissa se emocionó. ¡Seguramente Argus estaba ahí!

Con su escoba sobrevoló la casa y se asomó a todas las ventanas, pero había tanta gente adentro y en el patio que era imposible distinguir al objeto de su amor.

Decidió esconder su escoba en el techo de la casa, porque no quería que nadie se la robara o la usara para cosas que no se usan las escobas de las brujas, como limpiar.

Una vez que tocó el pavimento, Vanissa se volvió visible para el mundo humano. Entró a la casa y se abrió paso entre la gente.

—¡¡ARGUS!! ¿ALGUIEN LO HA VISTO? ¡Hola! ¿Tú has visto a Argus?... ¿Por qué no me contestas?... Oye, ¿sabes quién es Argus? ¿Lo has visto?... ¡¡ARGUS!! ¿Estás aquí? ¿Me escuchas?

¿Por qué nadie contestaba?, si al hacerse visible también su voz se había vuelto audible. Subió al segundo piso, pero tampoco lo encontró ahí, así que salió al patio, donde había un montón de personas hablando, riendo y besándose, vestidas de calaveras, hombres lobo, brujas, momias, vampiros, calabazas y otros disfraces estrafalarios.

¿Sería que Argus estaba entre ellos y no podía distinguirlo?

Desesperada, Vanissa se acercó al tipo que estaba poniendo la música, que bailaba y se movía como demente. Sin que se diera cuenta, cogió el micrófono y se lo puso frente a la boca, para, con toda potencia, gritar:

—¡¡ARGUS!!

—¡Ey! ¿Qué haces, nena? —le preguntó el DJ—. Si quieres decir algo, deja que le baje a la música, para que te puedan escuchar.

El DJ le bajó a la música.

—Gracias. ¿Conoces a Argus?  
—¿Quién es ese?  
—¡¡ARGUS!! —gritó al micrófono—. ¿Estás en esta fiesta? Te estoy buscando. Muero por reencontrarme contigo.  
La gente empezó a gritar.  
—¿Qué pasa con la música? ¡Pónganla!  
—¿Alguien lo conoce? ¿Saben dónde está Argus?  
—¡Quítenle el micrófono!  
—¡Ni quien sepa quién es!  
—Lo siento, nena —dijo el DJ, quitándole el micrófono y encogiéndose de hombros—. Hiciste tu luchita.  
El volumen de la música subió.  
Decepcionada, Vanissa se alejó del DJ. ¿De verdad nadie conocía a Argus?  
Antes de que pudiera responderse, alguien le puso una mano en el hombro.  
—Yo sé quién es Argus —dijo una voz.  
Vanissa volteó, emocionada.  
Frente a ella estaba el chavo que había salido de la casa; ese al que había seguido hasta la fiesta.  
—¿Tú lo conoces? ¿Sabes dónde lo puedo encontrar?  
—Soy su hermano. Jerry.  
—¿Dónde está Argus? Lo estoy buscando. Necesito hablar con él. Quiero decirle que lo amo y que quiero que seamos una pareja. ¿Está en la fiesta?  
—No.  
—¿No?  
—Argus ya no está aquí.  
—Por eso. ¿Dónde lo encuentro?  
—Ya no lo puedes encontrar. Él se murió hace unos meses.  
Vanissa sintió como si alguien le hubiera dado veinte

puñetazos en la panza.

—¿Qué? —pronunció con un hilo de voz—. No... No te creo...

—Se cayó de una patineta y se pegó en la cabeza... Fue un accidente.

—¿No lo voy a volver a ver?

Jerry negó con la cabeza.

—Nadie lo va a volver a ver. Él nunca va a regresar a la Tierra.

—Eso no es cierto —pronunció otra voz, que hizo que a Vanissa le diera un escalofrío—. Aquí estoy.

Atónita, la bruja se dio cuenta de que, a cuatro pasos de ella, a un lado de Jerry, estaba el mismo joven al que hacía dos años había visto por primera vez y de quien se había enamorado al ver su calidez y su generosidad.

—¡Argus!

—No. Soy Jerry —la corrigió este.

—No, pero Argus... Él está... —desmayó sus palabras. Sus ojos y los de Argus estaban conectados y él había hecho un gesto con la cabeza.

—No le digas que aquí estoy. Se va a asustar.

—¿Por qué?

—Pues porque soy un fantasma.

—Y yo soy una bruja. ¿Qué tiene eso?

—¿Una bruja? —preguntó Jerry, desconcertado.

—¡Ay! Lo dije en voz alta... De eso es mi disfraz, ¿ves?

—Claro... Entonces, ¿conociste a Argus?

—Él no se ha de acordar de mí, pero yo me enamoré... y hace un año le prometí que iba a regresar por él... No sé si las cosas funcionan, pero me gustaría intentarlo.

—Solo que eso ya no se puede —dijo Jerry.



—Porque está muerto, ¿verdad? Cierto. Lamento que hayas pasado por eso.

—Sí me duele, pero..., no sé, siento que él está bien. Siento que está en paz.

—Estoy en paz —afirmó Argus.

—Tu hermano está en paz en donde está —dijo Vanissa—, y desde ahí te manda todo su amor.

—Gracias.

Después de sonreírle, Jerry se fue. Argus lo siguió con la mirada.

—Lo extrañas, ¿verdad? —le preguntó Vanissa.

—Mucho. Éramos buenos amigos.

—¿De verdad estás muerto?

—De verdad.

—¿Por qué volviste?

—Es la noche en la que los muertos podemos volver a la Tierra, ¿no? Es el único momento que tenemos para ver a nuestra gente querida.

—Qué bueno que viniste, porque te estuve buscando.

—Lo que dijiste antes... ¿Es verdad?

—¿Que me enamoré de ti? Sí.

—¿Por qué?

—Te vi ayudar a una niña que se había caído de su bicicleta. Fuiste muy amable con ella y la llevaste a su casa. Después, en la fiesta de disfraces, te aseguraste de que tus amigos llegaran a sus casas, porque estaban muy tomados... Eres bueno.

—Era.

—Eres. Sigues existiendo.

—Solo que ahora estoy muerto. ¿Dijiste que eras una bruja?

—Sí soy. ¿Eso... te molesta o te asusta?

—¡Cómo va a asustarme! Ya estoy muerto.

—¿Y qué opinas? Sobre intentar algo, digo. Ya sé que tú no sabes quién soy, ni tenías idea de que existía, pero...

—Te equivocas. El año pasado te vi. Estabas en la fiesta.

—¿Me viste?

—Solo por un minuto, pero me acuerdo de ti por esa trenza que llevas en el pelo adornada con el listón rojo.

—Me gusta llevar el pelo así.

—Mira, no sé cómo funciona tener algo en este estado... O sea, vamos, tú eres una bruja y yo un fantasma... No seríamos una pareja muy normal..., pero podemos intentar.

—¿Lo dices en serio?

—¿Perdemos algo intentándolo?

—Nada.

—Entonces, veamos si funciona. ¿Quieres?

—¡Claro que quiero!

—Pues ¿qué dices si, mientras dura esta Noche de Brujas, tenemos nuestra primera cita?

—Me gusta la idea. Es el único momento que tenemos para hacerlo. Creo que tengo el lugar perfecto al que podemos ir.

—¿Qué lugar es?

—Ya me diste tú una sorpresa: estás muerto. Ahora me toca sorprenderte.

—Es justo.

—¿Te atreves a subirte a mi escoba? —preguntó Vanissa.

—Me atrevo. ¿Qué me va a pasar si me caigo?

Vanissa y Argus salieron de la fiesta entre risas y fueron en busca de la escoba de la bruja, a la que subieron juntos. Segundos después, la escoba se elevó en el cielo y la bruja y el fantasma se dirigieron hacia el lugar en donde tendrían su primera cita.

## *La vuelta juntos*

Matías Ojeda

La salida de Elsieland explota de gente. Conseguir un remis de los que estacionan al costado del boliche es una suerte hermosa. Los bondis pasan repletos, es imposible subirse a uno enseguida y viajar cómodos. Una de mis tácticas es dejar pasar varios para tomar uno más tranca. Los últimos rezagados se están subiendo a uno colmado. ¡El próximo es nuestro!

Andamos a todos lados en grupo, pero cada vez que elegimos venir acá, siempre me vuelvo solo con Valeria; porque los demás viven para el otro lado. El colectivo está en el semáforo anterior; se lo ve vacío, es barco que nos va a sacar del naufragio del alcohol, del sueño, del olor a patys recalentadas que viene del puestito de enfrente y de otra noche sin decirle nada. Valeria sigue sentada en el cordón, cabecea del sueño, se le viene el pelo a la cara. Mi campera le queda grande mientras yo me cago bien de frío en remera. Reacciona al segundo grito.

Trato de que las monedas no me sigan de largo en la máquina y ella ya está sentada en un asiento de dos con la cabeza en la ventanilla. Me siento y al toque se apoya sobre mí.

Ya no tengo tanto frío. Ella sigue con los cachetes rosados. Me dice que no nos quedemos dormidos como la última vez, y acomoda cada vez mejor su cabeza sobre mi hombro. Yo asiento, pero no sé si me ve. La última vez nos despertamos en la terminal. No teníamos más plata, nos acercamos a hablar con el colectivero que salía de nuevo con el mismo bondi. Se rio de nosotros y dijo que no había problemas. Apenas salió del

garaje, se cruzó con otro colectivo que llegaba. Con el chofer, de ventanilla a ventanilla, hablaron cosas de colectiveros y los dos escuchamos que le dijo al otro, entre risas, que ya salía con una parejita del Elsieland que se había quedado dormida. Nos hicimos los boludos, pero hoy, el aroma de su pelo mezclado con perfume, olor a cigarrillo y humo de boliche me tiene alerta, también la claridad del amanecer.

Estamos en nuestro último año de secundaria y desde hace un tiempo que me torturo en que tengo que decirle algo; es obvio que me importa demasiado, ¿ella no se da cuenta? O tal vez se hace la boluda, como me dicen siempre los pibes. Ellos opinan que tengo que apurar la cosa, que está todo dado, pero a mí me da terror, tengo miedo de saltar al vacío y reventarme contra el piso. Este mundo interno de incertidumbre y de imaginarme cosas me duele mucho, pero siempre tengo la esperanza de que ella reaccione y se dé cuenta. Nos conocemos desde la primaria. Una vez, en quinto grado, estábamos haciendo la tarea juntos y me dijo que me quería mucho. Yo me paralicé por dentro, pero seguí escribiendo, me hice el sordo, no le pude decir lo mismo, todavía no puedo. Entre sexto y séptimo empecé a verla distinta. Algo cambió. Su olor, su perfume, su cara y su forma de caminar; era todo nuevo ante mí. Estos últimos meses nos sentamos juntos y es lo mejor que me podría pasar en el día. Estamos atravesando la mejor época. Los finales de año en la escuela son lo mejor; esa sensación de que ya no pasa nada y que está todo bien.

No puedo dejar de mirarla mientras duerme. ¿Cómo hizo ese boludo en el cumple de quince de Romina? Verla a lo lejos a los besos con ese pibe que había conocido ahí mismo, esa noche, fue como si me hubiesen cagado a palos entre cinco. Ese chabón estuvo dando vueltas un tiempo, a veces la pasaba

a buscar por el colegio y yo lo único que quería era desaparecer, encima me saludaba como si yo fuera su amigo. Verlos irse de la mano me destruía por dentro.

Podría despertarla y decirle que esto que me pasa no me lo puedo aguantar más, que pienso en ella todo el día, todo el tiempo, los días que no la veo y cuando estamos juntos en la escuela o en otro lado, también; que desde hace años tengo ganas de decirle, pero que no me animaba, que estoy a sus pies, muerto por ella, que yo no sé qué pasa por dentro de su cabeza, pero que yo no me imagino un futuro si ella no está al lado mío todos los días.

El colectivo se empieza a llenar, ella se sigue acomodando mejor y hasta la escucho roncar muy despacito. No, no; acá ni da tampoco.

Ayer, viernes, en el colegio habían decidimos ir todos juntos a la noche a Elsieland, que es el mejor boliche de todo Quilmes; hicimos la colecta de cada fin de semana y con un poco más de diez pesos compramos artillería pesada alcohólica en un almacén. Si ella tomaba mucho y se reía demasiado, le daba hipo; cosa que pasó, se veía re tierna y me encantaba.

Adentro, con bastante alcohol en sangre dimos un par de vueltas todos juntos entre la gente hasta que de repente nos fuimos desperdigando. En un momento tuve que ir al baño y me dejaron solo; daba vueltas por el primer piso todavía borracho y me asomé a uno de los balcones para ver la pista de abajo. Ahí la volví a ver a Vale bailando con las pibas. Sonaba Pump it up, todos se movían como una gran coreografía, pero ella resaltaba; estaba de pollera, tenía puesta unas botitas y una camisa negra; el pelo le iba de un lado y a otro; las luces le giraban casi arriba, iba pasando de tonos rojos a naranjas y luego celestes; y se mataba de risa, estaba feliz, y yo sin querer era

feliz mirándola desde varios metros arriba. No podía dejar de mirarla, tenía el ángulo perfecto hacia ella, dejé de escuchar la música, frené todo el ruido alrededor y solo la escuchaba reír a carcajadas. En ese momento aparecieron los pibes, me sacaron a la fuerza y la perdí de vista. La volví a ver recién cuando se hizo la hora de irnos.

La zamarreo un par de veces, unas paradas antes, para que se despierte.

Tropezamos al bajar. Empieza a reírse y le vuelve el hipo, cuando se tropieza otra vez la agarro de la mano. Siento lo suave que tiene la piel, la suelto enseguida porque me da vergüenza, ella no se da ni cuenta. Nos reímos casi una cuadra.

En la puerta de su casa se sienta en el piso y se pone a buscar en la cartera. El sueño me vuelve de golpe, me pone nervioso cómo remueve las cosas sin encontrar nada.

El chico de la bicicleta con el canasto pasa muy lento y nos mira fijo, como atrayéndome con los ojos, cosa que logra. Todavía me quedan varias monedas de cincuenta centavos y le compro media docena de bolitas de fraile rellenas de dulce de leche.

—Leooo.....

Me doy vuelta y me muestra las llaves que agita como un sonajero, con esa sonrisa hermosa a toda hora. Me saca una bolita de la bolsa de papel y de un mordisco se come casi la mitad. La ayudo a abrir la puerta de reja y a que no se le escape Homero, que ya está ahí moviéndonos la cola. Cierra y apoya un cachete entre los barrotes para que le dé un beso, después me lo hace repetir a mí y me deja marcada la cara con lápiz labial, un poco de dulce de leche y azúcar.

Se come la otra mitad de la bolita y me vuelve a saludar con la mano, la veo de nuevo con las luces de colores como en el boliche, y al toque desaparece del otro lado de la puerta de madera. Seguro que se pondrá ese pijama rosa chicle que a veces le veo puesto cuando la paso a buscar muy temprano para ir a la biblioteca o para hacer algo para el colegio y tengo que esperar a que se cambie. Se tirará a la cama como una bolsa de papas. A mí, más que seguro me espera el gato acostado en la almohada, que se va a enojar cuando lo corra.

Vuelvo a la avenida y de ahí camino hasta mi casa. Me doy cuenta de que no me devolvió la campera. En el camino me como las bolitas que quedan. Las tengo atragantadas. Mis papás ya están levantados y el mate que me dan me ayuda bastante a acomodar cada cosa en su lugar. Dicen que tengo cara de borracho, me río y voy al baño. Me lavo la cara, con la toalla me seco el agua y también las lágrimas.





# *La dama de la sangre roja*

Javier Dicenzo

*A Roberto Arlt*

Era una noche palpitante, la dama se dirigió a un páramo, allí vio una escena tremenda, su marido estaba muerto. Enloqueció.

Caminó por la costa y se adentró en un bar.

—Estoy enamorada —repetía al grupo de hombres.

Luego de un tiempo fue por el mar. Subió a una canoa y se dirigió a una isla.

Cuentan que los demonios de la isla la acompañaban. Su amor estaba perdido. Tomó un cuchillo y se lo sepultó en el cuello. Así murió, desangrada.

Luego de un tiempo pasó un policía, vio el cuerpo descompuesto y...



## *Cinco minutos*

Gustavo Rojo

Con anticipación me acerqué a la estación tipo nueve de la noche. El frío otoñal obligaba a caminar agazapado, con sobretodo ferroviario y manos enguantadas.

El horario de llegada del Ranquelino a Alberti era las 21.35 hs; lo abordaba y en Lincoln me hacía cargo como conductor de la citada formación. Desde hacía tres años, mi vida laboral se resolvía con conducir los trenes diagramados hasta Realicó, punta riel, en La Pampa los viernes y los domingos su regreso a capital. Había cenado solo, puesto que la familia se encontraba en el cumpleaños del abuelo materno. Con el estómago liviano por la sopa ingerida y con ganas de llegar cuando antes, despedí al Teófilo, mi perro. Así que a paso rápido y esquivando charquitos de la llovizna de la tarde, deambulé las pocas cuadras entre casa y el viejo edificio terminal. Saludé a los muchachos del turno... Negro Romano el cambista; Don Lancha Cairatti, Auxiliar de primerara..., a cargo del servicio, boletaría y telégrafo; y el más viejo, Lolo Núñez responsable de las encomiendas, señales y comunicación con personal de guardas y/o máquinas. El mate corría de mano en mano, y cuando me lo ofrecieron, surgió la frase típica de las esperas ferroviarias. «¿Cómo viene? ¿Ya salió de Chivilcoy?». Romanito me miró con esa típica sonrisa, con esa amabilidad que lo caracterizaba. «A horario, Gustavito. Ya pidió vía. En quince pisa la estación». Así que saboreé esa infusión amarga que calentaba mis tripas, agradecí mirando de reojo el apolil-

lado reloj que marcaba 21.30 hs, me despedí y arranqué para el lado del tanque de agua, lugar donde debía detenerse la vieja locomotora. El banquito armado con durmientes de quebracho invitaba a sentarse en la oscuridad reinante entre el tanque y el mástil de la bandera que pese a ser de noche, ondeaba con la brisa fresca.

Acomodé las solapas del sobretodo gris que alcanzaban a proteger mis orejas, exhalé un suspiro vaporoso y mis piernas se aflojaron en reposo sobre el banco frío. «Ah, falta poco, ya llega». Siempre llevo en los bolsillos la pequeña radio a pilas, eterna compañera de los viajes, y ese día no era la excepción. Jugaba San Lorenzo y como hincha del Cuervo, deseaba que le ganáramos a Boca. Despacito, los relatos de Víctor Hugo me apersonaban en la cancha. Perdíamos uno a cero, pero había tiempo, confiaba en esa dupla fantástica del mediocampo que componían el brasileño Negro Silas y el Conde Galetto. Varias veces chasqué los dedos sobre el encendedor y pité fuerte un Parisián, dejando suelto al humo que ingresaba groseramente por la garganta.

Y de repente, casi sin darme cuenta, los vi. La sombra del reflector sobre el tanque de agua los delataba. La parejita inmóvil apoyada sobre los parantes del viejo contenedor apenas se percibía. Resultaba ser un muchachito alto, flaquito, de postura masculina, vestido con ropa informal... vaquero, campera de cuero y zapatillas deportivas.

Abrazada, la melena negra resurgía entre los brazos varoniles, de puntita de pies, con una pollera angosta, polera celeste, zapatos altos y una chalina que le cubría su cuello alto.

Impávidos, sin alterarse, perturbarse o mostrando emoción alguna ante mi presencia, por puro pudor acomodé el cuerpo en dirección opuesta. La luna llena reluce en las tinieblas os-

curas del otoño, pero aquella noche saltaba escondida entre nubes dispersas y su tenue reflejo iluminaba al extasiado casal. Me pareció escuchar un gemido suave que retumbó en el silencio del lugar y luego otro y otro. Apagué la radio, discernía entre escuchar o no. Y mirar. Deseaba mirar y escuchar.

¿Se darían cuenta? No lo creo, estaban perdidos en sus encantos. Pero si me descubrían, ¿qué pensarían? Viejo verde, espiando parejitas enamoradas.

Levanté más las solapas del abrigo y giré mi cuello hasta lograr una mejor vista entre las sombras. Lo que veía endulzaba la imaginación pecaminosa, instigándome a agudizar los sentidos. Dos cuerpos en uno solo... Las manos del flaco apretaban contra su pecho la melena negra ensortijada.

En puntitas de pie, el frágil torso femenino se rendía en el apasionado abrazo.

Sus bocas unidas presagian lenguas húmedas, labios filosos, suspiros de sentimiento intenso. Entre los pliegos de la pollera entreabierta, surgió una fina pierna cubierta por medias oscuras que enaltecían la figura de la muchacha.

Hermosa. Brotaron más gemidos y más abrazos. Retorcíendome de ansiedad, no logré quitar los sentidos de esos tórtolos renegados. La chalina gris voló por los aires, dejando al descubierto una polera subida hasta el cuello. Manos adolescentes recorrían ese cuello esbelto hasta la base de los senos. Imaginé bustos excitados, perennes. «¿Pero qué me pasa? Estoy estúpido, nervioso, agitado, alterado, impaciente, descentrado...». Me despertó el resplandor de la potente luz del faro que asomaba en el horizonte. Se acercaba la formación, estaba a solo cinco minutos. Maldito tren, llegará a horario, primera vez que deseo su atraso.

Acomodo el pequeño bolso entre mis piernas y prendo otro

pucho, pero nada los conmueve. Continúan con su ritual amoroso. Qué placer emocionante, me transportan a mi juventud, a la primera novia, el primer beso, caricias sinceras. La suave pero fresca brisa enrojece mi pucho, saboreo el gusto sólido del cigarrillo negro y casi toso por el acentuado ardor en la garganta, pero permanezco perturbado en la escena. Desperdiciada parte de mi vergüenza, me paro en vísperas de que se acerca el momento de la despedida. No me la quiero perder. Por nada.

Crece la luz potente sobre los rieles, avisando la pronta presencia del pata de fierro. En la pequeña playa de estacionamiento, varios automóviles se apilan como pidiendo permiso y de donde, pasajeros o curiosos, se apuran por subir los tres escalones de acceso al andén para esperar la llegada. Pasando por mi frente, algunos saludan con un: «Buenas noches. ¿Cómo andas, Gustavo?». «Todo bien, Juancito, ¿y vos? esperando para laburar». Pero poco me importa. Solo quiero volver mi vista y sentidos al apasionado romance otoñal. Me distrae la zorra de encomiendas que Lolo Nuñez estanca frente al jardincito que rodea al mástil de la enseña patria. También está abierto y con muchos comensales el Kiosco del Pata, mi hermano menor, que ofrece golosinas, masitas, alfajores, sándwiches, choripanes, milanesas... y café. También agua caliente. El alboroto crece pero sigo obsesionado con esos cuerpos que ahora pareciera sufren más ardor, más pasión, que casi arrodillados se contornean al ritmo picante de piernas entrecruzadas.

Acomodado los abrigos, la parejita se hunde en el último abrazo. Pegados sus rostros húmedos estallan en risotada. Mientras el tren se acerca a pasos agigantados. Apenas superado el paso nivel de Beraza, la bocina aguda se diluye en tres pitazos que encubren el regocijo amoral. Pero yo conozco esa risa... carcajadas caladas. ¿De dónde?

La luz ya cubre todo el andén, ilumina la señal de salida y se pierde en el horizonte oeste. Entonces los veo caminando tomados de la mano, saliendo de las tinieblas que los cobijó... acercándose felices al encuentro del convoy. Entre chispas y gruñidos de los frenos, la alocada formación ingresa a la estación repleta de gente. Asomado en la ventanilla entreabierta, mi compañero de andanzas ferroviarias me grita a la pasada: «NEGROOOOO, vení con nosotros que preparamos el mate, ya está listo». Deshabilitado por el ruido omnipotente del motor diesel, tomo la valija y me encamino hacia la locomotora. Y los enfrento. Casi sin querer, pero obligado por el reducido espacio, choco la mirada con ellos y quedo paralizado. Claro que conocía esa risa, esa carcajada. Es Julieta, mi hija, mi primor, mi niña. Apenas 15 años recién cumplidos. Con su hombro derecho cubierto por el antebrazo de su enamorado, se planta ante mí, sorprendida. «Papá, papá, ¿cómo estás? ¿Ya te vas? Qué alegría verte... te quiero presentar a mi novio. José, el hijo de tu amigo Carlos, el cartero del correo». Poniéndose firme, con una sonrisa congelada, estiraba su mano varonil temblorosa en señal de extrema sumisión por el momento y las circunstancias no deseadas. Los miré a ambos, creo que medio atontado, pero ¿qué podía hacer? Una profunda emoción invadió por unos segundos mi mente y el pecho parecía explotar con los bombazos del bobo. Solo atiné a estrechar esa mano firme con entereza hasta crujir los huesos y descubrir la mueca de dolor en su rostro. Chico tierno. Hundida en mi pecho besé a Juli. También lo hice con José. Creo que brotaron sonrisas y nuevamente esa carcajada que tanto amo. Miré hacia el kiosco donde estaba mi hermano e hice señas que invitaba con dos cafés a los tortolitos. Bamboleando el bolso sobre la espalda, levanté la mano y dije adiós casi

llorando, y despacito trepé las escalinatas de la General Motors. Se escuchó las campanas de despachado, un pitazo largo y finito del jefe de tren y todo listo para partir. El viejo maestro maquinista, don Alfredo Torresi, aflojó el freno, puso punto uno mientras su ayudante preparaba el mate amargo que pronto compartiríamos hasta Lincoln donde me haría cargo de la situación.

Suavemente, la formación se pone en movimiento, y como una última vista me asomo para verlos de espaldas caminando entre la gente, café en manos, los dos enamorados. Tan solo cinco minutos bastaron para cambiar parte de mi vida. No gires tan rápido aguja del reloj... mira lo que sucedió en cinco minutos.



# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>5</b>
<i>Los pies de Yamila</i>	<b>9</b>
Alberto Arecchi	
<i>En busca de su mirada</i>	<b>15</b>
Rex Lime	
<i>Las tres negritas</i>	<b>21</b>
Gastón Couriel	
<i>Como tierra entre los dedos</i>	<b>27</b>
Feche Monserrat	
<i>Entre amigos</i>	<b>31</b>
Feche Monserrat	
<i>Ellos en el Petit Café</i>	<b>35</b>
Carolina C.J. Muavero	
<i>Amores de escuela</i>	<b>41</b>
Alfonso Cantador Alias	
<i>Confusión</i>	<b>47</b>
Martín Andrés Devecchi	
<i>La última noche</i>	<b>53</b>
Martín Andrés Devecchi	
<i>Éxtasis mortem</i>	<b>61</b>
Damián Almada	
<i>Armoniosa espiritualidad</i>	<b>63</b>
Damián Almada	
<i>Marea apaciguante</i>	<b>65</b>
Damián Almada	
<i>El elegido</i>	<b>67</b>
Carlos González Robles	
<i>Flechazo</i>	<b>73</b>
J.A. Richardson	

<b><i>Repeticiones</i></b>	<b>79</b>
Fernando Palacios Moreno	
<b><i>Producto de la naturaleza</i></b>	<b>85</b>
Franco Marin	
<b><i>Corazón liberado</i></b>	<b>91</b>
Celina Vadurro	
<b><i>La dama del lago</i></b>	<b>97</b>
Claudia Beatriz Felippo	
<b><i>Usted, ¿me va a hobar?</i></b>	<b>103</b>
Ariel Gustavo Pennisi	
<b><i>¿Me conseguís su Facebook?</i></b>	<b>111</b>
Ariel Gustavo Pennisi	
<b><i>Madame Desirée</i></b>	<b>115</b>
Ariel Gustavo Pennisi	
<b><i>Enamoramiento clandestino en la posada de las afueras de Cañuelas</i></b>	
<b>119</b>	
Ricardo Francisco Covelli	
<b><i>Sobretorno</i></b>	<b>125</b>
Lisandro Gómez	
<b><i>En la salud como en la enfermedad</i></b>	<b>131</b>
María Agustina Lagos	
<b><i>Impenetrable</i></b>	<b>137</b>
Matías Lebrante	
<b><i>Gita</i></b>	<b>139</b>
Alicia Marlene Ríos Pérez	
<b><i>Encuentro de una noche</i></b>	<b>141</b>
María Victoria Pérez	
<b><i>Día terminado</i></b>	<b>147</b>
Silvina Caputo	
<b><i>La carta</i></b>	<b>153</b>
Enrique Antonio Formentini	
<b><i>Inene</i></b>	<b>159</b>
Enrique Antonio Formentini	
<b><i>Final</i></b>	<b>161</b>
Enrique Antonio Formentini	

<i>La semilla del alma</i>	163
Emanuel Elías Mariano Espagnac	
<i>La mujer que se incrustó en la luna</i>	169
Ana Sabina Pirela Paz	
<i>El flamenco</i>	175
Rocío Domínguez	
<b>CUESTIÓN DE EDAD</b>	183
Néstor Osvaldo Losa	
<i>El amor en los tiempos del Zoom</i>	189
Néstor Osvaldo Losa	
<i>Nos habíamos amado tanto</i>	195
Norma Salles	
<i>Cita textual</i>	199
Norma Salles	
<i>Vivencias</i>	203
María Paula Lertora	
<i>Enamorado del amor</i>	209
Laura Gubbay	
<i>Un viaje entre A y C</i>	213
Laura Gubbay	
<i>El último hound</i>	217
Laura Gubbay	
<i>Amor a la patria</i>	219
José Gregorio Mora	
<i>El año de los deseos</i>	223
Ana Eugenia Ceballos	
<i>Cara</i>	227
Paloma Panero	
<i>Hoy tampoco</i>	229
Luisa María Ahumada	
<i>Confianza ciega</i>	233
Luisa María Ahumada	
<i>Un matrimonio</i>	237
Luisa María Ahumada	
<i>Las galochas y el árbol</i>	243
José Lesta	

<i>Hoy es siempre, todavía</i>	249
Laura Crotti	
<i>El alcázar</i>	255
Raúl G. Villalobos T.	
<i>Las tablas de la ley</i>	257
Raúl G. Villalobos T.	
<i>Frida y yo</i>	259
Ludmila Micaela Stubbe	
<i>¡Hasta la Victoria!</i>	265
Gabriela Valdés	
<i>Carta al esposo en el 40° aniversario de casados</i>	271
Alma Fral Amada	
<i>Nostalgias del salón</i>	273
Ada Lía Maccarone	
<i>Foto en blanco y negro</i>	279
Rafael Garcés Robles	
<i>Por mi amor</i>	281
Francisco R. Mejía	
<i>Sin que te enteres</i>	287
Francisco R. Mejía	
<i>En ese momento quise recordar</i>	293
Roberto Taverna Christensen	
<i>La gaviota</i>	297
Roberto Taverna Christensen	
<i>Neptuno</i>	301
Roberto Taverna Christensen	
<i>Sara, Sarita, Sarita, Sara</i>	303
Jorge Miguel Lombos García	
<i>QUERIDOS TODOS</i>	309
Jorge Miguel Lombos García	
<i>Tesis, antítesis y síntesis</i>	315
<i>de Giorgia Caffi</i>	
Jorge Miguel Lombos García	
<i>La hechicera del amor</i>	319
Sandra Vidal Binasco	

<i>Valeria (Penumbras de un deseo)</i>	<b>323</b>
Matías Olivera	
<i>La bailarina</i>	<b>327</b>
Leonardo SánRam	
<i>Tenia trece</i>	<b>333</b>
Jane Doe	
<i>Líteral y metafóricamente</i>	<b>339</b>
Karina Müller	
<i>Dos días en la vida</i>	<b>345</b>
Karina Müller	
<i>Aurora boreal</i>	<b>351</b>
Julia Martínez Congregado	
<i>El tren</i>	<b>355</b>
Julia Martínez Congregado	
<i>Séptima planta</i>	<b>359</b>
Julia Martínez Congregado	
<i>Mil horas</i>	<b>363</b>
Alma de prosas	
<i>Amar de sobremesa</i>	<b>369</b>
Francisco León Anguas	
<i>Despedida</i>	<b>371</b>
Delfina Brú	
<i>Mejar amigo</i>	<b>373</b>
Arianna Pérez Navarro	
<i>Mi vida está en la calle</i>	<b>375</b>
Emilio Vilaró	
<i>Guídame el corazón</i>	<b>381</b>
Luján Del Prado	
<i>Juventud en menguante</i>	<b>387</b>
Luján Del Prado	
<i>El último abrazo</i>	<b>393</b>
Sylvette Cabrera Nieves	
<i>Te presto mis ojos</i>	<b>397</b>
Héctor Alfonso Degiovanni	
<i>Amar en tintas</i>	<b>401</b>
Héctor Alfonso Degiovanni	

<i>Aguacero de la bruja</i>	<b>405</b>
Alejandro Aguilo	
<i>El único momento</i>	<b>409</b>
Manuel Gallo Mainero	
<i>La vuelta juntos</i>	<b>419</b>
Matías Ojeda	
<i>La dama de la sangre roja</i>	<b>425</b>
Javier Dicenzo	
<i>Cinco minutos</i>	<b>427</b>
Gustavo Rojo	
<b>ÍNDICE</b>	<b>433</b>



